



Venita

TANIA SEXTON

E X VAGOS

♥ Adi ♥





Calla,
nenita,
calla

TANIA SEXTON



Calla, nenita, calla

Calla,
nenita,
calla

TANIA SEXTON



1.ª edición: Septiembre 2017

Copyright

© Tania Sexton 2017

© Editorial LxL 2017

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-17160-14-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño cubierta – Alexia Jorques

Maquetación – Rachel's Design

Agradecimientos

Los primeros, siempre siempre, para las lectoras y lectores, que sé que hay más de uno. Gracias por leerme, gracias por criticarme y por alabarme, pues es señal de que me leéis, y de las críticas siempre se aprende. Y, por supuesto, gracias, muchas gracias, a la editorial LXL por confiar en mí, por publicar esta novela y otras que vendrán muy prontito. Pero, en especial, quiero dar un millón de gracias a mi editora, Angie, una fuera de serie. Como se decía en los años 90, una superwoman. Es un todoterreno, escritora, editora... Una mujer simpática, atenta, continuamente pendiente de sus autores, siempre con una palabra de ánimo, de apoyo, y aconsejando de la mejor forma. Y una cosa de las que más me gustan de ella, es que sea una vallisoletana con acento almeriense. Olé, Angie, eso es salero y lo demás cuento.

Y, por último, aunque son los primeros, a mi familia, que siempre están ahí, siempre apoyando y aguantando mis momentos de estrés cuando el PC se me atasca o cuando algo no sale como yo quiero.

Gracias, sois lo mejor. Os quiero.

TANIA SEXTON

*«Se dice que el amor todo lo puede, pero, no te lo creas.
A veces, solo a veces, no es verdad».*

Prólogo

Paseando tranquilamente, recreándose con el entorno, sonriendo a las personas con las que se cruzaba aunque no los conociera, pensaba que tenía mucha suerte. Sí, señor, mucha suerte. Tal vez dentro de un año, cuando Ramírez se jubilase, ascendería a interventor, o tal vez no. Seguro. Tenía que ser así, era el más capacitado para el cargo. Con la carrera de Económicas y los años de experiencia en el banco, era el candidato ideal. Y después... director, sin dudar. Aunque lo más maravilloso no era el puesto de interventor, ni el de director ni el dinero que iba a ganar con ello. No. Lo más importante, lo mejor del mundo, era Bárbara. Perfecta, la esposa ideal. ¡Qué cuerpo tenía la condenada! Sus compañeros de trabajo y amigos se la comían con los ojos, pero eso a él no le importaba, sabía que era toda suya y le gustaba que le tuvieran envidia. Cada vértice de su cuerpo, cada rincón, cada saliente y entrante, se lo conocía de memoria. Esos pechos tan duros y sugerentes, su trasero tan bien hecho, junto con esas piernas largas y torneadas, su vientre... Uf, cada vez que pensaba en ello se ponía a cien.

Por eso quería lo mejor para ella, se lo merecía todo; dinero, joyas, viajes... Todos los lujos eran pocos para su mujercita.

Ciertamente, no le entusiasmaba la idea de irse a vivir a Madrid, incluso le llegó a insinuar que podía pedir el traslado a Santander. Ella estaba a gusto en esa maravillosa ciudad, pero ¿cómo iba a pedir el traslado si su futuro estaba en Madrid?, en el centro de todas las operaciones, donde se cocía casi todo, de eso ni hablar. Se lo explicó claramente y la convenció de que las cosas debían de ser así. Después de todo, la madre de él había muerto y no tenían lazos de unión con nadie de la ciudad. Por supuesto, conservaría la casa y pasarían los veranos en ella.

La sonrisa que florecía en sus labios se hizo más profunda. Tenía que dejarla embarazada, llevaban un año casados y todavía permanecía con ese cuerpo perfecto y sinuoso. Seguro que los cambios de aires surtirían algún efecto.

Con ese pensamiento rondando en su cabeza, llegó a la casa de su difunta madre. Terminaría de empaquetar las últimas cosas y... a Madrid.

Juan Luis, un hombre de treinta y tres años, con buena posición económica,

bien parecido y locamente enamorado de su mujer, no sabía, ni sospechaba por lo más remoto, que su esposa, Bárbara Ribera, lo último que deseaba en la vida era volver a Madrid.

Lo último.

Primera Parte

Su perdición

Capítulo 1

10 años antes...

Todas las mañanas la misma rutina, desde la casa de sus tíos en Lavapiés hasta la pastelería en la plaza Mayor. Al principio estaba contentísima, tenía un trabajo como dependienta en una de las mejores pastelerías de la ciudad y eso le sirvió para estar el menor tiempo posible en casa de sus tíos. ¡Qué asco! Cuánto odiaba al marido de su tía, era un cerdo miserable. Siempre que podía se restregaba contra ella; en el pasillo, en la estrecha cocina... Incluso le había dicho que no tenía la menor importancia si se daban un revolcón, a fin de cuentas, él no era su tío carnal.

Deseaba perderlo de vista, para siempre.

El trabajo en la pastelería fue un dulce bocado, no por lo que se vendía en ella, que también, sino por la sensación que tuvo de valerse por sí misma, de mantenerse si llegara el caso y no tener que depender de nadie, pues eso era algo maravilloso.

Al principio fue todo como la seda. Doña Carolina, atentísima y complaciente, explicaba bien todas las cosas: cuánto valían las trufas, los hojaldres, los tocinitos de cielo... A pesar de que todos los productos tenían sus letreritos con el precio por cuartos o por kilo. Cómo tenía que limpiar las vitrinas, el mostrador, los cristales de la puerta de entrada y, una vez por semana, darles a todas las puertecitas y cajoncitos de madera con un aceite especial. No poner los bombones cerca de las yemas, colocar los hojaldres al lado de las pastas de té, los pasteles pequeños separados de los grandes, las cajas de caramelos y las bolsitas al lado de los bombones para regalar...

—Cuidadito con las confianzas —le dijo muy seria—, esa palabra no existe para ti —continuaba Doña Carolina—. Todos nuestros clientes son especiales, pero los ricos más, y no quiero que te pases de lista con nadie. Modosita, simpática y servil. Además de otras particularidades, como decente, limpia, bien hablada y dispuesta a trabajar todo lo necesario y más.

Y ese «más» se mostró pasadas unas semanas, pues el tema iba cambiando sutilmente, o sin el sutil.

—¡Bárbara! Tienes que subir y pasar un trapo por mi habitación. ¡Bárbara! Tienes que echar una mano a Tomás y a Federico, que tienen mucha faena.

Estos trabajaban en el horno y eran los ayudantes de Doña Carolina. Y un rato más tarde, volvía a otra vez con lo mismo o algo parecido.

—Bárbara, sube un momento y echa las patatas al cocido. —Y ella obedecía en el acto y no las encontraba por ningún sitio.

—Doña Carolina, no las encuentro —contestaba con el candor de los quince años.

—Criatura, están en el cesto de las patatas —replicaba con cierto malestar—. Coge unas cuantas, las pelás y échalas al cocido.

Mansamente, subía otra vez, las cogía, las pelaba y las echaba al puchero. Mansamente por fuera, porque por dentro tenía un enfado de mil demonios. Estaba más tiempo haciendo tareas de chacha que de dependienta de una pastelería. «No es justo», pensaba la niña. «No es justo».

José Antonio y Carlos se tomaban una cerveza en un tabernucho, cerca de la Puerta del Sol.

—Venga, hombre. Por una noche no te va a pasar nada —dijo José Antonio.

—Si es que tengo un examen dentro de tres días y necesito estudiar.

—Pero si estás estudiando todos los días. Por una noche no creo que te suspendan.

—Bueno, está bien. Pero a la una como mucho me retiro.

—De acuerdo —contestó José Antonio. Una vez hubieran salido, sería fácil enrollarlo hasta que él quisiera.

Se montaron en el coche de Carlos y tomaron rumbo hacia el salón de baile. No eran los sitios que solía frecuentar Carlos, en especial saliendo con su novia María del Pilar y las otras parejas de amigos, pero con José Antonio era otro cantar.

Era hijo único de Doña Carolina, consentido y caprichoso, le gustaba frecuentar los bailes de las criadas. La mayoría de las veces encontraba plan y, aunque no llegara a fornicar con ninguna, pues algo así era casi imposible, conseguía un buen beso, un toqueteo cojonudo y a veces algo más, pero solo a veces. Muy pocas, de hecho. Cómo eran de estrechas y qué mojigatas. Algunas, muy pocas, bueno, solo fueron dos, y no a la vez, pues eso hubiera sido la hostia, le cogieron el pene con cara de asco, para soltarlo al momento y decir que no querían seguir. Mujeres... Todas eran iguales. Si querías tenerlo todo, tenías que pagar e irte de putas, no había otra, y a él le daban más

morbo las decentes.

A María del Pilar no le gustaba José Antonio y a José Antonio no le gustaba María del Pilar. La encontraba tonta, creída, caprichosa y demás adjetivos similares. No entendía por qué su amigo de la infancia se había echado esa novia. Una novia al estilo, de la que su madre estaba encaprichada para él; niña de buena familia, muy educada, modosita y mona. ¡Que los jodieran! Él quería nenitas simpáticas, guapetonas, cachondas, que estuvieran dispuestas a dejarse meter mano por una merienda y un paseo en coche. Tampoco pedía tanto.

Entraron en el salón y echaron un vistazo a su alrededor, comprobando cómo estaba el ambiente y cuántas muchachas había. Sin dejar de observar hacia un lado y otro, José Antonio con una sonrisa de oreja a oreja le dijo:

—Estoy imaginando la cara que pondría tu novia si te viera aquí, y conmigo.

—Si me viera aquí, sabría a ciencia cierta, sin verte, que estaría contigo.

—Seguro. Con lo lista que es —añadió con segundas.

—Vamos a dar una vuelta por el salón y deja a mi novia en paz.

En un rincón de la estancia medio escondido, para ver y no ser vistas, Bárbara y Natalia no hablaban, cuchicheaban.

—Lo mejor es que actúes cuanto antes, ¿para qué esperar? Es una solución estupenda y no vas a tener problemas porque la señora Engracia es buenísima. Lo único que me ha advertido es que sea buena chica, y tú lo eres. Así que no veo ningún problema. Duermes en mi cama; es una cama de cuerpo y medio y en el armario cogen tus cosas.

—Se dice: caben tus cosas —rectificó Bárbara.

—Oye, no me fastidies, estamos hablando de algo importante y tú sales con lecciones de gramática.

—Perdona. No es mi intención molestarte —añadió con rapidez, pues no deseaba enfadar a su amiga.

—Bueno, ¿qué me dices? —preguntó impaciente Natalia, arrugando su nariz chata.

—Lo tengo que hablar con mi tía, no sé cómo se lo tomará.

—Pues dile claramente que no estás dispuesta a que tu tío te roce o te sobe como si fueses una morcilla cada vez que os crucéis en el pasillo o donde te pille.

—¡Natalia! —exclamó Bárbara sin levantar la voz—. No puedo decirle

eso, le haría mucho daño. Además, igual no me creería.

—Tú verás lo que haces, pero yo en tu lugar se lo diría esta misma noche, mañana cogería mis cosas y si te he visto no me acuerdo. Además, es lo mejor, porque, seguramente, tu tía no es tonta y puede ser que se imagine más de lo que tú te piensas. Así que, yo creo que si te vas de su casa, encima le haces un favor.

Bárbara apretó los labios, pues aunque Natalia fuese bruta y directa, sabía que tenía razón y que esa situación no podía continuar o acabaría mal. Miraron alrededor y entre las parejas que bailaban, se fijaron en José Antonio y Carlos que buscaban con la mirada alguna muchacha para sacarla a bailar.

—Anda, el pesado del hijo de mi jefa —dijo Bárbara, agachando la cabeza y mirando a su amiga—. Uf, no lo aguanto, es de lo que no hay.

—Y el hijo de mi señor. Venga, vámonos, que no quiero que nos vean.

—Sí, es lo mejor —añadió Bárbara, haciendo un recorrido más largo, para que los jóvenes no las vieran salir del salón.

Esa fue la última noche que pasó en casa de tía Ester. Le explicó que le iba mucho mejor dormir con Natalia, pues la casa donde trabajaba su amiga, estaba en la misma Plaza Mayor, y como tenía que madrugar mucho para estar a la hora en punto que le pedía Doña Carolina (las siete de la mañana), si se quedaba con Natalia podría dormir un poquito más. Ester afirmó con la cabeza, entendiendo más cosas de las que se decían, mientras se miraban a los ojos. Tenían el mismo color, el mismo también de la madre de Bárbara. El mismo color, sí, pero no los mismos ojos.

Ambos de color verde, pero los de Ester eran pequeños y tristes, y los de su sobrina grandes, alegres y llamativos. Igualitos que los de su difunta hermana.

—¿Vendrás los domingos a comer con nosotros?

—Si tú quieres —contestó Bárbara con las lágrimas a punto de desbordarse.

—Haremos una cosa: los domingos que Juan esté de viaje, vienes. O los sábados, ¿vale?

—Sí. Los domingos puede ser, aunque tengo que trabajar por las mañanas y me veré un poco apurada, pero los sábados imposible, pues trabajo mañana y tarde —explicó al tiempo que se pasaba una mano por los ojos y sorbía su nariz.

—Bueno, Juan Carlos se pasará los viernes y te lo dirá. —Las palabras de

la mujer sonaron tristes ante los oídos de la muchacha.

Su primo de doce años era noble y bueno de corazón, no se parecía al padre, había heredado el carácter de los Rivera.

—Te quiero mucho, tía. Mucho mucho —dijo abrazándose a ella.

—Yo también, cariño. Y ya sabes que, si te pasa algo, si necesitas cualquier cosa, me lo tienes que decir, ¿de acuerdo? Sea lo que sea, Bárbara.

—Sí, tía. No te preocupes, estaré bien.

Dejaron de abrazarse y se miraron durante unos instantes. Bárbara cogió sus escasas pertenencias y salió del piso de Lavapiés.

Capítulo 2

Estaban en la cama con la linterna encendida y Natalia, de lado, apoyada en un codo, la observaba atentamente.

—¿Has visto que buena es? —preguntó mirándola fijamente, sin pestañear.

—Sí, parece muy agradable —contestó con prudencia.

—Parece y lo es. Y tú le has gustado, de eso puedes estar segura.

—De todos modos, me siento intranquila. Ella no es la dueña. ¿Qué pasaría si se enterara Carlos o el señor o la hija, o la otra señora? —Su lindo rostro mostraba la preocupación que sentía y sus grandes ojos no dejaban de mirar a su amiga.

—Pues nada. Nada de nada. Mira, esta familia es muy especial. La otra señora, como tú dices, Doña Carmencita, que es la suegra del señor, no se mete para nada en las cosas del servicio. Los hijos, Carlos y Mari Mar, tampoco, y el señor está más tiempo fuera que dentro, así que está todo en las manos de la señora Engracia. Ten en cuenta que lleva trabajando con ellos desde que vinieron de Venezuela, quince años o más, y eso es mucho tiempo. Ella es la que organiza todo, y Don Manuel le da carta blanca, o sea, que puede hacer lo que le da la gana —añadió para darse importancia, pues estaba segura de que Bárbara no había oído las palabras «carta blanca» en toda su vida—. Dos días a la semana viene una costurera para los arreglos y esas cosas, cuatro días a la semana una para lavar y otra para planchar, todo supervisado por la señora Engracia. Yo me apaño perfectamente con la limpieza de la casa, aunque es muy grande, no te creas, y tengo trabajo de sobra. También está el chófer, que ese no duerme aquí; tiene su casa. —Natalia dio por concluido su resumen.

—Qué suerte tienes. Me da la impresión de que trabajo más que tú.

—No lo dudes —soltó muy ufana, pues a Natalia le gustaba que Bárbara pensara que su trabajo de sirvienta era mejor que el de dependienta de una pastelería y, a la vez, chacha de la dueña. Y así se lo dijo, pues no tenía pelos en la lengua—. Doña Carolina es una explotadora. Te tiene de chacha y de lo que le interesa. Y yo te digo una cosa, o se trabaja de dependienta o de chacha, pero de las dos cosas no. Eso faltaba, menuda cara dura.

—Sí, tienes razón, aunque al principio pensé que había tenido mucha

suerte, ahora no estoy tan segura.

—Desde luego. No libras ni un día a la semana, hasta los domingos trabajas, y yo a veces... hay semanas que libro hasta tres tardes. Y si tengo que ir a cualquier sitio, no tengo problema, pues la señora Engracia no me pone pegas. Por supuesto, no abuso, simplemente pido permiso para lo que necesite y ya está.

—Vaya, qué suerte.

—Porque ahora no necesita a nadie más, que si no le decía a la señora Engracia que te diera trabajo. —La cabeza morena se movió para negar.

—No, no. Eso ni se te ocurra. Ya me parece demasiado abusar de esta hospitalidad, como para pedir más. No. Además, estoy al tanto de que me salga otro empleo. Se algo de cuentas y me defiendo bien con la máquina de escribir. Hay un señor, el de la tienda de ultramarinos, Don José... —Dejó la frase sin acabar, para ver si su amiga sabía de quién hablaba.

—Sí, sí —contestó Natalia.

—Pues me dijo que a lo mejor me contrataba para llevarle las cuentas. —Natalia amusgó los ojos en señal de desconfianza.

—Me extraña. Ese lo que quiere es tocarte las tetas y, si puede algo más, también. Está más salido que el mango de un cazo, te lo digo yo, que de eso sé un rato. Menudos son, los reconozco a la legua. Se le van los ojos detrás de las chicas como nosotras. Es un viejo verde.

—Natalia, ¿cómo te enteras de esas cosas? —preguntó, mirándola con sus ojos de gata.

—Pues porque me entero. Son cosas que se saben. Lo que pasa es que eres muy confiada y piensas que te sonríen porque eres muy simpática y modosita, pero no es así. Parece mentira. Después de tener a tu tío sobándote cada dos por tres, piensas que los demás hombres no van tener las mismas ideas. Da igual la edad que tengan, más jóvenes o más viejos, son todos iguales, tienen los mismos instintos. —Viendo que Bárbara no decía nada y la miraba embobada, continuó con su dialogo—. De verdad, a veces pareces tonta, Bárbara, ¿es que no te miras en el espejo por las mañanas, por lo menos? —Bárbara la miró sorprendida. Natalia continuó hablando—. Tienes un cuerpo que ya lo quisiera yo para los domingos, y la cara... —hizo una pausa teatral y continuó—, para qué hablar. Eres la chica más guapa de todas las que conozco. —Bárbara se sonrojó al oír esos cumplidos—. Por lo tanto, los hombres, cuando te ven, desean hacerte eso... Ya sabes..., rozarse y, si

pueden, tocarte, y si les dejas... todo lo demás. Lo mejor es que sigas trabajando para una mujer, aunque esta sea Doña Carolina, porque al final, la mayoría son como ella, porque como la señora Engracia hay pocas, y de esa manera, podrás llegar virgen al matrimonio.

—¿Y si no quiero llegar virgen al matrimonio? —preguntó con una sonrisa picarona.

—¡Ah! Ese es tu problema. Pero si no quieres perderte y acabar en el arroyo, debes llegar intacta al que vaya a ser tu marido. Yo, por lo menos, llegaré virgen. Como debe ser, como manda la Santa Madre Iglesia. —Entre risitas, apagaron la linterna y se durmieron.

Natalia tenía razón, Bárbara era una chica preciosa, la mirases por donde la mirases. Tenía quince años, estatura mediana y un cuerpo totalmente desarrollado. Su pelo era negro azulado y rizado en grandes tirabuzones, que la mayoría de las veces llevaba recogido, ya que suelto le llegaba hasta la cintura. La piel la tenía blanca como el alabastro, los ojos verdes con pequeños puntitos amarillos y bordeados de unas largas y espesas pestañas, mientras que sus pómulos se mostraban altos y marcados junto a una nariz recta, pequeña y delicada, y su boca era una preciosidad.

Natalia siempre decía que todos la miraban a ella, que era un asco tener una amiga tan guapa. Bárbara sonreía ante sus comentarios, no daba importancia a todas esas alabanzas, a tanto piropo, pues no creía que fuese ni tan guapa ni que tuviera un cuerpo perfecto. Consideraba a su amiga muy bonita, con esa nariz chata y esos ojos marrones tan vivarachos junto a su cabello castaño. Era muy delgadita, pero comía como una lima y, seguramente, con el paso de los años, si seguía al mismo ritmo, engordaría. Pero para eso aún faltaba mucho tiempo.

Tenía dos años más que Bárbara, pero no se apreciaban, pues su rostro era aniñado; si se pintaban un poquito aparentaban más edad, si no, parecían dos muchachas jóvenes.

La corta vida de Bárbara se podía resumir fácilmente. A los doce años se fue a vivir con sus tíos, pues la desgracia hizo acto de presencia, muriendo su madre en un accidente de coche, y la única familia que tenía era su tía Ester. Juan, el marido, no estaba de acuerdo, pues como él decía, tenían tres hijos y otro en camino, como para acoger a la hija de la buscona de su cuñada. Porque para Juan, su cuñada era una buscona cuando hablaba del tema con su mujer, y una puta cuando lo comentaba con algún amigo íntimo, que se quedó

embarazada del primer hombre que le dijo: «Qué bonitos ojos tienes», y luego no se casó con ella. Es más, desapareció del mapa.

La niña pasaba más tiempo con la portera del piso donde vivía que con la madre, que tenía que ganarse el sustento. Todos los días recibía a dos o tres hombres, de tres a diez de la noche, pues no le gustaban los clubs ni los chulos. Murió en el coche de un cliente, camino de Valladolid.

Pero Juan, que era de los que pensaba que una mujer debía hacer cualquier otra cosa antes que vender su cuerpo, aunque fuese limpiar suelos con la lengua, le vino muy bien ese dinero tan mal ganado y tragó, ya lo creo que tragó, pues esos ahorros que había dejado la difunta lo convencieron para quedarse con la sobrina. Y ese nuevo ingreso sirvió para cambiar el sofá, el dormitorio matrimonial, el cuarto de los pequeños, una radio nueva, y todavía les quedó algo para los ahorros.

A los catorce años, el cuerpo de Bárbara había cambiado por completo, pues pasó de niña a mujer en un santiamén, y fue entonces cuando su tío la empezó a mirar con otros ojos, cuando comenzó a tener deseos pecaminosos. La primera vez que le tocó los pechos, fue una tarde que Ester salió de compras con los hijos mayores y Bárbara se quedó cuidando de los pequeños. Se hallaba sentada en el sofá, con una ligera blusa de verano y unos pantaloncitos cortos. La radio sonaba flojita y los niños dormían en la habitación contigua. Juan, que se suponía debía estar durmiendo la siesta porque esa noche trabajaba, se acercó por detrás y le rodeó los senos con sus grandes manos, al tiempo que le frotó la cara por el cuello. Bárbara, muerta de susto, intentó moverse; pero él la tenía presa. Le decía guarradas al oído mientras le frotaba los pezones violentamente, mientras la chica estaba muda y sin poder moverse, pues esas manazas estaban agarradas a sus pechos como si fuesen dos imanes pegados a un hierro.

—Dios, qué tetas más hermosas tienes —le susurró al oído—, cuánto me gustaría chuparlas para después colocar mi polla entre ellas y que me hicieras una paja. Seguirías siendo virgen, nadie sabría que has hecho algo así.

Cuando bajó una mano para tocarle el sexo, la muchacha aprovechó para soltarse y se levantó de un salto. Sus ojos se miraron, se analizaron. Los de ella con miedo, con pánico y desprecio, mucho desprecio; los de él, con lujuria. Se llevó la mano a la bragueta y sacó el pene erecto, tocándolo varias veces, acariciándolo, echando el glande hacia atrás y fijándose con sumo gozo en el tamaño desmesurado de los ojos de la muchacha. Le gustaba; estaba

seguro. Esta sería una puta como su madre.

—Chúpamela —le suplicó falsamente, con una cínica sonrisa.

Bárbara se quedó inmóvil, pues estaba paralizada ante lo que estaba viendo y oyendo, notando cómo sus mejillas se ponían calientes por momentos e imaginándolas coloradas como un tomate. Jamás había sentido tanta vergüenza, un bochorno desconocido hasta ese momento que impedía que palabra alguna saliera por su garganta.

En esos momentos se oyeron las voces de los chiquillos por la escalera y el rostro del hombre se contrajo ante la llegada de su familia, haciendo que se precipitara al cuarto de baño, con el pene endurecido balanceándose en su mano.

Bárbara respiró profundamente, sin poderse quitar de la cabeza lo vivido. ¡Por todos los santos!, ese hombre era un peligro, un peligro para su integridad. Ese día se había salvado por los pelos, pero qué podía esperar para el futuro: nada bueno.

Gracias a Dios, Ester volvía, pero ya sabía que las cosas habían cambiado. Desde aquella vez, deseó salir de esa casa para siempre.

Capítulo 3

Llevaba dos semanas con Natalia, es decir, durmiendo en la señorial casa de la Plaza Mayor, y se encontraba muy contenta con su nueva situación. Su primo Juan Carlos había ido a la pastelería, pues Ester quería saber cómo se encontraba su sobrina.

—Dile que no se preocupe. Que estoy perfectamente y todo me va fenomenal. ¿Y vosotros?

—Pss, normal. Como siempre —contestó su primo—. Aguantando las broncas de mi padre. Como siempre —volvió a repetir.

—¿Dijo algo por mi falta? —preguntó temiendo la contestación, pero, por otra parte, quería saberlo.

—¡Uy, ya lo creo! Dijo de todo. Que si tú lo que querías era zorrear como tu madre, que si tenías muy poca vergüenza después de todo lo que él había hecho por ti. Bueno, ya sabes cómo es, soltó burradas. Acabó el discurso diciendo que, si volvías a casa con el rabo entre las piernas, te pondría de patitas en la calle.

—Lo siento. Siento que hayáis tenido que aguantar broncas por mi culpa —replicó la joven con tristeza.

—No te preocupes, ya le conoces. No le hacemos ni caso, cuando se cansa de hablar, cambia de tema y a otra cosa. Todos nosotros te queremos bien. Ya lo sabes.

—Gracias, Juan Carlos. —Metió la mano en el bolsillo de la bata y sacó cinco duros—. Dáselo a tu madre, pero que no lo sepa tu padre.

—No hace falta, Bárbara. No es necesario.

—Vamos, cógelo. Sois muchos en casa y a tu padre le gusta tener sus caprichos.

—Sí, eso es cierto. El tabaco y las copas de aguardiente en el bar no las perdona, y le da lo mismo si gana cuatrocientas pesetas o las pocas veces que llega a las seiscientas —dijo, refiriéndose al sueldo semanal—, siempre saca tiempo para ir al bar, dice que le relaja los nervios. Menuda cara —Juan Carlos le explicó lo que ella ya sabía.

Los primos se miraron durante unos segundos, sin articular palabra. Fue Bárbara la que rompió el silencio.

—Pues por eso. Coge este dinero que, aunque sea poco, algo es algo.

—Gracias, prima. Se lo daré a mi madre —añadió a punto de dar media vuelta y salir de la pastelería.

—Espera. —Cogió un pastel de hojaldre y se lo dio—. Para el camino.

—Te reñirá tu jefa si se da cuenta —le advirtió con una mueca. Bárbara sonrió y sus ojazos se iluminaron.

—Tranquilo, no se dará cuenta. Y sí así fuera, le diré que me lo he comido yo.

El muchacho sonrió y salió tan contento de la pastelería, pues le había gustado hablar con su prima. Sabía de sobra que a pesar de las burradas que dijera su padre, Bárbara era una buena muchacha, y él la quería.

Esa noche, Natalia le echo una bronca de campeonato.

—¿Pero tú eres tonta o qué te pasa?! ¿No ves que el dinero te puede hacer falta para cualquier emergencia? Además, ya se cobraron bien tu estancia con ellos.

—Mi tía lo necesita más que yo —replicó la afectada, viendo cómo el semblante de Natalia se enfurecía y se contraía.

—¡Y un cuerno! Tu tío gana un sueldo decente y puede mantener bien a su familia, y si no, que no hubiera tenido tantos críos. Así que no hagas el tonto y ve ahorrando para el viaje a Mallorca, que con lo rápido que pasa el tiempo, sin darnos cuenta habrá llegado la fecha. —Bárbara la miró sorprendida.

¿Qué tonterías estaba diciendo?

—No me mires así. Has oído perfectamente. Sabes que me voy todos los veranos a Mallorca.

—Sí lo sé, claro que lo sé. Pero yo no voy a Mallorca —contestó segura de sí misma.

—Sí vas. Lo tengo todo estudiado y hablado. La señora Engracia ya lo sabe, en realidad, fue ella la que sacó el tema, preguntándome qué me parecía, y yo, por supuesto, le dije que estupendo. Vendrás en calidad de trabajadora, igual que yo. Doña Carolina cierra el mes de agosto, justo el mes que nos vamos a la isla. —Las amigas se miraron detenidamente. Natalia acercó un dedo al ojo de Bárbara y se lo frotó.

—Tienes una pestaña; ya está. Bueno, ¿qué me dices?

—Me has dejado sin habla. —Los enormes ojos verdes la miraban sin pestañear, al tiempo que pensaba en la suerte que tenía de ser su amiga.

—Nos lo vamos a pasar de fábula, ya lo verás —exclamó frotándose las

manos para, después, dar palmaditas en los mofletes de Bárbara—. Tendremos la mayor parte de las tardes libres. Podremos ir a la playa, tomar el sol, bañarnos, ir de paseo... Y por la noche..., al baile.

—¿En serio? —preguntó incrédula, sintiendo las mejillas calientes, y dando gracias de que ya no le diera tortas en la cara.

—Claro. La señora Engracia me dejaba hasta las doce, y eso fue el año pasado. Este, como vamos las dos, seguro que nos deja hasta más tarde. Por supuesto, al día siguiente hay que madrugar, pero no mucho. Alrededor de las ocho.

—¡Qué bien! —Palmoteó Bárbara loca de contenta, pero al momento su bello rostro se contorsionó en una mueca—. ¿Y si Doña Carolina no toma vacaciones? ¿Y si no quiere dárme las?

—Cerrar, cierra, pues se lo ha dicho a la señora Engracia, y tú tienes derecho a tus vacaciones, aunque no todo el mes, claro... Pero bueno, seguro que ya sabe algo. De todos modos, si te quisiera enganchar en agosto, tú le dices que hable con la señora Engracia, que te has comprometido con ella y a ver qué pasa. Yo creo que la pastelera tragará, porque siempre le ha tenido mucho respeto a la señora, más que nada, porque está muy bien mirada por eso de trabajar para mi señor. Por eso, creo que no te hará la puñeta. Estoy segura. —Al terminar la frase, le pasó una mano por la cara, a modo de caricia.

—Qué ilusión. ¡Estoy deseando que llegue el verano! Mallorca. —Paladeó las sílabas lentamente, como si fuese el dulce más exquisito—. Hasta el nombre es precioso, ¿no te parece? —preguntó Bárbara, que con quince años no había visto el mar.

Pero Natalia no contestó a esa pregunta, que podría ser retórica, aunque ella no supiera qué significaba.

Natalia miró a su amiga durante un largo momento, hasta que la voz de la más pequeña dijo:

—Venga, apaga la linterna, que mañana hay que madrugar.

Corría el año 1955 y todavía faltaban unos meses para el verano, pero la ilusión que Bárbara tenía por sus próximas vacaciones, solo eran comparables con la venida de los Reyes Magos cuando era pequeña y la inocencia brillaba por todos los rincones de su mente. A los siete años, cuando unos niños mayores le dijeron quiénes eran los Magos, supo que esos niños decían la verdad, pues no le cupo ninguna duda, y aunque su madre y su tía Ester dijeron

lo contrario, ella ya lo tenía muy claro. Trabajaba con ahínco y deseaba que los días pasaran rápidos, y pasaban, pues con tanto trabajo las horas volaban y no había tiempo para más. Las noches se hacían placenteras, pues no solo de sueño se llenaban. Ella y Natalia charlaban hasta las tantas y después jugueteaban un rato.

La primera noche que ocurrió, Bárbara receló, pero Natalia, con muchas artes, la convenció, pues esos dos años de diferencia jugaban de su parte. Todo eran ventajas y ningún inconveniente, le dijo.

—No te quedarás embarazada ni cogerás ninguna enfermedad de esas venéreas —añadió—, sigues siendo virgen para tu futuro esposo, aparte de pasar un rato muy bueno, y, sobre todo, conoces tu cuerpo y sabes lo que es el placer. No tiene nada de malo pero, aun así, no lo vamos a contar. A nadie. Pues las mujeres que hacen cosas así, no lo dicen, no lo cuentan, porque a nadie le importa.

Bárbara se dejó convencer, pues pensaba que Natalia era más experta y sabía más que ella, y eso daba lugar a que la pequeña confiara en la grande y, como era la única amiga que tenía, no la quería perder. Pero, con todo y con eso, permanecía pasiva, se dejaba hacer. Cerraba los ojos y pensaba que Natalia era un muchacho, que con esas caricias estaba aprendiendo a conocer su cuerpo, a sentir lo que unas manos te podían hacer, las sensaciones que provocaban en su cuerpo.

De todos modos, sabía que era pecado y que algo así debía de confesarlo, pero no se imaginaba diciéndole a un sacerdote que dormía con una amiga y dejaba que tocara todo su cuerpo. No estaba dispuesta a tal cosa.

Primero empezaba por los pechos llenos y duros que tanto envidiaba. Los acariciaba con mucha suavidad al principio pero, como pronto se excitaba viéndolos y tocándolos, continuaba estrujándolos con ganas, sin hacerle daño pero pasándose un poco. Cuando se cansaba de masajearlos con más o menos fuerza, agachaba la cabeza y pasaba la lengua por los pezones, calentándola de manera lenta, lamiendo una y otra vez, para después mamar de ellos con una furia notable, mientras los sujetaba con las manos hasta dejarlos rojos como granadas.

Cuando ya estaba saciada de la parte superior, le abría las piernas lentamente y le acariciaba el sexo con la mano, para centrarse en el clítoris con uno o dos dedos, después los chupaba y, con su saliva, los mojaba volviendo a tocarla, unas veces despacio y otras más rápido. Natalia se

excitaba mucho y, mientras hacía todo eso, se tocaba su sexo porque sabía que Bárbara no le iba a devolver la moneda; por lo menos las primeras veces, tal vez luego, con el tiempo, quién podía saberlo.

Cuando conseguía un orgasmo con sus propios dedos, metía la cabeza entre los lozanos muslos de Bárbara y la chupaba enterita, mientras oía los pequeños gemidos y disfrutaba de ello, sabiendo que, a pesar de ser reticente, Bárbara estaba gozando y era gracias a ella, a sus dedos y a su boca. Para terminar la fiesta, Bárbara se subía encima, órdenes de Natalia, y cabalgaba frotándose los sexos mientras se estrujaban los pechos. Era lo único que Bárbara hacía de mutuo propio.

Sabía de sobra que eso no estaba bien, pero Natalia decía que les serviría de experiencia con los hombres y ella quería creérselo, aunque no era tan ingenua. Incluso, en una ocasión, Natalia le dijo que era muy probable que, en un futuro, cuando se casara, podría ser que el esposo no le diera placer, que no supiera qué puntos tocar para producir un placer sublime y que cuando él terminara, ella se habría quedado a dos velas.

—Así que, si tu marido no sabe nada, por lo menos tú sí que sabrás lo que es el placer, y cuando estés sola podrás apañarte.

Tal vez tuviese razón, pensaba la muchacha, pero de todos modos, Bárbara no quería hacerle las mismas cosas que le hacía a ella. Recibir sí, devolver no. Tocarse los pechos no contaba, y subirse encima, tampoco.

Capítulo 4

Un sábado, se quedó hasta tarde haciendo limpieza general en la cocina de Doña Carolina, después de haber dejado como los chorros del oro la pastelería. Cuando terminó ya era de noche y estaba cansada, muy cansada. Presurosa, fue a reunirse con Natalia en la casa de los Oliveira.

Al llegar a la esquina, unos fuertes brazos la cogieron por la cintura. La ronca voz de su tío la asustó mucho más que los brazos alrededor de su cuerpo, y el miedo le recorrió la espina dorsal. De un empujón la metió en el portal más cercano. Quiso chillar, pero no pudo. Las manos de Juan manoseaban su bonito cuerpo, sin dejar que se le escapara. Pataleó y le clavó las uñas en el cuello, pero la fuerza del hombre era superior y las ganas que tenía de tocar ese cuerpo lozano, mucho más. La puerta del portal estaba entornada y apenas dejaba pasar la luz de las farolas, pero la muchacha no necesitaba ver a su tío, pues sentía de sobra esos brazos aprisionándola y esas manos sobándola.

Cuando estaba a punto de salir, un grito desde lo más profundo de su garganta, unas manazas grandes y oscuras, salieron de las sombras y se dejaron caer sobre los hombros de su tío con un fuerte impacto. En unos segundos, Juan se vio aprisionado contra la pared y ella quedó libre, mirando cómo un tipo alto y grande lo tenía cogido por las solapas de la chaqueta. Lo zarandeó varias veces y le escupió estas palabras:

—Te gusta tocar a las niñas, hijo de puta. Voy a darte una paliza y luego llamaré a la policía. —Las palabras, la amenaza, no sonaron fuertes, pues el tono era ronco pero susurrante, como deseando que los vecinos de ese portal no se enterasen de lo que estaba ocurriendo.

Bárbara se asustó más de lo que estaba. Ya se imaginaba saliendo en los periódicos, que vergüenza, sobre todo para su tía Ester y los niños.

—No, por favor, déjelo marchar. Se lo ruego. Ya ve que no ha pasado nada. —El hombre la miró fijamente, estudiándola con detalle. Soltó a Juan de un empujón al tiempo que lo taladraba con la mirada.

—Lárgate, cabrón —le susurró al oído—. Esta vez has tenido suerte. La próxima, te doy una somanta de hostias que te dejo sin dientes.

Juan salió despacio, sin darle la espalda, pues ese tipo era muy fuerte, le

sacaba una cabeza y parecía tener muy mal humor, aparte de cómo iba vestido. Mejor que él. Mucho mejor que él, pues esas ropas eran de hombre adinerado. Eran de sastre.

Cuando desapareció de la vista de ambos, y con la puerta abierta para que entrara más luz de las farolas de la plaza, el hombre se acercó hasta ella. Aparentaba unos treinta y tantos y era muy atractivo, pero al tiempo, también daba un poco de miedo.

Ella lo miró con sus ojos verdes, intentando ver más de lo que la semipenumbra de los soportales le permitía.

—¿Estás bien, pequeña? —Esa voz, dirigiéndose a ella, hablando en un tono normal sin mostrar enfado, le recorrió el cuerpo de una manera que no supo descifrar.

—Sí, señor —susurró, queriendo desaparecer. Avergonzada de que su tío le hubiera puesto en ese atolladero, pensando que ese hombre igual podría ser peor que su tío.

—¿Por qué no has querido que llame a la policía, o por lo menos que le diera unos cuantos golpes? Ese tipo de hombres merecen un escarmiento. —La voz era muy masculina. Dura, firme y algo más que la muchacha no supo discernir.

—Sí, tiene razón, pero al final, gracias a usted no ha pasado nada. No ha ido a mayores.

El hombre la miró con curiosidad.

—Exactamente, si no llego a estar aquí sí habría llegado a mayores, como tú dices, a no ser que algún vecino hubiera oído el revuelo. ¿Qué ocultas, niña? —Ella observó la fría mirada del hombre, dándose cuenta de que sus ojos eran azules y, sin poder evitarlo, sintió miedo, vergüenza, ansiedad, timidez... todo junto.

Las lágrimas se le saltaron y se derrumbó.

Él se acercó más. Era muy fuerte y alto.

—No llores, pequeña, no ha pasado nada. Anda, tranquilízate, dime dónde vives y te llevaré. Tengo el coche cerca.

Bárbara se limpió las lágrimas y se fijó en el cabello rubio, muy rubio, del hombre. Tenía las sienes ligeramente plateadas, o eso le pareció. El rostro, duro y viril, denotaba una fuerte personalidad. Era muy atractivo. Demasiado.

Pero era mayor.

Era un hombre en toda la amplitud de la palabra. Seguramente de la edad

de su tío o incluso algo más.

—No es necesario. Vivo aquí cerca —dijo a modo de explicación, pasando las manos por las mejillas para limpiar los restos del llanto.

Estaban uno frente al otro, cerca, pero sin tocarse.

—Vamos. Te acompañaré. —La tomó por el codo con mucha suavidad y salieron del portal. Anduvieron unos pocos metros y ella se paró ante una enorme puerta de dos hojas, de roble oscuro labrado con hermosas filigranas.

—Aquí es. —Él miró la puerta y la contempló a ella. Sus labios carnosos mostraron una sonrisa irónica. Los dientes eran perfectos, fuertes, blancos, sin huecos por ningún sitio.

—¿Me quieres hacer creer que tú vives aquí?

«Se ha dado cuenta de que no tengo clase para vivir aquí», pensó la niña, enrojeciendo avergonzada.

—Sí, señor, vivo aquí. Exactamente duermo aquí. Tengo una amiga que trabaja en esta casa y me alojo con ella. ¿Conoce usted a los dueños?

—Sí, los conozco. ¿Cuántos años tienes? —preguntó sin dejar de mirarla.

—Quince, ¿y usted? —preguntó ingenuamente.

Una carcajada salió de su garganta. Qué candor tenía la chiquilla.

—Anda, entra. Es muy tarde para que una niña de quince años esté en la calle. Vamos. No pierdas el tiempo.

La muchacha no perdió ni un segundo, pues esa voz, esa orden más bien, no dio lugar a que perdiera el tiempo, como él dijo.

Las dos amigas, sentadas en la cama una frente a la otra, con las piernas dobladas al estilo indio, con las cabezas casi rozándose, cuchicheaban como si alguien pudiera estar escuchando detrás de las paredes, o peor, detrás de la puerta.

—No te puedes imaginar el susto que me llevé.

—Ya lo creo que me lo imagino —repuso Natalia frunciendo su naricilla—. Seguro que yo me habría desmayado, menos mal que apareció ese hombre. Madre mía. Una no está a salvo ni en plena Plaza Mayor. Pero ¿quién será ese hombre?

—No lo sé. ¿Sabes lo que más me llamó la atención de él? —preguntó con un gesto encantador.

—¿Qué? —preguntó la mayor mientras le colocaba un rizo moreno detrás de la oreja a su amiga del alma y compañera de juegos nocturnos.

—Su olor —contestó enrollando un mechón entre sus dedos.

—¿Su olor? —cuestionó Natalia, acariciando el ovalo de esa cara tan hermosa, al tiempo que pensaba cuánto tiempo tendría que esperar para tocarla a sus anchas. Todas las partes de ese cuerpo tan hermoso... Uf, lo estaba deseando desde la mañana.

Pero Bárbara no se dio cuenta de los pensamientos de su amiga, ni tampoco tenía ganas de juegos sexuales, pues ella seguía pensando en el hombre que la había rescatado de las garras de su tío.

—Sí. Olía muy bien. A limpio y con un ligero aroma masculino. Como lo que se ponen después de afeitarse, o tal vez en el baño. No sé..., algo de eso. Pero no como huelen la mayoría de los chicos, a sudor y a tabaco.

—Y dime, ¿cómo era? ¿Moreno? —No es que le interesara mucho de qué color tenía el pelo ese tipo, pero sabía que cuanto más coba le diera, antes tocaría esos pechos que tanto le gustaban.

Mientras pensaba en ello, se colocó detrás de ella y se puso a jugar con esa melena rizada tan abundante, haciendo como que lo recogía en un moño y lo volvía a soltar.

—No. Rubio. Un rubio así, como oscuro, pero claro al mismo tiempo. — Natalia soltó la melena de golpe y se colocó enfrente, mirándola con los ojos abiertos como platos.

—¿Rubio? ¡Ay, madre! —preguntó y exclamó de corrido.

Las muchachas se miraron la una a la otra, cada una con sus pensamientos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara? —Natalia seguía sin decir nada y Bárbara continuó—. Era rubio, con los ojos azules o grises; creo que azules, pero no me fije mucho. Había poca luz en el portal y al salir a los soportales, como era de noche... Además, me daba vergüenza mirarle a la cara después de lo que pasó. —Natalia se levantó de la cama y paseó por la habitación.

—Rubio, con las sienes plateadas, ojos azules. Alto, muy alto. Fuerte, muy fuerte.

—Sí, creo que sí. ¿Lo conoces? ¿Quién es? —Natalia se tomó su tiempo para contestar. Era bastante teatrera, y viendo el rostro asustado de su amiga, más se hizo de rogar.

Cruzó los brazos debajo de sus pequeños pechos, haciéndolos asomar por encima del escote del camisón y lo soltó.

—Don Manuel. —Bárbara la miró a los ojos sin pestañear durante un largo minuto, mientras la otra esperaba en la misma posición.

—¿Tu jefe? ¿Tu señor?

—Exactamente. El padre del señorito Carlos y de la señorita María del Mar. Don Manuel Oliveira.

—Pero si no parecía tan mayor.

—Se conserva bien. No sé los años que tiene, pero no es muy muy mayor —dijo Natalia, un tanto fastidiada por no saber la edad de Don Manuel.

—¿Crees qué tendremos consecuencias? —La pregunta sonó con temor. Temor por ella misma, por si tenía que buscarse otro sitio, pero en especial por Natalia. Si perdía el trabajo por su culpa, no se lo perdonaría nunca.

—No lo sé. De todos modos, se lo tendré que contar a la señora Engracia, por si las moscas. Es mejor tenerla al corriente de lo sucedido por si el señor se dirige a ella pidiendo explicaciones.

—Pero ¿no dijiste que tiene carta blanca? —repuso la muchacha, que no se había olvidado de esa expresión.

—Sí, pero todo dentro de un orden. Es mejor que la señora Engracia esté al corriente y así nosotras nos cubrimos las espaldas.

Bárbara movió varias veces la cabeza.

—Sí, tienes razón.

—Bueno, no pensemos más en el asunto. Lo que tenga que ser, será.

Pasó un rato y Natalia vio cómo su amiga se desnudaba por completo y se metía en la cama que compartían. Se acercó, se quitó de un movimiento el camisón y comenzó a acariciar los pechos grandes y duros, tomándose su tiempo. Bárbara se revolvió en la estrecha cama para facilitarle el trabajo y le dijo que le gustaba mucho lo que le hacía, pero, sobre todo, cuando jugaba con los pezones y los ponía gruesos y duros. Natalia se hinchó de orgullo y sintió ese cosquilleo entre los muslos, mientras seguía con el masaje y oía la sensual voz de Bárbara.

—Oye, ¿a ti qué te parece?

—¿El qué? —preguntó a su vez sin dejar los pezones de Bárbara.

—Don Manuel —contestó con un jadeo, al tiempo que empujaba los pechos.

—Está muy bien, pero es algo viejo. Podría ser nuestro padre. Y tiene un carácter muy fuerte y es bastante serio. —Se agachó y lamió un pezón despacio, oyendo el jadeo de la otra.

—Su hijo... es muy... guapo. —Las palabras salieron entrecortadas.

—Sí, y muy simpático. Ahora cállate y relaja el cuerpo. Esta noche vas a disfrutar de lo lindo.

Mientras le chupaba los pezones y le acariciaba la parte interna de los muslos, Bárbara cerró los ojos, abrió los muslos de par en par, e imaginó que era Don Manuel quien la tocaba.

Capítulo 5

No hubo consecuencias. La señora Engracia fue puesta al corriente, pero ahí quedó la cosa, pues Don Manuel Oliveira no preguntó por la muchacha y el incidente no salió en ninguna de las conversaciones que tuvieron. Tenía otras preocupaciones en mente, como para estar pendiente de una jovencita que compartía el dormitorio con una sirvienta de la casa.

Era un hombre muy rico, pero también muy ocupado. Poseía dos fábricas textiles en Barcelona, una constructora en Madrid, un pequeño hotel en Palma de Mallorca y varias casas y edificios de alquiler. Pasaba la mayor parte del tiempo en las obras (reformas y construcciones de viviendas, carreteras, presas, etc.), pero no desatendía los demás negocios. Por otra parte, no le gustaba tener el dinero invertido en una sola empresa. La variedad, sobre todo. Como con las mujeres. Una finca en Guadalajara; «La Colina», otra en Sevilla; «El Alcázar», y en Salamanca; «Los Olivos». La casa de Madrid, la de Palma y alguna «cosilla» más. Por ejemplo, el pequeño y coqueto apartamento que le había regalado a su novia y amante en la calle Fuencarral y que, por ser un regalo, estaba a nombre de ella.

Aparentaba menos de los cuarenta años que ya había cumplido. Su cuerpo era una masa de músculos, hechos a fuerza de duro trabajo, pues nunca se le cayeron los anillos por doblar el espinazo en lo que fuese, antes o ahora. Era gallego. Toda la rama paterna era gallega, de La Coruña. Pero su madre y todos los ascendentes habían sido alemanes. Su aspecto físico declaraba totalmente su procedencia germana. Así como su padre fue un hombre delgado y no muy alto, él poseía una fuerte complexión, y su considerable estatura dejaba en mantillas a la mayoría de los hombres. Su pelo casi blanco cuando era un bebé se fue oscureciendo hasta llegar a un rubio dorado oscuro. Los ojos azules intensos eran fríos como dos glaciares, suavizándose con sus hijos y con su amante, y con esta, no siempre. Debería haberse casado tiempo atrás, pero no tenía tiempo, o más bien debería decir que no tenía ganas y ponía la excusa del trabajo, de los viajes y, por qué no, añadir que era muy egoísta con relación a las mujeres y quería tener toda la independencia posible. No quería verse sujeto, no deseaba tener una mujer pegada a sus pantalones todo el tiempo, y si se casaba, como seguiría haciendo la misma

vida, no quería oír los llantos y lamentos de una mujer histérica. Como no le pillara en la hora tonta o se le presentara con una barriga, seguiría dando largas al asunto..., por lo menos, un año más.

Por otra parte, era viudo. Tuvo una vida de casado, con momentos buenos y momentos regulares. Era una etapa quemada pero no olvidada. Se casó muy joven, con veinte años. A los veintiuno ya tuvo el primer hijo y, cuatro años más tarde, volvió a España con una mujer, dos hijos, una suegra y muchísimo dinero.

Con catorce años se fue a Brasil, pues no tenía nada que le tirase en su tierra; los padres habían muerto con pocos meses de diferencia y le habían dejado una ínfima cantidad de dinero, que no le llegó ni para pagarse el pasaje. Pero era joven y fuerte. Trabajó durante el trayecto en barco de lo que hizo falta, adquiriendo conocimientos y astucia a partes iguales. En el nuevo continente siguió con la misma pauta y se deslomó haciendo cualquier cosa, pues él no era un hombre, entonces muchacho, de medias tintas, dejándose la piel en todo lo que hizo; fue albañil, minero, donde tuvo varios accidentes, camionero... y traficó con todo lo que pudo. Con dieciocho años, emigró a Venezuela y allí se asoció con el que sería su suegro. Añadió sus ahorros al negocio familiar, un hotel-tienda-restaurante, y pocos meses antes de volver a España, lo vendió por el triple de su precio real.

Un mes antes de partir, su suegro murió de un infarto. Su esposa, la madre de sus hijos, murió tres semanas después de que un coche la atropellara en plena Gran Vía madrileña. Manuel contaba con treinta y cinco años, y ella con cuatro menos. A los tres años de enviudar, se enamoró de Olga, una guapísima joven que conoció en uno de sus muchos viajes a Barcelona. La chica estaba comprometida con un floreciente abogado catalán, pero cuando conoció a Manuel, cayó totalmente en sus redes. Rompió con su novio, dejó su carrera de modelo y se trasladó a Madrid para estar cerca de él, dando por hecho que se casarían pronto. De eso hacía dos años.

Olga estaba segura de que la culpa de todo la tenía María del Mar. Odiaba a esa chiquilla. No dudaba que le tenía celos, que quería a su padre para ella sola y no admitía que una mujer ocupara el puesto de esposa de su padre. Sin embargo, Carlos, el mayor, era un encanto; siempre atento, cariñoso y educado hasta el extremo. Todo un caballero para ser tan joven. Aparte de los celos, no descartaba la envidia hacia ella por parte de esa tonta cursi. Esta era una jovencita de diecisiete años, mona, pero nada del otro mundo. Por el

contrario, Olga era una despampanante rubia de ojos grises con una boca seductora. Tal vez pecaba de excesiva delgadez, detalle que le vino muy bien para su carrera de modelo, pues los modistos para los que trabajó estaban encantados de cómo lucían los vestidos o trajes sobre su cuerpo. La altura, la elegancia, la esbeltez y el cabello rubio le daban un aire nórdico que hacía vender todo lo que las costureras le ponían, pues las damas de la burguesía catalana admiraban el vestido en primer lugar, pero no dejaban de valorar la elegancia y la manera de lucirlo y llevarlo.

Según María del Mar, llamaba la atención por los abrigos de pieles y las carísimas joyas que le regalaba su padre, y porque era más alta que una jirafa. A Carlos siempre le decía lo mismo: «vale más el envoltorio que el contenido». Ante ese comentario, el hermano sonreía. Las mujeres podían ser los seres más seductores de la Tierra y al mismo tiempo los más destructores.

No olvidemos en este recorrido familiar a Doña Carmencita, la suegra de Don Manuel.

Manuel y la Doña, como él la llamaba cuando no estaba delante, se toleraban. Cuando conoció a su suegro, Carlos, le cayó bien desde el primer momento, con la suegra pasó todo lo contrario. Justo el tipo de mujer que él aborrecía. Mandona, que quería hacer siempre su santa voluntad, que manejaba al marido como un pelele, le chillaba y le reñía como si de un niño se tratara.

Al morir su suegro, sintió un dolor intenso en su interior por la falta de un hombre bueno que había ocupado el lugar del padre perdido. Pero cuando se dio cuenta de la que se le venía encima..., de que tendría que batallar él solo con la bruta de su suegra, le dieron ganas de reunirse con Carlos. Poco antes de que su esposa muriese, le prometió a esta que cuidaría de la Doña hasta el final de sus días, y aunque no hubiera hecho tal promesa, se habría encargado de ella. No la tragaba, pero no la metería en un asilo.

Se la comía con los ojos. No lo podía evitar.

—Mira que estás guapa hoy. Hoy y todos los días —ronroneaba José Antonio, sin retirar la mirada de la muchacha.

Bárbara procurando no reírse ante los piropos del hijo de su jefa, fregaba el suelo de rodillas. El joven miraba el precioso trasero que se contoneaba al compás de los movimientos y cómo se ajustaba la bata a esas redondeces que deseaba acariciar. Ese culo tenía pinta de estar duro como una piedra, y él

sintió unas ganas locas de palmear los cachetes.

—¿Te vienes esta noche al baile? Y no me digas que no te dejan, que sé que vives en casa de Carlos Oliveira y no tienes hora de recogerte. —Bárbara se levantó con rapidez y lo miró de frente.

—El hecho de que me aloje en la habitación de Natalia, no quiere decir que pueda llegar a la hora que me dé la gana, y esta noche no voy a salir, pues tengo muchas cosas que hacer. Y si no quieres que tu madre me eche la bronca, será mejor que me dejes tranquila.

—Qué arisca eres, Barbarita. Si tú quisieras podrías ser mi novia. —La chica frunció el ceño y lo miró como si estuviese loco.

—¿Tu novia? No me hagas reír. Si tu madre se entera de las cosas que me dices, me pone de patitas en la calle.

—Mi madre hace lo que yo le diga.

—Sí, sí —afirmó con sorna, viendo cómo el joven se ponía colorado.

—¡José Antonio! —llamó la madre desde el piso de abajo—. ¡José Antonio! —volvió a repetir.

—¡Voy, madre, voy! —Bajó el tono de voz y añadió—: Estás tan rica, que te comería entera.

«Por fin», pensó la muchacha viendo cómo se iba pero sin dejar de observarla, haciéndole cochinas con la lengua. Qué descanso le quedaba cuando José Antonio no rondaba alrededor. Siempre estaba intentando meterle mano y rozándose cada dos por tres, apretándose contra su culo para que ella notara el bulto de sus pantalones. Y Natalia decía que los hombres mayores eran verdes, pues anda que algunos jóvenes no se quedaban atrás.

Al pensar en esas cosas, le vino a la cabeza algo más grave todavía. ¡Uf! Se lo tendría que decir a las claras, aunque le costara un enfado. La otra noche, Natalia había querido que se besaran en la boca mientras hacían lo otro, pero Bárbara se negó. No le parecía bien. Todo le parecía impúdico y obsceno, aunque fuese placentero, pero lo de besarse en la boca... era... repugnante. Así que había decidido que no volverían a las andadas. Y si Natalia se enfadaba, peor para ella, pues todo esto se estaba pasando de tueste, y aunque reconocía que gracias a las prodigiosas manos o, mejor dicho, dedos de su amiga, sentía mucho placer, no terminaba de gustarle, sobre todo lo de hacerlo con la boca, meterla entre los muslos. Madre mía, era todo muy lascivo. No quería enfadar a su amiga, pues se notaba a las claras que todo eso le gustaba y mucho, y Bárbara pensaba que, si los hombres sabían hacer esas

cosas así de bien, sería una delicia. Mucho mejor que con una mujer, bajo su punto de vista.

A los diez minutos, subió Doña Carolina y muy seriamente se dirigió a la muchacha.

—No quiero que te entretengas con mi hijo —Bárbara no contestó. La miró con sus hermosos ojos, esperando la reprimenda—. Cuando él se dirija a ti, córtale los vuelos. Nada de simpatías ni tonterías ni coqueteos.

—No, señora. Puede estar tranquila que yo jamás...

—Está bien —cortó en seco—. Solo aviso una vez.

Salió de la cocina como una exhalación.

Pues que se fuese a la porra, pensó, la madre y el hijo, los dos. Ya sabía que la consideraban muy poca cosa. Pues bueno. No necesitaba ningún hijo de pastelera, ni una futura suegra como Doña Carolina. A la porra, una y mil veces.

A lo mejor en Palma de Mallorca podría encontrar un trabajo bonito y quedarse para siempre. A lo mejor podría encontrar un novio y quedarse para siempre. O a lo mejor podría dejar de pensar en tonterías y continuar con sus quehaceres antes de que se quedase sin trabajo.

Capítulo 6

A la salida fue al encuentro de Natalia. Decidieron dar una vuelta y regresar pronto a casa. Se contaron unas cuantas tonterías y, seguidamente, Natalia le dijo que tenía una sorpresa para ella. Se trataba de unas ropas que obtuvo de segunda mano. Estaban en perfectas condiciones, de hecho, estaban casi nuevas. Una de las muchas amigas que tenía Natalia servía en casa de unos señores muy ricos de Madrid, no muy lejos de la plaza Mayor y por supuesto en el Barrio de los Austrias. La señora le regalaba ropa que solo se había puesto en dos o tres ocasiones, pero la muchacha no se la podía poner porque estaba muy entradita en carnes. En realidad, era uno de los motivos por el cual la señora se la regalaba. Pero la criada, avispada y despierta, hacía negocio con las prendas. Las vendía a bajo precio y se sacaba un dinero extra muy jugoso. Después, cuando la señora le preguntaba qué había hecho con las ropas, ella contestaba que se las había regalado a una hermana que vivía en Soria.

—Ya verás qué ropa más linda. No tiene nada que ver con las cosas gastadas y pasadas de moda que te han dado otras veces. Estas prendas, se puede decir, que están casi con la etiqueta. Con la etiqueta o recién hechas. Pertenece a una señorona rica, de esas que se compran en tiendas caras o se la hacen las modistas. Según me ha dicho Marisol, cuando va al extranjero, Paris y esos sitios, se trae de allí, cuando compra en el momento que hacen los desfiles privados, como lo que hacía la prometida de Don Manuel en Barcelona —explicó a una atenta Bárbara—, pero esos vestidos no se los regala. Son los otros, los más sencillos que, cuando se cansa de ellos o le quedan un poco estrechos, se los da a Marisol.

Bárbara se probó el primero, sencillo con la falda de vuelo, y no se lo podía creer. Le estaba casi perfecto, pues solo había que meterle un poco en la cintura y listo.

—Tú también te los puedes poner.

—No, no los lleno —contestó Natalia, tocándose los pequeños pechos con las dos manos.

—Pues los rellenas con algodón o con trapos —añadió, quitándose uno para probarse otro.

—No. Tú los luces mejor.

Bárbara se metió en un vestido de tubo blanco, con escote corazón y anudado al cuello. Mientras se anudaba el lazo, no se fijó en la mirada de admiración de Natalia.

—¡Jo! Estás de dulce... Te queda de escándalo.

—Si me viera mi tía Ester, no lo aprobaría. Estos vestidos son de mujer adulta y no para una muchacha de quince años —replicó mirándose en el espejo. Su rostro se mostraba serio. Natalia se acercó por detrás y le rodeó los pechos con las manos.

—Una muchacha de quince años que tiene un cuerpo de mujer —dijo zalamera, masajeando los senos y retorciendo ligeramente los pezones—. Madre mía, es tocarte los pezones y se te ponen duros en el acto.

—Natalia, yo... No creo que debamos...

—No seas tonta. Se los he sacado por cuatro perras —replicó en el acto, creyendo que los tiros iban por otro lado—. Quería hacer negocio conmigo y le he dicho que de eso nada. Total, para qué tienes a las amigas. Se lo he sacado todo por treinta pesetas y eso que me pedía cincuenta; y le he dicho: de eso nada, todo por treinta. Y ha claudicado, pues a fin de cuentas le he hecho más de un favor y me lo debía. No creo que vuelva a darme más prendas a este precio, pero bueno, da igual, con este lote te apaño —soltó toda esa retahíla, sin dejar de sostener los pechos de su amiga y mirándose en el espejo, deduciendo que ese gesto que mostraba el rostro de Bárbara era debido al asombro y a la gratificación que sentía ante su espléndido obsequio—. Es un regalo que yo te hago. —Al ver que Natalia no lo había comprendido, pensó que era mejor dejarlo pasar. Después de todo, qué mal hacían con eso. Como nadie se enteraba, como era un secreto entre ellas...

—Nos puede oír la señora Engracia. Creo que anda cerca —susurró mientras veía como Natalia se desnudaba en un periquete.

—No nos oye, anda déjame que te chupe un poco. Anda, por favor.

—Está bien, pero no hagas ruido y cierra la puerta con llave. —Natalia obedeció al momento y volvió junto a ella. Le desató el lazo del cuello y dejó los pechos libres.

—Madre mía, con lo grandes que son y están tiesos como los pitones de un toro. —Bárbara la miró sin pestañear y un tanto asombrada de que dijera esas cosas, pero en cuanto empezó a lamerlos y chuparlos, se olvidó de todo, cerrando los ojos y soltando pequeños suspiros.

Eso duró un pequeño instante, pues al momento sintió su boca sobre la de ella y dio un respingo, separándose.

—Te dije que no quiero que me beses. ¿Voy a tener que repetirlo constantemente? —La voz mostraba enfado, pero la expresión de esos ojos verdes y el rictus de la boca, también.

—Pero....

—Ni pero ni nada. No me gusta y ya está. Y ahora dejémoslo. —Terminó de quitarse el vestido y lo dobló.

Mientras se ponía su usada y ajada ropa interior, Natalia la observó atentamente. Estaba excitada y quería usar el cuerpo de Bárbara. Al agacharse para coger las medias, le acarició el culo hasta llegar al sexo.

—Anda, tontuela, déjame que te caliente, te prometo que no te besaré. Solo te haré todas las cosas que te gustan, de verdad, solo lo que te gusta. Te lo prometo, venga, no seas tonta.

Bárbara no contestó, pero sin cambiar de posición se abrió más de piernas y se dejó hacer. Le restregó los dedos contra las bragas de algodón hasta que se empaparon de humedad. Con el culo en pompa se las quitó y siguió martirizando el sexo, al tiempo que pasaba unos dedos por la hendidura de su trasero. Natalia se arrimó y frotó su pubis contra los carrillos turgentes de su amiga, mientras la seguía tocando y le provocaba un orgasmo detrás de otro. Cuanto más la excitaba, más culetazos daba Bárbara, haciendo que Natalia también se corriera varias veces. Al final, quedaron pegadas la una a la otra, el trasero de Bárbara frotándose contra los rizos oscuros del pubis de Natalia, y esta, agarrada a las caderas mientras daba topetazos contra ella, como si fuese un hombre embistiendo. Después, la cogió de la mano y la llevó hasta la cama, se sentó y colocó a Bárbara sobre sus muslos. Con una mano le frotaba el sexo y con la otra los pechos.

Cuando comenzó a aumentar la temperatura de nuevo, la señora Engracia gritó:

—Natalia, ¿dónde estás?

Las muchachas, deprisa y corriendo, dejaron lo que estaban haciendo y Natalia, que se vistió en un santiamén, fue al encuentro de la gobernanta.

Capítulo 7

Un domingo de finales de junio, Bárbara sacaba unas magdalenas del horno para ponerlas en el escaparate y, en ese preciso momento, oyó la chillona voz de su jefa.

—¡Oh, Don Manuel! Dichosos los ojos que le ven por aquí —agasajó al hombre mientras se atusaba su cabello oscuro, corto y cardado.

—Señora. Es un placer estar en su establecimiento. —Oliveira, cuando quería, era todo un caballero.

—Gracias, Don Manuel, es usted muy amable —añadió haciendo aletear las pestañas, como si tuviera veinte años menos, pero al momento, salió su vena negociante—. ¿No vendrá a buscar los pastelitos de los domingos? —«¿Qué clase de pregunta era esa, desde cuándo se dedicaba a recoger los pasteles de los domingos?», pensó el hombre—. Porque hace un momento que he mandado al repartidor.

—No, no. En realidad, vengo por otro motivo. Quisiera una caja de bombones. Para regalar.

—Ahora mismo, Don Manuel. ¿Pequeña?

—No. Grande. De las más grandes que tenga.

—Muy bien. ¡Bárbara, sal un momento!

Las cajas más grandes se hallaban colocadas en la zona más alta de las vitrinas, a espaldas del mostrador. Prefería que subiese la muchacha, que para eso la tenía. Bárbara salió y murmuró un «buenos días», mirando de refilón a Don Manuel.

—Anda, Barbarita, baja las cajas grandes de bombones para el señor Oliveira.

—Sí, señora —contestó humildemente.

Se encaramó por la estrecha escalera, abrió la puerta y tomó en sus brazos varias cajas. Manuel observó cada movimiento de la niña al tiempo que hablaba con Doña Carolina. Le gustó esa larga y recia trenza negra como el carbón y valoró las bien torneadas pantorrillas, que le dejaba ver la bata de trabajo. En el primer vistazo la reconoció como la muchacha que vivía en su casa.

—Cualquiera de estas puede llevarse. Chocolate de primera calidad.

Buenísimo —comentó la mujer cuando Bárbara las puso en el mostrador.

Manuel dejó caer la mirada sobre ella.

—¿Cuál te llevarías? —preguntó clavando esa mirada azul, haciendo que se ruborizara como una amapola.

—¿Yo? —Fue la pregunta tonta e inocente, mientras los ojos de ese hombre contemplaban su boca.

—Sí. ¿Con cuál te quedarías? —volvió a cuestionar sin apartar los ojos de ella.

—Con esta —contestó señalando la más cara. Estaba bien enseñada—. Es un chocolate muy suave y entra con nada. Y la caja es preciosa y se puede aprovechar... cuando esté vacía —añadió, mientras sentía el calor en sus mejillas y sin fijarse en la sonrisa de la jefa, algo que sí hizo Oliveira.

—Bien, ya ha oído usted, mi querida señora. Me la envuelve para regalo.

—Por supuesto, Don Manuel, ahora mismo se lo hace la niña, que envuelve las cajas de bombones de manera primorosa. —En esos momentos entraron dos clientas y se disculpó ante él para ir a atender.

—Doña Encarnación, Doña Virtudes... —Su voz se perdió en el otro extremo de la pastelería. Manuel se fue al pequeño mostrador donde la joven envolvía la caja y la contempló a placer.

Ella se puso nerviosa ante la mirada de ese hombre, y procuró que las manos no le temblaran mientras cogía el papel para envolver y la cinta para atar.

—¿No te habrá molestado otra vez ese hombre? —murmuró para que nadie escuchara esas palabras.

—No, señor, para nada —contestó sin levantar la mirada y en el tono más bajo posible. Los dedos le temblaron mientras cogía la cinta.

—Si tuvieras algún problema de esa índole o de otra cualquiera, no dudes en llamarme. Ya sabes dónde vivo. —Se lo estaba pasando muy bien con el azoramiento de la chiquilla.

—Sí, señor —susurró, mientras volvía a repetir la lazada de la caja.

Manuel no dejó de observarla y se recreó con su sofoco. Qué preciosa era. Toda ella. Desde ese cabello negro como un ala de cuervo, hasta las pantorrillas que había admirado mientras estaba subida en la escalera. Y qué cara, por Dios. Qué cosa más bonita.

El rostro de la chiquilla no podía estar más sofocado y no se atrevió a levantar la mirada. Pero si no lo hacía, si seguía así, iba a pecar de mal

educada.

—Cualquier cosa —repitió el hombre—. No lo olvides.

Ella elevó su rostro y lo miró con toda su inocencia. Sus verdes ojos estaban más claros que de costumbre y Manuel Oliveira volvió a calibrar la belleza de esa criatura. Era la perfección absoluta. Era una niña preciosa. Qué niña ni qué cojones, ¡si tenía un cuerpo totalmente desarrollado! En la penumbra del primer encuentro no se fijó lo suficiente. Ahora, con la claridad del día y las luces de la pastelería, no había la menor duda. Era una mujer para quitarse el sombrero.

—Aquí tiene, señor —susurró.

—Muchas gracias, niña. —Le dio un billete de cien pesetas a la dueña y no esperó la vuelta.

—Dele una buena propina a la niña —le dijo mostrándole una sonrisa—. Tiene una buena vendedora.

Con un ligero saludo de cabeza se despidió, poniéndose el sombrero y saliendo del establecimiento. Las mujeres lo miraron con admiración, y Bárbara volvió a respirar con normalidad, mientras escuchaba las palabras de Doña Virtudes.

—Madre mía, si todos los clientes fuesen así, se haría rica en unos meses.

Olga lloraba en un rincón, mientras Manuel se paseaba nervioso por la coqueta habitación. Parecía un león enjaulado.

—No empieces, Olga, no empieces otra vez con la misma canción.

—Eres egoísta, muy egoísta —exclamó entre llantos—, solo piensas en ti.

—¡Maldita sea! No quiero casarme. ¿Te parece mal que sea franco y que no te engañe?

—Lo que pasa es que no me quieres, solo me deseas, pero no me amas.

—No digas eso. Sabes de sobra que no es cierto. —Se acercó a ella y la tomó en sus brazos. La caja de bombones estaba abierta y empezada sobre la pequeña mesita de cristal—. Cariño, te quiero, te quiero mucho. Pero ahora no es el momento más adecuado para hablar de una boda. Tengo muchísimos problemas, mucho trabajo, ¿no lo comprendes? —Ella negó con la cabeza. A dos manos se limpiaba las lágrimas que rodaban por sus mejillas, estropeando el maquillaje.

—Todas mis amigas se han casado. La mayoría tienen un hijo y hasta dos. María Luisa ha tenido gemelos... y yo... —Hipando sufrió otro ataque de

llanto—. Muchos regalos: joyas, pieles, piso, vestidos, bombones —añadió mirando la gran caja que le había traído—, pero lo que realmente quiero, no me lo das. —Manuel se separó de ella. Cuánto le molestaban esos ataques de histerismo.

—Y siempre tienes trabajo. Siempre —continuó entre suspiros—. Eso es una excusa cualquiera para darme largas. Oh, qué desgraciada soy. Deseo morirme.

Aquello era el colmo. Los labios de Manuel se contrajeron en un rictus amargo y se peinó con sus grandes manos el corto cabello rubio oscuro. Se acercó a ella y la consoló.

—Vamos, vamos, no digas esas cosas. Te he dicho mil veces que vivamos juntos. Que te vengas a mi casa.

—Eso me lo dices porque sabes que no voy a aceptar. Sabes de sobra que no viviré bajo el mismo techo que tú si no soy tu esposa. No estoy dispuesta a que la gente hable de mí, como si fuese una cualquiera, como si tú estuvieses casado en lugar de viudo. Y vergüenza debería darte pedirme algo así.

Manuel ya estaba al límite de su paciencia. Quería hacer el amor con ella y sabía que en ese estado no se la llevaría a la cama. Histérica como estaba no conseguiría nada.

Se acercó otra vez y la rodeó con sus fuertes brazos. Le acarició el cabello y soltó el pasador que sujetaba la cola de caballo. El pelo rubio y liso cayó en graciosas caracolas, obra y gracia de los rulos que se había puesto esa mañana, enredándose en los largos dedos de él. Notó la aspereza. Cuántas veces le había dicho que se dejara el pelo de su color natural, «me gusta el castaño tanto o más que el rubio», pero ella no lo creía así. Estaba convencida de que le favorecía y mucho. La verdad es que así era. Lucía llamativa y sofisticada; con el único inconveniente de que la hacía un poco mayor de sus veinticinco años. Bueno, lo ideal habría sido que se cortara el cabello más a menudo, para que la melena estuviese más sedosa, pero como a Manuel le gustaba el pelo largo, solo se cortaba las puntas de tarde en tarde.

La fue consolando poco a poco y conmovido por la pena de ella, o tal vez por las ganas que tenía de practicar sexo, surgió una blandura que era impropia de su carácter. Dejó entrever que se podrían casar para octubre. Entre risas y lágrimas, Olga lo abrazó y lo besó, loca de alegría. No se lo podía creer. Era la mayor satisfacción que podía tener en la vida, aparte de ser madre.

Por fin. Su príncipe azul, su amor de locura, su hombre maduro y atractivo, sería su marido y la envidia de todas sus amigas. Ahora podía hacer lo que quisiera con ella, todo todo lo que quisiera. Y eso mismo se disponía a hacer. Sus grandes manos desabrocharon el vestido, botón a botón, soltándolos despacio, sin prisas, recreándose con ello. Llegó al último y cogiéndolo por los hombros se lo fue bajando. Ella sacó las piernas lánguidamente.

Le gustaba verla así. El sujetador, las bragas, el ligero y las medias, todo negro. El contraste sobre su piel blanca lo excitaba. No estaba llena, pero tenía un cuerpo bonito. Esbelto, bien formado, con poco pecho, pero en su sitio. Le dio la vuelta y la colocó a cuatro patas para acariciar su figura. Varias veces pasó los dedos por su sexo, pero sin entretenerse, sin tocarlo directamente, solo rozarlo. Sabía que eso la excitaba y se contoneaba como una bailarina de cabaret.

Manuel, que todavía estaba vestido y lo seguiría hasta el final, le quitó las bragas y cogió un bombón. Ella seguía en la misma posición. Con el bombón entre sus dedos, comenzó a frotarlo contra el vello, contra los labios mayores, bordeando la vulva, embadurnando toda esa carne, llevando el bombón que se deshacía entre sus dedos, hasta la abertura vaginal y metiendo un dedo dentro, para sacarlo al instante y jugar con el clítoris. Olga se movía lujuriosamente, al compás de esos dedos tan expertos y placenteros. Cuando terminó de restregarlo por los labios menores y por la protuberancia del clítoris, que en esos momentos se encontraban abultados al máximo, se limpió las manos con un pañuelo y, cogiendo a Olga por las caderas, le dio la vuelta y la tumbó en el sofá. Ella se abrió de piernas y dejó que metiera su rubia cabeza y lamiera el chocolate.

Olga gemía de placer. Encontraba maravilloso que le proporcionara tanto deleite con la lengua, con los labios, con toda la boca, que fuese un amante tan experto, pues cada succión, lamida, chupetón, o mordisquito era un gemido de placer. Cuando ya no quedaron rastros de chocolate, se separó de ella. Se desabrochó su bragueta con lentitud sin dejar de mirarla y la penetró.

—Pareces un niño malo que se ha zampado el chocolate de mamá —dijo mientras le pasaba un pañuelo alrededor de la boca.

—No ha sido el chocolate de mamá, ha sido el de la nena —diciendo esas palabras, la besó dulcemente y, sin saber por qué, pensó en esa niña de ojos verdes que le había vendido los bombones.

Capítulo 8

Mientras mojaban los churros en el chocolate caliente, las mujeres hablaban sin parar, como unas auténticas cotorras, como si eso fuese lo más importantes de sus vidas. El único descanso que se concedían era el momento en que el chorro entraba en la boca y poco más.

—Pues Dalia dirá lo que quiera —decía una—, pero ella no es que se cuide, es que la muy suertuda no engorda. Come todo lo que quiere y está hecha un esparrago. Y nos quiere hacer creer que no quiere engordar.

—Ya ves —exclamó Doña Carmencita, la suegra de Manuel—, a mis años voy a estar a dieta y tonterías. Ni hablar. Si me muero, pues que me entierren. Pero con el estómago satisfecho. Además, ahora no voy a conquistar a ningún galán para casarme con él. —Todas estallaron en carcajadas ante la gracia de la suegra de uno de los hombres más ricos del país.

Las amigas engulleron todos los churros que habían en la bandeja y pidieron dos docenas de buñuelos rellenos de crema. Normalmente se juntaban siete; pero ese día faltaba la tal Dalia. La más rica de todas era Doña Carmencita, gracias a su yerno. Las demás eran viudas acomodadas que tenían mucho tiempo libre y muchas ganas de cotillear y llenarse la barriga.

—¿Y tu yerno, Carmen? ¿Cuándo se casa? —preguntó una mujer regordeta con el cabello blanco.

—¡Ja! Cualquiera sabe. No lo veo muy decidido. Pero teniendo en cuenta su carácter y sabiendo que no pide opinión a nadie, el día menos pensado.

—¡Mujer, cómo eres! —replicó otra—. Tienes un yerno que ya lo quisiéramos cualquiera de nosotras.

—Pues os lo regalo. Para la falta que me hace...

—Con lo guapo que es. Tan alto, y esos ojos azules, y ese corpachón... ¿Cuántos años tiene? —intervino otra.

—Cuarenta, creo —contestó la Doña mientras cogía un buñuelo, sabiendo de sobra los años que tenía su yerno.

—Cuarenta, quién lo diría. No los aparenta. Podría pasar por treinta y cinco, perfectamente. Y su novia es guapísima. Una monada. Parece extranjera, como él.

Doña Carolina masticó y tragó el buñuelo, dispuesta a coger otro.

—Un poco alta de más y un poco flaca de más —replicó, mientras hizo tintinear su gorda muñeca adornada con tres pulseras de oro.

—Era modelo, ¿no? De esas que desfilan en las casas de los modistos ante unas pocas señoras.

—Sí, algo de eso —contestó la Doña sin mucho interés.

—¿Desfiló para Balenciaga? —preguntó otra.

—No creo. Ese está en Paris y ella me parece que solo trabajó en Barcelona —respondió la Doña, que ya estaba harta de hablar de ese tema.

—Bueno, es igual —dijo otra—, pero hacen una pareja estupenda. Si ella es un poquito lista, se casará pronto con él.

—Pues van para dos años ya —añadió la Doña, retorciendo los labios.

—No tardarán. ¿Pedimos más chocolate? —continuó otra, al tiempo que todas movían la cabeza en señal de afirmación.

Eran las ocho de la tarde y decidió ir a casa de tía Ester, aprovechando que Juan estaba de viaje. Pero a mitad de trayecto se dio la vuelta. Estaba algo tristona y deprimida y no quería oír el alboroto que armarían sus primos cuando la vieran. «Otro día, sí, otro día». Además, era muy tarde, entre que llegase, estuviera un rato y volviera se le haría tardísimo, aunque a paso ligero no tardaba más de diez o doce minutos en llegar, pero seguro que su tía le diría que se quedase a cenar y después, su primo Juan Carlos tendría que acompañarla.

No, mejor lo dejaba para otra ocasión.

Estuvo un rato hablando con la señora Engracia, que siempre le preguntaba qué tal le iban las cosas y si estaba contenta con el trabajo en la pastelería, y después de charlar unos minutos, la mujer se despidió para ir al encuentro de la Doña y jugar una partidita de cartas.

Se dirigió a la zona de servicio por el largo pasillo, escuchando el crujido de sus pisadas sobre el suelo de madera y apagando las luces para no hacer gastos innecesarios, pues es lo que hacía la señora Engracia, y ella la imitaba. Al abrir la puerta de la habitación de Natalia, escuchó los gemidos y supo, antes de verla, que se estaba masturbando. Entró y cerró la puerta con cerrojo. No sabía hacer otra cosa. Siempre igual. Ella estaba deseando que todas esas cosas se las hiciera un chico, pero al mismo tiempo tenía miedo de que la consideraran una fulana.

La amiga la invitó a compartir la cama.

—No tengo ganas —dijo poniendo mala cara—. Me duele la cabeza. Voy a

buscar una pastilla a la cocina. —La miró con desagrado antes de salir y añadió—: Echa el cerrojo, el día menos pensado te va pillar de cualquier manera.

A la noche, cuando la luz ya estaba apagada, le dijo Natalia:

—¿Sabes una cosa que le gusta muchísimo a los hombres y que a las mujeres les da asco y solo lo hacen las prostitutas?

—¿Qué? —preguntó sin mucho interés.

—Que se la chupen. —Bárbara la miró como si le hubiesen salido cuernos en la frente.

—¿En serio? —Tal vez le estaba tomando el pelo.

—Sí. Que le chupen la cola y le laman los huevos.

—Qué vulgar eres, Natalia. No deberías emplear ese vocabulario. Es soez.

—¡Qué tontería! A los hombres les gusta. A mi novio, cuando estamos solos, le gusta mucho que le diga esas cosas. Se pone cachondo y se corre enseguida. Qué ganas tengo de verlo. Estoy deseando que estemos en Palma para cogerlo por banda y hacerle todo eso. —Bárbara no contestó.

No comprendía por qué le hacía tantas cosas a ella si le gustaba tanto hacerlo con su novio. Podía ser que le gustasen las dos cosas. Los hombres y las mujeres. Se lo preguntó.

—¡Oh, Bárbara! No lo entiendes. Jorge vive en Palma y yo estoy aquí. Si me apetece hacerlo tengo que satisfacerme sola o en este caso, contigo. No hay nada malo en ello. Es así de simple. No sé por qué tienes que buscarle los tres pies al gato —Bárbara no dijo nada y contempló el alto techo de la habitación.

Pero Natalia no le dijo que los pechos de Bárbara la ponían a cien, ni que le gustaba mucho tocarle su dulce sexo y comérselo también. Vamos, que no iba a reconocer que le gustaban las mujeres, porque no lo era y punto. Era algo tan simple y sencillo como que se excitaba con el cuerpo de su amiga, porque no tenía cerca a su novio, nada más.

Bárbara se dio media vuelta, dándole la espalda. Mientras intentaba dormirse pensó en Carlos, el hijo de Don Manuel. Que chico más guapo. Esa mañana se lo encontró en el portal y la saludó con una esplendorosa sonrisa. Qué suerte tener un novio así.

—Bárbara...

—Mmm...

—¿Te gustaría quedarte en mi puesto? —No esperó respuesta—. A lo mejor me quedo en Palma. Jorge me dijo en su última carta que ya tenía

bastante dinero ahorrado, y como la casa de sus padres es muy grande, podemos vivir con ellos. Tú podrías ocupar mi puesto. Incluso la señora Engracia me lo dijo. Sabe que trabajas muy bien y que eres honrada y limpia. Estaría encantada de tenerte con ella.

—Pues la verdad, no me importaría.

—Estupendo.

—No es que quiera estar de sirvienta toda la vida, pero a fin de cuentas no tengo estudios, bueno, muy pocos, y el trabajo de servir es tan horado como cualquier otro.

—Por supuesto, eso no lo dudes. ¿O acaso piensas que la señorita María del Mar vale más que nosotras? Pues no, de eso nada. Esas niñas solo tienen pájaros en la cabeza. Se le caen los anillos si tienen que fregar un plato y no saben ni freír un huevo. Eso sí; siempre muy peripuestas y muy monas, con ropas carísimas y sacando todo el dinero que quieren a papá. ¡Bah! Me repatean, tan cursis y tan creídas, mirando por encima del hombro.

—A mí no me importaría ser una niña de papá —murmuró Bárbara.

Qué bien no tener que preocuparse de nada, tener siempre dinero para cualquier capricho y muchos chicos de buenas familias a tu alrededor.

—Serías igual de cursi y de tonta.

—Es igual. No me importaría. Así podría tener un novio como el hijo de tu jefe, tan guapo y tan educado...

—Anda, no sueñes. Que eso no va a ocurrir.

—Ya, ya lo sé —soltó y suspiro antes de volver a hablar—. Buenas noches, Natalia.

—Hasta mañana.

Muchas noches pasaba lo mismo. Se despedían, se apagaba la lámpara de la mesita de noche o la linterna, y se dormían. Pero horas más tarde, cuando el silencio era total, en la casa, en la plaza, cuando solo se oían los pasos del sereno, Natalia se despertaba y con mucho sigilo le metía un dedo entre los muslos, por debajo del trasero. Ese pequeño triangulito la volvía loca, para deslizar la yema del dedo por su raja y, despacio, ir metiéndolo y tocar la vulva. Oía la respiración de Bárbara, sabiendo que seguía dormida, pero que en unos instantes despertaría y comenzaría la función.

Así fue. En cuanto Bárbara se dio cuenta de que no estaba soñando, comenzó a moverse y se puso a cuatro patas. Natalia se acomodó detrás y la tocó y la tocó hasta que la espalda de Bárbara se erizó como la de un gato.

Después, Natalia se tumbó y se metió debajo de ella, para colocar la cara justo frente a su sexo, y agarrándola de las caderas, hizo que se bajase y lo restregara contra su rostro.

—Deja que te lo coma —le decía—, restriégate contra mi cara, venga no te cortes, que me gusta mucho —añadía.

Y en esos momentos, Bárbara se olvidaba de todo y obedecía a conciencia, sintiendo esa boca que le pegaba mordisquitos y le daba lametazos, notando el sexo mojado por su saliva a la vez que las manos que le agarraban los carrillos, mientras los dedos jugueteaban por la abertura de su ano.

Esa noche, Natalia se confió, y notándola tan caliente, decidió que era hora de actuar. Hizo que se tumbara en la cama y fue a colocarse encima para hacer una postura que nunca antes habían experimentado.

—Vamos —le dijo—, yo te lo como, y tú me lo comes a mí.

Si pensó por un solo momento que ese deseo se iba a realizar, rápido se dio cuenta de que algo así no iba a suceder, por lo menos en ese instante y, seguramente, lo que más temía: nunca.

Bárbara se revolvió como un torbellino y le dijo:

—No. Duérmete y deja de pensar siempre en lo mismo.

Natalia miró la oscuridad, hacia el lugar donde estaba ella, desde donde venía la voz, y se enfadó.

—Te has corrido, varias veces —replicó entre enfadada y dolida.

—¿Y qué? No te lo he pedido.

—Te comportas de una manera egoísta. Te comportas igual que los hombres. —Natalia escuchó el bufido.

—Yo puedo pasar sin esto. No lo necesito para nada. Sí, es agradable, no te lo discuto, pero yo no te voy hacer las cosas que tú me haces. Y si no estás de acuerdo, si no te parece bien, mañana me voy y no vuelvo.

—¿Ah sí?, ¿y a dónde vas a ir?, ¿a casa de tu tía para que el guarro de tu tío te enseñe su miembro asqueroso y te magree las tetas? —Notó cómo se volvía y entonces encendió la luz de la mesita.

Las muchachas se miraron y Natalia vio que los ojos de su amiga estaban brillantes, húmedos.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó con un hilo de voz.

—No. No quiero.

—Bueno, pues hasta mañana. Y no vuelvas a decirme que me comporto como un hombre. —Volvió a apagar la luz y le dio la espalda.

Natalia tardó en dormirse, pensando que tendría que conformarse con lo que le diera. Bueno, tampoco era tan malo, tocar ese cuerpo tan perfecto era algo que no estaba al alcance de cualquiera, y menos de ella.

Capítulo 9

Se puso la camisa, y antes de que él pudiera abrochar los botones, ya estaban los largos dedos de Olga haciendo la tarea.

—No te enfades, cariño. Soy yo la que debería estar más disgustada, pero es mi madre.

«Otra jodida suegra más», pensó Manuel.

Al ver que él no contestaba, le dio un beso en el cuello.

—Está muy fastidiada. Una pierna rota no es ninguna broma. Tú lo sabes.

—Está bien, está bien. Ya vale —contestó malhumorado—. Tu madre siempre tan oportuna.

—¡Manuel! —Se enfadó—. Ella no tiene la culpa de haberse caído.

—No, claro que no, la culpa la tiene el caballo. El cabrón del caballo. ¡Hay que joderse! A la vejez viruelas. No ha montado en su puta vida y ahora a sus años le da la idea. Y el calzonazos de tu padre, a tragar con las tonterías de ella. Pero le está bien empleado; así se le quitaran las ganas de montar caballitos.

—No es justo que hables de ese modo —se quejó la joven, mirándolo entristecida—. Después de todo solo tiene cincuenta años. Nunca es tarde para aprender algo nuevo.

—¿Solo? —preguntó molesto—. ¿Te parece normal que una mujer con cincuenta años y veinte kilos de más, se ponga a dar clases de equitación? Ni que le fuera la vida en ello, pero ¿por capricho? Me parece que lo que quiere tu madre es que la monte el profesor, si no lo ha hecho ya. —Olga pegó un rebote y saltó histérica.

—¡No te consiento que hables así de mi madre!

—No te pongas tonta, Olga, que tú no eres tu madre ni yo soy tu padre.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó con lágrimas en los ojos.

—Sabes muy bien lo que quiero decir. No me tires de la lengua. —Él la miró sin pestañear, sin mostrar el más mínimo apoyo.

Ella rompió a llorar y Manuel tuvo deseos de irse, no estaba para llantos ni demás pamplinas.

—Cuando sepas aceptar la realidad, podremos hablar seriamente y sin histerias. —Se puso la chaqueta, cogió el sombrero y se dirigió hasta la

puerta. Antes de abrir, volvió la cabeza.

—La última vez que te lo pregunto, ¿vas a venir?

Ella negó con la cabeza agachada y sin dejar de llorar en silencio; él cerró la puerta con poca delicadeza.

Pobrecita Olga. Se encontraba entre la espada y la pared. Su madre había influido totalmente a lo largo de su vida. En lo único que no le hizo caso, fue cuando le dijo que no rompiera con su novio, el abogado catalán. Qué disgusto se llevó. Por lo demás, siempre estaban muy unidas. ¿Cómo se iba a ir a pasar unas románticas vacaciones a Mallorca, estando su madre postrada en una cama con una pierna rota? No le podía hacer eso. Manuel era tan impulsivo y tan frío que no comprendía esas cosas, no se daba cuenta de que una madre estaba por encima de muchas cosas, de todas las cosas, y más tratándose de unas vacaciones, cuando habría más oportunidades de ir a Mallorca o a otros sitios. Seguramente, Manuel se había ido con la idea de que pensaría, recapacitaría y se iría con él, pero ya lo había decidido; no iba a dejar sola a su madre. Ella hubiera preferido estar tomando el sol plácidamente en la cala privada, echarse la siesta después de hacer el amor con él, pasear por la playa cogidos de la mano, acudir a las fiestas que daban sus amigos y ponerse esos trajes maravillosos que Manuel le regalaba.

El teléfono sonó, pensó que sería él. Corrió y lo descolgó con un suspiro.

—¿Sí? —dijo con voz nasal.

—Hola, cariño —contestó su madre—. ¿Se lo has dicho?

—Sí, mamá —contestó con resignación.

—¿Y qué?

—Nada. Se lo ha tomado bien —hizo una pequeña pausa y rectificó—: bueno, regular. —Oyó como su madre reía con ironía.

—Menudo fiero está hecho. Ese hombre tiene que hacer su santa voluntad. Si te hubieras casado con quién tú y yo sabemos, harías lo que te diese la gana. Estarías como una señora y con uno o dos niños, o incluso tres. Por Dios, Manuel tendrá mucho dinero, será muy atractivo, pero es un auténtico... —La hija la interrumpió antes de que dijera el impropio.

—Mamá, por favor, sabes que no es así. Manuel es un hombre único, no lo cambiaría por otro. De todos modos, se le pasará. En cuanto venga de las vacaciones estaremos igual que siempre.

—Sí, suponiendo que no se líe con alguna pelandusca.

—Mamá, por favor te lo pido, no me calientes más la cabeza.

—Bueno, bueno, de acuerdo, ya eres mayorcita. ¿Cuándo vas a venir?

—Dentro de una hora. Un beso. Cuídate.

La señora Engracia, Natalia y Bárbara partieron dos días antes para poner en marcha la casa. El equipaje de todos también viajó con ellas.

Bárbara pasó un miedo horrible en su primer viaje en avión y creyó morir de la impresión, eso sí, no dijo esta boca es mía. Desde el momento de sentarse hasta que el avión pisó suelo balear, solo movió la cabeza afirmando o negando, sus labios quedaron sellados. De todos modos, las otras tampoco dijeron mucho. El avión no era santo de devoción de ninguna.

Una vez pasado el susto y riéndose de las bromas de Natalia, llegaron a la casa que se encontraba a pocos kilómetros de Palma. Bárbara estaba tan sorprendida por todo, que se sentía como en otro mundo. El avión, el chófer esperando en el aeropuerto, el coche Mercedes último modelo, la maravillosa ciudad, los turistas, el sol, el mar... Presentía que se lo iba a pasar estupendamente, aun yendo en calidad de empleada, estaba segura de que no iba a olvidar esa estancia.

Los guardeses las recibieron con cariñosos saludos y, mientras la señora Engracia se tomaba un cafecito con el matrimonio, Natalia le enseñó la casa a su amiga.

Si la casa de Madrid le había llamado la atención por el lujo y la grandiosidad, los altos techos, los muebles antiguos, los cuadros, los suelos de madera, las alfombras que cubrían los suelos de la mayor parte de las estancias, la cocina con todos los adelantos de la época..., esta no se quedaba atrás. Típicamente mallorquina era su construcción y la decoración más sencilla, más liviana, pero, sobre todo, más moderna que la de Madrid, aunque sumamente acogedora. Bárbara estaba encantada.

Esa misma tarde dispusieron la ropa de cada uno en sus respectivos armarios. La señora Engracia se encargó de la del señor y la Doña, y las chicas, de los hijos. A pesar de que Bárbara se quedó prendada de la ropa de Carlos mientras la guardó en los cajones y colgó en las perchas, cuando fueron a la habitación de la hija, vio como Natalia de manera rápida y eficaz guardó una cantidad exagerada de vestidos, camisetitas, pantalones, faldas y no digamos trajes de baño. Pensó que ser hija de papá era de los más alucinante. Iban a estar un mes, pero aun así, le pareció una cantidad de ropa exagerada y así se lo hizo saber a Natalia.

—Es lo que tiene ser hija del señor Oliveira.

—Es como si se hubiese traído todo el armario de Madrid —añadió Bárbara sorprendida.

—Qué tonta eres. No se ha traído ni la mitad de la ropa que tiene para el verano. Y, ten por seguro, que su padre le comprará todo lo que quiera mientras estemos aquí.

—Vaya, menuda suerte, ¿no?

—Sí.

Cuando todo estuvo en su sitio, pasaron un trapo por los muebles, pues el polvo era casi inexistente, ya que la casa se limpiaba con regularidad por los guardeses. Cuando terminaron, se presentaron ante la señora Engracia que les dio permiso para bañarse en la cala que pertenecía a la finca.

Creía estar en un sueño. Un maravilloso sueño del cual se podía despertar en cualquier momento. Y sí, Natalia la despertó de sopetón:

—No te hagas ilusiones. Cuando ellos estén aquí, no podremos estar nosotras. No lo olvides. Somos las criadas.

Luego, más tarde se enteraría de que, a ciertas horas, podría bajar a la cala.

Capítulo 10

Pasados los primeros días en Palma, Carlos pensó que podría relacionarse un poco más con Bárbara. Después de todo, Natalia se iba todas las tardes con su novio y ella se quedaba sola. La primera tarde se fue con ellos, pero se dio cuenta de que estorbaba. La segunda, le colgaron un acompañante, un muchacho de diecisiete años que trabajaba en la tienda de los padres de Jorge como aprendiz. No era feo el chico, pero tampoco asombraba su cara. Era algo cortadillo con las chicas y con Bárbara mucho más, pues le intimidaba salir con una chica tan guapa y que para colmo se llamase Bárbara. Era demasiado para él. Total, le dijo a Natalia que prefería quedarse en la finca. Que no se preocupase por ella y que se divirtiera mucho con su novio.

Y una tarde, Carlos vio desde la ventana de su habitación como la criada emprendía el paseo hacia la cala. Sin pensarlo dos veces, se metió dentro de sus pantalones cortos, cogió un polo azul claro y poniéndose las zapatillas por las escaleras, corrió veloz hasta alcanzarla.

La pequeña cala no quedaba lejos de la casa, a unos cinco minutos andando, o menos. El sendero se iniciaba con una pendiente bastante acusada, en una zona cubierta de pinos, hasta llegar a unas escaleras de piedra muy estrechas que estaban esculpidas en la misma roca del terreno. Veinte empinados escalones y se encontraba la suave arena de la diminuta y preciosa cala a la que nadie podía acceder a no ser que estuviera en la finca o lo hiciese por mar.

Antes de llegar a las escaleras, Carlos le dio alcance y la muchacha se sobresaltó ante su presencia, para quedarse mirándolo durante más tiempo de lo correcto. La gran cantidad de pinos que había alrededor daban una sombra muy agradable y él le mostró una hermosa sonrisa.

—¿Te puedo acompañar? —preguntó mirándola a los ojos, pero haciendo un esfuerzo para no bajar la mirada y contemplar la turgencia y el volumen de unos pechos esplendorosos.

Ella miró hacia atrás comprobando que venía solo. Sabía que su padre y su hermana se fueron por la mañana a Palma, a comprarle ropa a la «niña», y la abuela echaba su siesta habitual de dos o tres horas.

—Sí —contestó tímidamente.

Comenzaron a andar y Carlos la tomó del codo, para soltarla enseguida, pues el estrecho sendero no permitía ir juntos todo el trayecto.

Antes de continuar la conversación y aprovechando que la mayor parte del recorrido iba delante de él, la observó atentamente. Llevaba su abundante melena recogida en un juvenil moño. Sus hermosos rizos oscuros comenzaban a escaparse, debido a su volumen y largura. Un jersey de perlé sin mangas y con escote en la espalda azul cielo, un pantalón corto blanco de cintura alta que se le pegaba a un trasero redondo y respingón, que con un movimiento podía volver loco a cualquier hombre. Las largas piernas estaban cubiertas por un tenue vello rubio y sedoso como una suave piel de melocotón.

Carlos sintió un cosquilleo en la entrepierna. Debajo de la ropa llevaba un traje de baño rosa, que se le traspasaba un poco a través del pantalón.

—Te quedas sola todas las tardes —afirmó, observando el perfil de esa belleza de niña mujer.

—Sí, pero no importa. Aquí se está muy bien —contestó de forma cantarina, algo que llamó la atención del joven.

—No sé, no sé. —Dudó él. La cogió de la mano para bajar las escaleras y ella no se soltó—. Yo creo que, ya que estás en Mallorca, y quién sabe si volverás algún día, deberías de hacer otras cosas. Conocer la ciudad, los pueblos, ir a fiestas... Con Engracia no habrá problema. Te lo puedo asegurar.

Al llegar a la arena, ella se quitó las sandalias y se quedó parada ante él.

Era casi tan alto como su padre. Siempre había sido consciente de su altura, pero en ese momento más, pues ella no era bajita, algo más de uno sesenta, calculó, pero comparado con el metro ochenta y tantos de él, tenía la sensación de que era una muñeca.

Él hizo un esfuerzo por concentrarse en sus palabras.

—No sé por qué me dices esas cosas. Yo no puedo hacer todo eso. No tengo mucho dinero y soy demasiado joven para ir sola y hacer todo lo que has dicho.

—¿Y quién ha dicho que tienes que ir sola? —continuaron hablando uno frente al otro, sin importarles el fuerte sol del mes de agosto—. Yo te invito a que vengas conmigo y mis amigos. Mañana por la noche celebramos una fiesta en casa de uno de ellos—. Ella lo miró con sus grandes ojos.

Con la fuerte luz del sol se le ponían más claros, con los días grises, más oscuros, dejando ver un verde profundo. Y en ese momento, Carlos los miraba con una precisión quirúrgica.

—No lo sé. No creo que pegue mucho con tus amigos.

—Tonterías. Ya verás que bien lo pasas. —Sonrió de manera natural, pero también para que se confiara y le dijera que sí. Y siguió mirándola a los ojos, para no clavar la mirada en el resto de su cuerpo.

—¿Y cómo tengo que ir vestida? —Carlos no pestañeaba. Sus ojos marrones sonrieron.

—Bueno, un vestido estará bien. Lo que tengas. Y si eso va a ser un problema para ti, te compro uno.

—Oh, no, no es necesario. Tengo uno muy bonito, se abrocha al cuello. Quiero decir que es un poco escotado y lleva un tirante para anudar al cuello. Todavía no lo he estrenado. Bueno, la verdad no es nuevo, pero casi. Está perfecto. —Carlos notó la inocencia de esa cría. La inocencia y la diferencia de clase. Era una preciosidad, pero todavía faltaba mucho por pulir.

—Entonces arreglado. No quiero que estés tan sola.

—Si eso no importa. De verdad, me encanta este paisaje, tomar el sol y bañarme. Lo único que me fastidia es no saber nadar. Es la primera vez que veo tanta agua junta. —Carlos sonrió. Cómo le gustaba ese tono dulce y suave que tenía al hablar.

—Yo te enseñaré —afirmó de manera contundente, provocando que esos ojos verdes lo mirasen como si fuese un dios.

—¿Tú? —preguntó, sin dejar de mirar ese rostro tan atractivo y esos ojos tan cálidos.

—Claro. ¿Llevas traje de baño? —Estaba deseando verla.

—Sí. Debajo de la ropa.

—Pues no te muevas de aquí. Voy a ponerme el mío ahora mismo. Hoy recibirás tu primera clase de natación.

En un abrir y cerrar de ojos, regresó a la casa. Cuando bajaba las escaleras con el traje de baño puesto y colocándose una gastada camiseta, tropezó con su hermana cargada de paquetes.

—A ver si miras por dónde vas, pánfilo.

—Siempre tan cariñosa, Mar —contestó con una sonrisa.

Al pasar por la cochera, su padre le llamó.

—Eh, Carlos, si te quieres llevar este coche mañana, tendrás que limpiarlo por dentro. Mari Mar ha estado comiendo pipas y lo ha dejado todo perdido.

—Muy graciosa la niña. Pues ella que lo ha ensuciado, que lo limpie. O puede que mañana vaya a la fiesta a patita. Hasta luego.

—¿A dónde vas tan deprisa? —preguntó su padre mirándolo de arriba a abajo.

—A la cala.

Manuel Oliveira siguió con la mirada a su hijo. Dejó las llaves puestas y cerró la puerta del lujoso coche que le habían traído de Alemania, como todos. Una sospecha penetró en su mente. Se puso las gafas de sol, pues sus ojos eran sensibles a tanta luz, y fue andando tranquilamente, ya que no tenía tanta prisa como su hijo. Y como lo conocía bien, sabía que algo, o alguien estaba esperando en la cala.

Como era lógico en él, no se equivocó. Casi nunca se equivocaba.

Y lo que vio no le gustó. Manuel apreciaba mucho a María del Pilar y quería ese matrimonio para su hijo, no en futuro cercano, pues Carlos tenía que disfrutar de la vida de soltero unos cuantos años, pero cuando acabase la carrera, o poco después, se podrían casar. Ella era hija de una de las mejores familias de Madrid.

Carlos cogía a la muchacha por la cintura y desplazaba las manos por debajo de los muslos. Luego la tomaba por las caderas o colocaba la palma de su fuerte mano en el plano estómago de la joven. Ella reía y chillaba cada vez que tragaba agua salada y los jóvenes disfrutaban de lo lindo.

Manuel, desde arriba, frunció el ceño mientras encendía un cigarrillo. Esa misma noche hablaría con su hijo.

—Vamos, papá, no me hagas reír —dijo con media sonrisa y sin dejar de mirar a su padre.

No parecían padre e hijo. Carlos aparentaba más de los diecinueve años que tenía y Manuel menos de los cuarenta. Podían pasar por hermanos o, mejor, por amigos; ya que físicamente no tenían mucho en común. La estatura, la complexión y la boca eran los únicos rasgos comunes. Por lo demás eran muy diferentes. Carlos era castaño con los ojos marrones, cálidos y acogedores, a diferencia de Manuel que era todo lo contrario, los suyos eran fríos y calculadores.

Manuel se acercó a su hijo mientras le daba una fuerte calada al cigarrillo, al estar tan cerca el uno del otro se podía observar la pequeña diferencia de estatura. Un año más tarde se igualarían.

—No es mi intención hacerte reír —dijo muy serio. No bromeaba, Carlos se puso rígido y la sonrisa desapareció de su rostro.

—¿Qué insinúas? —preguntó con voz suave, pero al mismo tiempo tensa.

—Sabes de sobra cómo soy. No insinúo. Pongo una cuestión sobre la mesa, que me parece oportuno sacarla a relucir ante lo que he visto. Tienes novia, Carlos, una chica muy bonita, culta, con clase, de muy buena familia y locamente enamorada de ti. Por lo tanto, encuentro fuera de lugar que te dediques a pasar las tardes con esa niña con la excusa de enseñarle a nadar o cualquier otra cosa.

—¡Pero, papá! Yo no llevo ninguna intención con Bárbara. Solo quiero que se divierta y conozca un poco la isla. Es muy tímida y está sola. Ya sabes que Natalia tiene novio.

—Vamos a ver, a veces eres muy ingenuo. Tus intenciones te honran. Pero la chica es un bomboncito muy tierno y apetitoso. Y una tarde, una noche, otra tarde... a solas con ella, puede conducir a una situación peligrosa. Te puedes encaprichar de ella y dejarla embarazada. Y con lo caballero que eres, dejarías a tu novia para casarte con ella, aunque te hicieras un desgraciado para toda la vida. No es de tu nivel, no tiene clase ni estudios, simplemente es la dependiente de una pastelería. —Padre e hijo se miraron concienzudamente.

Sin querer, Carlos no pudo reprimir una carcajada.

—¿Lo encuentras gracioso? —preguntó Manuel un tanto molesto ante esa carcajada.

—Papá, siempre serás el mismo. Bárbara es muy guapa. Preciosa. Está para caldear a cualquier hombre, a pesar de que es una chiquilla, pero no tengo intención alguna de acostarme con ella. Ni lo he pensado —mintió—, ni lo voy hacer.

—¿Ah, sí? ¿Y si ella se te ofreciera?

—Tampoco. Me gustan las mujeres que se hacen respetar y Bárbara no es una golfa.

—¿Y por qué sabes que no es una putilla? Una golfa que está esperando pillar al primero que le ofrezca el sol y la luna.

—¡Hombre! Eso se nota. Tú lo sabes.

—Con las mujeres nada es cierto y todo es posible —sentenció el padre, sin dejar de mirar a su hijo.

Carlos se cansó de estar de pie y fue a sentarse en un cómodo sillón de cuero. Cruzó sus largas piernas y le sonrió.

—Confía en mí. Además, te juro que, si noto algún cambio en mi pensamiento o en mi comportamiento, me alejaré de ella.

—Siempre he confiado en ti. Espero que no me defraudes.

Capítulo 11

La noche de la fiesta se puso especialmente guapa. El vestido blanco le quedaba perfecto, se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, bordeando cada curva y realzando los pechos, pero sin mostrar un escote escandaloso. Natalia le había recogido el pelo en un moño alto para lucir mejor la espalda que quedaba al descubierto y también para parecer mayor.

Mar sintió una punzada de celos al verla. Huelga decir que se cabreó muchísimo cuando supo que su hermano iba a llevar a una criada con ellos. Encima, a ella. Jamás había visto una chica tan guapa como esa individuo. ¿Cómo se podía ser tan perfecta, tener esa cara y para colmo esas curvas y no estar gorda? Y qué decir del bronceado, había cogido un tono dorado precioso que le resaltaba el verde de los ojos y hacía que el blanco del vestido se viera más impoluto. Mar sintió la envidia correr por sus venas, ella, que no lograba ponerse morena, que como mucho enrojecía para luego quedar en un tono rosa, horrible. Su padre era rubio y se bronceaba, Carlos era más oscuro y también lo hacía, ¡por Dios!, y ella... ¿por qué diablos no se podía dorar como esa estúpida criada?

Carlos la miró de arriba a abajo, y le faltó un pelín para abrir la boca como un tonto, y Bárbara pasó la mayor vergüenza de su vida. Los nervios la destrozaban por dentro y los zapatos de tacón le estrujaban el dedo pequeño. No sabría salir del lío en que se estaba metiendo, no tendría que haberse dejado convencer por el encanto de Carlos. Jamás se las había visto con gente tan fina. Carlos no era problema porque era educado y respetuoso, pero su hermana la miraba con horror y los demás amigos...

¡Ay, Dios!

Dos horas más tarde, no le cabía ninguna duda. Causó sensación entre los muchachos, pues como para no causarla, si era la novedad, y la novedad más guapa. Pero cómo esperaba, las chicas levantaron el hacha de guerra. Los celos y las envidias se desataron y se notó en el ambiente, pues no hicieron nada para disimularlo. Mar aprovechaba cada momento que no estaba su hermano cerca para soltar una pulla.

—¿Estudias? —preguntó una de las amigas.

—¡Trabajas! —añadió con sorna otra.

—¿Dependiente? —de nuevo, atacó otra de las amigas.

—¡De una pastelería! —aseguró con desdén, esta vez Mar.

—¡Jajaja! Qué curioso. —Rio a carcajadas la primera.

Para Bárbara, cada breve e irónico comentario le dolía en el alma. Era tímida y no mostraba un carácter fuerte y con esas personas menos. Ofrecía a las ofensas una sonrisa y lograba salir airoso o al menos lo intentaba, pero por dentro sufría lo indecible, incluso con rabia. Todos esos chicos y chicas estaban muy por encima de ella, en todos los sentidos, eran hijos de familias muy acomodadas, tenían estudios, experiencia en viajes, en salidas, en modales... No extrañaban nada, nada les dejaba descolocados, pues desde que tenían uso de razón sabían lo que querían y lo que era mejor, sabían lo que podían conseguir. Y aunque fueras una belleza, de nada servía si no tenías clase, si te faltaban palabras a la hora de expresarte, si tus estudios eran escasos y tus amistades eran igual que tú; clase baja, clase trabajadora. Porque no importaba que los padres de muchos de los que estaban ahí no fuesen licenciados, lo que importaba es que, en el momento actual, esos padres llevaban muchos años siendo ricos y codeándose con otros ricos, y para esos hijos, el pasado de los padres era una anécdota que a ellos les quedaba muy lejos.

Porque claro que Mari Mar sabía del pasado de su padre, claro que sabía dónde había trabajado (más o menos), y claro que sabía que no tenía ningún título universitario, pero por ese motivo, consideraba que él estaba por encima de todos, porque se había hecho rico y encima, ahora, no se le notaba por ningún lado que solo hubiese estudiado de crío. Además, para Mari Mar su padre era especial, un superhombre que no había nadie que lo igualara y, por eso mismo, no lo podría equiparar a ninguna clase trabajadora corriente, porque los trabajadores corrientes no se hacen ricos.

De manera que disfrutó enormemente del bochorno de la criada. Así aprendería a quedarse en su sitio y no caer en la tentación de soñar con pertenecer a su mundo, por mucho que el tonto de su hermano quisiera. Faltaría más. «Siempre habrá clases, gracias a Dios», pensó.

Su salvación llegó una hora más tarde, cuando Manuel apareció con su amigo y abogado Federico Soto, padre del que ofrecía la fiesta. Se tomaron una copa, sin mezclarse con los jóvenes, comentando las diferencias generacionales entre sus hijos y ellos. En un primer momento, Bárbara se hallaba fuera de sus miradas, pero al instante la divisaron. Federico quiso

saber y Manuel lo puso al corriente.

—Parece fuera de lugar, pero es una preciosidad. Las otras niñas tienen que estar celosas. Mira cómo se le arriman los muchachos, aparenta ser mayor.

—Sí —afirmó Manuel que buscaba con la mirada a su hijo.

Lo halló con otros dos y una chica, escogiendo discos. Volvió a mirar a Bárbara y la desnudó mentalmente, para quitar inmediatamente ese pensamiento obscuro de su cabeza que jamás tuvo con las niñas que apenas salían del cascarón. Bueno, casi nunca. Por lo menos con las amigas de sus hijos. Volvió al presente y tomó otra copa con su amigo y abogado, pues no quería ser descortés, yéndose demasiado pronto. Pero solo aguantó esa copa, pues no estaba cómodo en una fiesta de esas características, los jóvenes debían de estar con los jóvenes y divertirse con lo que tocaba, y para los maduros como él, había otra clase de diversiones especialmente atractivas.

Al despedirse de Federico y de su encantadora mujer, esta lo agarró del brazo.

—¿Por qué no te quedas? —le preguntó con una sonrisa.

—Gracias, Carmen. Pero no tengo ganas de tanto barullo. Estas fiestas son para lo que son, para que bailen, charlen y hagan un poco el tonto. —La mujer rio ante ese comentario y Manuel aprovechó para darle dos besos—. Y no dejéis que estén hasta muy tarde. —Sabía de sobra que ese comentario estaba fuera de lugar, pero, aun así, lo dijo.

—No te preocupes. Si beben de más, se quedan aquí. Ya sabes que no hay problema.

Miró por última vez el gran salón y no vio a Bárbara. Su hijo bailaba con una morena y lo estuvo observando durante unos segundos. Mar estaba de cuchicheos y risas con otras amigas.

Por fin salió y se dirigió al coche, pensando que Carmen no era muy agraciada, pero había que reconocer que la simpatía y el encanto la hacían la esposa casi perfecta. En el momento en que introducía la llave en la puerta del coche, una vocecita le susurró:

—Don Manuel. —Él se volvió y la vio. Se hallaba detrás, con los brazos cruzados debajo del pecho, el pequeño bolsito colgado al hombro y subida en esos altos tacones de aguja. —¿Va usted a casa? —preguntó con candor.

La verdad es que no tenía pensado dirigirse a casa. Quería cenar algo y después ir a tomarse una copa o dos y tirarse a una puta. Prefirió mentir.

—Sí, sube —contestó de forma áspera.

Le abrió la puerta, Bárbara entró y él pudo oler el leve aroma a lavanda que desprendía su pelo. Antes de cerrar, dejó que ella se acomodara en el confortable asiento y se dejó marear por la vista panorámica de esos pechos bamboleantes. Cerró y dio la vuelta para introducirse en el asiento del conductor.

Antes de poner el motor en marcha la miró a los ojos.

—¿Le has dicho a mi hijo que te venías conmigo?

—No. Se lo he dicho a Doña Carmen. Es muy amable y me ha dicho que le daría el recado.

—¿Le has dicho que te venías conmigo? —volvió a preguntar.

—Sí.

—Muy bien. —Arrancó y centró toda su atención en la circulación de la ciudad, sin decir ni una sola palabra, pero siendo muy consciente de ese cuerpo en todo su esplendor que ocupaba el asiento del copiloto.

Salieron de Palma y, en vez de ir al este, se dirigió al norte.

—¿Has cenado? —Ella se sobresaltó ligeramente al oír la voz varonil, grave y dura.

—Un poco —mintió. Estaba azorada, por la velada transcurrida y por estar con ese hombre, en su coche, en esas circunstancias.

—Yo no. Tenía pensado cenar antes de ir a casa. ¿No te importa?

—No, señor —susurró, al tiempo que pensaba: estás con el padre de Carlos, estás con el señor Oliveira.

Manuel la miró de reojo. Desde un principio, la belleza de la chiquilla le llamó la atención, pero ahora, no parecía una niña. Así sentada, el escote dejaba ver el nacimiento de unos senos turgentes y llenos. Como seguía con los brazos cruzados aún los realzaba más. Manuel suponía que no lo estaría haciendo adrede, pues se la veía nerviosa, tímida y fuera de lugar. «Pobrecilla, seguro que no se había visto en otra como esta», pensó él.

Paró en un *stop* y al acelerar, ella levantó un brazo para quitarse las horquillas del pelo. Todo el cabello cayó en una ondulante cascada de rizos negros, brillantes y suaves. Manuel sentía adoración por las largas y abundantes cabelleras, y ahí estaba una de las mejores que había visto. Buena parte de los pechos quedaron tapados por las madejas de envolvente cabello negro, y él, con un ojo en la carretera y otro en ella, no perdía detalle de todos los movimientos que hacía, un poco más y le controlaría hasta la respiración.

Ante el reinante silencio que él mismo provocaba, decidió romper el hielo

para que la muchacha no estuviese tan cohibida.

—¿No lo estabas pasando bien? —Bárbara se azoró al oír la voz del hombre y la pregunta que le hizo.

Tragó saliva y no se atrevió a contestar. Desde que subió al coche, no dejó de repasar lo sucedido en la fiesta y, aunque no ocurrió nada malo ni bueno, se sentía humillada y rebajada ante los demás. No era como Carlos y sus amigos, eso ya lo supo desde siempre, no tenía dinero, ni familia de postín, y a nivel intelectual no era nada del otro mundo. No le daba patadas al diccionario, pero tampoco tenía una vasta cultura, ni sabía francés como Mari Mar y sus amigas. Estaba claro que ese no era su mundo.

—No me has contestado —exigió Manuel.

Y ella siguió sin hacerlo.

No salieron palabras, pero sí un torrente de lágrimas afloró a la superficie. El llanto fue silencioso al principio, pero debido a la congoja, se volvió ruidoso. Manuel no se sobresaltó. Aminoró la velocidad y fue reduciendo hasta salir de la carretera, donde paró el motor.

—Tranquila, no llores. Tampoco creo que sea para tanto. ¿Te ha faltado alguno de los chicos? ¿Te han puesto una mano encima con malas intenciones? —Él puso un brazo por encima del respaldo, pero sin tocar a la chica.

—No, no, señor —logró contestar—. Lloro porque no soy como ellos, no sé si me entiende. Estaba fuera de lugar. No tengo clase para estar con ellos, a pesar de la amabilidad de su hijo que se comporta conmigo como si fuese... —Hizo una leve pausa y afirmó con un suspiro—. No soy una señorita, así de simple.

Sintió deseos de abrazarla y protegerla. La veía tan vulnerable, tan femenina, tan pequeña, tan bella... Y así lo hizo.

Así comenzó su perdición.

Ahí su sentencia.

Pero él no lo supo ver en ese momento.

—Ven aquí —le ordenó suavemente, esperando que obedeciera, que no fuera rechazado, que no se pusiera más nerviosa o más llorona.

Y ella se acercó hasta él, ya que los asientos no tenían separación, eran uno solo y no había obstáculos que salvar. Dejó caer la cabeza en el hombro de Manuel y este la rodeó con sus brazos.

—No sufras, niña, no llores. Tú no eres de su clase, pero puedes ser mejor que todos ellos. No debemos valorar a la gente por lo que tiene o por lo que

sabe, o por lo que vale en un momento determinado. —La voz varonil sonaba enternecedora, igual que sus manos, que le acariciaban el pelo y los hombros —. La persona es mucho más importante que todo lo demás. Tú eres más importante que todos esos hijos de papá. —«Si tu hijo te oyera, cabrón...».

Ella siguió apoyada en él. Era tan comfortable estar entre sus brazos, sintiéndose protegida, resguardada de todo lo malo de la vida. Ese pecho ancho y fuerte le daba seguridad y confianza y no le apetecía moverse. Estaba tan bien...

Sin separarse de ella, con una mano sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón. Acurrucada como estaba, encima de su pecho, hizo un esfuerzo por separarla. Se le estaba poniendo dura y le estaban entrando unas ganas terribles de follar, de follársela.

—Toma, límpiate los ojos y la nariz. No quiero que se note que has llorado cuando vayamos a cenar, o van a pensar que te he reñido, o algo peor. —Con la luz que irradiaba la luna llena, se veían perfectamente los rostros. Ambos se miraron por unos segundos, de una manera indecorosa por parte de él, y candorosa por parte de ella.

Bárbara agachó la cabeza y se sonó la nariz. Manuel volvió a acariciar los sedosos cabellos, dejando que sus fuertes y largos dedos enredaran un grueso mechón.

—Tienes un pelo precioso —dijo con voz grave y ronca.

—¿Usted cree? —preguntó con ingenuidad, mirándolo con esos ojos de gata.

Él no contestó al momento. Retiró los dedos con pesar e hizo un esfuerzo de tamaño considerable para dejar de mirar esos ojazos. Estaba pisando terreno peligroso y era consciente de ello.

—Sí, muy bonito. Venga, vamos a cenar.

Arrancó el motor y obligó a su cerebro a pensar con conocimiento, con inteligencia y, sobre todo, con frialdad.

«Frialdad, Manuel, frialdad».

Capítulo 12

Al entrar en el pequeño y acogedor restaurante, llamaron la atención de los presentes, que deslizaron miradas disimuladas, y no tanto, en especial los lugareños que tomaban el último trago. Rubio y morena, jovencita y maduro, alto y menuda; siendo puro contraste, pero al tiempo la perfección como pareja o, como mínimo, de lo más llamativa. Pero por las horas que eran, había más clientela masculina y las miradas más largas y admirativas fueron para la preciosa joven, para el contoneo de esas caderas, esa piel dorada que dejaba ver el escote delantero y parte de la espalda, y esas pantorrillas subidas en los tacones que producían un repiqueo sobre el terrazo rojizo.

Se sentaron en una mesa separados del resto, pues Manuel era muy consciente del aspecto de la chica y de las miradas que atraía, mientras el camarero, que también se había prendado de la muchacha, quiso ir a la mesa, pero una señal del dueño se lo impidió.

—¡Don Manuel, dichosos los ojos! —exclamó el propietario, mostrando una amplia sonrisa en su regordete rostro.

—Hola, Paco. —Saludó devolviéndole la sonrisa y dándose un fuerte apretón de manos—. ¿Cómo va todo?

—Muy bien, Don Manuel. Mucho trabajo. Esto va viento en popa, cada vez vienen más turistas.

—Eso es bueno, Paco. Muy bueno. Me alegro.

—¿Qué van a tomar? —preguntó sin abandonar la sonrisa y mirando de reojo a la joven.

—Lo dejo a su elección. Pero con una advertencia: tenemos mucha hambre.

—Eso está hecho, Don Manuel —sentenció marchándose del lugar.

Al minuto, el camarero, que estaba deseando acercarse, les trajo bebida, pan y un poco de embutido para ir abriendo boca.

Manuel no quitaba los ojos de la muchacha, observando sus modales en la mesa. Se sabían muchas cosas de las personas viendo cómo comían, bebían o hablaban alrededor de una mesa, y los modales de aquella niña eran correctos. Comía con la boca cerrada y tomaba los alimentos sin prisas y con delicadeza. Se notaba que era su manera habitual de comportarse. Un punto a su favor. No podía con las malas formas a la hora de comer.

—Está muy bueno —dijo entre risas, sin darse cuenta de cómo ese hombre miró su boca—. La verdad es que tengo hambre. En la fiesta había muchas bandejas de canapés, pero me daba igual. Era como si una puerta se hubiese cerrado en la entrada de mi estómago.

—Los nervios —añadió Manuel, que le sirvió un poco de vino y mucha gaseosa. No quería que se achispara, ¿o sí?

—Sí, creo que sí. Mañana voy a ir con Natalia y su novio. Ese ambiente será mejor para mí, estoy segura. Lo malo es que me colgaran un acompañante como la otra vez, y no me gusta.

—¿El chico no te gusta? —¿Desde cuándo le interesaba los temas de una criada o dependienta de pastelería?, ¿eh?, ¿desde cuándo?

¿Desde cuándo se sentía atraído por crías de la edad de su hija... o más jóvenes?

—Bueno, es que no lo conozco. Y es muy tímido y yo también, y al final resultará un aburrimiento. Como la otra vez.

—Así que eres tímida. —Manuel estaba comiendo poco, pues cuando estaba con un cigarrillo, como en esos momentos, pasaba de la comida y sus ojos azules analizaban minuciosamente a la muchacha.

—Sí, un poco —añadió mirando los ojos del hombre y enrojeciendo ligeramente.

—Ya. —En esos momentos llegó el resto de la comida. Dos platos de jurel frito con salsa de tomate fueron dispuestos frente a cada comensal.

—Mmm... Qué buena pinta tiene —dijo Bárbara relamiéndose.

Manuel sonrió al ver esa expresión en su lindo rostro y la apremió a que comiese, sin dejar de mirar esos labios. Apagó el cigarrillo y le ofreció pan que ella cogió con gracia y, sin dilación, lo primero que hizo fue meter un trozo en la salsa de tomate.

—Mmm, sabía que tenía que estar bueno —dijo después de tragar el bocado—, pero está más que bueno —añadió mirándolo a los ojos.

Al ver la forma en que él la miró, enrojeció de nuevo y bajó la cabeza para dar buena cuenta del jurel y del resto de la salsa.

Mientras comían, y una vez que se le pasó el ligero sofoco, se fue abriendo como una rosa. Estaba a gusto con ese hombre, un pelín serio de más, pero le infundía seguridad y respeto. Y qué guapo era, tan varonil, tan alto, tan atractivo y con esos ojos y ese pelo, parecía extranjero.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —Sus ojos verdes lo miraron con respeto,

pero con mucha admiración, y él se fijó en unos puntitos amarillos que destacaban en esos iris verdes.

—Puedes.

—Pero... es una pregunta personal —puntualizó, para morderse el labio inferior.

—Adelante —añadió el hombre, mirando su boca.

—¿Por qué no ha venido la novia de usted? —Él la observó sin decir nada y ella comenzó a arrepentirse de haber hecho la pregunta.

Cuando se iba a disculpar, él contestó.

—Para ser tímida haces preguntas muy directas. —Ella enrojeció y agachó la cabeza humildemente.

—Perdón. No es de mi incumbencia, lo siento, no he querido ser indiscreta. —Manuel llevó la mano hasta ese rostro y colocó dos dedos debajo de la barbilla, levantando el rostro hacia él.

—No eres indiscreta. No ha venido porque su madre tuvo una caída y se ha roto una pierna. Y como la señora los tiene muy gordos, ha conseguido que su hija se quede con ella. —Retiró los dedos, pues le pareció que la estaba tocando de más.

—¿Qué es lo que tiene muy gordos?

—Los... —Sonrió divertido ante la inocencia de la muchacha—. Quiero decir que tiene mucho carácter.

—Ah, ya. Como Doña Carolina. Ella también tiene mucho carácter. También los tiene gordos; yo diría que muy gordos —añadió sin saber a qué se refería con esa palabra.

—Chiss. No digas esa expresión, ni se te ocurra repetirlo. No está bien que una señorita lo diga.

—Ah, bueno. Entiendo, es algo feo.

—Sí. Muy feo.

Siguieron dando buena cuenta de la cena, especialmente ella, que estaba disfrutando de todo lo que había en la mesa, y que cogió con suma alegría la rebanada de pan con sobrasada que él le ofreció.

—Gracias. Está todo muy bueno.

—¿Qué te pasa con Doña Carolina? —Le importaba unos cojones la pastelera, pero estaba disfrutando de verla comer, y quería seguir oyendo esa voz tan dulce y candorosa. Lo excitaba. Lo excitaba como hacía tiempo no recordaba, y lo que era peor, le recordaba el peligro, lo prohibido, lo oscuro.

Bárbara comenzó hablar con toda confianza. Le habló del hijo de la pastelera que la perseguía constantemente. Le dijo que estaba segura de que su jefa le tenía manía, porque pensaba que provocaba al hijo, etcétera. Mientras la escuchaba, él fumaba tranquilamente. Sus ojos la recorrieron totalmente. Se posaron en los labios, en los ojos, en el pelo, en esos pechos dorados por el sol, tan jóvenes y provocativos.

«¡Joder Manuel, que esta no es para ti! Que tienes todas las mujeres que quieras coger, todas las que te salgan de los cojones, pero esta es una niña».

«¡Hostia, una niña!»

«Casi, una niña».

«No, joder, sin el casi».

«Es una niña con cuerpo de mujer».

El camarero se acercó y retiró los platos vacíos. Manuel pidió café para él y un helado especial de la casa para ella.

—Y dices que no te gusta José Antonio —continuó él—. Pues a mí me parece un buen muchacho; tal vez un poco golfo...

—Mmm, es igual. Cuando alguien no te gusta, no te gusta. No hay vuelta de hoja. A mí no me gusta y ya está. Me da lo mismo que me esté diciendo a todas horas que soy guapa y todas esas sandeces. Lo que quiere es aprovecharse de mí. —Hizo una pequeña pausa y, posando los ojos en el postre que dejó el camarero delante de ella, añadió—. Qué bueno tiene que estar este helado.

—Comételo, y si tanto te gusta, puedes repetir —contestó roncamente, sin dejar de mirarla.

Ella cogió con delicadeza el cucurucho de la copa donde venía presentado y comenzó a darle pequeñas lamidas, como tanteándolo, saboreándolo despacio para sacarle bien el sabor. Manuel la miraba comerse el cucurucho y se estaba poniendo caliente, notando como su miembro se tensaba contra la tela del pantalón. Cada vez que veía salir esa lengua rosa y darle un lametón, se imaginaba su pene entre esos dedos y succionado por esa boca carnosa y sensual.

Y de repente, le vino a la mente.

—¿Quién era ese hombre, Bárbara? —Ella dejó de chupetear el cucurucho y con vergüenza bajó los ojos. —Puedo esperar toda la noche, si quieres —amenazó él, aunque a ella no le sonó así.

Levantó poco a poco la hermosa cara y miró a ambos lados. Al cerciorarse de que nadie les escuchaba, que no andaba cerca el camarero, centró la

atención en el hombre.

—El marido de mi tía —confesó, mirando esos ojos más claros que el mar.

—¿Tu tío? —La intensa mirada recorrió su cara, nada nuevo por otra parte, pues sus ojos no habían hecho otra cosa desde que se sentaron a la mesa.

—El marido de mi tía. Ella es mi tía, él su marido. No es mi tío carnal. —Hizo una pequeña pausa y añadió—. Mi madre murió.

—¿Te había hecho algo antes de esa noche? —Ella bajo la mirada al mantel. Esa conversación era muy violenta, pero no iba a mentirle.

—Sí. Me tocó varias veces. Se rozaba cada vez que tenía oportunidad. Y una vez, agarró mi mano y la colocó... sobre su bulto. En una ocasión... se sacó... eso... y me dijo cosas feas —hablaba muy bajito y con asco, Manuel la escuchaba fumando sin parar—, que lo... tocarse o cosas así, pero en esos momentos oímos a mi tía y mis primos que subían por las escaleras y se escondió en el baño. Por eso me fui a vivir a su casa, con Natalia.

Manuel, con la mirada fija y estática en ella, tardó unos momentos en hablar, y ella pensó si le estaría echando la culpa de lo que pasó.

—¿Tu tía lo sabe?

—No. Me moriría de vergüenza. Además, él podría decir que yo tenía la culpa. Que lo provocaba.

—¿Y era así? —El bello rostro mostró sorpresa. Elevó esas cejas perfectas, negras igual que el cabello y movió la cabeza con ahínco.

—No —exclamó bajito—. Jamás haría algo así, y menos con ese hombre, y nunca a mi tía. Eso es obsceno.

A Manuel le chocó que supiera esa palabra.

—¿Se acostó contigo? ¿Te violó? —preguntó gravemente.

—No, no, señor. Solo hizo lo que le he contado, por eso salí de ahí, pues Natalia me dijo que si continuaba podía pasar algo así —contestó, bajando la cabeza de nuevo.

Él acercó su mano y la tomó por la barbilla. La alzó y le acarició la mejilla con el pulgar. Ella no se movió, le gustó el contacto de esa mano grande. Sin que él le preguntase y sin retirar la mano, habló:

—Yo nunca le provoqué, se lo puedo asegurar. Por lo menos intencionadamente. Todo es por culpa de mi aspecto. —Él seguía acariciando el rostro—. Natalia dice que provocho en los hombres un sentimiento, no, una sensación... No, tampoco, dijo algo así como una atracción tan fuerte que lo único que quieren es acostarse conmigo. Que soy carne de prostitución o que

acabaré siendo la amante de algún desgraciado. —Manuel dejó de acariciarla y encendió otro cigarrillo.

—Un poco fuerte, ¿no? Natalia parece demasiado dura contigo.

—Eso me lo dijo un día que se enfadó conmigo porque no quise hacer... una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó burlonamente, pensado en chiquilladas de niñas. No podía imaginarse una relación lésbica entre ambas.

No en ese momento.

—No me acuerdo.

Se comió un segundo helado, permaneciendo callados. Manuel, fumando, mirándola y pensando en todo lo que había escuchado; Bárbara saboreando el rico helado y disfrutando enormemente con ese hombre, sin darse cuenta de qué manera la observaba. Sin ser consciente de los pensamientos que igual que su tío político, los podía tener cualquier hombre; los podía tener Manuel Oliveira.

Al final, después de todo, no se había dado tan mal la velada. Don Manuel la había salvado de todos esos niñatos y, encima, había cenado en un restaurante que, aunque modesto, se había sentido muy a gusto, y había quedado saciada.

Al salir a la calle, sintió frío. Corría una brisa demasiado fresca para ese vestido tan escotado, en especial, por la espalda. Manuel cogió la chaqueta que llevaba en el asiento trasero del coche y se la puso por los hombros, ella le dio las gracias, mirándolo de una manera que derritió al hombre.

El viaje de vuelta transcurrió en silencio total. Bárbara se descalzó y subió las piernas al asiento, haciéndose un ovillo, sin ser consciente de que Manuel la observaba constantemente. Se fue durmiendo plácidamente, mirando los fuertes y bronceados antebrazos manejando o cambiando las marchas que se hallaban al lado derecho del volante.

«Es tan masculino, tan interesante», pensó la muchacha.

Llevaba las mangas de la blanca camisa remangadas, dejando ver los fuertes músculos, las venas deslizándose sobre y entre ellos, llegando a la muñeca y desapareciendo en esas manos grandes; el vello abundante daba la sensación de ser suave. Antes de dormirse imaginó cómo sería ser abrazada por esos brazos, pero no como antes, mientras la consoló, si no de la otra manera, para dar placer, para ser tocada de manera íntima, por sus manos grandes y varoniles.

Manuel, fumando un cigarrillo tras otro, pensó que, si Olga estuviera con él, no tendría ahora mismo esos pensamientos que le estaban comiendo por dentro. Miraba a Bárbara dormida a su lado, con esas piernas tan torneadas y llenas. y esos pechos, en esa postura, queriendo escapar del escote...

¡Dios! ¿Qué cojones le estaba pasando? Era una niña, solamente una chiquilla que no había salido del cascarón.

No estaba madura... ¿o sí?

La mandíbula se le tensó.

—La hostia puta —blasfemó por lo bajo, para no despertarla.

«Venga, no seas idiota, esto es pasajero, nada más. Te has puesto cachondo por ver un cuerpo precioso, joven, seductor y nada más. No eres de piedra. Solo eres un hombre, con las debilidades de un hombre. Se acabó la historia». Peleaba interiormente contra sus impulsos.

Llegaron a la una de la madrugada. No guardó el coche en el garaje, aparcó y paró el motor. Ella seguía dormida. Profundamente dormida. Se giró hacia ella y recorrió con la mirada el sedoso cabello, para enredarlo entre los dedos. Dejó el pelo y frotó suavemente el muslo que el vestido subido dejaba al aire. La piel era suave como el satén, el dorado se veía más oscuro en esos momentos, estaba lleno y prieto; más lleno que el de Olga. Con diferencia. Con la otra mano acarició levemente, tan leve, que apenas fue un roce, los pechos por encima del escote y un pezón a través de la tela. Ella gimió, supuso que de placer, pero seguía dormida. Manuel quiso continuar, quiso seguir acariciando esos montículos, frotar esos pezones que se adivinaban a través de la tela, pero sabía que era una locura.

Retiró las manos como si hubiera sentido una descarga eléctrica y tiró de su recio cabello con saña, como queriendo maldecir su comportamiento.

«No seas cabrón, hijo de puta», se regañó mentalmente.

Volvió a mirarla y la zarandeó dulcemente.

—Anda, dormilona, despierta —le susurró al oído.

Fue abriendo los ojos y se estiró como una gata. La chaqueta resbaló y los esbeltos brazos quedaron al descubierto.

—¿Ya? —Manuel no dejó de contemplarla mientras ella se estiraba como una gatita remolona, sin sospechar, ni por un momento, que ese hombre la deseaba, que había puesto sus manos en su cuerpo y algo así, le había abierto el apetito... de más.

—Sí. Ya estamos en casa. Vamos, arriba.

Salió del coche para no mirarla más y estiró sus largas piernas. No quería contemplar tanta belleza, tanta lujuria contenida; no, hostia, no quería más por esa noche.

Tenía todos los músculos en tensión.

Le abrió la puerta y ella salió con los zapatos en la mano y sin la chaqueta.

—Te vas a enfriar con ese vestido y sin los zapatos.

—No, no se preocupe. Además, no me los puedo poner. Yo calzo el treinta y seis y estos son el treinta y cinco.

—No sabía que no te gustaban los tacones. —Manuel no podía dejar de mirarla.

—No. Los tacones me encantan. Pero de mi número —explicó con una carcajada. Se dio la vuelta y se alejó. De pronto se detuvo y regresó al lado de Manuel, que no se había movido del sitio, que seguía con la mirada clavada en ella, que se había atontado con esa preciosa risa.

—Quiero darle las gracias por todo lo que ha hecho por mí. Ha sido muy bueno y muy considerado. Muchas gracias otra vez —Manuel no contestó. Ella quiso darle un beso en la mejilla, pero como no se agachó y ella no alcanzaba, se abrazó a él durante unos segundos y repitió las gracias.

Cuando desapareció dentro de la casa, blasfemó otra vez.

Y volvió a blasfemar.

Cómo hubiera agachado la cabeza cuando ella le quiso dar el beso. La habría cogido entre sus brazos y le habría enseñado lo que era un beso para él, lo que él pedía cuando una mujer se le acercaba..., lo que él necesitaba en esos momentos.

Se sintió débil. Si su hijo lo hubiera visto esa noche...

Pensó en coger el coche y regresar a Palma para buscarse una buena puta que calmase sus nervios y sus necesidades. No, una puta no. La quería a ella.

Subió a su habitación, se desnudó por completo y se tumbó en la cama. Fumó un cigarrillo, luego otro y otro más. Cuando acabó el tercero, lo estrujó en el cenicero y se quedó contemplando el techo de su habitación. Así, acostado en su cama, solo, como un puto apeestado, se cogió el miembro y se acarició los testículos, y no, no pensó en su novia, pensó en ese dulce caramelito, ese bombón que estaría dispuesto a hincarle el diente y todo lo demás. Que con solo recordar sus pechos, sus piernas, su boca y su lengua lamiendo el helado, se puso duro como una piedra y palpitante como un corazón.

Se frotó, se acarició, se la meneó con ahínco hasta que se corrió como si fuese un adolescente. ¡Por todos los diablos!, ¿cuándo fue la última vez que hizo algo así...? Años atrás, al despertar de un sueño erótico y encontrarse duro como lo había puesto esa gatita de ojos verdes.

Joder, esto no podía irse de madre.

No.

No dejaría que eso ocurriera.

Él era un hombre corrido de la vida, un hombre con las prioridades muy claras, y esa mocosa no entraba para nada en su vida.

Para nada.

Capítulo 13

La estaba dejando como los chorros del oro. La cocina. La señora Engracia y Natalia atendían a la suegra de Manuel. Se hallaba indispuesta por algo que le había sentado mal en la comida. Según Manuel, ese algo era la enorme cantidad de alimentos que ingería, que le haría reventar cualquier día.

Terminó de recoger los trapos y entró Carlos.

—Por lo menos podías haberte despedido —se quejó el joven, molesto por lo mal que había salido todo.

—Lo siento mucho, Carlos. No estaba a gusto —contestó, mostrando una especie de malestar y disculpa.

—Pero ¿qué pasó? Y ¿por qué tuviste que irte con mi padre? Yo te habría traído. Solo tendrías que habérmelo dicho y... —Ella moviendo la cabeza, no le dejó continuar.

—No quise molestarte, Carlos y como tu padre se iba... Estaba deseando salir de la casa. No era, no es mi ambiente, y tú lo sabes. Trabajo como dependienta y aquí como sirvienta, no soy de buena familia, y no hablo francés como tu hermana.

—Qué tontería. Mi hermana es imbécil y solo sabe decir cuatro frases en francés. Mira —la mirada de Carlos se iluminó ante lo que iba a decirle—, hace un momento me ha llamado Enrique preguntando si te voy a llevar esta noche. Y luego ha llamado Víctor preguntando lo mismo. Los tienes en el bote, nena —comentó con su encantadora sonrisa.

—No quiero tenerlos en el bote, Carlos, no voy a ir contigo. Pero gracias de todos modos, de verdad. Jamás olvidaré lo bien que me has tratado. —Él la miró detenidamente.

—Está bien. Respeto tu postura. —Se volvió hacia la puerta y antes de salir le dijo—: Te espero dentro de una hora en la cala.

—¿Para qué?

—Para que va a ser, tontina, para la clase de natación.

No vio a Don Manuel hasta cuatro días más tarde. Subía un café con leche y unas ensaimadas a Doña Carmencita y él se cruzó con ella. Levantó la servilleta que cubría las ensaimadas y con una sonrisa burlona le preguntó:

—¿Esto es para mí?

—No, Don Manuel. A usted no le gusta el dulce. Es para su suegra — contestó con otra sonrisa que a Manuel le calentó el corazón y otra cosa.

—¿Estás ocupada? —preguntó observando fijamente esos ojazos verdes.

—Dejo esto a la señora y estoy libre —respondió rápido y un poco nerviosa ante esa mirada.

—Bueno, pues cuando lo dejes te espero en mi despacho.

—¿He hecho algo malo? —cuestionó con miedo.

—No, que yo sepa. Venga, no te entretengas —diciendo esto, dejó de mirarla y continuó bajando las escaleras.

A los cinco minutos tocaba en la puerta.

—Adelante —sonó la voz grave de Manuel.

Al pasar la dejó abierta, pues era lo que había que hacer para evitar malos entendidos. Pero cuando Don Manuel le dio la orden, obedeció al momento.

—Cierra y siéntate aquí —mandó señalando un confortable y moderno sillón.

Bárbara se posó en el borde del sillón, con las piernas muy juntas y las manos sobre las rodillas. Estaba nerviosa. Se estiró el borde de la falda de su vestido de trabajo con manos temblorosas. No tenía ni idea de por qué estaba allí.

Manuel lanzó una mirada larga y lujuriosa. Con esa bata de algodón y la gruesa trenza estaba tan linda como siempre, pero parecía más niña. Al lado de Manuel, encima de la mesa de despacho, había unas cajas.

—Ábre las, son para ti.

Sin contestar, se levantó y, con cara de asombro, se acercó despacio y se quedó al lado del hombre. Manuel sentado en su sillón giratorio, y ella rozando la pernera del pantalón. Miró las cajas, sabiendo que eran de zapatos y volvió los ojos hacia ese rostro masculino, fijándose en que las mejillas presentaban el comienzo de una barba rubia oscura. Volvió a contemplarlas y, con cierto reparo, llevó las manos a la primera y levantó la tapa para descubrir unos preciosos zapatos planos, de suave tafilete y un lazo zapatero de otomán, en azul marino. Sus labios dibujaron una «o» silenciosa, al tiempo que tragó saliva.

Miró a Manuel durante unos segundos, mientras él hacía lo mismo, desde que entró en el despacho.

Abrió la otra caja y sus ojos se quedaron prendados de otro par de zapatos de altísimo y fino tacón, en color rosa claro, provocando que la muchacha los

tocara con delicadeza, como si se fuesen a romper o, tal vez, a desaparecer por encanto. Miró otra vez al hombre, sin saber qué hacer, pero ante el silencio de él y esa sonrisa que asomó en su boca, hizo que se los probase al instante, mientras Manuel no dejaba de contemplarla, recorriendo ese cuerpo de arriba abajo y observando todos los gestos y movimientos que hacía esa hermosa criatura.

Los zapatos de tacón eran muy altos y de punta estrecha, pero a pesar de ello, eran cómodos. Se subió un poco la bata y dejó más de la mitad de sus muslos al aire. Unos muslos largos, bronceados, de carne prieta y joven; muy joven.

—Son preciosos. Hasta me hacen las piernas más bonitas, ¿no cree, Don Manuel?

—Las tienes preciosas. Con tacones o sin tacones —murmuró el hombre sin dejar de mirarla, sin pestañear, pero sin olvidar cómo le hizo sentir ese, «Don Manuel», viejo como nunca se había sentido.

Aun así, tuvo ganas de alabarla, de decirle que su cuerpo era hermoso sin ningún adorno, que toda ella era preciosa, que no conocía mujeres tan lindas como la que tenía delante, pero se contuvo. Se levantó para separarse un poco de ella.

—Ve, con estos tacones ya no soy tan bajita. —Y se acercó a él. Manuel se estaba ahogando—. Casi le llegó al hombro. Casi —soltó risueña.

—Sí, ya lo veo, ya.

—¡Oh! Don Manuel, no sé si debo aceptar... son tan bonitos y deben ser tan tan, caros...

—Chiss. Esto es para ti y no se hable más. Y si algún día te invito a dar un paseo, espero que te los pongas..., los rosas. —Creyó que era mejor aclararlo, pues si se ponía los planos, parecería que era su hija.

—Qué bueno es usted. Que yo recuerde es la primera vez que tengo algo nuevo. Para estrenarlo yo solita, yo primera, sin que lo haya usado otra persona. ¿Le puedo decir algo muy íntimo? —preguntó poniéndose frente a él y mirándole a los ojos.

—Pues claro. —Los ojos azules le devolvieron la mirada.

—Le aprecio de verdad, y no se lo digo porque me haya regalado estos zapatos, se lo digo porque es muy bueno, a pesar de ese gesto tan duro que tiene casi siempre. Y eso que cuando sonrío está muy guapo.

Manuel no contestó. Sabía de sobra en qué sentido hablaba la niña. No

había segundas intenciones.

—¿Se puede agachar un poquito para que le dé un beso? —La sien izquierda del hombre comenzó a palpar. Quiso cogerla por la cintura y estrujarla contra él. Sentir esos pechos de mujer contra él. Pero si hubiera hecho eso, habría roto el encanto. Manuel comenzó a palpar. No quería rechazarla, pero al tiempo...

Obedeció.

Se agachó y ella llevó los brazos al cuello del hombre y dejó caer un sonoro beso en la rasposa mejilla. Un beso infantil.

—Me hubiera gustado tener un padre como usted.

Más tarde o más temprano, tenía que salir a relucir la edad. No había dicho un hermano o un amigo. No. Un padre como usted.

«¡Me cago en la puta de oros!».

De repente se sintió muy viejo. Tenía cuarenta años, aparentaba menos, y parecía que acababa de cumplir los ochenta. Ella volvió a abrazarse a él.

—Anda, recoge las cajas y vete —le dijo al oído, deseando que se marchara, que lo dejase solo, para darse coscorrónes contra la mesa por ser tan gilipollas.

Se quitó los zapatos en un periquete y los guardó en las cajas. Se volvió a poner sus zapatillas y antes de irse le dedicó una de las miradas más hermosas que hubiera visto en mujer alguna. El azul y el verde de los ojos de ambos se fundieron por un breve e intenso momento. Bárbara susurró:

—Muchas gracias. —Y se marchó.

Manuel encendió un cigarrillo y dio una patada a la pata de la mesa, dejando una marca. Estaba furioso consigo mismo. Se sintió el tío más impotente del mundo, el más cabrón, el más desgraciado. ¿Qué cojones le estaba pasando? ¿Por qué demonios se sentía así? ¿Por qué una niña de quince años lo estaba volviendo loco?

«Olvídate de ella», se dijo a sí mismo.

«Olvídala, Manuel».

«No podrá salir nada bueno de algo así».

En un principio, tenía pensado pasar todo el día en Palma. Después de comer con Federico, cambió de idea, sabiendo que ese no era su comportamiento habitual, pues él trazaba un plan, un horario, y se cernía a ello de manera germana.

Sin pensarlo dos veces, cogió el coche y regresó a la finca.

Estaba obsesionado con ella, lo tenía que reconocer. No pensaba en Olga, y eso que hablaban todos los días, pero tenía metida a esa cría en la cabeza noche y día. Bárbara, Bárbara, Bárbara. ¿Era morbo lo que sentía su mente, su cuerpo, o qué cojones era? Se enfadaba consigo mismo por ser débil, por dejarse llevar por esos sentimientos, esas sensaciones, esos deseos. Maldita fuera. Jamás una mujer se le había metido dentro de su cabeza de esa forma, nunca miró a las amigas de sus hijos con segundas intenciones; y había verdaderas preciosidades. Solamente las encontraba deliciosas en algunos momentos y tontitas en la mayoría, riéndose para sí mismo cuando coqueteaban con hombres maduros y atractivos como él. Ningún otro pensamiento pasó por su cabeza, ningún sueño erótico con esas criaturas adorables. Hasta ahora.

Tenía todas las mujeres que pudiera desear, expertas en la cama, cultas y bellas, aunque también probaba las incultas, ordinarias y no tan bellas, pues a fin de cuentas, él no había nacido en alta cuna, pero con el paso de los años se había vuelto más delicado y un tanto aprensivo, ya que su vida había cambiado tanto, que sus gustos hicieron lo propio.

Olga era su prometida, estaba enamorado de ella, pero no estaba loco por ella, y mantenía relaciones sexuales con otras, unas veces con más asiduidad, y otras de tarde en tarde, pero sin darle mayor importancia, pues no la tenían. Oportunidades le salían a menudo, debido a su posición y a ese físico tan fuera de lo común, y él rechazaba más de una, pues tampoco era de esa clase de tipos que pensaban con la de abajo en cuanto veían a una mujer bonita. Olga tenía conocimiento de algunas de esas aventuras, por supuesto que no le hacía ni pizca de gracia, pero prefería ser una cornuda consentida a quedarse sin él.

Manuel siempre recalca que de la única que estaba enamorado era de ella, que las demás eran un polvo pasajero sin mayor importancia, que ni se acordaba de sus caras o de sus cuerpos, eso no era cierto, pero quedaba muy bien. Por otra parte, jamás se acostaba dos veces con la misma, no porque no le apeteciese repetir, sino porque era la mejor manera de que ellas no se crearan falsas expectativas. En ese aspecto no había peligro para Olga... pero ahora, si ella supiera que en esos momentos Manuel no dejaba de pensar en una jovencita que lo «esperaba» en la finca, no estaría nada tranquila.

Al llegar, saludó al guarda y conversó unos minutos con él sin salir del coche. Antes de irse le preguntó si había visto a su hijo, y el hombre le dijo que sí, que había llegado un par de horas antes.

No se molestó en entrar en la casa. Dejó el coche fuera, sin meterlo en el garaje, pero viendo el Mercedes descapotable que si se hallaba a buen resguardo, pues Carlos siempre era muy meticuloso y casi siempre ponía a cubierto el precioso coche.

Se fue derecho a la cala, algo le decía que ella estaría allí. Penetró en la zona de pinos y aspiró el olor de esa zona boscosa, agradeciendo la sombra que daban, en especial en una tarde calurosa como esa. Bajó la cuesta y, al llegar a las escaleras de piedra, se paró en seco. Miró por encima de las gafas de sol y sus sensuales labios se contrajeron en un rictus desagradable, pues unos celos anormales en él hicieron acto de presencia.

Bajó muy despacio las escaleras, encendiendo un cigarrillo mientras iba formando una sonrisa que resultara convincente, que no delatara la mala hostia que se le puso, que su hijo no notase que algo raro sucedía o, por lo menos, que lo interpretase de manera incorrecta.

Los jóvenes se hallaban tumbados en la arena, con los ojos cerrados y los cuerpos al sol. Por lo menos, cincuenta o sesenta centímetros separaban un cuerpo de otro. Ella llevaba su traje de baño rosa, que dejaba medio pecho al aire y una faldita corta cubría su zona púbica y las ingles. Contempló las hermosas y doradas piernas y deseó acariciarlas. No entendía cómo su hijo podía permanecer tan fresco a su lado.

—Os vais a achicharrar —habló para hacerse notar, pues se ve que fue tan sigiloso llegando que no se dieron cuenta, eso, o que estaban durmiendo «el par de dos»; pero no era así.

Carlos abrió los ojos de una vez y se sentó de golpe. Bárbara fue un poco más lenta, pero se levantó completamente. Manuel no dejó de mirarla, al tiempo que se quitaba las gafas de sol.

—¡Papá, qué susto nos has dado! —exclamó, levantándose del todo y colocándose al lado de la muchacha.

—¿Susto, por qué? No estabais haciendo nada malo. —Miró a Bárbara detenidamente.

Carlos observó sin perder detalle, pero no pudo calibrar lo que ocurría. No sabía si esa mirada era de admiración o de reproche por estar con él.

—Por supuesto que no. Le estoy enseñando a nadar. Bueno, en realidad ya casi sabe, solo le falta un poco de práctica. ¿Verdad, Bárbara?

—Sí —contestó suavemente.

Ese era el momento en que tenía miedo de Don Manuel. Ese gesto duro, esa

mirada fría que no la arreglaba esa sonrisa. Una falsa sonrisa. Manuel dio media vuelta y exclamó:

—No estéis demasiado tiempo al sol.

Cuando hubo desaparecido, Carlos miró a Bárbara.

—No sé lo que le pasa. Está raro.

—No le gusta que estés conmigo, eso es lo que le pasa. Soy una criada y tú tienes novia.

—Qué tontería —contestó, sabiendo que llevaba razón y cambiando de tema en el acto—. A propósito de novia, tengo que llamarla. Esta mañana no estaba aquí cuando ha llamado y luego he llamado yo y no estaba ella. Parece que no nos ponemos de acuerdo. ¿Te parece que volvamos?

—Sí, vamos. Además, creo que el sol pica más de la cuenta.

Recogieron las toallas que no habían utilizado y volvieron a casa, mientras él le contó que su novia veraneaba en la Costa Brava y que hasta septiembre no se verían. Bárbara escuchaba, pero su mente estaba en otra parte.

Capítulo 14

Desde que llegaron a Palma, no habían tenido contactos sexuales y Bárbara lo prefería así. Hasta pensaba que no debería haber dado lugar a ello. Pero ahora que Natalia tenía a su novio cerca, no parecía tener apetencias por ella. Mejor.

Esa tarde noche, antes de que Natalia se fuera con su novio, descubrió los zapatos.

—¿Y esto? —Al no obtener contestación, se acercó al cuarto de baño de las muchachas y sostuvo los zapatos en alto.

—Unos zapatos, ¿no lo ves? —añadió con cierta insolencia, impropia de ella.

—Ya sé que son unos zapatos, graciosa. Unos zapatos nuevos, preciosos y de piel. Esto vale muchas pesetas.

—No sé lo que valen. Me los han regalado y en paz.

—¿Qué te traes entre manos? ¿Quién te ha regalado esto? —Bárbara se acercó a Natalia y con gesto zalamero contestó.

—Calla, Natalia. No puedo decírtelo. No puedo.

—Carlos. Ha sido el señorito Carlos —afirmó amusgando los ojos.

—No te lo puedo decir y te pido por favor que no comentes nada. — Natalia la miró horrorizada.

—¿No te habrás acostado con él por unos zapatos?

—Por Dios, Natalia. ¿Qué piensas que soy? ¿Una fulana? —Natalia se arrepintió y no se arrepintió.

—No quiero decir eso, pero...

—Ni peros ni nada —dijo quitándole los zapatos y guardándolos en su caja—. Venga, más vale que te vayas, que Carlos y su hermana no te van a esperar toda la noche.

Natalia la miró como si no la conociese y esos dos años de diferencia le dijeron que su amiga ocultaba algo y gordo, pero dejó pasar el tema.

—Que sepas, listilla, que siempre tengo que esperar yo. La señorita Mar no se da prisa nunca. Es una lenta de cuidado. Y te diré que no me gusta que me ocultes cosas y no confíes en mí.

—Adiós, Natalia —cortó secamente.

—¡Ja! A mí no me la das —exclamó al tiempo que se iba.

Bárbara vio cómo se cerraba la puerta, para ella apretar con fuerza los ojos. Natalia quería saberlo todo.

El cuerpo alto y corpulento de la señora Engracia se acercó hasta donde estaba sentada.

—Voy a echar una partidita con Doña Carmen. Te he dejado un trozo de tarta de manzana en la nevera.

—Muchas gracias, señora Engracia —contestó dulcemente, provocando una sonrisa en la mujer.

—Cuando termines de leer, apagas la luz. No te olvides.

—No me olvido, no se preocupe. Comeré la tarta, leeré un poco más y me voy a dormir. ¿Usted va a tardar mucho? —Engracia se colocó una horquilla en su pelo crespo y gris.

—Ay, Barbarita —exclamó mientras colocaba una silla en su sitio—, con Doña Carmen nunca se sabe. Igual se cansa enseguida que nos tiramos tres horas.

Bárbara sonrió y la mujer la miró embobada.

—Cariño, tendrías que haberte ido con Natalia.

—No tenía ganas. Prefiero estar aquí.

—Está bien, querida. Hasta mañana.

—Que descanse.

Salió tan dispuesta a su partida, mientras hizo sonar los duros y las pesetas que llevaba en el bolsillo de su bata, preparada para una sesión larga o corta, pero nunca aburrida. Había que entretener a la Doña, pues era la mejor manera de tenerla tranquila, y como Don Manuel le daba el dinero, todo estaba controlado. Menos mal que era así, porque había veces que perdía un dineral. La vieja le echaba un vicio de muerte, igualito que al comer.

Bárbara se acomodó mejor en la silla y apoyó los codos en la mesa. Miraba una revista de moda francesa que la señora Engracia había cogido de la papelería de la señorita Mari Mar. No entendía nada, pero daba igual. Las fotos eran preciosas y las modelos guapas a rabiar. Tan altas y delgadas.

Se levantó y anduvo por la blanca y pulcra cocina. Cogió un vaso y se echó agua fresca de la nevera, un trozo de tarta y cerró la puerta con el trasero.

Llevaba el mismo pantaloncito corto de la primera vez que estuvo en la cala con Carlos, una blusa blanca que dejaba sus bronceados hombros al aire y el cabello recogido en una coleta alta. Comió parte de la tarta sin notar que

unos ojos la acechaban desde la ventana. Manuel la contemplaba, deleitándose con cada movimiento de la hermosa muchacha.

Por el pasillo se había encontrado con Engracia. Se saludaron y le deseó suerte en la timba. Quiso estirar las piernas y, fumando un cigarrillo, anduvo hasta la zona de la cocina, al ver la luz, se acercó. Ella otra vez. Su sueño, su pesadilla, su obsesión. Con solo verla, su rostro se suavizó, sus facciones se relajaron.

Esa tarde había hablado con Olga y estaba de mal humor. Todo el tiempo hablando de su madre; que si estaba un poco mejor, pero todavía le dolía mucho, que el médico le había dicho que reposo total, que estaba un poco deprimida... Joder, que harto estaba. Luego vino la parte sentimental; que si lo echaba mucho de menos, que tenía muchas ganas de verlo, que lo amaba... Unas lágrimas para no perder la costumbre y las palabras de Manuel tuvieron que ablandarse. Yo también te quiero, pronto nos veremos, etcétera.

Cansado de estar como un pasmarote mirando a la chica, entró por la puerta del jardín.

—¿Molesto? —preguntó. Bárbara se volvió asustada y al verlo sonrió.

—No, pero la señora Engracia no está.

—Lo sé.

Pasó y sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo del pantalón para dejarlo encima de la moderna mesa de formica roja con el marco de acero, mientras ella lo miraba a hurtadillas, creyendo que él no se daba cuenta. El pantalón blanco estaba impecable, con la raya perfecta y sin ninguna arruga. Ella giró la cabeza y dejándose de timideces, lo miró con todo el descaro. Estaba tan interesante, con ese polo beis que le resaltaba todos los músculos de esa parte del cuerpo, y el pelo tan rubio, y la piel tan morena... y, sobre todo, esos ojos. Madre, qué ojos. Para perderse en ellos.

—¿Quieres uno? —le preguntó ofreciéndole un cigarrillo.

—No —contestó mirándolo con sus inocentes ojos.

—Mejor. No me gustan las mujeres que fuman. Olga fuma a escondidas y se cree que no lo sé.

—Su novia.

—Sí —afirmó mientras soltaba el humo y la miraba desde su altura, entrecerrando los ojos.

Bárbara pasó unas hojas de la revista y señaló una cara rubia de ojos claros.

—Se parece a esta modelo, ¿verdad?

—¿Quién? ¿Olga? —Él no miró la revista, solo la miraba a ella.

—Sí.

—¿Es que la conoces?

—No, pero Natalia me ha dicho cómo es y que antes de enamorarse de usted era modelo. —En aquella época y en España, ser modelo era algo inusual.

—Sí. Te han informado bien. No son idénticas —dijo mirando la foto de refilón—, se dan un aire.

Cogió una silla tapizada en un mullido escay rojo, y se sentó a su lado. En ese momento, ella se levantó bruscamente y sin reparar en la sorpresa de él, fue a por un cenicero.

—¿Quiere un refresco o un vaso de leche? —Manuel hizo una mueca burlona ante la pregunta.

—¿No hay nada más fuerte entre estas paredes? —«Aparte de ti», pensó con lujuria.

—Sí, hay coñac del que le echa la señora Engracia a las comidas. Pero no es tan bueno como el que usted toma. Si quiere voy al salón y traigo una botella del mueble bar.

—No, no. No es necesario. Ese mismo me servirá. —No quería que saliera de la cocina.

Presta y rápida, abrió un armario superior y sacó un vaso pequeño, se dirigió a uno inferior y sacó una botella de Terry y le escanció un buen trago. Manuel no le quitó los ojos de encima, observando todos sus movimientos y todas las partes de ese cuerpo, visibles y no visibles. Sus pupilas se dilataban ante tanta carne expuesta. Sus ojos querían atragantarse con la visión de ese joven cuerpo. Sus manos deseaban tocar, tocar lo que fuera, pero tocar.

Al sentarse, ella se arrimó todo lo que pudo a él, y tomó de nuevo la revista.

—No es malo, ¿verdad? —preguntó mirándolo a los ojos mientras él se llevaba el vaso a los labios.

—¿El brandy? —preguntó con una sonrisa, mientras ella afirmaba con la cabeza—. No, no es malo.

—Como usted solo bebe coñac francés.

—No siempre —añadió, mojándose los labios con la punta de lengua, y viendo como ella fijaba los ojos en ese gesto—. A veces... varío.

Ella volvió los ojos a la revista.

—A mí me gustaría ser como estas mujeres. Alta y delgada. Me encantan.

Él no miró las fotografías, miraba esa cabellera, y esos hombros dorados como el caramelo, y esa espalda encorvada sobre la mesa, junto a sus piernas, una escondida debajo de la otra, pues estaba sentada como se sientan las crías.

—Pero si tú no eres baja. Tienes una estatura perfecta —dijo mientras soltaba el humo por la nariz.

Ella dejó de mirar la revista y clavó sus ojazos en él.

—No, mire, usted, por ejemplo, es muy alto, y como su novia es alta también, pues no es tanta la diferencia y seguro que hacen una pareja perfecta, preciosa. Pero con una como yo..., pues no queda tan bien. Parece la «L» y la «I». —Ella volvió a la revista y Manuel sonrió ante esa comparación.

—Eso es una tontería. Tienes la estatura justa para ser manejada por un hombre como yo. Eres más femenina, más ligera y más menuda que otra más alta.

—¿Usted cree? —preguntó, dejando de lado la revista y taladrándolo con los ojos.

—Sí, lo creo —dijo, llevándose el cigarrillo a los labios, mientras se perdía en sus pupilas, en esos puntitos amarillos.

—No sé. Me parece que lo dice para conformarme. De todos modos, yo sé cuáles son mis defectos y no me engaño. Tengo las caderas muy anchas y mucho pecho. Me molesta cuando los hombres me miran descaradamente y me dicen que tengo mejor delantera que el Real Madrid. —Manuel no pudo evitar reírse y la risa se convirtió en una carcajada.

A Bárbara no le hizo ninguna gracia.

—¡Lo ve! Usted también opina lo mismo. —Manuel se contuvo, viendo la rojez de sus mejillas.

—No te enfades. Eso no es para que te ofendas. Los hombres tenemos muchas maneras de decirles cosas bonitas a las mujeres, y una de ellas es esa. Tal vez yo no hubiera dicho algo semejante, pero seguro que lo habría pensado. Mira, pequeña, a los hombres, a la mayoría de los hombres, nos gustan las mujeres como tú. Con un cuerpo lleno de curvas. No como esas modelos que ves en las revistas que, aunque muchas son muy guapas, la mayoría están escuálidas y te dan ganas de invitarlas a comer para que engorden unos kilitos.

—Pero si usted se enamoró de su novia es porque le gustan delgadas.

—No exactamente. Yo preferiría que Olga estuviese más llena, pero no puede ser. Come como una lima y no engorda. —Bárbara volvió la mirada a la revista, no siendo consciente de las miradas del hombre.

—He pensado en comer menos y quitarme tres o cuatro kilos —dijo, al tiempo que miró el plato de porcelana blanco con los restos de la deliciosa tarta de manzana, que contrastaba con la llamativa formica roja.

—Eso ni hablar, jovencita, estás muy bien así. No digas tonterías —replicó seriamente, notando como los brazos de ambos se rozaban gustosamente.

Ella volvió a las fotos y las miró con pesar, mientras Manuel, sin dejar de observarla, apagaba el cigarrillo. Notando su tristeza la cogió por la cintura y la obligó a levantarse, giró la silla para tener espacio y la colocó entre sus piernas abiertas. Ella, que no sabía qué hacer con los brazos, los subió y los colocó encima de los hombros de él, y ese gesto le gustó a Manuel, le gustó mucho. Las grandes manos en su pequeña cintura, las manos de ella sobre sus hombros y los ojos de ambos mirándose sin pestañear.

—Tienes la cintura perfecta. Justa para mis manos. —El tono de voz bajó, y ella comenzó a sentir el peligro.

—Pero usted tiene las manos grandes —susurró con voz anhelante.

—Los hombres tenemos las manos grandes y tu cintura es perfecta. Y en cuanto a tus otras partes del cuerpo, por lo que puedo ver, son una maravilla —dijo sin dejar de mirarla a los ojos y sin soltar su cintura—. Eres preciosa, Bárbara. Muy bonita.

Ella se sintió sumamente halagada, pero esa conversación y los cuerpos tan juntos y metida entre sus piernas, no podría traer nada bueno. Aun así, se atrevió a preguntar:

—¿Le gusto?

Manuel no contestó al momento. Siguió mirándola a los ojos y fue bajando las manos por las caderas hasta llegar a los suaves muslos.

—Sí —contestó gravemente.

Bárbara no movió sus manos de los hombros de Manuel, a pesar de sentir un escalofrío que recorrió todo su cuerpo cuando esas manos grandes tocaron los muslos. No quería salir corriendo de la cocina. Pero notaba el peligro en cada centímetro cuadrado de ese hombre. Sus pezones se endurecieron y deseó que le hiciera cualquier cosa.

—¿Te asusta que en un hombre mucho mayor que tú, sienta lo que yo siento por ti?

—No, creo que no. Pero usted no es tan mayor.

—Te llevo muchos años, criatura.

Bárbara levantó una mano y con la yema de los dedos recorrió el rostro de Manuel. Los dedos se quedaron fijos en los labios como si de pegamento se tratara. Él se mantuvo quieto esperando el siguiente movimiento de la muchacha, notando cómo esos dedos bordearon despacio la boca y acercando la cabeza posó sus labios donde habían estado los dedos. Jamás había besado y se notó. Fue casto, sin lengua, sin lujuria, pero con un interés premeditado. Manuel la tomó por la nuca y la besó con violencia, más de la que hubiera deseado. Pensó que reventaría los calzoncillos y los pantalones de la erección que tenía. La sentó sobre una pierna y calmó hasta cierto punto el escozor de su miembro.

—Eres muy hermosa, niña. Me gustas mucho.

—Usted también me gusta, Don Manuel.

—No me llames así. Solo Manuel.

—Me da vergüenza.

—Te da vergüenza llamarme por mi nombre y no te da estar sentada sobre mi pierna, sintiendo el bulto de mi deseo por ti. —Ella hizo amago de levantarse, pero él la sujetó—. No, no te muevas. Por favor, no te muevas. Quiero sentirte cerca de mí —susurró subiendo y bajando la mano por su costado.

Ella tembló como una hoja cuando él agachó la cabeza y la volvió a besar en la boca. Esta vez se controló y le fue abriendo los labios con los suyos. Con la lengua recorrió la boca de ella y rozó los dientes y su delicado interior.

—Saca la lengua —le ordenó.

Ella obedeció y él se la comió entera. Como si fuese un caramelo.

Despacio, recreándose con esos labios carnosos, con esa lengua inexperta, sabrosa, golosa. La besó con ganas, con deseo caliente y voraz, de una forma diferente a Olga, a las demás mujeres que había besado a lo largo de su vida. Eran multitud de sensaciones producidas por tener a una niña de quince años sentada sobre su muslo, rozando su erección, mientras tocaba los costados de los pechos grandes, firmes, tan duros que excitarían a un regimiento militar.

Que agradable era, pensó ella, que excitante. Era tan experto, que se dejaba hacer. Hubo un momento, en ese beso tan demoledor y esas manos acariciando los costados de sus sensibles pechos, que sintió un orgasmo, pues fue algo muy similar a los que sintió cuando Natalia le hacía cosas, bueno,

mejor que con Natalia, pues esto era... era diferente. No tenía comparación. Solamente la excitación que sentía en esos momentos, nada tenía que ver con lo otro. Hacerlo con él era el mayor placer que podía sentir y, cuando esas manos tocaron sus pechos, creyó morir, creyó estar en el cielo; sintió que su cabeza giraba, pues esos dedos jugaron con sus pezones a través de la tela, sin dejar de besarla y todo le supo a gloria.

No debía dejarlo seguir, no debía disfrutar como lo estaba haciendo, pero es que era tan agradable, tan excitante...

Manuel, al notar la relajación de ella, supo que le gustaba, que estaba disfrutando de las caricias, de los besos. Tal vez no fuera tan inocente como creía y no era virgen. Mejor, menos trabajo.

—Vamos a mi habitación. —La voz le salió ronca de deseo. El azul de sus ojos se clavó en el rostro acalorado de Bárbara. Pero estaba asustada, se notaba perfectamente, pues todo esto la desbordaba.

—No, no quiero —contestó despertando del ensueño. Se levantó y no se percató del bulto de Manuel, a pesar de que se había restregado contra él.

No intentó sujetarla. La dejó ir, sin retirar la mirada de esa preciosidad, viendo cómo abandonaba la blanca cocina, igual que un conejillo asustado.

Se levantó violentamente, tirando la silla al suelo y se remojó en el fregadero. El agua refrescó su cara, nuca y pelo, quitando parte del sudor frío que le recorría el cuerpo. La erección bajó algo, pero no la excitación. Salió de la cocina y se dirigió hacia el cuarto de la muchacha. Tocó en la puerta.

—Abre, Bárbara. Abre, por favor. —Jamás había suplicado. Jamás. Y ahora lo hacía por segunda vez a una cría que tenía menos años que sus propios hijos, que era una criada de la casa.

¡Joder! No se lo terminaba de creer, mientras esperaba la contestación de la niña a través de la puerta.

—No, no puedo. Yo quiero, pero no está bien. Tengo miedo —susurró con un gemido.

—Anda, nenita, no te haré daño. Te lo prometo. Abre, por favor.

—No, no, no —susurró, mientras iba resbalando hasta el suelo, apoyada detrás de la puerta.

Manuel no suplicó más. Ella escuchó como sus pisadas se iban alejando.

Quince minutos más tarde, cogió el coche y se fue a Palma. Bebería como un cosaco y se follaría a la mejor tía que encontrara en su hotel, o donde cojones fuera. Se acostó con una francesa que se hospedaba en el hotel y

mientras su marido, bastante mayor que ella, dormía la mona, ella se fue a su despacho y en el sofá follaron como conejos. Llevaba una tonelada de alcohol en su cuerpo y se pasó todo el tiempo que duró el coito llamando a la francesa Bárbara. A esta no le importó. Estaba tan maravillada de que el hombre tuviera tanto alcohol en el cuerpo y tardara tanto tiempo en correrse, que lo del nombre no dejaba de ser una anécdota. Mientras que Manuel tuvo un orgasmo salvaje, ella se corrió tres veces. Con ese premio podía llamarla como quisiera. Bárbara o mamá.

A las seis de la mañana regresó a la finca. Esa mañana tendría una resaca terrible, pero a fin de cuentas era lo que se había buscado.

Por las mañanas, la familia se reunía a desayunar. Manuel lo deseaba de esa forma, ya que solo podían hacerlo en vacaciones y algún domingo que otro. Mar refunfuñaba lo suyo, a las diez le parecía un madrugón excesivo, sino ¿para qué estaban las vacaciones? Menos mal que por la tarde se echaba la siesta, si le apetecía, pero el padre era inflexible con ciertos hábitos, y por muchos caprichos que le consintiera a su hija, las normas establecidas por él se respetaban y punto. Pero esa mañana fue él quien se retrasó, llegando un cuarto de hora más tarde.

Engracia ya tenía dispuesto el desayuno y todos, los cuatro, le estaban esperando.

—Buenos días, familia —saludó con una mueca que quiso ser una sonrisa.

La cabeza le estallaría de un momento a otro, estaba seguro, solo era cuestión de tiempo. Hacía siglos que no bebía como la noche anterior y se había pasado siete pueblos.

—Vaya, papá, te has retrasado. Luego nos dices a nosotros —comentó su hija a modo de saludo.

—Solo han sido unos minutos, cariño. La culpa la ha tenido el despertador que no ha sonado.

—Pero si tú no necesitas despertador —replicó Mar, que mordisqueaba una tostada.

—Pues esta vez sí.

—Eso es normal —intervino la Doña—, por la hora que te acostaste no me extraña que no oyeras nada. Porque el despertador ha sonado como todas las mañanas. A las ocho en punto. Lo he oído perfectamente.

Manuel miró a su suegra de mala manera y no se mordió la lengua.

—No creo que sea de su incumbencia a la hora que llego o dejo de llegar. Estoy en mi casa y hago lo que me sale de los cojones.

—Qué manera de hablar, ni a mi marido, que en paz descansa, se le ocurrió jamás decir esa ordinariez.

—Su marido, que en paz descansa, decía todas las ordinarieces que le daba la gana.

Carlos, que sabía lo mal que se llevaban, igual que todos los presentes, intervino diestramente.

—Bueno, por lo menos espero que te lo pasaras bien, ya que llegaste más tarde que nosotros. ¿Dónde te metiste?

—En el hotel con... —iba a decir con una francesa, y lo hubiera dicho si hubiesen estado ellos dos solos— con unos amigos. —Carlos le entendió de sobra.

La Doña también.

Puteando, como diría ella.

Hablaron sobre temas diversos y Mar le pidió dinero para comprarse un vestido muy mono.

—Sí, cariño, lo que quieras.

María del Mar se levantó y abrazó a su padre. No era una belleza, pero tenía un rostro agradable. Arrugó la pequeña nariz y frunció los labios; bonitos labios, heredados de su madre. El pelo castaño, largo y liso, relucía recién lavado.

—Gracias, papaíto. Eres un sol.

—Ya, ya —contestó el padre con una mueca, dándole un azote en las nalgas.

—Voy a cambiarme de ropa.

—Termina el desayuno —replicó él sin mucha convicción; ya sabía la respuesta.

—No quiero más. Estoy llena —gritó llegando a las escaleras.

—La tienes muy consentida —comentó la Doña en tono de reproche, mientras se llevaba un trozo de ensaimada a la boca.

«Madre mía, que buenas están», pensaba la mujer. Aquellas no eran como las de Madrid, eran mejores, y mira que las de Madrid eran buenas, pero esas... se comería una docena y se quedaría tan pancha.

Manuel, con la taza de café en los labios, la volvió a dejar en el plato, sin dejar de mirar cómo su suegra se llenaba la boca de ensaimada.

—Parece mentira. Nos vemos poco, gracias a Dios, pero cuando eso ocurre siempre siempre, tiene que picarme el billete.

—Solo digo la verdad. Está muy consentida —repitió, tragando lo que tenía en la boca.

—Pues sabe lo que le digo, «querida suegra», que se preocupe de llenarse la barriga, que yo me ocupo de mi hija

—¡Ja! Alabado sea el Señor —replicó la Doña mientras se limpiaba con la servilleta.

Manuel estaba perdiendo la paciencia. Entre la resaca, el humor de perros que tenía esa mañana y aguantar a la jodona de su suegra, podría estallar de un momento a otro.

—Bueno, abuela, mi padre tiene razón, no te metas en cosas que no te incumben.

—Me incumbe. Es mi nieta.

—¿Y qué? Es su hija y es mi hermana —replicó Carlos, siempre dispuesto a defender a su padre—. Yo me encargo de mantenerla en su sitio. Mi padre lo sabe. Y si le quiere comprar cuarenta vestidos, está en su derecho.

—Derecho, derecho. Torcido, diría yo. Allá vosotros, yo me lavo las manos.

—Sí, usted lávese las manos y siga comiendo que es lo suyo.

—Qué grosero eres algunas veces; no me explico que vio mi hija en ti.

—Algo que usted no vio. Eso seguro —contestó él, levantándose de la mesa y saliendo del comedor.

—Desde luego, abuela, siempre igual. Vives como una reina, haces lo que te da la gana gracias a mi padre, pero siempre te estás metiendo con él. —Carlos era conciliador por carácter, pero su padre era su ejemplo y le molestaba mucho que su abuela no lo dejara en paz. Además, vivía a todo tren y era gracias a su yerno.

—¡Bah! —Gesticuló con desprecio—. No lo he tragado nunca. Es un egoísta y un mandón.

—Sí, claro —ironizó Carlos—. Porque es un egoísta vives tan mal. —La Doña tuvo que cerrar la boca. Carlos llevaba toda la razón, pues no le faltaba de nada. Tenía todos los lujos que quería, gracias al trabajo de su yerno, porque la herencia que le dejó su marido hacía mucho tiempo que la había fundido. Si no fuera por Manuel, estaría en el asilo.

Carlos se colocó al volante y puso la radio. Iban a pasar el fin de semana

en Andrach, pero primero dejarían a Natalia en Palma.

—Conduce con cuidado —dijo Manuel a su hijo mientras Mar a su lado se retocaba el pelo. Natalia, en la parte trasera, miraba con admiración a Don Manuel.

—Sí, no te preocupes.

—Y esta noche, llamas. Aunque yo no esté, hablas con Engracia.

—Sí, papá.

—Venga, que tengáis buen viaje, y tú Natalia, que te diviertas.

—Gracias, Don Manuel.

Capítulo 15

Engracia disfrutaba de esos pequeños encuentros y, cada vez que ocurría, se dejaba llevar.

—Natalia se ha ido contentísima. Cuando le dije que se podía ir todo el fin de semana, no se lo podía creer. Quién me iba a decir que estaba tan ennoviada con ese chico. Lo ha llevado en el mayor de los secretos. Todo este invierno pasado, escribiéndose y yo sin saberlo, sin tener la menor idea. Hasta creo que no le había dicho nada a Bárbara, que se enteró dos meses antes de salir de Madrid... Qué chiquillas. De todos modos, Don Manuel, esta niña me da pena. No sale a ningún sitio, no quiere ir con Natalia, no quiere ir con su hijo. Dice que está muy bien aquí y no hay quién la mueva. Y cuando se emperra en una cosa es muy cabezona. Luego, por otra parte, es muy tímida y dice que no quiere ir de cesto ni que le encasqueten un acompañante que no le gusta. Ay, señor, qué chiquilla.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Manuel, dando un sorbo al café que se estaba tomando en la cocina.

—Con el guarda. Ha ido a recoger los huevos de esta mañana. Y Julio encantado de tenerla con él. Y no digamos su mujer. Si es un encanto de chiquilla.

—Mire, Engracia —carraspeó mientras encendía uno de sus múltiples cigarrillos—, me voy a Sóller dentro de un rato, alrededor del mediodía. ¿Qué le parece si me llevo a la niña? Después de todo es una pena que se quede aquí encerrada todo el día, y con el riesgo de que la enganche mi suegra para que le lea una novela de amor. —Engracia sonrió con los labios apretados—. Así podría conocer un poco más la isla.

—¡Ay, Don Manuel! Estoy segura de que le encantará. El otro día mismo, me dijo que le gustaba muchísimo estar con usted.

—No me diga. —El rostro de Manuel no mostraba nada y Engracia jamás podría imaginar que su patrón tenía deseos pecaminosos con esa chiquilla. Jamás.

—Sí. Dice que todos los hombres deberían de ser como usted y como su hijo.

—Ya. —Clavó esa mirada penetrante y tan azul que hechizaba, siempre y

cuando no estuviera enfadado, y Engracia puso más atención a sus palabras, si es que ello era posible—. No comente nada con mis hijos de este viaje. Ya sabe usted cómo es Mar. Se pondría celosa en cuanto lo supiera.

—Por supuesto, Don Manuel, será un secreto entre los dos.

—Perfecto. Voy a hacer unas llamadas y luego nos vemos.

Todavía tenía presente lo sucedido la noche anterior. Pero una cosa tenía clara; muy clara. Quería ir con él. ¿Por qué? No lo podía explicar. Tal vez por la atracción tan fuerte que sentía hacia ese hombre maduro, tal vez porque se sentía protegida a su lado o porque, a pesar de los llantos derramados esa noche pasada, le gustó tanto lo que le he hizo, que quería repetirlo una y otra vez.

Recordó lo que Natalia le había dicho de los hombres. Que no era necesario hacerlo todo, que no hacía falta perder la virginidad, que se la podía chupar un poquito y ya está.

Chupar, ella jamás habría imaginado algo así, pero, por otro lado, si Natalia se lo había hecho más de una vez, era lógico que a los hombres les gustara. ¿Sería cierto que eso les gustaba a todos? Pero ella no tenía experiencia en eso y no imaginaba cómo resolver el problema. No importaba, ya aprendería. Estaba dispuesta a todo.

Le fastidiaba el hecho de que Manuel tuviera novia, bueno, solo era eso, una novia. Lo peligroso sería una esposa, pero como no lo era...

—¿Y qué me pongo? —preguntó dudando, mientras miraba sus ropas.

—El vestido blanco. Te queda muy bien y vas muy elegante —razonó Engracia.

—El vestido que llevé a esa fiesta. ¿No iré mejor con los pantalones cortos?

—No, cariño. Eso es demasiado informal. Te pones el vestido y una chaquetita, que hoy refresca. Y te llevas el bañador en una bolsa, por si acaso. Te lo puedes poner en el coche o en el servicio de un bar —explicó Engracia, que no quería que llevase los pantalones cortos, porque no parecía correcto que el señor viera tanta pierna mientras conducía.

—Tengo unos pantalones de esos que quedan por encima del tobillo. Los puedo combinar con una blusa.

—El vestido, Bárbara. No sabes dónde te va a llevar y él siempre va muy elegante.

Además, pensó Engracia, se podía despistar mirando esas piernas que

tenía la niña y tener un accidente y, por otra parte, esos pantaloncitos, que ya se los había visto puestos, se le pegaban al trasero de una manera muy descocada. Mejor el vestido que, aunque era entallado, no dejaba de ser elegante y de una hechura impecable.

A pesar de todas sus divagaciones, no se le pasaba por la cabeza que esa cría con cuerpo de mujer se sintiera atraída por su patrón y, por supuesto, para nada, que Don Manuel tuviera deseos obscenos por la niña; desde luego que no. El señor tenía todas las mujeres que deseara; adultas, hechas y derechas, no necesitaba crías a medio cocer. Eso sin contar a su prometida.

—Venga, criatura. Date prisa que Don Manuel está esperando.

—Me tengo que recoger el pelo.

—Venga, yo te lo hago en un momentito, que tú, con esa cantidad de pelo que tienes, vas a tardar una eternidad.

Con manos hábiles, recogió la hermosa caballera y, sin poderlo evitar, pensó que la linda criatura que poseía tal cantidad de pelo, pasaba de ser una niña a una hermosa mujer con solo recoger esa melena y ponerse un vestido elegante. Un negro pensamiento pasó por su cabeza. Tal vez, no debería ir con el señor. Tal vez, no debería haber dicho lo que pensaba la niña del señor. Bah, qué tontería, Don Manuel era todo un caballero, y la niña era inocente y candorosa. No había de qué preocuparse.

Dicho y hecho. A las doce y cuarto, montaba en ese coche traído exprofeso de Alemania, igualito que el que tenía en Madrid, un Mercedes Benz 180 Ponton, mientras que Carlos se había llevado el Mercedes descapotable 300 Roadster-Sport, ambos de 1953, pero este era de un color verde aceituna y las llantas blancas, lo cual lo hacía más llamativo y provocaba todas las miradas. El 180 era negro, y aunque esos coches siempre llamaban la atención en la España de entonces, siempre pasaba más desapercibido que el 300.

Bárbara había montado en los dos, el descapotable cuando se fue con Carlos y el 180 cuando volvió con el padre. En esos momentos, la mullida tapicería rozó la espalda desnuda de la joven, mientras Engracia les despidió desde la puerta con un movimiento de mano. Bárbara dejó la bolsita con sus cosas en el asiento, en medio de los dos, como una pequeña barrera de contención. Manuel se dio plena cuenta de aquel gesto.

Moviendo la palanca de cambios en el lado derecho del volante, aumentó la velocidad al tiempo que encendió un cigarrillo. El olor a tabaco rubio llenó el habitáculo y Bárbara pensó que fumaba mucho, pues casi siempre estaba

con un cigarrillo en la mano o en los labios, y era algo que resultaba tan masculino, tan viril.

Se comportaron como si nada extraño hubiera sucedido entre ellos, pero el silencio reinante y los pensamientos de cada uno decían más que las palabras. Según iban dejando la llanura del terreno e iban subiendo la montaña para llegar a Sóller, Bárbara, sorprendida y algo más relajada, miraba con entusiasmo el verde paraje que les rodeaba y, sobre todo, la pendiente que subía y subía hacia ese pueblo o ciudad que iba a conocer. El trayecto era sinuoso, lleno de curvas, y Manuel estaba pendiente de la carretera, pero sintiendo la presencia de la muchacha como un dardo en su corazón.

—Seguramente —ella se sobresaltó al oír la voz del hombre—, te habría gustado más ir en tren a Sóller.

—No lo sé —contestó mirándolo embobada.

—En otra ocasión.

No le quiso decir que, para lo que tenía pensado, era mejor ir en coche y, además, en el tren estaban a la vista de cualquiera, cosa que yendo en coche, tenían más privacidad.

Durante el trayecto, él le fue contando cosas de la isla, en especial la historia del tren de Sóller, y ella escuchó todas y cada una de sus palabras, mirándolo constantemente, que era cada vez que dejaba de mirar ese paisaje, que iba cambiando por momentos, ya que el terreno se hacía más abrupto. Y, sin saber por qué, se llenó de felicidad.

Según subían por la sierra, le contó que la línea de tren se inauguró en abril de 1912 y que fue construido gracias a la contribución de gente del lugar, haciendo aportaciones, gente del pueblo de Sóller, de Son Sardina y Buñola, por donde pasaba y paraba, con posibles y también personas humildes. La sierra de Alfàbia impedía el transporte de viajeros y de mercancías con el puerto de la ciudad de Palma y con el resto de la isla. De manera que, las gentes que vivían por la zona, si querían ir a Palma, tenían que tomar una diligencia y salvar un gran desnivel subiendo y bajando el llamado «Coll de Sóller», una carretera de tierra, con subidas y bajadas, estrecha, fatigosa, hasta para los más acostumbrados como eran los animales de tiro.

Manuel le señaló, según iban pasando, las posadas que sirvieron de descanso y avituallamiento de animales y pasajeros. En octubre de 1913, se inauguró el tranvía de Sóller, que unía el pueblo con el puerto. La línea Palma-Sóller abarcaba veintisiete kilómetros y como para acceder a subvenciones en

aquella época había que superar los treinta kilómetros, se pensó en construir un ancho de vía igual que el utilizado por el ferrocarril para unir los 4.868 metros que separaban el pueblo del puerto, llamándolo «el tranvía de Sóller», destacando el puente de hierro erigido sobre el torrente Major.

También le contó que el tren no se utilizó en aquella época solo para el transporte de pasajeros, sino para llevar mercancías del puerto al pueblo, pues tenían un pequeño vagón isotérmico utilizado para el pescado, también remolques cargados de carbón para la antigua base de submarinos y, por supuesto, las cosechas de los huertos de cítricos que te encontrabas en el trayecto entre el pueblo de Sóller y el Puerto.

Ella quedó tan extasiada oyendo esa historia e imaginándose un precioso y estrecho tren de madera, que deseó poder hacer ese viaje... En otra ocasión.

Pasaron el pueblo y llegaron al puerto, sorprendiendo a la muchacha, pues no se esperaba encontrar el mar después de estar subiendo una sierra. Y encima, estaba nublado y pronto llegaría una tormenta, y ese cielo plomizo junto al mar hermoso, daba a todo lo que veían sus ojos, un toque romántico.

Manuel le preguntó si había traído una chaqueta, y ella enseguida la cogió y se la puso por los hombros tapando la espalda, mientras él aparcaba el coche.

—Vaya, esto es precioso, realmente bonito. Bueno, más que bonito. No me lo imaginaba así... Encontrar el mar después de subir y subir entre montañas, pequeñas, pero montañas. —Manuel la miró sonriendo, sin decir nada, y salió del coche al momento.

Ella esperó, viendo cómo él daba la vuelta para abrir la puerta y ayudarla a bajar.

Mientras sujetaba la puerta y le ofrecía la mano para salir del coche, la miró de arriba abajo, fijándose en los zapatos de tacón que él le regaló. El rosa claro contrastaba con el dorado de las piernas, el blanco del vestido y la chaquetita roja; estaba muy dulce.

—Te voy a llevar a comer a un sitio que también te gustará. Ya verás.

Cerró el coche y la cogió por los hombros, para ir dando un paseo hasta el lugar en cuestión. Ella se apoyó más en él, pues los adoquines le podían jugar una mala pasada, aunque tuviera pericia con los tacones, pero, además, porque le gustaba. Se metieron por una callejuela sin salida y pararon ante un gran portalón típico mallorquín.

Manuel tocó la aldaba y, en cuestión de segundos, abrió una mujer bajita y

regordeta. Al ver al hombre, se llevó las manos a la cabeza y se saludaron efusivamente. Le presentó a Bárbara como una amiga de la familia.

No era un restaurante; era una casa particular donde se servían comidas privadas de encargo. Les llevó a un comedor pequeño, rústico y austero, donde una mesa para dos estaba preparada frente a la chimenea, que permanecía vacía. Manuel retiró la silla de Bárbara y esperó hasta que estuvo sentada, mientras su mirada escrutadora no se retiraba de ese cabello, de ese escote y del resto de ese provocativo cuerpo, entonces se acomodó él.

Tenía que ocurrir, pensaba el hombre, no debía dejarle así. Si ella había accedido a ir con él, es porque quería continuar lo que se dejó a medias la noche anterior. Dios, dónde se estaba metiendo con una menor de edad, más joven que sus hijos, aunque con ese vestido aparentara tres o cuatro años más. Joder, no quería quedarse con ese vacío en su interior. La necesitaba, quería jugar con ella. La deseaba más que cualquier otra cosa.

Era un deseo desconocido para él, pues nunca lo había sentido y eso lo trastornaba, lo alteraba de una forma descontrolada. Cuando era más joven, se acostó con mujeres de su misma edad, algo más jóvenes o incluso cinco o seis años mayores que él, pero esto, esto no le había pasado. Tenía la extraña sensación de que era enfermizo, de que su sentido de raciocinio se había ido de vacaciones. Era una emoción extraña, desconocida, incluso fastidiosa. Pero el deseo era mayor que cualquier pensamiento sensato... o incómodo.

Durante el transcurso de la comida, hablaron a intervalos. En los interludios, se miraban fijamente como si nadie más estuviera allí. Bárbara bajaba antes la mirada, no tenía valor para sostenerla igual que él, pero se derretía por dentro. ¿Cómo podía un hombre mirar así? Se la estaba comiendo con los ojos, la desnudaba con la mirada, la analizaba desde arriba hasta abajo. De hecho, no estaban sentados uno frente al otro, sino uno al lado del otro, y no dejaba de contemplarla.

Hubo un momento, cuando Manuel le preguntó si quería más perdiz asada, que le puso la mano en el muslo. Ella creyó morir al sentir ese contacto.

Duró poco, pero lo suficiente para ponerse roja y comprobar, para agrado de él, que no hizo amago de apartarse, no movió ese muslo prieto y terso para que su mano quedara en el vacío. El caso es que estaban hablando de cosas triviales, pero entre ellos iba surgiendo una pasión morbosa y sensual que se había apoderado de ambos. O, mejor dicho, de ella, pues él la arrastraba desde la primera cena, desde que montó en su coche esa noche.

—¿Quieres más vino?

—Sí, por favor —contestó melosa.

Cuando llegaron al postre para ella y café para él, la dueña salió de la habitación y se quedaron ellos y otra mesa de cinco personas que armaban bastante jaleo y todavía iban por el primer plato. Bárbara se sintió valiente, pues estaba ligeramente achispada, y le acarició el muslo. Él la miró suspicaz, no se lo esperaba y no estaba muy claro cómo debía de interpretarlo, pues a pesar de que le había servido poco vino, sabía que estaba un poco bebida. Pero cuando notó los deditos subiendo traviosos hasta cerca de la ingle, no hubo dudas. ¡La hostia puta! Se le empinó en un segundo, y eso que todavía no había tocado nada importante.

Se miraron despacio, los ojos de ella brillaban más de la cuenta. No era posible que estuviera borracha, un poco achispada sí, pero borracha no. Pero ¿qué cojones?, le daba lo mismo. Cuerda o loca, borracha o sobria, tenía que hacer algo con ella o explotaría como un globo tocado con una aguja. Mientras apuraba el café, le subió el vestido con los dedos, arrugándolo para poder acariciar su muslo. Ella se levantó un poco para que la pequeña abertura trasera de la falda diera lugar a ahuecarse y facilitara la tarea del hombre. Él se encendió ante ese gesto y, soltando la taza encima del plato sin dejar de mirarla, le acarició la largura del muslo, llegando hasta las braguitas. Ella abrió ligeramente los muslos y dejó que los dedos tocaran su sexo, lo acariciaran, sin parar de comerse con la mirada. Manuel notó cómo se entreabría un poco más y metió un dedo entre la tela y la carne, y se encontró con el sexo más húmedo que hubiera tenido entre sus dedos. Estaba a punto de caramelo.

Sin dejar de observarla, acarició la vulva durante unos instantes, mojándose con los jugos y, después, movió los dedos contra el clítoris, viendo cómo ella contenía la respiración y se mordía el labio inferior de puro placer. Metió el dedo corazón en su interior y la muchacha dio un leve respingo, pero no cerró los muslos.

Esos ojos verdes no dejaron de mirar las profundidades azules, mientras los largos dedos la tocaban con delicadeza y se mojaban otra vez con los fluidos de ella.

Sacó la mano del lugar prohibido y, con una media sonrisa, se llevó los dedos a la boca y los lamió. Acercó la cabeza hasta ella y le susurró al oído:

—Es lo mejor que he probado en mi vida. —Bárbara enrojeció y él sonrió

malévolo.

Esa tarde la montaría, sin remilgos. «Ya lo creo que sí», pensó, pues estaba convencido de que llegarían hasta el final.

Eran las cuatro y media cuando se levantaron de la mesa y los otros comensales aún seguían con su jolgorio sin haberse dado cuenta del estrecho contacto entre ellos. Manuel pagó y dejó una generosa propina. Siempre lo hacía, pero ese día se sentía especialmente esplendido, pues la excitación que le producía esa niña, no era comparable con nada.

Pasearon hasta el coche, uno junto al otro sin tocarse, sin rozarse, pero solo al principio; pues Manuel la tuvo que agarrar para que no cayera cuando uno de sus tacones se metió entre los adoquines.

Ella, juguetona, se arrimó a él.

—¿Dónde vamos? —Estaba un poquito achispada, sí, era consciente de ello, pues habitualmente no tomaba alcohol, pero eso no era todo, estaba caliente, deseosa de que ese hombre volviera a tocarla ahí; ahí y en todos los sitios.

—A dar un paseo. Por el monte. —Miró de reojo los zapatos de tacón y soltó un gruñido.

—Llevo zapatillas en la bolsa y el traje de baño.

—Mmm, veo que vienes preparada. —Le abrió la puerta y ella entró muy despacio, lo que Manuel aprovechó para tocarle el trasero. Ella no se escandalizó, es más, parecía que lo estaba esperando.

«Con que esas tenemos; anoche llorabas y no querías cuentas conmigo, y ahora me pones tu lindo culo al alcance de mi mano». Y a pesar de esos pensamientos, los nervios afloraron a la superficie, como la lava de un volcán. Él siempre controlaba la situación, siempre, pero no tenía por costumbre follar con niñas de quince años. ¡Santo Dios! Tal vez si hiciera un esfuerzo podría echar marcha atrás.

¡Bah! ¡Qué cojones! Estaba seguro de que ella tenía tantas ganas como él, sino, no se habría dejado tocar. ¡Qué hostias!

Se alejaron del puerto y el coche avanzó por un sendero que se adentraba en el bosque, cerca del mirador de Santa Catalina. Mirando por el espejo retrovisor y después de unos kilómetros, comprobó que estaban lo suficientemente alejados de la humanidad y, con la tormenta que se avecinaba, estaba seguro de que no tendrían visitas indeseadas.

Se orilló y paró el motor. Unos nubarrones negros se acercaban hasta ellos.

—Lloverá de un momento a otro. Vamos a estirar las piernas. —Esperó con la puerta abierta, mientras ella se quitaba los preciosos tacones y se ponía las zapatillas. La falda se le subió hasta más de medio muslo, pero no hizo nada por bajarla, mientras Manuel se la comía con los ojos.

—Ya estoy. —Caminaron unos metros y la cogió por los hombros. No se dijeron nada. Ella se arrimó y quedó metida debajo de su axila.

—¿Por qué no me dejaste entrar en tu habitación? —preguntó de sopetón.

Bárbara no contestó al momento. Todo aquello le quedaba grande, muy grande. No estaba tonteando con un chaval, de hecho, nunca había tonteado con un chico, y en esos momentos, estaba con un hombre hecho y derecho.

—Tuve miedo —contestó al fin con un hilo de voz.

—Miedo de mí —afirmó él, sin soltarla y sin dejar de caminar.

—Sí. De usted, de lo que estábamos haciendo y de lo que podíamos haber hecho.

—Pues para tener miedo de mí te comportas de un modo muy peculiar.

—Lo siento —murmuró—, no he querido ser tan desvergonzada, pero no lo he podido evitar.

Manuel se paró de golpe y la miró de frente. Colocó sus grandes manos en los hombros de ella y jugueteó con la chaqueta.

—¿Te gusto? —preguntó con voz ronca.

Ella afirmó con la cabeza.

—¿Me encuentras atractivo? —Volvió a asentir—. ¿Se te ha comido la lengua el gato? —Bárbara rompió a reír.

Una risa nerviosa, intranquila.

—No. Es que hay momentos en los que me da mucha vergüenza, y otros me quiero lanzar a por todas, y tengo miedo de estrellarme.

—Sabes que ahora no correrás a tu habitación.

—Lo sé.

—¿Lo deseas? ¿Me deseas?

—Sí. Mucho. Muchísimo.

Bajó la cabeza hasta su boca y la besó.

Un beso pequeño, corto, de prueba.

—Abre los labios, bonita mía. Ábrelos para que pueda penetrar dentro de tu linda boca. —Bárbara obedeció. Con recato al principio, sintiendo los nervios a flor de piel y notando mariposas en su estómago.

Un trueno rugió cerca y ella se sobresaltó en sus brazos, pero Manuel no

dejó de besarla, no la soltó, pues la deliciosa boca se abría con placer para él. Con su experiencia iba dando seguridad a la muchacha y, poco a poco, dejaba de estar tan cohibida.

Otro relámpago y otro trueno, y las primeras gotas comenzaron a caer.

La cogió en brazos y la llevó al coche. Subieron a la parte trasera, donde no les molestaría el volante. Manuel, a pesar de estar deseoso como un loco, tenía un total autocontrol de su cuerpo; no quería que la chiquilla se asustara y se pusiera a llorar, no quería que le fastidiara los planes. Le quitó la chaqueta y después las zapatillas, siguió con las horquillas del pelo, soltándolo libremente sobre la espalda. Metió las manos por debajo de la melena, y desató el nudo del tirante del vestido, bajándolo muy despacio para ir descubriendo sus pechos lentamente. ¡Dios! Jamás había visto algo tan hermoso y perfecto. Y había visto muchos... Los contempló extasiado. Era como si el ruido de la lluvia y la imagen de ella lo hubieran petrificado. Tardó un momento en reaccionar. Por su cabeza pasó la imagen de cuántos golfos habrían tocado o visto esos maravillosos pechos, y sintió una punzada de celos.

Eran duros, tiesos, redondos y plenos en su base, para hacerse más puntiagudos según llegaban a la cima. Esa cima era un pezón rosita oscuro y no muy grande, pero tampoco pequeño. Los tomó en sus grandes manos, los pesó y los acarició sin dejar de mirarlos. Bárbara temía abrir la boca. No sabía qué hacer y esa mirada le daba miedo, pues la sintió distinta, la sintió oscura a pesar de ser más clara que el cielo, más que el mar. Y cuando Manuel acercó la boca hasta un pezón y lo chupó, logró endurecerlo en un periquete, para hacer lo mismo con el otro y lograr que ella soltase un profundo gemido. Al oírla, se dejó de remilgos y los estrujó, lamió, chupeteó, sobó todo lo que quiso, pero sin violencia y sin dañarla, solo dándole placer y obteniéndolo él.

Ella arqueó la espalda y soltó un suspiro enorme ante el festín que se daba el hombre y el placer que estaba recibiendo. Manuel le tomó la mano y la puso sobre el bulto de sus pantalones y no la soltó a pesar del respingo que dio la chica al notar semejante hinchazón.

—Acaríciame, Bárbara. —Fue una orden, pero también fue una súplica, y ella obedeció, frotando suavemente el hinchado pene a través de la tela. Un poco a ojo, un poco al tun tun, porque no tenía ni idea de cómo se hacía eso. Aun así, él abrió las piernas. Notó la inexperiencia de la joven, pero también sintió que empleaba mucho tacto, sabiendo que era una zona sensible en el

hombre.

—Ven que te quite el vestido. —Ella respiró más hondo de lo normal.

—Pero... si viene alguien nos verá, nos descubrirán —se quejó.

—*Calla, nenita, calla* —ordenó, poniendo un dedo sobre los labios—.

Nadie nos verá. Por aquí no viene nadie y menos con esta tormenta. Y si alguien se acerca... soy capaz de matarlo —añadió con un murmullo ronco.

Algo en su tono de voz le hizo pensar que sería capaz de una cosa así, que sería un hombre capaz de llevar a cabo actos extremos. Le quitó el vestido y fue a bajarle las bragas.

—No, esto no, por favor.

—Nenita, solo quiero tocarte, no te voy hacer ningún mal.

—Se lo suplico, Don Manuel.

—Llámame Manuel, vida mía. Solo Manuel —murmuró ronco de deseo, como un animal en celo, caliente como mil infiernos.

—Pero no me quite esto.

—Tranquila. No te las quitaré. No haré nada que tú no quieras.

—Yo... no quiero que me meta eso dentro de mí.

—¿Por qué? —No era consciente, pero estaba resollando. Estaba tan caliente, que al final haría lo que fuera, diría lo que fuera, con tal de que esa niña se dejara tocar y lo tocara a él.

—Porque soy virgen y quiero seguir siéndolo —contestó decidida.

—Está bien —añadió al momento.

—Podemos jugar. —Él se encendió más todavía, si es que ello era posible.

—Jugaremos, ya lo creo que jugaremos. Te voy a quitar las bragas y vas a dejar que te acaricie hasta que me canse.

Ella se dejó hacer. Su fabuloso cuerpo quedó expuesto ante Manuel, mientras en el exterior seguía lloviendo y el cielo estaba muy gris, pero tenía claridad de sobra para admirar el cuerpo de la chiquilla y comprobar que era una obra de arte. Le abrió las piernas delicadamente, mojó sus dedos con mucha saliva y comenzó a trabajarla lentamente. Bárbara tenía los ojos cerrados. Con ellos así, podía imaginar que era de noche y no sentir tanto pudor.

Su respiración se hizo entrecortada, notando oleadas de placer que le ocasionaban jadeos y suspiros que no podía controlar, o no quería. Tanto gusto le daban esos dedos, que de una, se dejó las vergüenzas, abrió los ojos y se puso a cuatro patas sobre el asiento, dándole la espalda, pues algo le decía

que en esa postura iba a obtener más placer. Manuel, al verla con los pechos ondulantes y el trasero en pompa, sintió que el miembro le iba a reventar.

«¿Cómo iba a aguantar sin penetrarla? Si en esos momentos tenía ese culo prieto, redondo, duro, delante de su puta cara. Si podría sacarse la polla, agarrarla de las caderas y metérsela por el culo. Joder, deja esos pensamientos, céntrate, no estás con una puta, estás con una cría de quince años que te excita más que una experimentada, más que Olga, más que cualquier mujer que te hayas tirado».

Y eso hizo, se concentró, y sin dejar de masturbarla, mirando ese hermoso culo, besándolo y lamiéndolo en algunos momentos, tocando esos pechos que se balanceaban con los movimientos de ambos, sintió su cabeza girar, con la mano libre se abrió la bragueta y sacó el hinchado pene para acariciarse, se frotó, se manoseó los testículos... Dios, que no era un adolescente. Se la quería follar. Follar a lo bestia.

Bárbara torció la cabeza y al ver esos grandes atributos masculinos, sintió deseos de chupar. Y sin pensarlo dos veces, se dio la vuelta, acercó la boca y le dio un lametón. Manuel pegó un respingo. Un momento antes tenía el culo en su cara y, ahora, esa boquita preciosa le estaba lamiendo. Sin decir nada pero mirándola con una lujuria extrema, le tomó la pequeña mano y la chupó entera, pasando varias veces la lengua y traspasándola con su fría mirada. Luego la llevó al endurecido miembro y le enseñó cómo tenía que hacerlo. Subir y bajar. Subir y bajar. Suave, sin violencia, sin prisas. Echando el prepucio hacia atrás con lentitud, pues esa capucha protectora del glande tenía muchos nervios, mucha sensibilidad. Y ella, como si le hubiera leído el pensamiento, estiró esa piel delicada hacía abajo para mostrar la hermosa y redonda cabeza rosada mientras veía cómo la miraba extasiada, embobada, mostrando en esos hermosos ojos que no pestañeaban, curiosidad y excitación. Manuel tragó saliva varias veces, contemplándola desnuda, de rodillas sobre el asiento trasero de su Mercedes, admirando, tocando y observando su miembro.

Pasó la punta de un dedo por la ranura de esa cabeza que le recordó a una ciruela y sintió el temblor del hombre. Lo miró a los ojos y vio el brillo en esas lagunas azules, vio el deseo, y le preguntó si eso le gustaba. Él volvió a tragar saliva, aguantando para no correrse de golpe con las cosas que le hacía, mientras miraba esas tetas gloriosas, esos rizos púbicos, esa boca entre abierta...

—Claro, nenita, claro que me gusta, mucho, muchísimo, tus manos en mi

pene son de lo mejor.

Ella, sin dejar de mirarlo y un tanto azorada por cómo había llamado al miembro masculino, continuó y le dijo:

—¿Te puedo tocar más abajo?

—Toca todo lo que quieras —fue la respuesta de él.

Se chupó los dedos de su otra mano, lentamente sin dejar de mirarlo con esos ojazos verdes, y la llevó a los testículos, que se llenaron de saliva y los acarició con suavidad, notando cómo se encogían ligeramente, mientras con la otra acariciaba todo el tronco del pene sin dejar de mirarse.

Manuel apretó la mandíbula, notó cómo le palpitaban las sienas, cómo el torrente sanguíneo se le iba al hinchado pene. ¡Por todos los diablos!, toda la puta sangre estaba en su polla y en sus huevos a punto de reventar y, a pesar de todo, él la acariciaba también, martirizaba ese sexo que estaba mojado, haciendo ruido, chapoteando al mover los dedos mientras ella hacía lo mismo.

Ella se volvía cada vez más laboriosa, como si tocarle los testículos a un hombre fuese uno de sus méritos, además de menearle su erección.

Los frotó, los calibró notando el peso de cada uno, algo parecido a lo que él hizo con sus pechos, al tiempo que pasaba la punta de la lengua por la cabeza de su pene, lamiéndola, jugando con la ranura, volviendo a lamer, unas veces despacio y otras más deprisa, pero de repente... paró, dejando las manos donde estaban; una agarrada al tronco y la otra sujetando los testículos. Sintió una oleada de placer, una convulsión en todo su cuerpo, un latigazo que le llegó a la punta de los pies, le arqueó la espalda y provocó cerrar los muslos de golpe pillando la mano de él, aprisionándola entre su sexo. El orgasmo fue tan fuerte, que sin querer le dio un pequeño estrujón en los testículos.

—Cuidado, nena —dijo cogiendo la pequeña mano y retirándola de la zona peligrosa.

—Oh, lo siento. Lo siento —se disculpó azorada—. No me he dado cuenta.

—No pasa nada —contestó con una cariñosa sonrisa. Ella se relajó—. Pero no me puedes dejar así —añadió, mirándose el pene hinchado, doloroso.

Bárbara clavó los ojos en el falo que parecía a punto de reventar, que estallaría por esas venas gruesas que recorrían todo el perímetro. Elevó la mirada hasta él y, sin dejar de observar el azul de esos penetrantes ojos, sacó la lengua y se ensalivó toda la palma, sin que él dejase de contemplarla. Con cierta torpeza al principio y más salero después, logró que Manuel se corriera.

No cerró los ojos en ningún momento. Le gustaba tanto mirarla, le gustaba tanto notar cómo aprendía y mejoraba por momentos, le ponía tan cachondo esa cara tan bonita y ese cuerpo tan provocador, tan lujurioso, que sus ojos permanecieron abiertos hasta el final.

Quería follársela por todos los sitios. ¡Dios! Paciencia, poco a poco, tenía que ir despacio. Era muy joven. Demasiado.

Pero lo conseguiría, estaba seguro.

Sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y limpió las manos de Bárbara que estaban llenas de semen. Ella lo miró avergonzada.

—No tiene que darte vergüenza —ella no contestó. Lo miraba con sus grandes ojos verdes, que en esos momentos estaban oscuros como un estanque—. Estas cosas son normales entre un hombre y una mujer —mintió el hombre, pues no todo era blanco o negro.

—No piensa de mí que soy una golfa —murmuró entre pregunta y afirmación. Él la tomó entre sus brazos.

—Jamás. Tú nunca podrás ser algo así. Eres la criatura más inocente y más maravillosa que he conocido en mi toda mi vida

Ella se abrazó a él, desnuda como estaba, aplastando sus pechos contra el tórax del hombre, sintiendo la dureza de los músculos, a pesar de que seguía vestido. La lluvia seguía cayendo con fuerza, sonando contra el capó, contra el techo del coche, pero los truenos y relámpagos hacía rato que habían cesado.

Estuvieron así durante un buen rato. Abrazados, sin dejar de acariciarla, de besarle el cabello, de decirle palabras bonitas. Mientras le hablaba suavemente, pensaba que era un principio de mujer maravillosa, una criatura para cuidarla y protegerla, para darle todos los lujos del mundo, para amarla..., ¡hostia puta! ¿Estaba enamorándose de esta chiquilla? Tal vez, solo fuera una obsesión, tal vez, cuando pudiera desvirgarla se le fuera el capricho...

Era más joven que su hija. ¡Santo Dios! Se armaría un escándalo si sus hijos se enteraban, su suegra, Engracia, Olga, sus amigos...

Por Cristo bendito, dónde se estaba metiendo...

Dónde se había metido...

Comenzó a ponerse cachondo otra vez. La besó en el cuello y le acarició los pechos, pero ella se puso rígida, sabía que si le dejaba comenzar otra vez, no se conformaría con lo mismo. Querría más y ella no estaba preparada. Todavía no.

—No, por favor. Otra vez no. No sé si podría aguantarlo. Se lo ruego — suplicó.

—Tranquila, no sufras. Tienes razón. Por hoy hemos tenido suficiente. Pero quiero que sepas que no me canso de ti. Que te tomaría una y mil veces — sentenció.

Diez minutos más tarde, emprendieron el viaje de vuelta.

Seguía lloviendo.

Capítulo 16

Apoyaba una pierna encima de la mesita del salón, pensativo, solo y malhumorado. Dos días hacía que no la veía, bueno, verla, la había visto, con Natalia, con Engracia o con su hijo; pero nunca sola. Deseaba tanto verla sin compañía... Tenerla otra vez. ¡Joder! Se encontraba mal, muy mal. No tenía control sobre sus sentimientos y no estaba a gusto consigo mismo. ¿Cómo acabaría todo esto? ¿O no quería que acabase?

La voz de su hijo lo sacó de sus pensamientos.

—¡Papá, Olga al teléfono!

—Vale, Carlos, ya lo cojo en el salón.

—De acuerdo.

Cogió el auricular y escuchó la voz aterciopelada de su prometida.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Muy bien, Olga, muy bien.

—Te echo tanto de menos.

—Yo también.

—Se me está haciendo tan largo.

—Ya falta menos.

—Fui el otro día a una comida con los... blablablá.

Mientras ella hablaba, él pensaba en su nenita, en su precioso cuerpo, en su hermosa melena, en esos bellos ojos verdes, grandes, chispeantes, inocentes y a la vez lujuriosos. Se frotó la entrepierna y cambió de postura en el sofá, poniendo más atención a lo que Olga decía. Se levantó y anduvo por toda la estancia a grandes zancadas, tirando del hilo del teléfono.

Estalló.

No controló sus nervios y lo pagó con ella.

—¡Me importa tres pares de cojones! Si tienes tantas ganas de verme, ahora te aguantas. ¡Hostia! Haber venido conmigo. Estoy hasta las mismísimas pelotas de suegras. Ya tengo bastante con una, para que tu madre me ande jodiendo. Porque, que sepas, que tu madre habría estado perfectamente atendida por su marido, sus criadas y toda la corte suprema que tiene alrededor. —Olga ya estaba llorando al otro lado teléfono—. Y déjate de llantos, ¡hostia puta!, que no vas a conseguir nada con ello. —En esos

momentos, estaba completamente seguro que, si Olga hubiera estado con él, no habría sucedido nada con Bárbara.

Nada de nada.

Segurísimo.

Y ahora, él no se encontraría hecho un basilisco.

Colgó bruscamente, dejándola con la palabra en la boca. Carlos entró discretamente.

—¿Sucede algo? —preguntó preocupado.

—Pues nada. ¿Qué va a suceder? Lo de siempre. Que las mujeres son la hostia, eso es lo que pasa. Olga sabe de sobra que no trago a su madre. Pues da igual; mamá esto, mamá lo otro. Y ahora me dice que me echa mucho de menos y que podía coger un avión e ir a verla. Unos huevos. Que se joda. Me tiene hasta las pelotas. —Carlos lo miraba pasearse por el salón como un león enjaulado y muy enfadado—. ¡Joder! Como si no tuviera bastante con tu abuela, para que encima tenga que aguantar al putón de su madre.

—¡Papá! —exclamó sorprendido de ver a su padre así, hablando de esa manera de su prometida y de la madre.

—Sí, sí. Putón, furcia, fulana y todos los sinónimos que quieras añadirle. Te diré una cosa, muchacho, si no me he acostado con Celia, ha sido porque no he querido. Ahora ya ni se acerca a mí, pero cuando estaba cortejando a su hija, no sabes qué indirectas y qué miradas me echaba la señora. Y si no me acosté con ella, no fue por miramiento hacia Olga. No. Fue porque no es mi tipo y no me gustan las mujeres mayores que yo.

—¿En serio? ¿Se te insinuó? —preguntó el hijo, mostrando la sorpresa ante esa confesión.

—Muy en serio. Es un pendón, te lo digo yo —dijo mirándolo a los ojos, para acto seguido, seguir paseando nervioso por el salón. Estaba muy irritado, pero no todo el enfado era por Olga, o por su madre, era también por sí mismo y por todo lo relacionado con esa cría.

—Ella tendría que haber estado aquí. Conmigo.

—Bueno, papá, ten en cuenta que es hija única. Además, si tú me pidieras algo parecido, yo habría hecho lo mismo —terció Carlos, suavizando en algo el enfado del padre.

—Es que da la casualidad de que yo no te lo habría pedido. Y un padre o una madre con dos dedos de frente, tampoco lo hubieran hecho. Si ella hubiera estado grave hasta yo mismo me habría quedado, suspendiendo las vacaciones

o lo que hiciera falta. Pero no es el caso. Da la puta casualidad de que se ha roto una pierna, y de eso no se muere nadie. Y para colmo de males se la ha roto por querer retozar a sus años encima de un puto caballo. —Carlos no pudo evitar la risa.

—La echas de menos, eso es lo que te pasa —le dijo—. Sal por ahí, búscate una chavala. Desahoga tus bajos instintos —le animó.

Manuel se paró y lo miró con asombro.

—Vaya, ¿qué te parece? Menudo consejo de un hijo a un padre. ¿Haces tú lo mismo?

—Pues hombre, algo me llevo por delante. Siempre hay mujeres dispuestas y no soy tan escrupuloso como tú. Aunque sean mayores que yo, no les digo que no. Siempre se aprende algo nuevo.

Manuel sonrió ante ese comentario.

—Cambiarás. A tu edad yo también pensaba igual y también actuaba así cuando se presentaba la ocasión —dijo recordando cuando estaba en Venezuela, antes de conocer a la madre de sus hijos, que estuvo beneficiándose a la mujer de un compañero doce o quince años mayor que él, pero que estaba tan buena, que le quitó el sentido durante unos meses.

—Deberías llamarla. —Fueron las palabras del hijo.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Porque la echas de menos.

—No la echo de menos. En absoluto.

Carlos miró a su padre de una manera distinta. ¿Es que habría algo más?, se preguntó sin dejar de observarlo.

—Entonces, ¿qué te ocurre? —interrogó sin entender el mal humor y el extraño comportamiento de su padre, queriendo indagar con más profundidad.

—Nada, hijo, nada —contestó con sequedad—. Voy a darme una ducha. He quedado a la una con Federico.

Carlos no dejó de mirarlo, mientras este abandonaba el salón. Y volvió a preguntarse qué demonios le pasaba. Jamás lo había visto tan nervioso. Él no perdía los papeles nunca; ni siquiera en los negocios, siendo un hombre frío como el hielo, templado como el acero, sin olvidar su inteligencia y su astucia. Y con relación a las mujeres, menos. A veces tenía la impresión de que no le importaban un pepino, que las utilizaba y punto.

Algo estaba fuera de su sitio.

Se pasó la mano por el denso pelo castaño y salió presuroso del salón. Él

también tenía cosas que hacer, su padre ya era mayorcito, que resolviera él solo sus problemas.

El hotel Madrid se encontraba en pleno centro histórico de Palma, cerca de la Plaza Mayor. Era una preciosa construcción modernista, con detalles de *Art Nouveau* en su fachada, ya que los arcos, capiteles, ventanales y molduras representaban una decoración naturista vegetal y animal. Tanto la planta baja como las dos últimas estaban muy adornadas de esa manera, dando lugar a que los forasteros se quedaran mirando el pórtico de la planta baja, para elevar la mirada y prendarse de los balcones de hierro forjado, todas las decoradas y bellas arcadas de las ventanas y ventanales, y los múltiples adornos de las cornisas. Manuel lo compró seis años atrás, dedicándole un año a la restauración interior y exterior. Daba a dos calles, teniendo entradas por ambas, y la esquina redondeada del edificio presentaba unos hermosos ventanales en la planta baja y balcones semicirculares en las plantas siguientes. La planta baja era porticada, dando luz al vestíbulo, a los salones y al restaurante. En el sótano estaban las dependencias del servicio y habitaciones de los empleados. Era uno de los hoteles más visitados de la ciudad, no solo por la belleza del edificio y el buen hacer del personal, sino por todas las amistades, conocidos y contactos de Oliveira.

Tomaban café en uno de los salones que daban a esa esquina, antes mencionada. Los grandes ventanales dejaban entrar toda la luminosidad del día y podían ver a los turistas comprando tarjetas y regalitos en la tienda de enfrente, y a los foráneos yendo y viniendo a sus quehaceres cotidianos.

Habían comido en el club náutico, y para estar más tranquilos se dirigieron al hotel. Al final, se pusieron de acuerdo con todas las reformas que se harían en las fábricas textiles de Barcelona. Renovación de máquinas, nuevas contrataciones, aumento de sueldo a los encargados y primas para los empleados. Mientras Manuel firmaba varios documentos, Federico miraba por el luminoso ventanal. En la tienda de enfrente, mirando unas postales expuestas en el exterior, había una joven.

—¡Oye! ¿No es esa niña la amiga de tu hijo?

Manuel, con pocas ganas, miró en la misma dirección y sus ojos sonrieron maliciosamente. Apenas murmuró un «sí», pensando que el destino era maravilloso y logrando que se le quitase el enfado.

—¿Eh? —repreguntó Federico al ver que su amigo no contestaba, pues no había oído el murmullo.

—Sí —dijo con más fuerza.

—Es una preciosidad —exclamó el abogado.

Manuel terminó de firmar, vació su copa de coñac francés de un trago y se levantó deprisa. Sin dejar de mirar a la joven, le dijo:

—Dentro de dos o tres horas iré a tu casa. Voy a salir a buscarla, tal vez se haya perdido.

—Pues a mí no me parece que esté perdida. ¿Quieres que te acompañe?

—No. No te dejes ningún papel olvidado. —Señaló las hojas mecanografiadas que se esparcían por la pequeña mesa—. Hasta luego.

Federico se repantigó en el sillón de cuero y observó atentamente a la pareja. No perdió detalle. Si hubiera estado más cerca, habría leído sus labios. Era lo único que le faltaba a la escena: sonido. Se tuvo que conformar con la música ambiental que sonaba de fondo.

Se acercó a ella despacio, queriendo sorprenderla. Las mujeres que se cruzaban con él lo miraban de reojo con admiración, sabiendo quién era Oliveira, el alemán, como le llamaban algunos. Iba impecable. Su pantalón de hilo blanco y camisa de seda del mismo color, las llevaba subidas dejando ver los fuertes y morenos antebrazos, los tres primeros botones del cuello permanecían abiertos, descubriendo parte del vello rizado que cubría su musculoso pecho. Los ojos estaban más turquesa que azules en esos momentos, brillaban de entusiasmo y deseo por ella, escondidos tras las gafas de sol.

Sabía que Federico les estaría viendo, pero no le importó. En esos momentos, le importaba todo unos cojones, solo pensaba en ella.

Y solo pensaba con la polla.

¿Con cuántas se quedaba? Era el dilema de Bárbara, pues le gustaban todas. La del hotel Acapulco era muy bonita, con la playa del Arenal y la bahía de Palma, y la del hotel Mediterráneo también. Desde luego, la del Puerto de Sóller desde Santa Catalina la compraría fijo. Así recordaría siempre el lugar donde ellos hicieron aquellas cosas.

Sus manos siguieron moviendo las tarjetas postales, la de la Catedral estaba coloreada y era muy bonita y la de la Plaza de Toros pasando el tranvía delante también. Y la de Pollensa y la bahía de Formentor, y el castillo de Bellver. Uf, le daban ganas de comprarlas todas, pero no podía ser. Tenía que seleccionar tres o cuatro, o como mucho cinco. La de Sóller la dejó en primer lugar.

Seguía viendo postales, sin intuir que alguien se acercaba por detrás. Casi

al oído, una voz grave y sensual que ella conocía muy bien, le dijo:

—Hola.

Tal fue el sobresalto, que todas las postales se le cayeron al suelo. Manuel, sonriendo, las recogió, diez en total y las llevó a la cajera, quitándose las gafas de sol y mostrando sus bellos ojos. Algo le dijo y volvió con ella.

—¿Has comprado recuerdos para tu tía y tus primos?

—No —contestó débilmente

—Pues coge lo que desees.

—No puedo. No tengo dinero para gastar en estas cosas.

—Coge lo que quieras. Yo lo pago. —Ella lo miró a los ojos y dudó.

Estaba deliciosa, con un vestido celeste con la falda de vuelo y el cuerpo de tirantes anchos entallado. Calzaba los zapatos planos que él le regaló y llevaba el cabello recogido en un moño flojo; estaba para comérsela.

—Vamos. —Entraron en el establecimiento, ella delante, y él detrás sin dejar de mirarla—. Mira, ¿te gusta esto? —preguntó señalando unos ceniceros de porcelana con las palabras Palma de Mallorca y dibujos del castillo, la catedral y otros monumentos.

—Sí.

—Pues venga, coge varios. —Como ella no se atrevía, lo hizo él.

Porcelanas, cuadritos con fotos de la isla, collares de cuentas de madera, unos abanicos y tres puzzles de madera completaron la colección de recuerdos. La tomó por el codo y se dirigieron a la cajera. Juntó todo el lote con las postales y pagó. Bárbara se fijó en la sonrisa de oreja a oreja que le ofrecía la cajera a Manuel. Ese hombre no pasaba desapercibido en ninguna parte y la muchacha no era consciente de que pasaba lo mismo con ella.

Él quiso saber qué hacía allí, con quién había venido, cuándo se tenía que ir, si había comido. Todo. Sí, habían salido después de comer, Natalia se quedó en casa de los tíos de Jorge, y ella, aventurera, decidió hacer turismo. Como hasta la noche el novio no las devolvería a la finca, ella no tenía prisa. Así se lo dijo a Manuel. También le explicó que Natalia se enfadó mucho porque no le parecía bien que se fuera sola por la ciudad.

—Te puedes perder, te puede pasar algo malo y fíjate que problema me buscas. Cuando no haga tanto calor podemos salir juntas y dar un paseo.

Hizo oídos sordos. Se iba y se fue.

No quería estar con ellos, porque sentía envidia de su amiga y lo reconocía tal cual. Tenía novio, unos futuros suegros, estaba preparando un ajuar, se

quedaría con ellos y en la próxima primavera se casarían. Tal era la envidia que sentía, que le daban ganas de decirle a Jorge lo que su novia le había hecho tantas veces. «¿Sabes que tu novia me lo chupa todo muy bien? ¿Y qué me masturba como lo haría un hombre? ¿Sabes que tal vez le gusto yo más que tú, tonto del culo?».

Manuel, Manuel, solo Manuel. Por eso estaba enfadada, triste y se mostraba de tan mal talante, o al menos, le hubiera gustado mostrarse. Quería a Manuel y nunca lo tendría. Sabía que jamás sería para ella.

Pero ahora, sin esperarlo, estaba paseando con él por las calles de Palma. Se metieron por unas callejuelas desérticas a esas horas de la tarde y la arrinconó en una esquina antes de llegar a la Plaza de San Antonio. Los brazos masculinos quedaron a ambos lados de su cabeza, evitando que se moviese.

—Te estás escondiendo de mí —la acusó. Ella bajó la vista al suelo, sintiendo la presión del fuerte cuerpo contra el suyo. Estaba violenta, pero deseosa—. Bárbara, mírame —le ordenó.

Obediente, alzó la cabeza. Las largas y negras pestañas aletearon un poco y Manuel no pudo resistirse. La besó en los labios con furia, sin importarle que la poca gente que pasaba los viera, que se quedaran mirándolos con cara de ofendidos, y a la vez curiosos, pensando que serían extranjeros, pues ese comportamiento estaba fuera de lugar.

Ella entreabrió la boca, subyugada ante ese cuerpo que la arrinconaba, que la apretaba, que lograba esconderla de las miradas curiosas y, mientras ella abría sus labios dándole su boca, él lamió los blancos y pequeños dientes, agarró la lengua para saborearla, queriendo tragársela, provocando que la chica gimiera sin parar. Pero a pesar de ello, el hombre notó las manos sobre su pecho, apretando, queriendo separarlo.

—Me deseas igual que yo a ti. No te resistas, nenita mía. Tu cuerpo me lo dice todo.

—Aquí no, por favor —susurró—. Aquí no.

Tenía razón, pensó Manuel, estaban en pleno centro de Palma, a treinta y cinco grados por la tarde, besándola como un loco en una esquina solitaria, o no tan solitaria. Iba a lograr que algún vecino llamara a la policía y lo arrestaran por escándalo público, y por seducir a menores.

—Vamos a un hotel. Al mío no, a otro.

—No, no quiero. A un hotel no. —La muchacha no quería encontrarse en una cama con él. No se controlarían, ninguno de los dos. Terminaría perdiendo

la virginidad y lo que podía ser peor, mucho peor, quedarse en cinta.

Y no quería eso, ni hablar.

Vio cómo Manuel levantó la cabeza, se despegó de ella y se colocó esas gafas de sol negras americanas, traídas de su último viaje a los Estados Unidos. Ella se embobó mirándolo. Era como una estrella de cine, tan rubio, tan alto, tan guapo... Y con esas gafas, que eran iguales que las que llevaban los actores de las películas americanas. ¿A quién se las había visto?, a Cary Grant o a Gregory Peck... Daba lo mismo, a él le quedaban mucho mejor.

—Iremos a otro sitio. Vamos, está cerca. —La cogió de la mano y tiró de ella.

Cinco minutos más tarde, entraban en una casona antigua que se hallaba por detrás del Mercado. Traspasaron un hermoso patio lleno de plantas, naranjos y limoneros en grandes macetones. Penetraron en otra estancia con una larga barra de bar a la derecha y un pasillo al lado izquierdo que comunicaba con unos reservados privados.

La decoración era exquisita. Nadie adivinaría desde fuera que había tanto lujo dentro. Dejó a Bárbara en un rincón, mientras se acercaba al camarero. Le habló durante unos segundos al tiempo que le colocaba varios billetes en la mano. El camarero cogió unas botellas del bar y las llevó a un reservado. Manuel y Bárbara, con las manos entrelazadas, se dirigieron hasta el nidito de amor. Una vez servidas las bebidas, ginebra y limón, corrió las cortinas dejándolos solos, no sin antes echar un último vistazo a la niña.

El camarero recordaba que el año anterior vino con una rubia impresionante, pero no utilizaron el reservado, tomaron una copa en la barra y se fueron. Pero esta vez se había lucido el tío, que bomboncito más sabroso, y muy jovencita. No más de dieciocho, seguro. ¡Joder! Los había con suerte, a él no se le arrimaban chicas así, y eso que era más joven, pero claro, no tenía la planta de Don Manuel, ni el dinero. Bueno, se conformaría con la sustanciosa propina, que no era poco, y haciendo sus tareas, pensaría en lo que estaban haciendo ellos.

Dejó caer unas gotas de ginebra en la limonada de ella, y para él se echó un buen chorreón. Mientras, Bárbara miraba la decoración reinante, por no quedarse contemplándolo a él como si fuese una tonta de capirote.

El diván era muy cómodo, semicircular, de terciopelo verde oscuro. Las paredes estaban enteladas en seda color pastel y unas luces tenues iluminaban la pequeña estancia. La pesada cortina que les separaba del pasillo era del

mismo tono que el diván. La mesa pequeña y redonda, relativamente baja, estaba atornillada al suelo, para evitar movimientos innecesarios en caso de situaciones límite.

—Toma. —Le ofreció el vaso con la bebida. Ella bebió un buen trago, tenía sed, estaba acalorada y esa limonada estaba muy fría.

—¿Esto es un bar? —preguntó susurrando, dejando el vaso con mucho cuidado y llevando la mirada a los ojos del hombre.

—Sí. Un bar de lujo con reservados como este, para quién se lo pueda permitir. —Las palabras fueron dichas en un tono normal, mientras sonreía viendo el comportamiento de la muchacha.

«Es una cría, Manuel, una cría a pesar de ese cuerpo que tiene».

Pero le daba igual, esa voz que le hablaba desde algún rincón de su cerebro, le importaba muy poco, es más, no le importaba nada.

La había tocado, la había probado... y quería más, lo quería todo.

—¿Y hay gente en los otros reservados? —volvió a preguntar bajito, temiendo que la oyese alguien. Manuel se mordió el labio para no reír, pues estaba sorprendida y tal vez, un poco asustada.

—No. —Sonrió dulcemente—. Es demasiado pronto. A partir de las ocho o nueve se suele llenar. Entonces, a esas horas, se oyen susurros y ruidos de cuerpos al rozarse y bocas que se juntan hasta devorarse las entrañas. —Los pómulos de la joven se encendieron como granadas.

La cogió por la cintura y la besó con delicadeza, con tacto, para dejarla de pronto, y ver ese rostro arrebolado y esa boca entreabierta.

—No tengas miedo. —Ella lo miró con ojos asustados.

—Tengo mucho miedo de que me pase lo del otro día.

—¿Qué te pasó?

—Que me gustó. —Manuel mostró la perfecta dentadura en una carcajada burlona. Disfrutaba haciéndola sufrir. Disfrutaba contemplado ese pelo, esos ojos, esa boca, ese cuerpo.

—Ya sé que te gustó. Lo vi en tus ojos, lo sentí en tu cuerpo. Tus ojos no me engañan, esos de gata, de gata salvaje, aunque tú no lo sepas. Estás hecha para el amor, nenita. Para el placer, para dar y recibir mucho placer. Y el hombre que necesitas soy yo. Dime si te gusta alguno más que yo.

—Ninguno.

—¿Y qué sientes cuando me ves? —Sus miradas permanecían enganchadas, y ella no dudó ni un segundo en expresar sus sentimientos.

—Me tiemblan las piernas y el estómago se me contrae. Me pongo muy nerviosa, como estoy ahora. Tengo miedo. Miedo de usted, pero al mismo tiempo anhelo sus manos en mi cuerpo, deseo su boca, besarla y que me bese. Pero cuando hacemos todas esas cosas...

—¿Qué cosas? —le interrumpió, excitándose con esas palabras, mirando sus ojos a la vez que contemplaba su hermosa boca, sintiéndose joven y vivo, más vivo que nunca.

—Pues... eso. Tocarnos y besarnos. Cuando usted me besa los pechos, creo morir de placer, y cuando siento sus manos entre mis muslos, me vuelvo loca. Y su boca me parece fuego cuando se aproxima a la mía, y cuando están juntas, lamiéndose, con el interior de sus labios, con la lengua, creo que me voy a desmayar del placer que siento. Y... —Paró, enrojecida y avergonzada, pero él quería saber más.

—¿Y qué?

—Pues... que cuando vi... eso... me excité tanto...

—¿Viste qué? —Sabía de sobra lo que quería decir, pero era todo tan morboso, tan ilícito, que deseaba oír palabras fuera de lugar, deseaba que le dijese vulgaridades a él, solo a él.

—Pues eso, ya sabe..., su polla —susurró, haciendo que Manuel bajase la cabeza para oír lo que decía.

—¿Te gustó? —preguntó mirándola como si fuese un felino a punto de atacar.

—Sí. —Los preciosos pómulos estaban sonrosados y los pequeños dientes, martirizaron el labio inferior.

—¿Te gustó tocarlo? —preguntó, llevando un dedo hasta su oreja y jugueteó con un rizo negro.

—Sí. —Ella lo miraba, se avergonzaba, bajaba la mirada y a los pocos segundos, volvía a levantar el rostro.

—¿Cuánto? —Manuel le acarició la oreja, dejando que las yemas de sus dedos siguieran por el lateral del cuello, hasta las clavículas.

—Mucho.

—¿Te gustó tocarlo con la boca? —Estaba excitado con la conversación, con solo mirarla, y deseaba hacer algo, lo que fuera, con tal de calmar su ardor.

—Sí. Me gustó mucho. —Ella clavó sus ojos en él—. Está mal, ¿verdad?

Él la contempló durante un instante, un largo instante, sin dejar de acariciar

ese delicado cuello, esa nuca ligeramente húmeda por esa cantidad de pelo, y esa piel tan suave que lo volvía loco.

—No está mal. Por supuesto que no. ¿Por qué piensas así?

—Porque pronto cumpliré los dieciséis y no debo pensar así, no debo desear estas cosas, porque soy muy joven, porque es pecado, es obsceno. Solo las mujeres casadas pueden tener estas cosas, y... además...

—Además, ¿qué?

—Que usted no es para mí —sentenció, bajando el rostro.

El hombre tomó su cara entre las manos y la alzó. Una lágrima se prendó en las pestañas inferiores, queriendo caer, sin llegar a conseguirlo. Él la frotó con el pulgar. Ninguna mujer le había hablado así, ninguna tuvo esa inocencia, y a la vez, tanto ardor, ninguna expresó de esa manera una cosa tan íntima. Ni siquiera Olga, que le llenaba sexualmente, o eso creía hasta ahora.

Se encontró confundido. ¿Qué le estaba haciendo a esta criatura? ¿Y qué le estaba haciendo esta criatura a él? La deseaba tanto, que sintió una opresión en el bajo vientre. Acercó su boca para besarla con lentitud, saboreando la tierna humedad de sus labios carnosos. Tocó la punta de la lengua rosada, pero al momento notó las manos de ellas sobre su pecho.

Otra vez lo separaba.

—¿Y si viene el camarero? ¿Y si abre alguien las cortinas? —preguntó temerosa y nerviosa, viendo cómo la boca de él se lanzaba de nuevo.

—No te preocupes, eso no pasara —contestó tocando los labios.

—Pero si vuelve... —habló contra su boca.

—No te preocupes. Nadie nos molestará, confía en mí. —La tranquilizó, mientras le bajaba la cremallera de la espalda y agarrando los tirantes los bajó hasta la cintura.

Reparó en el ajado sujetador. Era de confección casera, estaba muy usado, pero limpio. Lo desabrochó y se lo quitó, dejando sus pechos libres.

—Dios, qué hermosa eres, mi amor —le susurró al oído.

Jamás empleaba esos términos con una mujer, excepto con Olga. Podía decirles piropos muy hermosos, pero nunca amor, mi vida, te amo, te quiero ni nada por el estilo. Tenía muy claro que cuando follaba con mujeres más o menos hermosas, se las estaba follando. Nada más que eso. Las palabras de amor quedaban fuera de contexto, no venían a cuento, era como si no existieran, pero con esta chiquilla estaba comportándose de la manera más tonta y peligrosa.

Le besó los pezones varias veces, mientras sus manos rodeaban toda esa carne lasciva y golosa, y cuando escuchó los pequeños gemidos, pasó a mamar de ellos como un salido, como si fuera la primera vez que veía unos, que los tocaba... Ahora uno, después otro, martirizándolos, enrojeciéndolos... Ella sentada ante él, gimió, suspiró, echó los pechos hacia adelante para el deleite del hombre y que de esa manera metiera la cara entre ellos volviendo a chupar los pezones sabiendo que los irritaría, que los dejaría sensibles durante horas.

—Ah, Don Manuel —susurró, mientras sus brazos permanecían lacios, pegados al cuerpo. Pero, poco a poco, los subió hasta la nuca del hombre y lo tocó, lo acarició, para mover los pechos de un lado a otro jugando con ellos, haciendo que la boca dejara un pezón y chocara con la turgente carne, que la cara se restregara contra ellos una y otra vez provocando un estado de excitación inmejorable, haciendo que la boca de él no parase y que sus grandes manos estrujasen los laterales.

Manuel se oyó a si mismo resollar como si fuese un animal acabando una carrera, pero aquello no había hecho más que comenzar.

—Ven. Siéntate encima de mí. —Ella obedeció al momento.

La colocó sobre sus muslos, pero en vez de sentarse con las piernas juntas, lo hizo a horcajadas. Ese vestido lo permitía, con todo el vuelo que tenía. Y, de esa manera, se enganchó al cuello de Manuel y rozó su sexo contra el endurecido miembro. Así permanecieron unos minutos, besándose, tocándose, frotándose de manera descarada, escuchando el sonido de sus ropas, el ruido de sus cuerpos, las respiraciones agitadas, violentas... hasta que Manuel no pudo más.

Hacía siglos que no jugueteaba tanto con una mujer, para no llegar a penetrarla.

—Ven que te quite las bragas.

—No —contestó apurada. Manuel elevó los ojos al techo.

Cuánta paciencia tendría que tener con esta niña. ¡Señor! Deseaba tumbarla en el diván, arrancarle las putas bragas y follársela hasta que se derritieran los polos.

—No te la voy a meter, nenita. Te lo prometo. Solo quiero rozarte un poco y tocarte con los dedos, masturbarte para que obtengas más placer, todo el placer. —Se dio cuenta de que estaba muy azorada y que sus mejillas eran como dos fresones.

—Es que... es que no puedo. Estoy indispuesta. —Estaba muerta de

vergüenza.

—¿Estás con el periodo? —preguntó extrañado, ya que no había notado ningún paño higiénico.

—Sí —la contestación fue apenas un susurro.

Él era consciente del pudor de la muchacha, pero no estaba para tonterías. Tenía un calentón de tres pares de cojones y no se iba a quedar a dos velas.

—¿En qué día estás?

—En el cuarto. Mancho muy poco, pero todavía no he terminado —dijo a modo de disculpa.

—¿Qué llevas puesto? —preguntó curioso al tiempo que la tocaba con la mano, notando una pequeña y fina compresa casera.

—Un pañito. Casi no mancho —volvió a decir. Manuel quiso comérsela a besos. Estaba tan bonita y era tan dulce. Le acarició los pechos, frotándole los pezones. Con la boca torcida en una mueca burlona, se acercó a la cara de ella.

—¿Me vas a dejar así? Mira cómo estoy. Reviento de deseo por ti —añadió mirándose el pene que asomaba por la bragueta del pantalón.

Bárbara también miró. Con curiosidad primero, y después con admiración.

—¿Qué puedo hacer? ¿Lo del otro día?

—¿Te la meterías en la boca? —preguntó con miedo de asustarla. Sorprendido, oyó la respuesta.

—Sí —contestó sin dudar.

Se desplazaron a un extremo del diván, para no darse con la mesa, colocó a la muchacha de rodillas en el suelo sobre la mullida moqueta, entre sus piernas abiertas, y sacó el grueso miembro por la bragueta. Ella abrió la boca y lamió la punta, mientras un escalofrío recorrió la espina dorsal de Manuel. Volvió a la carga, pero esta vez, no fue solo la punta. Pasó la lengua de arriba a abajo, humedeciendo todo el pene, mojándolo con su saliva.

—Me gustan los lametazos, nena, mucho, pero quiero que la chupes entera, que te la metas en la boca hasta donde puedas. —Los ojos de Bárbara estaban abiertos al máximo, mirándolo como si fuese un dios, su dios, y obediente ante esas palabras, ante el deseo, ella afirmó con la cabeza.

Sin dejar de mirarlo, se inclinó y le dio algunos lametones, chupando varias veces la punta, mientras sujetaba por la base el hinchado falo. Fue metiéndoselo en la boca, despacio al principio, tanteando el asunto para ir tragando un poco más, viendo la mirada de él y sintiendo su boca llena de ese

trozo de carne, hasta que, por un momento, un segundo tal vez, tocó la campanilla de su garganta con la punta de ese grueso miembro y la sacó un poco, pues creyó que le daría una arcada. Pero viendo esa mirada masculina, contemplando el deseo en esos ojos azul claro, supo que lo estaba haciendo bien y que al hombre le gustaba, pues, aunque intentara reprimir los gemidos, aunque la miraba de esa manera dura y vidriosa, ella supo que lo estaba haciendo bien. Y así, chupando, tragando y ayudándose con las manos, le fue cogiendo el ritmo, se fue sintiendo segura, pues la respiración de él se hizo más acusada, más ruidosa, y las palabras que llegaron en ese momento dieron fe de todo lo que estaba ocurriendo.

—Aahh, nenita, qué gusto, qué placer me das. Sigue, no pares... así, así... Dios. —Las manos de él fueron a la morena cabeza, y los dedos se enredaron en esa espesa cabellera—. Me voy a correr, nena, me voy a correr —murmuró, queriendo separarla, intentando quitarla para correrse contra el pañuelo que estaba sacando en esos momentos de uno de los bolsillos del pantalón.

Pero ella hizo caso omiso y no se retiró. Siguió sin parar, incluso controló una arcada cuando el pene volvió a rozarle la campanilla, y siguió chupando, y él dejándola hacer. Se dejó llevar, sin retirar la mirada, su cuerpo siguió su ritmo natural y se corrió en su boca.

No tenía por costumbre hacerlo. Siempre que le hacían una felación, incluida Olga, se retiraba para que ellas no tragaran el líquido seminal, pero Bárbara lo engulló, se lo tragó entero.

Cuando notó la explosión dentro de su boca, no se azoró ni dejó de chupar, pues sabía que algo así ocurriría, le dijo Natalia una vez en relación a los hombres. Lo retuvo unos segundos y se lo tragó sin más dilación.

Sudoroso y agotado, tuvo que cogerla por la cabeza, obligándola suavemente a sacar el miembro de su boca. Una gotita minúscula de semen corrió por la comisura de los labios, que limpió con el pañuelo. Lo hizo con ternura, mirándola de forma extraña, sin saber qué pensar, pero olvidando pronto esa sensación. Se arregló los pantalones, la cogió por las axilas y la sentó en sus rodillas sin dejar de mirarla, como si fuese un imán para sus ojos.

—¿Le ha gustado? —preguntó candorosamente. Él la miró con cariño y, mientras le contestó, le arregló el alborotado cabello.

—Sí, preciosa. Me ha gustado, mucho mucho.

Hubo una pausa y él le preguntó:

—Y a ti, ¿te ha gustado?

—Sí —contestó sinceramente.

—¿Seguro? ¿No lo dirás por complacerme? No me gustaría que hicieras cosas que realmente no quieras.

—No, de verdad que no, Don Manuel. Se lo juro. Me ha gustado, pero solo a usted.

—Cuento con eso. No llevaría nada bien que algo así se lo hicieras a otro hombre.

—No, nunca, Don Manuel.

Él la observó en silencio.

—Oye, Bárbara, cuándo estemos solos puedes llamarme Manuel y de tú.

—Es que... igual luego me equivoco y meto la pata.

—No meterás la pata. Ya lo verás. ¿Cómo me llamo?

—Manuel —susurró el nombre, provocando un latigazo de placer en él.

—Me gusta oír mi nombre en tus labios. Dilo otra vez.

—Manuel. —No terminó de decirlo cuando él la besó con delirio. Al terminar, la puso de pie y le dio un azote en el culo.

—Venga, ponte el sostén que te suba la cremallera. Y no te olvides los regalos.

Al final del pasillo, había otra puerta para salir sin ser vistos por los clientes. Un cuarto de baño para señoras y otro para caballeros se situaban a la derecha de la salida. Bárbara entró. Se mojó un poco la cara y peinó sus cabellos con los dedos. Se subió la falda del vestido, se bajó las bragas y comprobó que apenas manchaba. Se lavó las manos y se volvió a mirar en el inmenso y rococó espejo. ¿Había cambiado en algo su cara ahora que se comportaba como una mujer? O ¿realmente, se comportaba como una puta? ¿No debería estar saliendo con chicos de su edad y tontear un poco? Tontear no era estar con un hombre veinticinco años mayor que ella. Tenía edad para ser su padre. Tontear no era estar chupando penes, no era dejarse llevar por los impulsos que le provocaba un hombre como Manuel. Movié la cabeza para quitar esos pensamientos y se pasó las manos por el estrecho talle, mientras, resopló mirando su imagen en el espejo dorado.

Al salir del baño, Manuel la enganchó de la cintura y salieron al fuerte sol de la tarde. Se dirigieron hasta las cercanías del hotel, donde tenía aparcado el coche, y la llevó a una corsetería.

Le compró media docena de sujetadores, otras tantas combinaciones y una docena de bragas. Ella se probó los sujetadores ante la atenta mirada de la

dueña de la tienda que le aconsejó sobre el tema, mientras Manuel esperaba mirando hacia la calle. Pagó lo que la mujer pidió y no cogió la vuelta, provocando una sonrisa enorme en la señora, imaginando que esa preciosa joven, que no tendría más de diecinueve o veinte años, era la amante de ese hombre con pinta de extranjero, pues no todos los habitantes de Palma sabían quién era Oliveira. Salieron a la calle y subieron al coche, primero ella, mientras Manuel sujetaba la puerta y miraba como se acomodaba, y después él.

Se hallaba abochornada, no porque le hubiera comprado esas prendas tan bonitas, no. Él se había fijado en la ropa tan gastada que llevaba y seguro que le molestó. Él, que estaba acostumbrado a tener mujeres muy bien vestidas por dentro y por fuera, le habría dado asco que ella llevara esa ropa interior, ajada, usada y fea.

—¡Eh! Arriba esa cara. Quiero que lleves ropas bonitas. Te compraré todo lo que quieras. Todo. Esto solo es el principio. No quiero que lleves ropa usada o vieja, no lo permitiré. Eres la cosa más hermosa que he tenido en mi vida y quiero lo mejor para ti. —Bárbara sonrió ante tal cumplido, sin saber muy bien cómo interpretarlo—. Así me gusta. Quiero verte alegre y contenta. Venga, dime el nombre de la calle donde está Natalia y te dejo con ella.

—Pero no puedo presentarme con todo esto. Natalia querrá saber. Me hará preguntas. Todavía está enfadada porque no le dije quién me regaló los zapatos.

No dijo nada. Endureció el ceño y arrancó el motor. Condujo diestramente por las callejuelas estrechas del casco viejo, permaneciendo impassible. Ella no se atrevió a decir nada, pues cuando él ponía ese gesto, le daba miedo. Llegaron al destino, cerca de la Iglesia Santa Cruz, frenó el coche y paró el motor.

—Le vas a decir a Natalia —le indicó mirándola a los ojos y acariciándole la mejilla—, que te lo compro yo. Que he sentido lastima por ti y he querido hacerte unos regalos. No comentes nada más.

—No se lo va a creer.

—Me importa poco que se lo crea o no. Tú se lo dices así. Ella no dirá nada.

Bárbara cogió las bolsas y, antes de abrir la puerta del coche, recibió una caricia en el muslo, lo que hizo que sonriera antes de bajar. El Mercedes desapareció en unos segundos.

Natalia miraba entre los visillos. No pudo evitar que su boca hiciera una mueca, al tiempo que fruncía su chata nariz.

De sorpresa y disgusto.

Capítulo 17

Todos los días se hacía lo mismo. Entre las dos, aunque a veces ayudaba la señora Engracia y limpiaban en un santiamén. A las nueve y cuarto terminaron y la mujer se fue a la cocina, mientras ellas recogían los utensilios de limpieza y Natalia se mordía la lengua para no hablar, para no decir nada; sabía que cuando Bárbara se cerraba en banda, no había nada que hacer. Pero ella no era tonta, no señor. Aquí había gato encerrado y ella sospechaba de qué gato se trataba. Y si era verdad lo que estaba pensando, ¿cómo acabaría el asunto? ¿Se convertiría en amante de Don Manuel? Qué ridiculez; con las mujeres que tenía, si a fin de cuentas Bárbara no dejaba de ser una mocosa de tres al cuarto, por muy guapa que fuese. Tal vez todo acabase cuando volvieran a Madrid. Desde luego, si la señorita Olga hubiese venido, «esto» no habría pasado, por supuesto que no.

¿Qué le haría Don Manuel? ¿Lo mismo que le había hecho ella?, seguía pensando Natalia. ¿Comerle el coño, sobarle las tetas, tocarla por todos los lados y masturbarla? ¿O habrían fornicado? ¡Vaya!, la verdad es que la cosa tenía su morbo. Qué fastidio. Le hubiera gustado enterarse de todos los detalles, pero no iba a ser posible. Bárbara no abriría el pico. Sí, la conocía bien.

—Te aconsejo que la señora Engracia no vea todas esas cosas nuevas. Porque ella te va a preguntar, y como le contestes lo que me has dicho a mí, va a poner el grito en el cielo.

—Ya me cuidaré de que no vea nada. Además, no hay ninguna mala intención.

—Ja ja —se burló Natalia, mirándola fijamente—. Mira, mocosa, lo que más me fastidia es que me tomes por tonta. O sea, que Don Manuel te va a comprar bragas, sujetadores y zapatos por compasión. Venga ya. Vamos, que un poco más y te adopta. Maja, que no me he caído de un guindo. Don Manuel quiere algo, si no lo ha conseguido ya, y te diré una cosa: lo único que tú vas a conseguir de ese hombre serán sufrimientos, por muchas cosas que te compre. Él salió de la nada y ahora está muy arriba. Es alguien muy importante. Es amigo del Generalísimo, sí, sí, de Franco, y de ese que escribe... Ortega y no sé cuántos, y de todos esos pintores famosos que viven fuera de España, ¿o es

que no has visto los cuadros que hay en la casa de Madrid...? Pareces tonta. —Bárbara le sostenía la mirada con gesto serio, oyendo cada una de las palabras—. Se codea con toda la gente de dinero, como él. De Madrid, de Barcelona, de aquí, de todos los lugares. Viaja cada dos por tres al extranjero, a París, a Alemania y más sitios. ¿Y qué pintas tú en todo esto? El necesita una mujer como la señorita Olga, con clase, con estilo, como las modelos de las revistas francesas de la señorita Mari Mar. Tiene estudios, es guapa, su padre es militar. De lo mejorcito. Por muy guapa que seas, eres una cría más joven que sus hijos, ¿a dónde piensas que te va a llevar? Abre bien los ojos, Bárbara, no seas tan tonta.

—Podrías haberte ahorrado el sermón —contestó susurrando y dolida por dentro—. No hay nada entre Don Manuel y yo. Y si no quieres buscarte líos, cierra el pico.

—¿Me amenazas? —preguntó, abriendo los ojos al máximo, sorprendida por el comportamiento de su amiga.

—No. Sabes que no es mi manera de ser, pero si Don Manuel oyera algo por el estilo, podrías tener problemas.

—No pienso decir nada, no te preocupes. Sé de sobra cómo funciona el mundo y cómo actúan los hombres —dijo con rencor—. Mis labios permanecerán sellados. —Bárbara pensó que esa frase sería de alguna película.

—Pues mucho mejor. Ahora vamos a la cocina que la señora Engracia nos está esperando.

—¿Te imaginas la cara que pondrá el señorito Carlos cuando se entere? O peor, la hija. —No se habían movido del salón y el tono empleado era bajo y casi en susurros. Sabían que hasta las diez no bajaban a desayunar y lo hacían en el comedor, pero, aun así, la conversación era casi un cuchicheo.

Natalia con gesto de maestra de escuela que le echa la bronca a una alumna que se porta mal, y Bárbara mirándola sin pestañear.

—Madre mía, si eres más pequeña que ellos. La señorita Mari Mar será capaz de arrancarte los pelos; pero si no aguanta a la novia del señor y fijate cómo es, a ti, a ti te destrozaría, te pondría verde, lo más suave que te diría sería puta. ¿No te das cuenta, Bárbara? Y otra cosa, cuando Don Manuel se cansa —hizo sonar las yemas de los dedos, logrando que Bárbara torciera el gesto al oír el ruido—, que se cansará, te dará puerta. Sí, puede que le saques dinero o te lo dé él mismo de buena gana, pero al final quedarás marcada de

por vida. ¿O es que te has olvidado de lo que hemos hablado muchas veces? El hombre hace lo que quiere, lo que le da la gana, y no pasa nada, pero si lo hace una mujer, es una puta para toda la vida. Una perdida. —Se miraron sin moverse, con los rostros serios. Bárbara habló:

—¿Cuántas veces he de decirte que no hay nada? ¿Te lo repito? Nada.

—Vale. Luego no digas que no te avisé.

Los días fueron pasando y las vacaciones llegaban a su fin. Se prepararon equipajes, ultimando detalles que siempre se dejaban para el final. Septiembre comenzaría, la rutina diaria también.

Las palabras de Natalia habían hecho mella en la vulnerable Bárbara. Ella no era nadie, no tenía cultura, ni clase ni estilo. Era muy joven. No debía hacerse ilusiones. Sí, era una buena chica, trabajadora y lista, aprendía rápido también, pero eso no era suficiente. No debía hacerse ilusiones, se repetía una y otra vez, pero se las hizo. Se estaba enamorando perdidamente de él. Cada vez que lo veía, su corazón le daba un vuelco. Admiraba la buena presencia que siempre lucía, las ropas impecables, la absoluta limpieza de ese cuerpo alto y fuerte. Los cabellos rubios, con esas hebras blancas que le daban ese aspecto tan interesante. La sonrisa fría y glacial que mostraba casi siempre. La boca, esa boca tan sensual, la misma que la había besado, que ella besó, que había recorrido sus pechos dándole tanto placer.

Desde el día que estuvieron en el reservado, no se produjo ningún encuentro. Manuel desaparecía todas las mañanas muy temprano; ni siquiera desayunaba con su familia, Palma era su laberinto. Tenía muchas cosas que hacer y la más importante: estar alejado de esa chiquilla que lo estaba volviendo loco. Como la sangre no llegó al río, como ella seguía siendo virgen, dejaría las cosas pasar. No se complicaría la vida de esa manera tan estúpida. La relación con esa cría era algo inconcebible. Ni se le pasaba por la imaginación que ella estuviera enamorándose. Como mucho, esa excitación e interés, típica de las jovencitas, por el hombre de mundo, maduro, experto y seguro de sí mismo. De amor nada. Faltaría más. Ya tenía bastante con Olga.

No necesitaba tanto para complicar su vida.

Tenía todo lo que quería, había llegado a lo más alto. ¿Quién necesitaba una cría que no había salido del cascarón, o que acababa de salir? Le daba lo mismo, solo fue para pasar un rato. Menos mal que había actuado con cabeza; que se había enfriado y había prevalecido la sensatez sobre la lujuria, sobre el morbo, que si no...

Los últimos días los dedicó a los muchos negocios que tenía en la isla, había comprado unas parcelas en El Terreno y tenía pensado construirse una casa y hacer otras para venderlas o alquilarlas, ya vería. El turismo allí iba en aumento y ya comenzaba a forjarse el futuro de las islas. Y Manuel estaría más que preparado, pues no solo tenía tierras y bienes inmuebles en Mallorca, también había ido comprando en Ibiza tierras y casas viejas por cuatro duros, intuyendo que le sacaría mucho beneficio más tarde o más temprano. Se reunía con Federico, a comer o cenar, con amigos importantes, con posibles socios en nuevas empresas, en su hotel o en el club náutico, incluso tuvo hospedados en su hotel a un hombre del gobierno y a su esposa, agasajándolos con todos los lujos, pues a Manuel Oliveira le gustaba mantener su estatus muy alto. Y con todo ese ir y venir, con tanto trabajo y reuniones, ni se molestó en buscar alguna mujer. No estaba ansioso como otras veces. Estaba relativamente calmado, pensando que tenía las cosas muy claras.

Demasiado claras.

No sabía lo equivocado que estaba.

Capítulo 18

La última noche se quedó en la finca. Sus hijos salieron para despedirse de sus amigos y se recogerían tarde. Natalia ya vivía en casa de los padres del novio y esa misma tarde se había despedido. Por medio de la señora Engracia, Manuel le había obsequiado con un sobre que contenía unos cuantos billetes como regalo de boda. Cinco mil pesetas. Menudo regalo. Ella sabía lo que eso significaba.

Se dio una refrescante ducha, se puso ropa cómoda y bajó al salón. Echaría una partida de billar en soledad, como le gustaba, para relajar los músculos y la mente.

Colocó un cigarrillo entre los labios, lo encendió dándole una fuerte calada y, sin quitárselo de la boca, cogió un taco y se dispuso a darle tiza. Cuando llevaba varios minutos jugando, la vio pasar. La puerta no estaba cerrada del todo y la pudo ver con una bandeja que contenía dos vasos, en sus delicados brazos, dirigiéndose hacia las escaleras.

Lo primero que pensó Manuel fue que todo lo que subía tenía que bajar. Lo segundo, que la doña tenía sesión de cartas con Engracia.

Olvidándose de todas las buenas intenciones que se había propuesto, deseó que bajase pronto.

Al carallo con todo.

Cinco minutos tardó en bajar. Un batita ligera y suelta cubría su cuerpo, una batita que casi parecía un camión.

A la última persona que deseaba ver era a él. Pensaba que estaría fuera como los últimos días, pues tenía claro que ya se había olvidado de ella; y tal vez fuese mejor así. Como dijo Natalia, no tenía nada que ofrecerle a ese hombre, pero sí tendría mucho que perder si seguía con él.

Cuando pisó el primer escalón con la bandeja bien sujeta en sus manos, escuchó el sonido de las bolas de billar y supo que estaba allí. De manera que, cuando bajó, lo único que quería era no cruzarse con él, que no la viera con esa pinta, con esa bata, esas chinelas y el pelo suelto y alborotado cubriendo la espalda.

Le interceptó el paso enganándola por la cintura, la introdujo en el salón y cerró la puerta. Ella se sintió muy poca cosa al lado de la corpulencia de

Manuel. No habían despegado los labios. Los ojos de ambos se recorrieron de manera distinta. Manuel, apoyado perezosamente sobre la puerta, la examinó desde el pelo hasta los pies, y a pesar de ese atuendo tan poco glamuroso, estaba tan linda como siempre. Tenía que reconocer que le gustaba más que Olga, mucho más. De cuerpo y de cara. Sin hablar, le hizo una seña para que se acercara y ella obedeció al momento, llegando hasta él, colocándose en frente.

Manuel sonrió, sabedor de que la tenía en la palma de la mano, de que podía hacer con ella lo que le diese la gana. Y así lo hizo, dobló la espalda y agarró el bajo de la bata para ir la subiendo lentamente. Ella levantó los brazos para que se la quitara y se quedó en bragas y sujetador.

Blancos ambos.

Regalo de él.

El sostén le quedaba perfecto y el hombre miró fijamente esos pechos escondidos detrás de la tela. Con sus fuertes manos y largos dedos, los rodeó. Se amoldaron a la perfección, sin faltar ni desbordarse, ideales para sus manos, ideales para su boca. No se cansaba de verlos y tocarlos. Olga tenía poco, no le importó en su momento, pues también eran bonitos cuando estaban duros y en su sitio, pero admiraba los bien dotados, no podía evitarlo. Desde que esta preciosa muchacha invadía sus pensamientos, siempre la estaba comparando con Olga, y siempre salía perjudicada su novia.

Desabrochó los corchetes de la espalda, dejándolos libres, y los miró a su antojo, admirando que estuvieran tan tiesos. Que llevaba sostén porque tenía que ser así, pero no porque lo necesitara; ahora, con esos años, no. Sus manos no tardaron en tocarla, acariciarla, primero los pechos, después el trasero, los muslos, el cuello, pero sin tocar su sexo y sin besar su boca. Bárbara suspiraba entrecortadamente. Manuel provocaba en ella unas sensaciones tan maravillosas, tan excitantes, que sentía ganas de gritar como una loca. ¡Ay! Cómo deseaba que le metiera el miembro dentro, hasta el fondo, aunque doliese.

Fue ella solita la que se quitó las bragas, dejando sus rizos al aire, haciendo que los ojos de él se clavaran en ese triangulito, y cuando le abrió la bragueta para sacar el pene erecto y duro como el acero, él la dejó hacer. Quería y le gustaba ese comportamiento. La transformación en una mujer. Primero tímida y vergonzosa, para pasar a todo lo contrario.

Bajó hasta su boca y la besó con furia. Deslizó la lengua por sus dientes de

arriba a abajo y casi sin darse cuenta, ella le estaba succionando ávidamente la lengua. La chupaba con fiereza. Parecía que se la quería tragar entera, mientras sus manos le tocaban el pene y los testículos. Manuel no se lo podía creer. ¡La hostia! ¿Cómo podía una virgen comportarse así? Lo estaba volviendo loco de deseo.

Hasta ese momento no se habían dicho ni media. Estaban tan ocupados besándose de esa manera feroz y tocándose sin parar, que eran como dos salvajes, sin control.

Al separar sus bocas para tomar aliento, Manuel cogió el bello rostro entre sus manos. Observó esos ojos verdes con cariño y esa boca roja e hinchada por tanto beso.

—Nena, me vuelves loco, loco de atar. Me traes por el camino de la amargura. Te has metido en mi pensamiento y no te puedo sacar de mi cabeza. Y mira que quiero, que lo intento, que desaparezco para no verte, para olvidarte, pero en cuanto te siento, en cuanto te vuelvo a ver, me haces perder el sentido y la cordura. —Ella seguía sin soltar el pene y sin dejar de mirarle—. Quiero hacerte el amor, quiero que disfrutes tanto como yo. Quiero comerte y saborearte entera. Quiero que me desees tanto, que ningún otro hombre pueda darte lo yo te doy.

—Yo te deseo de ese modo, Manuel —susurró melosa—. Quiero ser tuya para siempre. Para toda la vida.

—Mi amor... —La cogió en brazos y la llevó al sofá.

Quería hacerle el amor ahí mismo, pero no era el sitio más adecuado para la primera vez. Le fue abriendo las piernas y sus dedos comenzaron con la masturbación. Ella se abrió al máximo. Manuel metió la cabeza entre los tibios muslos y la lengua jugueteó con la vulva durante un rato, intercalando besos, lametones, aspiraciones y algún que otro mordisco. Bárbara se hallaba en el cielo. Arqueaba las caderas, para que la lengua de Manuel entrara más adentro todavía, para que esa boca le pegara chupetones, para que esos dedos se enredaran entre la lengua y su sexo. Puso sus manos sobre la cabeza de él, para empujar y frotar su cara contra su vulva hinchada y húmeda. Era más que increíble, era... era... maravilloso. La hacía sentir viciosa, pero le gustaba, le gustaba mucho. Tenía sus muslos de par en par, para que la cara de él se frotara, su lengua jugara, sus labios succionaran y sus dientes mordieran.

No podía más.

Jadeaba, retenía los gritos que deseaban salir de su garganta para que

nadie la oyera y, de repente, elevó las caderas cuando le vino el primero, y él siguió, y al momento le vino otro mientras ella agarraba el cabello del hombre, aplicando las yemas de los dedos sobre la cabeza para presionar con fuerza, creyendo estar en otro mundo, sintiendo su cuerpo ligero como una pluma. La mente se le dispersó, la vista se le nubló... y dio gracias por estar tumbada, sino habría caído al suelo.

—No puedo más, Manuel. No puedo más —suplicó, dándole el último espasmo.

Manuel, satisfecho, sacó la cabeza de entre los muslos y la miró con una extraña sonrisa. Ella le devolvió la mirada, pero no la sonrisa.

—Me vuelves loco, nenita. Loco de remate —volvió a repetir.

—Y tú a mí —murmuró, ofreciendo la boca. Se besaron pausadamente. Ella saboreó su propio sabor en la boca de él, y le gustó. El sexo con él le gustaba—. Ahora, yo —dijo frunciendo los labios en una mueca zalamera.

Le hizo sentarse en el sofá, no sin antes bajarle los pantalones y calzoncillos hasta los tobillos. El miembro quedó tieso como un palo entre los muslos velludos. Acercó la boquita juguetona, haciéndole cosquillas. La besó repetidas veces y de una se la metió en la boca entera. Sin preámbulos ni historias, y Manuel se olvidó de todo.

De todo menos de lo que veían sus ojos, pues, como siempre, no se perdió ni un detalle. Disfrutó de cada lamida, de la subida y bajada de esos labios sobre su miembro, de la manita que sujetaba el tronco y al tiempo frenaba la succión. Él tenía un miembro grande, largo y gordo, pero, aun así, se la tragaba entera, llegaba hasta el fondo de la garganta, la retenía durante unos segundos y se echaba hacia atrás. Sí, ya lo creo. La chupaba bien, diría que había nacido para aquello; no para ser una puta, no, sino para darle placer al hombre, a un hombre, a él.

Sí, esa criatura estaba destinada a ser de él.

Sintió que se iba a correr y no hizo amago de quitarse, como en el reservado de la ciudad, esperando a ver que hacía. Y siguió hasta que él explotó, su líquido seminal inundó esa preciosa boca, y ella volvió a hacer lo mismo que la vez anterior; se lo tragó.

Cuando terminó, quedó tan satisfecho, tan a gusto, que no le apeteció moverse del sofá. Cerró un momento los ojos, para volverlos a abrir y clavar la mirada en esa boca tan hermosa. Le gustaba que se tragase su semen. Le gustaba todo de ella. Todo. Tocó su pelo brillante, tan abundante y sedoso.

—No te lo cortes nunca. ¿Me oyes? Nunca. Quiero disfrutar de esta maravilla cuando me plazca.

—¿Ni las puntas? —preguntó con una sonrisa.

—Bueno, pero solo las puntas —contestó dándole un repizco en la mejilla.

En esos momentos, oyeron pasos en las escaleras. Alguien bajaba, y Bárbara se asustó. Manuel le puso los dedos sobre los labios en señal de silencio. Se colocó los calzoncillos y los pantalones en su lugar y la llevó a un rincón del billar, donde le dijo que no se moviera de allí. Unos toquecitos sonaron en la puerta y él se encaminó en esa dirección.

Abrió.

—¿Ya han terminado? —preguntó dedicándole una sonrisa a su fiel gobernanta.

—Sí, Don Manuel. Su suegra ya no quería jugar más. Dice que le duele la cabeza, pero yo creo que era porque iba perdiendo —explicó la mujer, devolviéndole la sonrisa.

—Muy probable.

—¿Necesita algo?

—No, Engracia. Puede retirarse.

—Buenas noches, Don Manuel.

—Que descanse.

Cerró la puerta y fue al encuentro de la muchacha. La besó en la boca, le pasó la lengua por los labios y la miró fijamente.

—Sal por el jardín y vete a tu habitación. Si te la encuentras di que estabas paseando.

—Sí —contestó terminando de ponerse la ropa y sin poder evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas.

—¿Qué pasa?

—Nada —lloriqueó—, que mañana nos vamos a Madrid... y usted y yo... —volvía a tratarlo de usted—, ya no nos veremos más.

—Mi vida, ¿quién ha dicho eso?

—Tú, usted, ha dicho... que quería olvidarme y que se iba para no verme, y que... y que...

—Chiss, no digas nada. Olvídate de lo que he dicho y no te preocupes. Arreglaré las cosas para que nos podamos ver sin que nadie nos moleste. Confía en mí. Te lo prometo —añadió cogiéndole un pellizco en la mejilla—. Anda, dame el último beso de esta noche.

Le ofreció la boca y él la tomó con candor al principio, solo al principio, pues el beso se volvió más apasionado, más sexual y tuvo que hacer un esfuerzo para separarse de ella. Le dio un azote en el culo y la mandó fuera. Sintió lastima por ella y la cogió antes de que traspasara la puerta.

—No quiero que te vayas así. No quiero que sufras esta noche ni las noches siguientes. ¿Me entiendes?

—Sí —contestó intentando sonreír.

—Así me gusta. Así quiero verte. Sonriendo.

—Vale. —Él la cogió por la cintura y la besó otra vez. Con lujuria, con ardor. Cuanto más la tocaba, más quería de ella. Jamás se había sentido tan caliente, tan promiscuo. Con esfuerzo, se separó de la chiquilla.

—Ahora vete. Nos veremos en Madrid. Te lo prometo.

Cuando desapareció de su vista, él seguía con los ojos clavados en el jardín, en la misma posición. Necesitaba un cigarrillo y una copa. No tenía arreglo, pensó. En cuanto la veía perdía los papeles. Tanto querer convencerse de que controlaba la situación, de que no la vería más, y mira. Pero bueno, después de todo, ¿por qué no podía seguir viéndola? En secreto, por supuesto. Podría tenerla como amante. Hasta que se cansara de ella. Por otra parte, no se consideraba un gilipollas, pero se estaba comportando como tal.

¿Qué iba a hacer? ¿Dejar que otro tío se la follara, cuando él todavía no lo había hecho? Ni hablar. En Madrid no se le escaparía, en Madrid lo haría como es debido, y todas las veces que le saliera de las pelotas, y por supuesto en una puta cama.

En su mente ya iban encajando todas las piezas, igual que un puzle, aunque fuese complicado, como esos que tenían tantas piezas. Era un hombre muy rico y se podía permitir todo lo que quisiera. Y la quería a ella. Y esa cosita tan hermosa, tan linda, era arcilla en sus manos. Sería su muñeca, su juguete, su fantasía hecha realidad. Nadie tenía que saberlo. Como mucho su abogado, Federico, y él era fiel como un perro; le cubriría las espaldas siempre.

Estaba decidido. Después de todo, ¿qué importaba la diferencia de edad, si nadie lo sabría?

Capítulo 19

Se le daba muy bien atender al público. Era simpática, educada, encantadora con todos, hombres y mujeres, con los niños era especialmente cariñosa y, aunque estuvieran dando el follón a diestro y siniestro, los esquivaba con gran maestría y, encima, les hacía una caricia. Los hombres se veían recompensados con esa belleza deslumbrante, y las mujeres la encontraban tan atenta y gentil, que se sentían protectoras con ella. El café La Madrileña abrió sus puertas el cinco de septiembre. Doña Carolina lo había llevado tan en secreto, que la sorpresa que se llevó Bárbara cuando llegó de Mallorca y le dijo que iba a trabajar como camarera, fue mayúscula.

Regateó con ella y consiguió más sueldo que en la pastelería, consejo que le dio Carlos. Él se lo había advertido.

—No seas tonta, pide más sueldo y no trabajar de chacha. Si eres camarera, no eres criada, y si quiere las dos cosas tendrá que pagarte dos sueldos.

La jefa retorció el morro, pero tragó, pues por José Antonio supo que estaba asesorada por el hijo de Manuel Oliveira y no quiso complicarse la vida ante esos padrinos que se había buscado la mosquita muerta. No sabía lo que le había pasado en Mallorca, pero desde luego estaba más madura y no era tan inocente como antes, tal vez conoció a alguien en la isla y la espabiló de golpe. De todos modos, perdonaba el beso por el coscorrón. Era muy buena y no quería perderla, aunque jamás se lo diría. Antes muerta.

A Bárbara lo que más le gustaba eran las propinas, era muy gratificante. Las que quedaban en el platillo iban al bote, pero las que caían en su bolsillo del delantal solo salían para ir a esconderse entre sus pechos.

El café había tenido mucho éxito y encima se encontraba en el local de al lado de la pastelería, donde antes hubo una tienda de regalos. No era muy grande, con lo cual se llenaba en un periquete. Bárbara corría que se las pelaba, sin perder el tiempo. Atendía a parejas de novios, grupos de señoras, como la panda de Doña Carmen, que sus buenas propinas le dejaba, señores solos que le lanzaban miradas admirativas, matrimonios jóvenes con niños pequeños y matrimonios mayores, solos o con nietos. A veces, les llegaba una familia entera, abuelos, padres y nietos que se juntaban para una merendola,

para celebrar un cumpleaños o simplemente una reunión familiar, y prácticamente ocupaban todas las mesas. Y luego estaban los turistas, que entraban y salían todos los días para tomar churros y chocolate. Los churros era lo que más se vendía, pero los buñuelos, bollos, tortas, ensaimadas, hojaldres, tartas, pasteles y todo lo que se vendía en la pastelería, también se servía en la cafetería, de manera que el cliente tenía para elegir todo lo que deseara.

Trabajaba como una burra. Cuando llegaba a casa de los Oliveira, caía rendida en la cama que había compartido con Natalia, con el único deseo de dormir hasta el día siguiente. El puesto de Natalia lo había ocupado una joven de diecinueve años, no muy agraciada, un poco cortada, pero muy trabajadora. Como vivía en casa de sus padres, a pocas manzanas de la Plaza Mayor, Engracia le dijo que no era necesario que durmiera en la casa, que su horario sería de las siete y media hasta las ocho de la tarde.

Bárbara ya había pensado en ello, en especial los últimos días en Palma, y suponía que al llegar a Madrid se tendría que buscar otro sitio para dormir, tal vez una pensión, pero se sorprendió mucho cuando Engracia, en el avión volviendo para la capital, le dijo que seguiría ocupando la habitación de Natalia, que ni se le ocurriera ir a otro sitio. Ella protestó, era demasiado, no podía tomarse tantas confianzas.

—No se hable más, Bárbara. Seguirás en esa habitación. Don Manuel me ha dicho que te vigile, que tienes que tener un lugar donde pasar la noche y sentirte segura, y yo estoy de acuerdo con él. Además, Doña Carmencita opina lo mismo, ya sabes que te tiene mucho cariño.

Y no se habló más del asunto.

Todos los días tenía que aguantar al pelmazo de José Antonio que trabajaba con ella. Cada dos por tres, intentaba rozarse cuando se cruzaban en las estrecheces del interior de la barra, y ella intentaba que el roce fuese mínimo, hasta que un día le amenazó con contárselo a su madre y lo puso a raya. Entonces, empleó otra táctica, mirándola de manera tonta y citándola para ir al baile o a dar un paseo en el coche nuevo que le había comprado su madre. Ella siempre lo rechazaba. Carlos oía a uno y a otro. El uno le decía que todos los días que la veía, sentía deseos de besar esa boca y tocar esas tetas tan duras y tiesas y darle un azotazo en ese culo que lo volvía loco. Por otra parte, cuando se encontraba con Bárbara, le tiraba de la lengua y ella acababa confesando que estaba hasta el gorro de su amigo, que se ponía

pesadísimo y alguna vez recibía un manotazo.

A lo largo del mes de septiembre había estado con él en seis ocasiones, pero a Manuel no lo había vuelto a ver. Según su hijo, estaba muy ocupado. Viajando a Barcelona cada dos por tres y atendiendo negocios importantes que requerían su presencia. Estaba convencida de que se había olvidado de ella.

Una tarde de primeros de octubre, terminó su turno, se cambió de ropa dejando su uniforme pulcramente colgado en un pequeño armario que Doña Carolina había colocado en el cuarto de baño, y salió a la calle sin rumbo fijo. Se dirigió al discreto Arco de Cuchilleros, visto desde el interior de la plaza, bajo la larga y pronunciada escalita, el arco, llamada calle de la Escalerilla de Piedra, que salvaba el acusado desnivel existente entre la plaza y su lado poniente, la Cava de San Miguel y la calle de los Cuchilleros, cuando vio a Carlos que, con libros en el brazo, subía al coche de un amigo. No la vio y ella tampoco hizo amago de saludar levantando el brazo o gritando su nombre. A espaldas del majestuoso arco visto desde fuera de la plaza, pensó en lo guapo que era Carlos, tan diferente a su padre, pero tan atractivo, y, sobre todo, tan cariñoso y simpático. Con esos pensamientos, andando, acabó en Sol, mirando y tocando con la punta de su zapato la baldosa que indicaba el kilómetro cero, mientras pensaba dónde estaría él y sus ojos seguían el perfil del mapa de España, quedándose fijos en Cataluña y, más o menos, en el lugar donde se encontraba Barcelona. Segundos después, movió perezosamente su cuerpo, llevando los pasos hacia la calle Mayor para ir a Esparteros, seguir por Imperial y a la calle Toledo, para entrar a la plaza por la puerta del mismo nombre. Cuando oscureció estaba a pocos metros de la casa de los Oliveira.

Depresión era poco para calificar su estado, era un hundimiento total el que sentía. Le echaba tanto en falta... Se sentía engañada, sola, abandonada, dolida; necesitaba de él en todos los sentidos. Anhelaba su cuerpo, su presencia, necesitaba el contacto de esas manos, las palabras que salían de esa boca y las miradas de sus ojos fríos y duros... Amaba a Manuel con todo su ser y no había vuelta atrás. Ese hombre le había calado hasta los huesos, hasta el fondo de su alma, suspirando por él las veinticuatro horas, añorándolo cada día que pasaba, cada noche pensando en él, tocándose y pensando en él, trabajando y pensando en él, caminando y pensando en él.

Por Dios, por todos los Santos, ¿es que ya no lo volvería a ver? De repente y asustándose, al oír su nombre, la voz de Carlos llegó a sus oídos.

—¡Eh! ¿Dónde vas tan ligera? —preguntó con esa encantadora sonrisa que

tanto le gustaba.

Bárbara lo miró y admiró con sus hermosos ojos al tiempo que se limpió una lágrima juguetona que resbalaba por su mejilla. No quería que Carlos la viera triste. Pero él fue más rápido.

—Hola —contestó con un murmullo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás llorando? —El joven se acercó a ella, mirándola curioso y preocupado.

—No, no. Es que se me ha metido algo en el ojo —explicó mientras se lo frotaba—. Pero ya está.

—No, a mí no me engañas. Te ha hecho algo el capullo de José Antonio, por eso estás así. —Pasó el brazo por los hombros de la chica, y ella se removió incomoda, pero no como para provocar que él quitase el brazo.

—No, de verdad que no. Te lo prometo, Carlos.

—Mira, si me entero de que ese idiota te pone una mano encima, le parto la cara a hostias. A ese o al que tú me digas —zanjó. Bárbara no pudo evitar una sonrisa.

—De verdad que no, Carlos. Solo es que estoy un poco triste, nada más. —La cogió por los hombros y la miró de frente.

—Soy tu amigo, Barbarita. Si puedo ayudarte en algo, no tienes nada más que decírmelo.

No pudo evitar que las lágrimas resbalaran silenciosamente por su rostro. La introdujo en el portal y la abrazó, reteniéndola contra su pecho. Era tan menuda, parecía una muñeca, una linda muñequita. Sintió pena por ella, pero al mismo tiempo, un deseo de otro tipo se apoderaba de él. Bárbara se revolvió nerviosa contra él. Era un cuerpo tan parecido al de Manuel... Se despegó despacio, pues al mismo tiempo que no quería estar tan cerca, tan pegada, no le desagradaba el contacto, es más, le agradó que la abrazara, y eso la desconcertó. Carlos la mantuvo cogida por los brazos y admiró el rostro lloroso, clavó la vista en esa boca tan bonita, tan llena... Recordó que su hermana dijo en una ocasión, «la boca de Bárbara». No, no poseía una boquita de piñón, desde luego que no. Era dueña de unos labios carnosos, sugerentes y bien dibujados que llamaban la atención. Apetecía besarlos, le apetecía besarlos.

Bárbara, incomoda, notando que esa mirada era algo más que una simple preocupación por ella, se soltó, dándose cuenta de que él no dejó de mirarla ni un instante.

Carlos le abrió la puerta de la casa y dejó que entrara.

—Hasta luego, Carlos. —Se acercó a él y esperó a que agachase la cabeza para darle un beso en la mejilla—. Y gracias por preocuparte por mí. Eres muy bueno, no lo merezco. —Él la miró intensamente.

—No tienes por qué dármelas, somos amigos, y los amigos están para lo que haga falta. Estoy siempre a tu disposición. Siempre. —Hizo una pequeña pausa—. Lo sabes, ¿verdad? —La joven movió la cabeza y se fue hacia el largo pasillo que llevaba a la zona del servicio.

Carlos la miró hasta que desapareció.

Si le hubiera oído María del Pilar, le habría echado las uñas al cuello.

Por su cumpleaños, la señora Engracia le regaló una preciosa chaqueta de punto, hecha por ella. Se la dio por la mañana, muy temprano, antes de salir de casa y antes de que llegara la criada. Con lágrimas en los ojos, abrazó a la mujer, terminando con un par de sonoros besos y múltiples gracias. Se limpió las lágrimas y con una sonrisa entre alegría y tristeza, salió para el café. Ese día no fue diferente. Trabajó como una burra, como siempre, y no le dio tiempo a pensar en otras cosas, pues todos los pensamientos eran para Manuel. Hizo la limpieza de todo el local antes de abrir, ya que el hijo cerraba por las noches y no recogía ni una servilleta. Barrió, quitó el polvo, limpió la cafetera y fregó toda la vajilla. Colocó todo lo necesario sobre la barra para los desayunos de la mañana y, por último, dio un repaso a los baños, pues supo que Doña Carolina los adecentó antes de cerrar, y Bárbara los terminó de acicalar dejándolos impecables.

El día transcurrió perezosamente. No hubo mucho jaleo, con lo cual la caja no fue tan abundante como otros días y Doña Carolina tenía un enfado de mil demonios. Eran las seis y media de la tarde cuando se acercó a ella.

—¿Me puedo ir ya? Hoy me prometió que podría salir un poco antes, por ser mi cumpleaños. —La jefa la miró extrañada y con cara de pocos amigos.

—Pero ¿¡qué dices!?! ¡No puede ser! Dentro de un rato viene Doña Carmen con sus amigas, y ya sabes que le gusta que las sirvas tú.

—Pero por un día... lo podría hacer su hijo —sugirió, sabiendo que era causa perdida.

Doña Carolina se atusó su pelo negro de tinte cardado, al doble o triple de su volumen, y negó varias veces.

—Ni hablar. Las sirves tú. Cuando se vayan podrás irte. Hasta entonces nada.

Bárbara agachó la cabeza, continuando con las tareas. No le daría tiempo de llegar a la cita con una amiga. Un rato más tarde se acercó José Antonio.

—Ves —le dijo al oído—, eso es lo que te pasa por no querer cuentas conmigo. Si fueras más cariñosa, habría intercedido por ti. Ahora te toca fastidiarte.

«Desgraciado», pensó, pero no lo dijo. Aunque la mirada que le echó fue fulminante. Sus ojos verdes le taladraron.

—Y no seas insolente —inquirió—, porque te puedo putear todo lo que me dé la gana.

Dios, que harta estaba de Doña Carolina, de su hijo, del café... de todo.

Su amiga se presentó a las siete y cuarto y el hijo la despidió con cajas destempladas; «no la esperes», le dijo, «saldrá tarde». Que se jodiera la niña creída. A la puta mierda con su cumpleaños, por no ser cariñosa con él.

Pasadas las ocho y media, Doña Carmen y sus amigas se fueron.

—Por lo menos estas hacen gasto —replicó la jefa—. No como otras que están toda la tarde con un café con leche.

Bárbara se tocó el bolsillo del delantal, Doña Carmencita le metió tres duros. Menuda propina. Tendría cuidado de que no la pillaran con ella.

—¿Me puedo ir ya?

—Sí, sí. Vete ya y no des más la tabarra.

Ni un triste «felicidades». Bah, que se fueran a la porra.

Rápida como un relámpago, se metió en el aseo y se cambió. Una faldita marrón entallada, un jersey rojo, regalo de ella misma, y la chaqueta marrón que le había regalado Engracia, que le hacía juego con la falda. Se ató los cordones de sus zapatos planos, se aseguró los duros en el sostén, se miró en el espejo y decidió recogerse la trenza en un rodete, para que la hiciera mayor.

—Bueno, hasta mañana —se despidió mirando a la jefa. No se fijó en la mirada lasciva del joven.

—Adiós —contestó Doña Carolina, sin más miramientos.

Por fin en la calle. Qué fastidio, le habían jorobado la tarde al máximo. Pensó que podía buscar a Patricia, pero no eran horas. Seguramente se habría ido con las otras amigas, que no eran santo de su devoción, o estaría en su casa. Bueno, compraría alguna cosa para picotear y se iría a casa con la señora Engracia. Una triste sonrisa afloró en su hermosa boca. Por lo menos, la señora Engracia la quería bien, siempre velando por ella, con una palabra cariñosa o protegiéndola.

Le compraría unos pasteles y celebrarían juntas su cumpleaños. A Engracia le gustaba mucho el dulce y, en especial, los bollos rellenos. Eso es. Debía darse prisa. Los compraría en el bar de Paco, que a su vez los compraba en la pastelería. Seguramente, el hombre se extrañaría, pero daba lo mismo, le contaría cualquier milonga y santas pascuas.

Tan absorta estaba en sus pensamientos, que al salir por el Arco de la calle Gerona, no se fijó en el coche que aminoraba la marcha para ponerse a su altura. La puerta del lado del conductor se abrió. Una voz masculina se oyó desde dentro.

—Sube —ordenó. Bárbara se quedó quieta. Petrificada—. Vamos, sube.

Capítulo 20

Obedeció como un corderillo, viendo cómo Manuel la miraba, y, una vez que cerró la puerta, emprendió la marcha. No se dijeron nada. Mientras conducía la observó de reojo. Bárbara, con el corazón acelerado, con el estómago revuelto, miró el interior del coche y supo que era un modelo igual que el de la isla. Tragó saliva asustada, agobiada y sin saber qué pensar, pero enseguida cambió de parecer, y sí supo qué estaba pasando. Lo que ocurría en esos momentos era que él había vuelto, había aparecido en su vida, había ido a buscarla, y ahora la llevaba a algún sitio. Sí, eso era, pensó quitándose el mareo y algo los nervios. Se atrevió a mirarlo por el rabillo del ojo y el hombre sonrió irónicamente. Estaba tan atractivo como la última vez que lo vio, o tal vez más. Las piernas le temblaron y no supo cómo colocar las manos. Estaba tan nerviosa que tenía ganas de gritar.

—No te asustes, cariño. No soy un fantasma —ella no dijo nada, pero ese «cariño» le llegó al alma. Llevaba más de mes y medio sin saber nada de él y, ahora, ahí estaba, llamándola cariño—. ¿Qué pasa? ¿No dices nada?

—No tengo nada que decir —se atrevió a replicar de manera altanera.

—Ah, ¿no? Pues yo estaba deseoso de verte. ¿Creías que ya no me acordaba de ti?

—Sí —contestó con sinceridad. En esos momentos, comenzó a llover y el repiqueteo de la lluvia sonó sobre el capó y el techo del coche, acompañándoles durante unos minutos.

Los tres kilómetros que separaban la Plaza Mayor de la Glorieta de Bilbao se hicieron un poco más largos de lo habitual por la lluvia de última hora, pero la pericia de Manuel al volante no dio lugar a mucho retraso y en quince minutos estaban en destino.

—Ya hemos llegado.

Aparcó el coche. Bajó rápido y le abrió la puerta. Siempre tan caballeroso.

—Baja, nena. —Ella obedeció. La cogió de la mano y tiró de ella para no mojarse.

En unos segundos se encontraron en un portal, en plena Glorieta de Bilbao; el inmueble tenía muchos años. Manuel lo había comprado doce años antes,

dedicándolo a viviendas de bajo alquiler. Casi la arrastró hasta el tercer piso. Las escaleras de madera crujieron bajo sus pies.

—No te asustes. Aunque hagan ruido, son fuertes. Lo sabré yo. —Sacó una llave del bolsillo del pantalón y abrió la puerta, la única que había en esa última planta. La hizo entrar y él pasó detrás, cerrando sin hacer ruido.

—¿Te gusta?

Era un ático pequeño y muy acogedor, muy coqueto. Al subir por las feas escaleras, ver las sucias paredes y la vieja baranda, uno no se hubiera imaginado encontrarse con un pisito tan lindo. Respetando el original, tenía el suelo de tablones de madera, bien brillante y pulida, en el techo se veían las vigas de roble al aire. Un dormitorio, un cuarto de baño, una cocina y un salón era todo lo que tenía. No llegaba a los sesenta metros cuadrados y olía a limpio y recién pintado. Unas cortinas de encaje blanco cubrían las ventanas y, a través de ellas, se oía el repiqueteo del agua.

—Sí —contestó con un murmullo. Él se acercó por detrás y la rodeó con sus fuertes brazos. Ella, suspiró.

—Será nuestro nido de amor, para ti y para mí, mi vida. Aquí nadie nos molestará y podremos reunirnos las veces que queramos. —Teniéndola abrazada, notó en sus brazos los rápidos latidos del corazón de la niña. La besó dulcemente en el cuello y ella volvió a suspirar. Un hondo y lastimero suspiro. Manuel la giró suavemente, para ver las lágrimas en los ojos verdes, que luchaban por no desbordarse sin conseguirlo.

—Mi pequeña. Mi amor. Has pensado que ya no quería saber de ti. Nenita mía, he sido demasiado bruto; no me he preocupado por ti, pensando que estarías tranquila. —La besó con toda la ternura del mundo—. No llores, cariño mío. No llores, mi amor. Te deseo tanto, tanto... No ha pasado un día sin pensar en ti. Incluso cuando estoy con Olga pienso en ti. No te puedo quitar de mi cabeza. Eres mi tormento, mi dulce tormento.

Bárbara acusó la quemazón de los celos al oír el nombre de Olga. Él no se tapaba, no se escondía. No mentía.

—Haces el amor con ella —susurró entre sollozos.

—Sí, sí —murmuró él, sin dejar de abrazarla—, lo hago, pero solo pienso en ti. Hago el amor con ella, pero deseo que estés tú en su lugar. Algún día gritaré tu nombre en su presencia, sin poder evitarlo. —Continuó besándola por el cuello, las orejas, el pelo... Con sus ágiles dedos fue soltando la trenza—. Quiero que seas mía, totalmente mía. Quiero hacerte el amor.

—No, no, no —se quejó. Pero lo dijo tan flojo que apenas se oyó y Manuel supo que ese no, era sí.

La cogió en brazos y la llevó al dormitorio. Encendió una lámpara y la dejó encima de la cama. La colcha era blanca, las sábanas de hilo, todo era del mismo color. Blanco virginal, como ella. Así se lo dijo a la persona que le encargó amueblar y vestir el piso. Todo blanco, todo de la mejor calidad. Quería tener contenta a su joven amante, quería darle todo lo que quisiera, todo lo que le pidiera.

La fue desnudando poco a poco, mientras ella permanecía quieta, pasiva. Estaba asustada. Todo iba muy deprisa y sin esperarlo, sin haberse hecho a la idea y sabiendo que Manuel estaba dispuesto a llegar al final. Por su cabeza circulaban los pensamientos muy deprisa. Manuel quería una amante, la quería a ella, pero no dejaría a Olga para casarse con una mocosa de dieciséis años. A pesar de la desilusión, a pesar de comprender la magnitud de la situación y de ver, de sentir, que estaba dejando su futuro en manos de ese hombre, no pudo evitar el placer que sintió cuando él soltó los corchetes del sostén.

Los duros cayeron por su cuerpo, para acabar encima de la blanca sábana.

—¿Qué es esto? —preguntó con una sonrisa—. ¿Ahora guardas el dinero entre tus lindos pechos?

—Para que no me lo quite nadie.

—Me parece que un ladrón, si no es tonto, sería el primer sitio que registraría, no por encontrar dinero, si no... —Ella le tapó la boca con su mano.

—Tengo miedo.

—¿De qué? —preguntó mirándola intensamente.

—Del dolor. De todo. —El dolor. No tenía miedo del dolor físico, le asustaba de un modo feroz el daño psicológico que él podría hacerle, pero no se atrevió a decírselo, y él no quiso profundizar en el tema.

—No te haré daño, mi vida. Te lo prometo. —Se incorporó y fue quitándose la ropa sin dejar de mirarla, sin pestañear. Estaba hambriento de ella. La deseaba de una forma que le asustaba, que no estaba acostumbrado.

Quedándose como su madre lo trajo al mundo, pero con el miembro a punto de estallar, le quitó el resto de la ropa a la muchacha. Se tumbó a su lado y ella se pegó como una lapa. Era tan extraña esa sensación... Estar juntos en una cama, los dos, para hacer el amor. Para follar. Para fornicar. Ella se preguntó con qué adjetivo se quedaría él.

—Relájate, nenita. Te voy a tocar un poco, para que estés húmeda cuando te penetre. Así será mejor, te dolerá menos.

Ella entreabrió la boca y Manuel tomó el manjar que le ofrecía. Se besaron apasionadamente, mientras la iba preparando con los dedos. No se demoró mucho y al notar el sexo húmedo, no perdió tiempo en colocarse un condón. Ella no se dio ni cuenta. Se montó encima, apoyándose sobre las manos para no dejar caer todo su peso, y se dispuso a dar unas pequeñas embestidas para ir abriendo paso.

Bárbara, al notar el miembro queriendo entrar en su vagina, se quejó, pensando que eso era muy grande para su cuerpo.

—Aguanta, mi amor. Solo te dolerá un poco —terminando de decir esas palabras, se clavó entero.

Le dolió, ya lo creo que le dolió, pero él prefirió que fuese de una, como el torero cuando entra a matar, y el grito que ella emitió fue acallado por la boca de Manuel casi al instante en el que surgió. La besó durante quince segundos, hasta que dejó de moverse.

—Ya, pequeña, ya está. Ahora tranquilízate. Es hora de que nos lo pasemos bien. ¿Tú quieres pasártelo bien?

—Sí —contestó mirándolo como si fuese un ogro y un dios, las dos cosas al mismo tiempo.

—Así me gusta.

Y eso fue lo que pasó.

Unos minutos más tarde, los jadeos de ambos se oían entrecortados, pero un poco después era ella la que pedía más, la que le decía lo mucho que le gustaba tenerlo dentro, la que gemía al sentirse tan llena, al notar las embestidas del hombre una y otra vez. Le dijo:

—No pares, no pares, me gusta mucho sentirla dentro, me das mucho placer, es maravilloso, no creía que sería así, dame más, más, quiero más.

Los gemidos aumentaban y el volumen subía de tono. Manuel le comía la boca cada vez que surgían los gritos de placer, cada vez que esas bocanadas de aire se convertían en un grito pequeño al principio, para ir aumentando, entonces él capturaba su boca y le introducía la lengua hasta la garganta, le chupaba los labios cogiéndolos entre los suyos, magullándolos, se tragaba los suspiros, las aspiraciones, quería devorarla entera, la habría engullido si eso hubiera sido posible. Porque después de estar todo ese tiempo separados, ya sabía que no era un capricho, que no era un deseo pasajero, no. Y mirando su

boca, esa que lo volvía loco, deseaba, quería tragarla, para llevarla dentro, consigo, siempre. Para que ningún otro hombre la pudiera tocar, la pudiera admirar, la pudiera desear. Si hubiera sido un caníbal, se la habría comido.

Le gustaba que se comportara así, de esa forma. Que le dijera que su miembro la llenaba, que le gustaba tenerlo dentro, que le diera más. Todas esas palabras dichas con esa voz femenina, frágil y dulce le enervaban la sangre, le hacían sacar el lado más salvaje, más masculino y primitivo. Esa niña era su debilidad, su pasión, su obsesión, y aunque la había encontrado un poco tarde, la iba a disfrutar hasta que se saciara de ella, hasta que los polos se descongelaran, hasta que su cuerpo aguantara.

Un bolero, procedente del patio de vecinos, de alguna radio de pisos más abajo, se oía en la habitación mezclado con el sonido de la lluvia, el ruido de sus susurros, de sus besos, de sus cuerpos, de sus fluidos. Hubo un momento en el que creyó haber roto el condón al tener sexo tan salvaje, pero en ese instante no le importó, al *carallo* con ello. Si por un casual la preñaba, la llevaría a Londres y abortaría. Ni por lo más remoto deseaba un puto crío, teniendo una amante que apenas era una niña.

En la habitación olía a sexo, sangre y sudor de cuerpos. Bárbara tenía un profundo escozor entre los muslos. Había sentido varios orgasmos, tuvo la sensación de estar en el cielo, pero ahora que sentía sus partes tan irritadas, no estaba tan segura.

Manuel se levantó para encender un cigarrillo y quitarse el condón, mirándolo antes de tirarlo a la basura. Volvió a su lado, la abrazó y la tapó. El permaneció desnudo sin cubrirse, pues no tenía frío. Ni pizca. Joder, estaba tan satisfecho, tan pleno, como hacía tiempo. Aunque pensándolo bien, no recordaba haberse sentido así, nunca, nunca en su vida. Sí, era mucho decir, pero era la verdad, la puta verdad. Pero su rostro se nubló en el acto, mientras aspiraba el humo del cigarrillo. Ese era uno de sus problemas, que su cerebro siempre marcaba las pautas, jodiendo los momentos maravillosos; pero ese era él, así funcionaba, así vivía.

Y su mente le decía que no sería fácil mantener esa relación. No deberían verse fuera del piso. Corrían el riesgo de que algún conocido de él, de ella, o de ambos, los viera. Podría llegar la noticia hasta los oídos de sus hijos, Dios no lo permitiera. Sin contar lo relativamente cerca que se encontraban de la calle Fuencarral, donde vivía Olga.

Sus hijos. María del Mar haría una escena, cogería una rabieta de las de

aúpa, y con razón, y que no le diera por algo peor, pues era una muchacha que le gustaba ser el centro del universo de su padre. ¿Y Carlos? Carlos no montaría una escena, ni dos, sería mucho peor. Su hijo apreciaba a Bárbara, le gustaba, pensaría que abusó de ella o que la engañó con malas artes, que se aprovechó de su ingenuidad, de su ignorancia. Aparte del sermón que él le echó en Palma para que no se relacionase con ella. Todo ese rollo que le soltó de las clases sociales y demás historias.

Lo que tuviera que pasar, pasaría, pero no se privaría del placer de la muchacha, aunque pondría los medios para llevarlo lo más secreto posible.

Ella se removió contra su cuerpo. Manuel apagó el cigarrillo y la abrazó más fuerte.

—¿De quién es este piso?

—Mío —respondió roncamente—. Todo el inmueble es mío. Son pisos de bajo alquiler. Las otras viviendas no están arregladas como esta. Son viejas y los inquilinos pagan poco dinero. Este ático lo arreglé para ti. Para nosotros. Llevaba dos años sin alquilarse y pensé que era el lugar ideal para vernos, para estar a solas.

—Tengo miedo. Mucho miedo —dijo sin dejar de mirarlo. Abrazada a su poderoso cuerpo.

—Cariño, ¿por qué? ¿De qué tienes miedo?

—De que me dejes, de no estar a tu lado, de quedarme embarazada. Tengo miedo de todo. Soy de clase baja, inculta y con poca edad. Hoy he cumplido dieciséis años y el mejor regalo que podía recibir has sido tú. Pero sé, presiento, que voy a salir mal parada de todo esto, voy a ser el segundo plato de un hombre rico y poderoso, que no puede pasear con una muchacha como yo como si tal cosa. Que tendré que conformarme con las visitas secretas, con las mentiras para estar contigo, con lo que tú quieras darme y hasta que quieras dármelo.

Mientras habló, no dejó de mirarla. No era tan niña, ni en lo sexual, a pesar de su virginidad, ni en lo mental. Habló con una madurez total y él no le iría con mentiras.

—Te comprendo muy bien, pero no puedo darte más. No me puedo casar contigo. ¿Te imaginas qué diría mi hija? ¿Y Carlos? Menuda cara pondría teniendo por madrastra a una chiquilla más joven que él. Más joven que su hermana. ¿Sabes que yo le dije que ojito contigo? Le advertí que no se encaprichara de ti, para terminar haciéndolo yo. ¿Y mis amigos y conocidos?

Son de mi edad, incluso mayores. Menudas caras pondrían cuando apareciera contigo. —La chica lo miraba sin pestañear, mientras entraban todas y cada una de esas duras palabras en su cerebro—. ¿Y sus mujeres? ¿Qué harías tú, de qué hablarías con unas mujeres con edad para ser tus madres? ¿Qué pensarían todos ellos cuándo nos vieran juntos? Pensarían que soy un perverso. Que me dedico a engatusar a niñas como tú. No puede ser, mi amor. Nos separan muchos años, demasiados. La postura más sensata sería haberlo dejado, o mejor aún, no haber comenzado, pero resultó imposible, no lo pude evitar. Te metiste en mi piel desde la primera vez que te vi, aunque en esos momentos no me diera cuenta de ello. Pensaba que estaba salvando a una niña de las garras de un cabrón y me estaba metiendo en la cueva del lobo.

—¿Te acuerdas de eso? —preguntó con un murmullo.

—Claro que me acuerdo, apenas ha pasado tiempo, igual que me acuerdo cuando fui a la pastelería a comprar los bombones. Esos bombones fueron para Olga y, cuando le estaba haciendo el amor, solo pensaba en ti. —Bárbara se ruborizó al oír semejante declaración—. Más de una vez he pensado —continuó el hombre—, que si esa noche en la isla, en la fiesta de los chicos, cuando te acercaste al coche para que te llevara a casa, si eso no hubiese ocurrido... Bah, es igual. Yo soy de los que piensa que la mayor parte de las cosas están predestinadas, y la otra mitad las elegimos.

Se hizo el silencio entre los dos. La lluvia seguía cayendo copiosamente. Ella tembló y él la abrazó más fuerte y la besó en la frente.

—Quiero que dejes de trabajar. Dirás que te ha salido otro trabajo. Ya se me ocurrirá algo.

—Seguro que me pillaran.

—¿Quién?, ¿quiénes? —preguntó con la boca sobre su cabello, besando su cabeza.

—No sé, mis amigas, tu hijo... Cualquiera que me conozca, que nos conozca.

—Ya me ocuparé de todo, no te preocupes, pero no quiero que trabajes en el café. Y no quiero que ese amigo de mi hijo te ande rondando. —Ella alzó la cara para mirarlo a los ojos—. Lo sé todo. Carlos es muy hablador y te menciona muy a menudo. Más de la cuenta, para mi gusto, pero así me tiene al corriente. Aunque esté de viaje, estoy al tanto de lo que haces y por dónde andas, pues sí mi hijo lo sabe, lo sé yo. Hablamos todos los días por teléfono y raro es que no te mencione, y si no lo hace, yo le pregunto de pasada, como

quien no quiere la cosa. Y por supuesto me comentó que ese golfo anda detrás de ti como un perro en celo. Es cierto, ¿no? —cuestionó mirándola a los ojos. Ella se ruborizó de arriba a abajo.

—Bueno, no tanto. Carlos exagera un poco. Yo lo tengo controlado.

—Sí. Hasta que se descontrole y tenga que partirle la cara. Así que, está decidido. Dejarás de trabajar. Me hiere la sangre cuando pienso que ese niño se anda rozando contigo todos los días.

—Me apaño muy bien para mantenerlo a raya.

—No seas ingenua. Cuando un hombre pierde los estribos, o se emborracha, es capaz de cualquier cosa. No lo olvides. —Ella no le llevó la contraria, no protestó. Manuel era un hombre de mundo, sabía lo que era la vida, sabía cómo pensaban los hombres y cómo actuaban, dando igual que tuvieran una edad u otra.

Una mano le acarició el muslo. Suave, con pases largos, recorriendo la parte interna, la parte más sensible.

—¿Te duele? —Los ojos del hombre eran posesivos, y ella enrojeció.

—Un poquito. —La siguió mirando durante unos instantes y dejó caer un beso suave sobre los labios entre abiertos.

Manuel se levantó de la cama. Paseándose desnudo como la cosa más natural del mundo, sacó una caja de un bolsillo de su chaqueta. Ella no se dio cuenta. Su mente estaba en otra cosa.

—¿Qué fue eso que te quitaste de tu cosa, hace un rato? —preguntó curiosa, mientras admiraba ese cuerpo tan fuerte.

—Cuando dices mi cosa, ¿quieres decir mi polla? —preguntó con descaro haciendo enrojecer a la joven.

Otra vez.

—Sí —contestó tímidamente.

—Pues dilo, que no te dé vergüenza —le dijo acercándose a ella, con la caja escondida en la mano.

—Tu polla —repitió ella, despacio, vocalizando lentamente y mirándolo con esos ojos de gata.

—Así me gusta. Pero eso te lo explicaré otro día. Ahora quiero que veas otra cosa —añadió con una mueca burlona, poniéndole la pequeña caja entre los pechos.

Bárbara miró ese paquetito tan bien envuelto y, con movimientos pausados, abrió el paquete sin romper el papel, mirando nerviosa a Manuel.

—Felicidades, mi amor, te quiero. —Ella tenía los ojos vidriosos, mirando el contenido y sintiendo esas palabras que golpeaban su cerebro y que le partían el corazón.

Era un reloj sencillo, pero carísimo. La esfera de oro y la correa de piel. Más tarde sabría que esa piel era de cocodrilo. Pequeño, femenino y se lo había regalado él. Se le hizo un nudo en la garganta y sintió ganas de llorar a moco tendido. Él era consciente del apuro que estaba pasando, de la multitud de sensaciones que estaba teniendo, pero no dijo nada, esperando las palabras de ella.

—Gracias. Muchas gracias —expresó medio llorando—. No pensé que supieras que hoy es mi cumpleaños.

—Vida mía, ¿cómo no lo voy a saber?, si se lo he oído decir a Carlos por lo menos media docena de veces —exclamó abrazándola.

Volvieron hacer el amor hasta agotar sus cuerpos y sus ansias.

Capítulo 21

Una hora más tarde, Bárbara llegaba al hogar de los Oliveira en un taxi que Manuel paró y pagó, pues un compromiso pendiente requería su presencia. Ella pensó si ese compromiso no sería Olga y prefirió borrar las malas ideas.

Abrió con su llave la puerta del portal, era muy tarde para que estuviera abierta, y tocó el timbre de la puerta de servicio. Se arregló las ropas mientras esperaba. Parecía que llevase escrito en la cara: «vengo de retozar con un hombre veinticinco años mayor», y la señora Engracia lo fuese a leer. Pero no fue así. La mujer abrió la puerta y se sorprendió.

—Pero criatura, ¿dónde te metes? Estaba preocupada por ti. Llame al café y Doña Carolina me dijo que te habías ido hacía un buen rato. Menudo susto me has dado, ya creía que te había pasado algo.

—Oh, señora Engracia, lo siento si se ha preocupado por mí. Fui a ver a mi tía Ester y ya sabe usted lo que pasa con mis primos y con ella, se pasó el tiempo volando y ni me di cuenta.

—Bueno, otra vez avisas. Estaba a punto de avisar al señorito Carlos si no aparecías.

—Lo siento. De verdad.

—Bueno, bueno. Ahora vete al salón y busca al señorito Carlos que te está esperando.

—¿A mí? ¿Para qué? —preguntó sorprendida.

—No lo sé, cariño. Hace un rato, cuando vino, me preguntó por ti. Yo le dije que estarías trabajando y entonces me pidió que cuando llegaras te avisara de que quería verte —terminó de decir mientras recogía unos trapos de cocina, los doblaba y los colocaba en su sitio.

—Bueno, pues voy a ver que quiere. —Se quedó mirando a la mujer—. Y perdóneme, señora Engracia, no he querido preocuparla. —La mujer la miró con cariño y aceptó el abrazo de la muchacha con sumo agrado.

—Venga, ve a ver que quiere el señorito Carlos. —Salió de la cocina y se dirigió hasta la entrada principal por el largo pasillo que comunicaba la zona de servicio con el resto de la casa.

Había poca luz en el gran salón, pues la araña de cristal de Murano estaba apagada. En un rincón, una lámpara de pie iluminaba la zona donde Carlos leía

un libro de Derecho Civil, sentado cómodamente en un mullido sillón. Al oír los pasos se levantó. Ella se detuvo y se miraron. ¿Se le notaría que había hecho el amor con su padre? Bah, que tontería, estaba nerviosa y, tal vez, un poco histérica.

—Hola, Carlos. La señora Engracia me ha dicho que querías verme —dijo con timidez. Carlos la observó a capricho. Estaba guapa, más que de costumbre.

—Pues sí. No he podido verte en todo el día y no quería acostarme sin felicitarte.

Bárbara enrojeció. Qué bueno era y qué guapo. No supo qué decir, se había quedado sin palabras. Seguro que, si supiera lo que había hecho, la miraría con desprecio, con asco.

Pero la mirada de Carlos era admirativa en todo momento y penetrante hasta hacerla enrojecer.

Se acercó a ella despacio, con una sonrisa en su bella boca, acariciándola con esos ojos castaños, dulces y seductores. Bárbara tragó saliva.

—Felicidades, Bárbara. Muchas felicidades en tu décimo sexto cumpleaños. ¿Me vas a dejar que te dé un beso? —preguntó contemplándola desde su altura.

Ella movió la cabeza afirmativamente, sintiendo algo extraño, morboso. Él le puso una mano en la nuca y la besó en los labios, algo que ella no esperaba, pero no hizo amago de retirarse. Él abrió la boca para saborear esos labios tan hermosos, pero ella no despegó los suyos, al principio, pues después, a los pocos segundos, los fue entreabriendo y Carlos cogió el labio inferior entre los suyos, para saborearlo con lentitud y, momento seguido, introdujo la lengua encontrándose con la de ella y rozarla durante unos instantes, hasta que notó las manos de ella sobre su pechera.

Se separó dejándola con una leve humedad, y colorada como una fresa, pero no se disculpó.

—Toma. Esto es para ti. —Cogió un pequeño paquete y se lo dio, sin perder detalle de todos los gestos que surgieron en el rostro más hermoso que hubiera visto.

—Gracias, Carlos. No deberías haberte molestado. No era necesario, de verdad —susurró, mordiéndose el labio y bajando la mirada.

—No es molestia. Simplemente es un detalle, nada más —contestó mientras ella quitaba el envoltorio y descubría una caja de bombones.

—Gracias otra vez. Voy a engordar a tu salud —rio, nerviosa.

—Espero que no. Así estás muy bien. Venga, vete. —Al oír esa expresión se acordó de Manuel. A veces, padre e hijo se parecían tanto...

—Buenas noches, y muchas gracias por acordarte. —Mientras ella se alejaba, él no se movió del sitio.

«Cómo me voy a olvidar, si no dejo de pensar en ti», se dijo a sí mismo.

Y Bárbara pensaba en qué hubiera hecho Manuel si hubiera visto el beso que su hijo le había dado, y lo que era peor, que se dejó, rechazándolo cuando ya había saboreado esos labios, cuando la lengua recorrió su boca y se juntó con la de ella.

Se fue curtiendo en el arte de mentir. Doña Carolina se enfadó muchísimo al enterarse de que abandonaba su trabajo para cuidar de una anciana. Claro, no iba a ser fácil encontrar otra joya igual: trabajadora, honrada y limpia. La muchacha aguantó valientemente el temporal, se tragó todas las palabras, una a una. Que si eres una desagradecida, que si después de todo lo que he hecho por ti, que si este es el pago que recibo después de haberme portado tan bien contigo, que si dónde vas a estar mejor que aquí, que para qué quieres limpiar las babas y lo que no son las babas de una vieja, etcétera.

—¡Jesús, qué barbaridad! Si tú lo único que tienes que hacer es ayudar a tu tía y ahorrar dinero para casarte con un chico trabajador y honrado. Nada más. Qué ganas de ansiar cosas que no están a tu alcance, qué tozudez no querer conformarse con lo que te va ofreciendo la vida —añadió molesta.

Cuando Bárbara le contestó que cobraría lo mismo que en el café y que le quedaría mucho tiempo libre, Doña Carolina cerró la boca. Total, para qué seguir quejándose si ya lo había decidido.

Con el hijo fue diferente. Recogía sus cosas personales en el aseo, cuando se le acercó por la espalda.

—¿Y quién te ha buscado ese trabajito tan maravilloso? —preguntó sobresaltándola.

—¿Y a ti qué te importa?

—No será que tienes algo que ocultar. Si estás embarazada y necesitas ayuda...

—Eres asqueroso. Déjame en paz.

—Vaya con la señoritinga. ¿Sabes lo qué te digo? Si no estuviera mi madre por aquí, te tiraría al suelo y te follaría ahora mismo para quitarte esos aires de grandeza. —Bárbara lo miró enfadada y no se amilanó.

—Como se te ocurra ponerme una mano encima, lo recordarás toda tu vida.

—¿Sí? ¿Tanto placer me vas a dar?

—El placer te lo puede dar Carlos, como le diga que me estás amenazando.

José Antonio cerró el pico. Sabía muy bien el caprichito que su amigo tenía con ella, tal vez no tan lujurioso como él, pero no por eso menos fuerte.

Terminó de recoger sus cosas y salió con la cabeza bien alta. Madre e hijo se quedaron mirándola, viendo cómo se alejaba, cruzando la Plaza Mayor en dirección a Cuchilleros. Iba tan tiesa y tan orgullosa, que ambos sintieron una punzada en su interior. Él hijo, de rabia y de impotencia, por haber dejado pasar la oportunidad de tener algo con esa preciosa niña. Se dijo que era un tonto por no haber forzado la situación o haber llevado las cosas de otra manera. Ahora, era demasiado tarde. La madre, de disgusto y al tiempo de liberación. Sí, tal vez era mejor así. Tener una muchacha tan exuberante, no era bueno para el negocio. Se quedó mirando a su hijo y observando esos ojos de cordero degollado, así que tampoco era bueno para él.

Manuel le había buscado un trabajo muy particular y muy bien pagado. La señora Sánchez-Jávea era una abuelita de ochenta y seis años, tía de Federico. Una enfermera la cuidaba de siete de la tarde a nueve de la mañana. A esa hora llegaba una asistenta, que permanecía hasta las cuatro y media, y Bárbara estaría desde esa hora hasta las siete. Por las mañanas iba tres horas a una academia, a estudiar taquigrafía y mecanografía. Antes de comer, se pasaba por una casa particular donde recibía clases de cultura general, que le impartía una maestra jubilada. Todo eso lo solventaba Manuel por medio de su abogado, que también le pagaba el sueldo por estar con la anciana.

Sobra decir que Federico estaba al corriente de todo. ¿Su opinión? Un juego muy peligroso. Manuel jamás se había encaprichado de mujeres tan jóvenes, y esta era casi una niña. No entendía qué le había pasado. Solo podía pensar que estaba encoñado y que tarde o temprano se le pasaría, a fin de cuentas, era un hombre frío y calculador. Lo más normal, es que controlase la situación y no al revés. Daba por hecho que el final de esa historia sería más pronto que tarde, y que él rompería esa relación cuando estuviera ahído de ella y se diera cuenta de que no había más recorrido.

Una cosa estaba muy clara, ella estaba enamorada de Manuel. Las veces que había hablado con la joven, quedaba embobado con su dulzura, su nobleza, y no podía sentir más que lastima por ella. El porvenir que le

esperaba era incierto, y Manuel la haría sufrir. Sabía de sobra que no iba a dejar a Olga. Es más, ya habían fijado la fecha de la boda para el dos de enero, después de que Olga se enfadara, pensando que sería antes. Seguramente la chiquilla se estaba haciendo ilusiones, imaginando que él esperaría hasta que cumplierse la mayoría de edad o por lo menos los dieciocho y... se casaría con ella. Una pena.

Por lo menos, sabía que sería discreto e intuía que Bárbara también, pues no parecía de ese tipo de jovencitas que armaban escándalos. No era una barriobajera y, aunque su cultura fuese escasa, si escarbabas en la superficie, había potencial. Mucho potencial.

Además, pensaba Federico, ¿qué podía hacer una cría de dieciséis años, en la década de los cincuenta, contra un hombre con el poder y el dinero que tenía Manuel?

Nada.

Absolutamente nada.

El mundo era de los hombres, como debía de ser. Las mujeres estaban para lo que estaban: las que eran decentes para casarse, llevar una casa y tener hijos, otras para vestir santos, y estas, tan bonitas y tan predispuestas, para ser las queridas de hombres como Manuel.

Al final, si eran listas, podían acabar bien situadas gracias a su protector o, por el contrario, ejerciendo de prostituta en algún club de carretera. ¿Qué sería de esta preciosa niña? Él no lo sabía, pero presentía que nada bueno.

Eran las nueve y media de la noche, cuando Manuel abrió la puerta de la habitación del hotel. Bárbara corrió a echarse en sus brazos. La cogió en volandas, la besó largamente para terminar tirados en la cama sin parar de reírse.

—Te he echado mucho de menos —le dijo zalamera.

—¿Sí? —preguntó haciéndose el tonto—. No me lo creo —añadió, mientras sus manos tocaban el cuerpo femenino.

—Pues sí. Es verdad. Mucho, mucho, mucho —susurró, dejándose besar el cuello por esa boca experta y lujuriosa.

—¿Quieres que te haga el amor? —preguntó, mientras sus manos acariciaban su trasero y seguían besando la tierna y suave piel del cuello.

—Sí. Siempre.

—Después de cenar —dijo con una carcajada. Siempre estaba dispuesta.

Le gustaba jugar tanto como a él—. Ahora, vístete.

—No —se quejó haciendo un puchero—. Házmelo —le rogó echándose encima de él, como una gata en celo. Se quitó la bata de seda, quedándose con un camisón cortito de la misma tela y encaje.

Manuel se encendió al ver esos pechos aprisionados por la suave seda, y ella, sin mediar palabra, le desabrochó el cinturón y uno a uno los botones de la bragueta. Sacó el pene duro y erecto y se lo metió en la boca. Manuel perdía la razón, lo subía a los cielos y le bajaba al infierno, a veces no sabía ni dónde estaba.

—Nenita, que... esto no es un juguete —jadeo.

—Te equivocas. Es mi juguete. Es mi polla —contestó sintiéndose poderosa—. La voy a chupar entera y luego te voy a montar... Metiéndola dentro de mí hasta el fondo.

—Eres una cochina —bromeó con voz entrecortada, sin dejar de mirar cómo se la comía.

Tenía esa forma de hablar, tan sensual, tan aniñada, tan provocadora... que lograba ponerlo cachondo en un santiamén. Ninguna mujer lo conseguía como ella; no sabía si era fingido o real, pero fuera como fuese, le daba igual. Le gustaba y punto.

Cuando se cansó de jugar, lo tiró sobre la cama, le puso un condón y se montó encima. Era como tener una pluma, una pluma muy juguetona. Las manos de él tocaban los pechos y retorcían sus pezones. Ella cabalgaba sin pausa, se movía deprisa, sintiendo que le venía. Él la agarró fuertemente de las caderas.

—Aguanta, fierecilla, aguanta. No quiero que te corras todavía. ¿No querías hacer el amor? Pues esto es hacer el amor. Esto es follar, nenita, y lo estaría haciendo toda la noche.

—Sí, sí, sí. Quiero que me folles así. Me gusta..., me gusta tenerla dentro de mí. Me gusta mucho, sentirla tan dura, tan grande... creo... creo que me viene ya.... Manuel... ya...

—Córrete, mi vida, córrete conmigo —exclamó entre jadeos, llegando juntos al orgasmo.

Se quedaron en la misma posición durante un largo minuto. Manuel le acarició el pelo, la espalda y el trasero seguidamente.

—Te amo, Bárbara —le dijo mirándola a los ojos.

Ella sintió un escalofrío, no de frío ni de placer. Para ella esa declaración no quería decir nada. Nada comprometía a Manuel.

—Más de lo que yo te amo, no —contestó, mientras tensaba su talle y proyectaba los pechos, viendo cómo esos ojos azules se clavaban en ellos.

Se miraron durante unos segundos, analizándose. Desmontó y, con dedos expertos y delicados, le fue quitando el preservativo. Ahora ya sabía para qué se usaba y le parecía un invento muy útil. No tenía ninguna intención de quedarse embarazada, sabía de sobra que eso complicaría mucho las cosas. Era curioso, pero en tan poco tiempo y siendo tan joven, conocía a Manuel mejor que cualquiera de los que normalmente le rodeaban. De los más cercanos.

Hasta era posible que lo conociera más de lo que él se conocía.

Capítulo 22

Vestida de esa forma, parecía mayor. Llevaba el pelo recogido, un vestido negro de cóctel sin tirantes, con el talle muy ajustado y la falda fruncida. Se le podían echar diecinueve o veinte años, incluso alguno más. Se puso los altos tacones de aguja, los primeros que le regaló, para después acercarse a él lentamente y dejar que le pusiera el abrigo de pieles. No se cansaba de mirarla. Físicamente le sorprendía siempre, en unos momentos parecía una niña, más tarde una hermosa mujer. Era camaleónica, sorprendente y erótica. Cómo le hubiera gustado mostrarla a sus amigos, orgulloso por tenerla, por ser el dueño de ella y que todo el mundo lo supiera. Al no estar en Madrid, se permitía el lujo de lucirla todo lo que quería. Siempre se podría encontrar con un conocido, pero con decir que era la hija de un amigo, solucionado y que pensarán lo que quisieran.

Mientras él atendía sus compromisos, ella permanecía en el hotel. A veces se aventuraba y paseaba por los alrededores. Manuel siempre le dejaba dinero que ella nunca gastaba, pero no devolvía y lo añadía a sus ahorros. Como él no se lo pedía, le parecía una tontería devolverlo. Y algo le decía en su interior que debía ser precavida, que este cuento, que no era de hadas, podía romperse como un delicado cristal. La había llenado de regalos: ropa, zapatos, joyas, pieles... La mayor parte de esas cosas solo se las ponía en los viajes o en el nido de amor.

Esa noche cenaron en un coqueto restaurante de Burgos, más tarde fueron a bailar a un club privado. Era la primera vez que arrimaban sus cuerpos para otra cosa que no fuera hacer el amor. Pero el baile se aproximaba mucho al acto de la copula, así se lo hizo notar ella. Se acopló a su cuerpo dejando que él la llevara. Al principio no se arrimó de un modo indecente, pero teniendo en cuenta que las luces eran muy tenues y que una de las cosas que más le gustaba era estar en los brazos de Manuel, fue rozándose poco a poco. Notó su bulto y sonrió para sí misma.

—Lo estás haciendo adrede —le riñó con seriedad. Al menos eso quería aparentar, pero en el fondo contenía la risa.

—¿Te molesta?

—No. Pero de un momento a otro voy a reventar el pantalón. Y tú serás la

responsable de que dé un espectáculo en público —murmuró roncamente sin dejar de mirarla, mientras le acariciaba la espalda.

—Manuel —le susurró. Él tuvo que agacharse un poco para oírla—. Estoy tan a gusto entre tus brazos..., eres tan fuerte, tan atractivo, tan hombre —al pronunciar la última palabra, aspiró hasta el fondo de su ser.

No quiso oír más. La cogió por la cintura, llevándola hasta la salida. Dio gracias al traje que ocultaba su erección. Pagó, dejó una generosa propina, y poniéndole el abrigo, salieron a la fría noche.

—Pero, Manuel, si no nos hemos tomado las bebidas—se quejó.

—Me importan un *carallo* las bebidas —le contestó metiéndola dentro del confortable coche. Entró, se acomodó al volante y arrancó. Condujo por callejas estrechas, para parar en una sin tránsito. Ella no despegó los labios, pero le miró por el rabillo del ojo y le pareció que estaba enfadado. Se volvió hacia ella.

—¿Qué te proponías, jovencita? ¿Querías que me empalmase en medio de la pista, como si de un caballo se tratara, y te montase allí mismo? —preguntó medio en broma medio en serio.

—¿Acaso no has bailado con otras mujeres?

—Sí, señorita insolente. He bailado con muchas mujeres, pero ninguna se ha frotado tan descaradamente como tú —mintió Manuel.

—Pues qué tontas. No saben lo que se pierden.

—Eres un peligro —le dijo, dejando caer la mano entre sus muslos, para ir subiendo hasta el enganche del ligero.

—No puedo, ni quiero evitarlo. No quiero hacerte las cosas que te hacen las demás. Quiero ser única. Para ti.

—Ya lo eres, mi amor. Maravillosa. Perfecta para mí. Perfecta para cualquier hombre —piropeó mientras le acariciaba el clítoris, haciendo que abriese los muslos de par en par—. Pero eres mía, solamente mía.

—Es lo que deseo, ser maravillosa, perfecta para ti, solo para ti. De ese modo, cuando me abandones, siempre recordarás lo que hice contigo.

—Calla, nenita, calla. No digas eso. Es más fácil que tú me dejes por un muchacho de tu edad, a que yo te abandone.

La siguió acariciando, mientras ella jadeaba de placer.

—Soy demasiado viejo para ti. Tal vez ahora no, pero dentro de unos años...

Ella abrió las piernas todo lo que pudo. Se sujetó la braga a un lado para

que él pudiera trabajarla mejor y le ofreció la boca para que la besara.

—Dame placer, Manuel. Dame mucho placer que lo recuerde siempre y... no pensemos en nada más.

La besó con brutalidad, mientras le introducía los dedos en la vagina y se tragaba sus gemidos logrando que se corriera enseguida. Él, esta vez, aguardaría hasta llegar al hotel.

A las cuatro de la madrugada, Manuel se levantó de la cama sin encender la luz, pues con la claridad que entraba por la ventana veía perfectamente. Encendió un cigarrillo y se paseó desnudo por la habitación a pesar de que hacía un poco de frío. No le importó. Estaba nervioso. Aspiraba el humo del cigarrillo como si se le fuese la vida en ello. Habían hecho el amor como dos locos, antes de dormirse uno en brazos del otro, pero a las pocas horas, se despertó de golpe.

Había tenido una pesadilla, una puta pesadilla que no recordaba. Miró la cama, viendo cómo el amor de su vida dormía plácidamente. Se sentó en la butaca y no dejó de observarla, la contempló a sus anchas. Su cabello era un amasijo de rizos enredados entre sus delicados brazos, su rostro suave y tranquilo, bellísimo, se dejaba acariciar por dulces sueños. Al contemplarla así, sintió dolor, por ella y por él. La mayor locura que podría hacer en toda su vida, por muy larga que fuera, era haberse enamorado de esa cría. ¡Dios! ¿Qué había hecho? La diferencia de edad todavía no era un problema, pero lo sería. Cuando ella tuviera treinta y cinco él tendría sesenta. ¿Y cómo estaría él entonces? Y no solo eso, ¿estarían juntos?

Tal vez podría estar en plena forma, no como ahora, por descontado, pero... con lo que fumaba, dudaba mucho que su cuerpo aguantase la marcha en la actualidad. En la cama, por supuesto que no sería igual, con sesenta años no se te empina como cuando eres joven, por muchas bellezas que vean tus ojos. Tenía muchos amigos de esas edades y no estaban para tantos trotes; bueno, alguna excepción había, pero pocas. Ya lo dijo alguien: cada edad tiene su encanto. Y unos cojones, cuando tienes una amante veinticinco años más joven.

Siempre lo había pensado, en óptimas condiciones hasta los cien, si no... a la caja y santas pascuas. ¡Joder! Esto era la hostia. Tendría que casarse con Olga. No estaba enamorado de ella, lo había comprendido al darse cuenta de los sentimientos que le producía Bárbara, pero la quería y no deseaba hacerla sufrir. A esas alturas no la iba a abandonar.

Por otra parte, si esperaba unos años hasta que Bárbara estuviera más madura, ¿quién le iba a asegurar que ella no se enamoraría de otro más joven? De otro de su edad. Que, por otra parte, sería lo más lógico. Una vez que creciera, que madurase, que se diera cuenta de la cruda realidad, descubriría que ahí fuera había hombres deseosos de tenerla, de casarse con ella, de darle hijos. Hasta podría conseguir a cualquier tipo con dinero, con carrera, que le daría todos los caprichos que cualquier mujer pudiera desear. Pero, sobre todo, le daría respetabilidad. Sería la señora de, no la amante de, la querida de, la puta de.

Se frotó la barba rasposa de ese día y siguió mirándola, dándole vueltas a sus pensamientos.

Se casaría con Olga, pero a ella no le diría nada. No, no se lo diría, porque no sabía cómo hostias iba a reaccionar. Cuando volvieran de París, se lo contaría y la convencería de que había sido lo mejor, una vez todo hecho, la podría manejar perfectamente. Era una cría y necesitaba que le dirigieran el camino. Haría lo que él le pidiese. Estaba seguro.

Cuando ella tuviera unos años más y siguieran igual, podría separarse de Olga, dejarla bien situada y vivir con Bárbara. No era la idea perfecta, pero así lo decidió, no volvería atrás, viviría el momento, seguiría con las dos y protegería a Bárbara todo lo posible hasta que el pajarillo volase fuera de la jaula. Y si no volaba, mejor para él.

Apagó el segundo cigarrillo y sonrió ante el pensamiento que le vino a la cabeza. Menos mal que Olga no era tan activa sexualmente, porque si no, entre las dos, lo matarían en dos meses.

El fuerte y atractivo cuerpo se irguió en toda su estatura. Fue hasta la cama y se acomodó a su lado. Ella, dormida, se arrimó a él. Se frotó y gimió cuando Manuel la abrazó con ternura, y le murmuró algo al oído, a la vez que la cubría con su cuerpo, no sin antes coger un condón de la mesita de noche.

Los días fueron trascurriendo y cada cual seguía con sus tareas. Carlos estudiaba todos los días tres o cuatro horas. No llevaba ninguna asignatura pendiente y así quería seguir. Su padre estaba muy orgulloso de él. Mar decía que quería hacer magisterio. Su padre le dijo que perfecto, pero estaba seguro de que ese deseo no llegaría a realizarse. Era muy inconstante, demasiado caprichosa y poco voluntariosa. La Doña estaba achacosa, tanto que había reducido sus salidas. Muchas tardes, alguna amiga iba a visitarla y le hacía compañía y, mientras tanto, Olga organizaba el ajuar y planeaba el viaje a

París.

Sentadas en el saloncito del piso de Olga, Celia mordisqueaba una tostada. Estaba a dieta, como casi siempre. Y se la saltaba, como de costumbre. No entendía cómo su hija podía ser tan delgada. Bueno, habría salido a su padre, que era un tirillas.

—De verdad, hija. Sigo sin entenderlo, por más que lo pienso, no lo comprendo. Siempre tienes que hacer lo que él dice. Si dice: salta, tú saltas, si dice: corre, tú a correr. ¡El colmo! ¡El colmo! —exclamó llevándose una mano enojada a la frente—. Y ahora, el caballero, dice que os casáis en París, en la intimidad, sin parientes, sin amigos, sin nadie. No me lo puedo creer.

—Bueno, madre, ¿qué importancia tiene? Lo bueno es que me caso y ya está.

—¡Y un cuerno! No me digas que no tiene importancia, porque tú siempre has querido casarte de blanco, por la iglesia y con una gran ceremonia, anunciándolo en las crónicas de sociedad, cómo debe ser. Con cientos de invitados para que todo el mundo te vea, para que tus amigas rabien de envidia. De ese modo lo habrías hecho con Antonio. Pero claro, Manuel, Manuel, Manuel —repitió con cinismo—, que solo miras por él. No hay más hombre que él. Pues venga, hermosa, sigue así.

—Mamá, por favor. Soy feliz con Manuel. No me importa acceder a sus deseos.

—¡Aahh!, qué tonta, hija mía, qué tonta. Ya verás, ya. Manuel es un egoísta y un machista, como la mayoría de los hombres, por no decir todos, al final terminarás con unos buenos cuernos y amargada. Conozco a ese tipo de hombres. Hacen lo que les viene en gana. Van siempre a su apaño y que los demás se fastidien.

Olga se levantó dando un brinco. Su madre la ponía nerviosa y acababa con toda la paciencia que tenía. Se dirigió al baño, mientras Celia la miraba y ella se quitaba los rulos. Había ido el día anterior a la peluquería, pero no se le notaba nada. Enseguida le bajaba el rizo.

—Perdona, madre, pero no me puedo entretener. Dentro de una hora vendrá Manuel a recogerme. Esta noche tenemos una cena con los Martínez-Alba. Prefiero que cuando llegue no estés aquí.

Celia arrugó el morro. Su traje de chaqueta rosa fucsia se le pegaba al cuerpo relleno, estaba potable, aunque entrada en carnes. Todavía se le podía hacer un favor, o eso pensaba ella, que creía estar mucho mejor que todas sus

amigas, y eso que algunas eran cinco y seis años más jóvenes, como le repetía una y otra vez al marido. Se pasó la mano por los cortos y negros cabellos teñidos.

—Claro —chilló histérica—. ¡Cómo no! Tu querido y futuro esposo no me traga y no dudas en echarme de tu casa.

—Por favor, mamá, no te pongas melodramática. Sabes de sobra que ni Manuel ni tú sois precisamente amigos. Además, como tú no tienes que vivir con él, no es preciso que sea santo de tu devoción.

—Por supuesto que no. Solo será el esposo de mi hija y padre de mis futuros nietos, no es necesario que me caiga bien. —Olga se hizo la tonta y la sorda—. Por cien años que viva no cambiaré de opinión.

Se acercó a su hija y le lanzó un beso para no estropearse el maquillaje. Muy digna, abandonó el piso de la calle Fuencarral.

Celia, señora de Soto-Grande, (choto grande en ciertos ambientes), salió disparada hacía el ascensor. Se arregló una arruga de la falda y se frotó un seno que le picaba. Qué bien recordaba el desplante de Manuel Oliveira, antes de salir con su hija.

Se lo presentaron unos amigos comunes, en el Paralelo Barcelonés, y qué impresión le causó. Era el tipo de hombre que volvería loca a cualquier mujer, apuesto hasta morir y rico como Craso. Esa noche estuvo cachonda todo el tiempo, sin poderlo evitar. Le lanzó miradas, le puso morritos, le guiñó descaradamente los ojos, incluso en un baile que Manuel se vio obligado a pedirle por pura caballerosidad, se arrimó de un modo tan vulgar, que Manuel sintió deseos de mandarla a la mierda. Cuando no se pudo aguantar, fue al sentir su mano en los huevos. Muy silenciosamente, sin dejar de bailar, con una sonrisa burlona, le dijo al oído: «Señora, me gusta ser yo quien lleve la iniciativa, las putas no me van, se las dejo a otros».

Celia creyó morir. Nunca la habían rechazado. Nadie le dijo jamás semejantes palabras. En ese momento le odió por ser tan seguro de sí mismo, por no caer en sus redes, por ser tan condenadamente guapo y no hacerle ni puñetero caso. Pero ¿que se había creído ese engreído, ese altanero, ese mercenario, ese... ese...? Que las malas lenguas decían que a saber en qué turbios negocios se habría metido para ser tan rico; salido de la nada, de la nada absoluta.

Meses más tarde, al conocerse como futura suegra y futuro yerno, la humillación llegó a su máxima potencia. Intentó por todos los medios que su

hija rompiera con él, pero no lo consiguió. Se enfadó con ella, estuvo sin hablarle tres meses, se puso enferma... Aunque no le valió. Fue la primera vez que su hija, su devota y obediente hija, esa perfecta que ella había creado, le llevó la contraria.

A pesar del odio que sentía por él, deseaba que se la follara, deseaba ser la receptora de lo mismo que le daba a su hija. Cada vez que los veía juntos, anhelaba una mirada admirativa de esos ojos fríos y hermosos, esos ojos que parecían los de un nórdico, los de un vikingo, pero sí que la miraba, ya lo creo que lo hacía, pero de pasada y por obligación. Y, a pesar de todo, seguía envidiando a su hija y no perdió la ilusión, hasta que sufrió el que sería su último desplante.

Manuel acudió a una fiesta a la que también estaban invitados los padres de Olga. Ellos ya salían juntos, pero esa noche ella se encontró indispuesta y Manuel fue solo. En un intento por hacer las paces, por parte de él, quería tener contenta a Olga y que la tirantez con la madre desapareciera, habló y bromeó con ella. La señora lo interpretó mal y volvió a la carga. En un momento dado, Manuel se dirigió al aseo y al ver que Celia le seguía, se volvió se sopetón. Con una mueca burlona, que ella volvió a malinterpretar, le preguntó que a dónde iba.

—A donde tú vayas, Manuel —contestó, coqueta. Él miró hacia los lados, nervioso y molesto. No pensó que una mujer, su futura suegra en este caso, fuese tan dura de entendederas dando lugar a semejante bochorno, pero todo tenía un límite.

—No quiero parecer descortés ni maleducado, pero te pediría, por favor, que no me atosigues y que dejes de ponerme en situaciones comprometidas. Quiero a tu hija, respeto a tu marido, tú no eres mi tipo, por lo tanto, compórtate como una señora, si es que sabes lo que es eso, y no sigas echando tus encantos. Conmigo no funcionan.

—Eres un grosero, el hombre más grosero que he conocido —replicó mordiéndose la lengua y con todos los colores del arco iris en su rostro.

El hombre sonrió, pero esa sonrisa no llegó a sus ojos azules.

—Ya lo sé. Algunas como tú me lo han dicho más de una vez. —La mujer rabiaba por dentro.

—No entiendo qué ve mi hija en ti —susurró con una sonrisa, pues en esos momentos pasaban cerca unos conocidos.

—Tal vez lo mismo que ves tú, y por eso te pegas a mis pantalones como

una lapa.

—¡Oh, oh! —exclamó dando media vuelta.

Los dientes le rechinaron unos con otros, la vergüenza, humillación y desprecio se mezclaron entre sí. Y, a pesar de todo, todavía seguía fantaseando con él, soñando y masturbándose pensando en él. Hubiera dado cualquier cosa por sentir a ese hombre encima de ella; ser penetrada por él.

Capítulo 23

Las navidades fueron tristes, seguramente las más triste de su corta vida, si no contaba la primera que pasó después de perder a su madre. Noche Buena la pasó con la señora Engracia y unos amigos de esta. Manuel, su familia, Olga y quince amigos más, la disfrutaron en la finca de Guadalajara.

En Navidad, comió con sus tíos. Les llevó en un taxi una cesta enorme con todo tipo de artículos, desde embutidos y latas, hasta turrone y mazapanes junto a unas botellas de sidra y algún otro licor. Sus primos saltaron de alegría mientras subían la cesta por las escaleras sin dejar de reírse, contentos de tener a la prima con ellos, pero más contentos por tamaña cesta de Navidad. Su tío, en un momento, apartados de los demás, le dijo que esperaba que el dinero que había costado la cesta, lo hubiera ganado honradamente, aunque lo dudaba, añadió con una mueca.

Su tía le dijo que estaba muy guapa y muy cambiada, que se le notaba lo que había crecido, que ya era casi una mujer, y que le deseaba lo mejor. Bárbara le dio un billete de mil pesetas cuando nadie miraba y, poco después, se fue. No estuvo mucho tiempo.

Como ya no llevaba peso y Lavapiés no estaba muy lejos, fue dando un paseo hasta la Plaza Mayor, pensando en sus cosas. En ningún momento percibió que alguien la siguiera, porque era como tenía que ser, que la persona vigilada no se diera cuenta de ello, pero ante el temor de Manuel, que sabía que comería con sus tíos, quiso tenerla controlada por si ese cabrón salía detrás de ella.

Noche Vieja, también la pasó sola.

Todo el mundo iba a fiestas y bailes o lo celebraban en las casas, o se iban a tomar las uvas a Sol para después ir a los bailes, todos contentos y felices. Ella se compró unos dulces y las uvas, y se fue al piso. Oyendo la radio, se las comió. Una uva, un río de lágrimas, otra, otro torrente, hasta que el jugo de la fruta se mezcló con su propio llanto, pero logró comérselas todas cuando ya había sonado la doceava campanada, sin poder evitar atragantarse más de una vez.

Después brindó con champán francés que sobró de la última vez que bebieron los dos. Como Manuel trajo dos botellas y solo se bebieron una, la

que se quedó en la nevera sirvió esa noche para consolar sus penas. Se ventiló casi todo el contenido y con la cogorza, le dio por llorar más. Se atravesó en la cama, se comió ocho bombones manchándose la boca de chocolate y se durmió.

Manuel y Olga se retiraron pronto con la excusa del viaje. La dejó en su piso, a pesar de que ella le pidió que se quedara, poniéndose pesada mientras se agarraba al cuello de él. Logró convencerla, aunque a regañadientes, y se negó a hacerle el amor, pues le dijo que estaba bebida y que lo que tenía que hacer era dormir y descansar para el viaje de ese mismo día.

No sabía dónde estaría, sin en Bilbao o en la Plaza Mayor, y ya no eran horas de entrar en un bar para llamar a casa y molestar, o incluso despertar a Engracia y a su suegra.

Subió al coche y se dirigió a la Glorieta de Bilbao, pues a fin de cuentas estaba a un paso y era lo más cercano para buscarla. Subió de tres en tres las escaleras, deseoso de verla, de abrazarla. Cuando metió la llave en la cerradura, eran la una y media del primer día de 1956. La luz encendida y la suave melodía que surgía de la radio le sorprendió, y por un momento tuvo un mal presentimiento, unos celos desconocidos para él; pensó que la pillaría con alguien, que estaría con otro haciendo lo que hacía con él. Al verla atravesada en la cama, vestida y dormida, se rio de sí mismo por haber tenido semejantes pensamientos.

Dejó el abrigo negro encima del sillón, mientras miraba el desorden de la habitación, la botella de champán, los restos de dulces, un platillo con rabos de uvas, una copa con restos de líquido ambarino, una caja de bombones casi vacía. ¿Se habría emborrachado? Eso parecía. Recordaba cuándo había traído esas botellas, dos, para ser exactos. Y también recordaba que le dijo: «Esta, para la próxima ocasión».

«Pobrecita mía, es una niña, una chiquilla maravillosa y la he dejado tan sola estas navidades». Pensó. Se sintió como un auténtico cabrón. Como un hijo de la gran puta.

Se quitó la chaqueta, la corbata y soltó los botones de su inmaculada camisa blanca. Dejó los gemelos de oro encima de la mesita, se sentó en el borde de la cama y la acarició.

Bárbara, al sentir ese contacto, se removió perezosa e intentó abrir los ojos, algo que le costaba mucho trabajo. Por fin, después de unos minutos, sus

ojos enfocaron el cuerpo del hombre, la cara de Manuel, y una hermosa sonrisa afloró en su boca. Había venido para estar con ella, pensó, si es que a eso que estaba ocurriendo en su cerebro, era pensar, pues más parecía una nebulosa que un razonamiento. El alcohol seguía en su torrente sanguíneo, pues apenas había pasado tiempo y su cuerpo no podía metabolizar tanto champán en tan pocas horas. Manuel la abrazó tiernamente y ella se cobijó en esos brazos.

Por Dios, cuánto la amaba, y qué daño le estaba haciendo. Ella se incorporó, o por lo menos lo intentó, ofreciendo su boca para que Manuel la tomara, pero él no la besó con lujuria. Fue ternura y delicadeza lo que le dio, mientras saboreaba el champán y el chocolate en sus labios, en su lengua.

Esa noche, no deseaba sexo fuerte y obsceno, como otras veces.

Esa noche no.

Sin decirse palabra, Bárbara ni lo intentó, estaba segura de que la lengua se le liaría y las palabras se le trabarían, él la fue desnudando despacio. Una vez desnuda, la colocó bien en la cama y no dejó de mirarla mientras él se quitó la ropa, quedando desnudo como ella. Los dos se abrazaron, él le llenó la cara de besos tiernos, mientras la acariciaba enredando a la vez los gruesos rizos del negro cabello entre sus dedos. Le hizo el amor como si fuese la primera vez, con más tacto, con más delicadeza, con más amor que la primera vez. La entrega de Manuel fue total, porque jamás trató a mujer alguna así. Ni a su primera esposa, ni a Olga ni a sus múltiples conquistas.

Ninguna era como ella.

Ella era especial.

Y dolía, dolía mucho.

Cuando terminó de hacerle el amor, dijo las primeras palabras sin dejar de mirarla.

—Te amo, mi amor. Feliz año nuevo. —Se quedaron abrazados durante unos minutos y, acariciando sus cabellos, continuó hablando—. Hoy me voy de viaje. Tengo que ir a París. Estaré fuera unos quince días —ella soltó un suspiro.

—Te vas con ella —afirmó con voz ronca.

Manuel no quería hacerla sufrir, era más oportuno mentir, no quería proporcionarle más dolor del que tenía. No deseaba hacerle más daño.

—No, cariño. Voy solo. Negocios. —A la vuelta le explicaría, la calmaría, le haría comprender las cosas, la situación tan delicada que vivían.

—Llévame contigo —le suplicó. Él endureció la mandíbula. Tenía una opresión en el pecho por hacerle esa putada...

—No puedo, nenita. Son muchos días y tú no puedes desaparecer tanto tiempo. Además, allí, hay personas que conocen a Olga.

Ella lo miró fijamente, y a él se le cayó el alma a los pies.

—Manuel —susurró afectada todavía por el alcohol, pero sabiendo lo que decía—, te voy a echar tanto de menos... Te necesito tanto...

—Calla, nenita, calla —le cortó apesadumbrado—. No sigas diciendo esas cosas y alegra esa cara. Cuando te quieras dar cuenta, estaré otra vez a tu lado. Dos semanas se pasan en un silencio.

—Si tú lo dices; pero va a ser un silencio muy largo. —Manuel la tomó por la barbilla y la besó.

—No han sido unas Navidades felices, ¿verdad?

—Solo cuando hemos estado juntos —contestó.

Quería hablarle de sus temores, de sus celos, del dolor que sentía en su alma, pero no se atrevió. No quiso oír las mismas palabras de siempre, todo ese rollo de la diferencia de edad y de sus amigos y las esposas de los amigos y blablablá.

—Espero que cuando vuelva, no me hallas dejado por algún muchacho que este loco por ti —bromeó mientras le acariciaba los pechos.

—No me digas eso. Solo desearé tu vuelta. Estaré contando los días, las horas, los minutos... hasta que vuelvas. Te amo más que a mi vida, te lo juro por lo más sagrado.

Le hizo otra vez el amor y durmieron durante unas horas.

Por la mañana, antes de irse, lo hicieron otra vez, después, Bárbara lloró y él la calmó. Cuando hubo cesado el llanto le dijo:

—No te preocupes, mi amor. Los días pasaran muy pronto. Pórtate bien, estudia mucho y ya verás que regalo de reyes te traigo. Con retraso, pero merecerá la pena.

Qué equivocado estaba.

Después de estar con la anciana sus horas correspondientes, se fue al piso a estudiar. Al volver a casa de los Oliveira, se encontró con Carlos, ya habían pasado tres días de la partida de Manuel y lo echaba terriblemente de menos.

Se saludaron con cariño, pero controlando la situación, y haciendo ver que ese beso entre ellos no había existido, y él la invitó a tomar algo. Bárbara accedió encantada, pues necesitaba compañía, no quería estar sola y ¿con

quién mejor que con Carlos? Entraron en una tasca en la misma Plaza Mayor y Carlos pidió dos vinos blancos a pesar de que Bárbara puso morro, pues no le gustaba beber alcohol y menos desde la borrachera de Noche Vieja. Él le sonrió, pero no le hizo caso, viendo cómo el camarero ponía delante de ella un pequeño vaso de vino. Sentados es una mesa de hierro forjado y mármol, la interrogó sobre las cosas que estaba haciendo últimamente. Tomó el libro que llevaba y lo hojeó; no entendió ni jota, era taquigrafía. Ella le preguntó por sus estudios y por su novia, mientras el camarero les ponía una tapa de tortilla de patata y otra de aceitunas.

—Ahora mismo la acabo de dejar en su casa. Hacía una semana que no nos veíamos. La verdad, las cosas no van muy bien entre nosotros, estoy pensando en romper la relación, pero haciéndolo de tal manera que parezca que es ella la que rompe. —Bárbara lo miraba sin pestañear, admirando lo guapo que era, y tan distinto a Manuel—. He tenido que machacarme el derecho penal de arriba abajo. Lo llevo un poco flojo para mi gusto —llevarlo flojo, para Carlos, era no sacar sobresaliente—, y paso muchas horas estudiando. Ella no lo comprende, se piensa que tiene que estar por delante de todo y de todos, y yo no estoy para tonterías de ningún tipo.

—Vaya, lo siento —susurró la muchacha, sin percatarse de cómo la miraba.

—No te preocupes. Tampoco es para morirse. —Qué extraño, pensó Bárbara. Si realmente la quería, ¿por qué no sufría? Tal vez ocultaba muy bien sus sentimientos, como el padre.

—El estudio es muy importante —afirmó ella—. Seguro que tu novia lo comprenderá. Cuando acabes la carrera, serás un espléndido abogado y no tendrás que preocuparte por el trabajo. Le llevarás a tu padre los negocios y así no tendrá a nadie de la calle. —Carlos rio abiertamente y ella contempló esa boca preciosa y esos dientes tan blancos.

—¡Eh! No corras tanto, eso no es tan fácil como parece. La experiencia hace mucho y se necesitan años para conseguirla. Mi padre tendrá que esperar.

Se miraron a los ojos durante unos instantes en los que no hubo palabras, solo sus miradas.

Qué guapa estaba, pensó Carlos. La deseaba, la deseaba con ardor desde la primera vez que la vio, tan modosita, tan tímida, tan hermosa.

—Hablando de mi padre. —Bárbara se alertó, no supo por qué, pero algo le dio mala espina—, hagamos un brindis por él y por su reciente esposa. —

Levantó el vaso de vino y Bárbara, como un autómata, hizo lo mismo—. Por la nueva señora de Oliveira. Salud.

—Salud —repitió ella, creyendo morir.

—La verdad —continuó Carlos, sin darse cuenta de nada—, es que son un poco extravagantes. Casarse en París, solos, sin familia, pero bueno, ese ha sido su deseo. Cuando vuelvan darán una fiesta en la finca de Guadalajara y entonces invitaran a «todo» Madrid.

—Es muy romántico —logró decir, mientras daba un trago a su vino.

—Sí. A las mujeres todas esas cosas os gustan mucho. Supongo que sería idea de Olga, no lo sé. Mi padre casi no me ha comentado nada.

Bárbara, nerviosa por dentro, pero sonriendo por fuera, miró a Carlos seductoramente.

—Deberíamos irnos ya, ¿no te parece? —Algo alertó al joven, pues a pesar de contemplar esa sonrisa tan bonita, notaba a Bárbara intranquila, al menos, se había percatado ahora.

—¿No quieres nada más? Apenas has probado la tortilla.

—No, de verdad —contestó Bárbara, que deseaba desaparecer.

—¿Quieres otra cosa? ¿Un bocadillo de calamares? Lo que quieras. —Deseaba tenerla contenta. Quería ofrecerle el mundo.

—No, de verdad, Carlos. Te lo agradezco, eres muy amable. —Carlos pagó y no dejó de mirarla.

Al salir a la calle, la muchacha se aproximó a la pared, dio una pequeña arcada y sintió el suelo moverse. Carlos, presuroso, la cogió por la cintura. La gente que pasaba por su lado los miraba curiosos. No llegó a caerse porque él la sujetó con fuerza, con seguridad, pero durante unos segundos creyó que iba a perder el conocimiento.

—Bárbara, ¿estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, sí. Ya estoy... mejor. Ha tenido que ser el vino. Me habrá sentado mal. —Él la creyó.

Sin soltarla la llevó hasta la casa. Abrió el portal y la condujo hasta la puerta principal. Después de abrir, ella quiso irse para la zona de servicio, pero él no la soltó y la condujo al salón a pesar de las quejas de la chica. La casa estaba a oscuras. Mar estaba en casa de una amiga y la doña en su habitación jugando a cartas con Engracia, se podía decir que tenían la casa para ellos. Encendió una de las lámparas del enorme salón y la sentó en el sofá. Bárbara, incomoda, protestó:

—Ya estoy bien, Carlos. No es necesario todo esto.

—Calladita. Estás blanca, como el papel. Te daré una copa de brandy y verás cómo te repones.

—Estoy bien... En serio.

—Calla —le dijo con cariño, al tiempo que se acercó al bar, porque los Oliveira tenían un bar en el salón, no un mueble bar, sino una barra. Sirvió una pequeña cantidad en una laboriosa copa—. Bebe, esto te reanimará. Lo toma mi padre y obra milagros en su carácter —bromeó, guasón. Bárbara no aguantó más y rompió a llorar. Carlos dejó la copa sobre la mesita y la abrazó.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—Nada, no pasa nada. Deja que me vaya a mi habitación.

—No, de eso nada. De aquí no te mueves hasta que me expliques el mareo y estos llantos. Estás embarazada, es eso —afirmó muy convencido y molesto por esas palabras, deseando que las negara.

Ella lo miró como si hubiese visto un burro volando.

—No. No estoy embarazada.

—Entonces, ¿por qué lloras? —preguntó sin soltarla.

Ella tragó saliva y miró para otro lado.

—No te lo puedo decir. Es muy personal. —Quiso levantarse, pero él se lo impidió—. Me voy, tu abuela nos puede oír, o la señora Engracia bajar y pillarnos así.

—Así, ¿cómo?

—Pues así —contestó lloriqueando.

Pero Carlos no la soltó. La cogió de la mano y la llevó a su habitación, que estaba en esa misma planta, pues el resto de los dormitorios se hallaban arriba. Ella jamás había estado allí, ni tampoco en los dormitorios de arriba, solo estuvo en un par de ocasiones en el salón y porque Natalia había insistido, pues quiso mostrarle cómo vivían los ricos.

La habitación de Carlos era grande, con estanterías llenas de libros, una cama de matrimonio, con un recio colchón y dos preciosas mesitas de noche a cada lado. Una mesa de estudio llena de papeles y más libros, un globo terráqueo que debía costar un ojo de la cara, un armario enorme y una cómoda que hacían juego con el resto, varias sillas y un sillón que parecía la mar de confortable. La ventana daba a la plaza y unos preciosos visillos de encaje tapaban los cristales, más unas cortinas del techo al suelo, adornaban a los lados.

Carlos, una vez encendida la luz, tiró el abrigo de ella en el sillón, dejando sus libros y libretas al lado, la sentó en la cama y fue a cerrar las grandes cortinas, para que nada se pudiera ver desde la calle.

—Aquí no te va a oír nadie —dijo, sentándose a su lado. La cogió de las manos y se las apretó fuertemente, pero sin lastimarla—. Puedes confiar en mí. Se trata de algún chico, ¿no? Has tenido un disgusto con alguien. Vamos, cuéntamelo. Soy tu amigo, ¿recuerdas? —preguntó mientras miraba esos preciosos ojos verdes.

—Sí, se trata de... algo de eso. —Moqueó ella, con tristeza.

—Pues, permíteme decirte, aunque te moleste, que el cerdo que se atreve a hacerte sufrir, es un hijo de la gran puta.

—No, no digas eso —contestó ella, poniendo un dedo sobre sus labios, para retirarlo al momento.

—Cuéntamelo —le ordenó, sintiendo ese contacto que había durado tan poco.

Ella movió la cabeza de un lado a otro, negando, pensando qué le diría al hijo de su amante.

—Dime cuántos años tiene.

—Alrededor de treinta —mintió ella.

—¿Treinta? —Carlos pareció escandalizado—. Pero si es un viejo para ti. ¿Qué haces viéndote con un tío de treinta años? —preguntó molesto y al mismo tiempo celoso. Jamás hubiera imaginado algo así de ella. La había puesto en un pedestal y nunca se le pasó por la cabeza que podría estar con un tipo de treinta años. Joder, seguro que ya no era virgen.

—Le amo. —Esa confirmación no le gustó. Pero hizo como si nada, como si no le importara.

—Me parece que voy comprendiendo. Le amas o crees amarlo, él te sedujo y seguramente está casado. ¿Me equivoco? —Ella lo miró a los ojos. Se secó las lágrimas con las manos y no contestó.

—Pero niña —criticó, acariciando por donde las lágrimas resbalaban—, ¿cómo te complicas la vida de esta manera? Eres una de las muchachas más guapas que conozco. Dulce, encantadora, simpática... Vamos, un bombón para cualquier hombre. Puedes tener a tus pies a quién quieras con solo proponértelo. ¿Por qué uno casado? ¿Por qué uno tan mayor? Además, en este caso, da igual la edad si al menos fuese soltero, sería distinto, pero así. —Ella se levantó con intención de irse.

No quería aguantar sermones, no deseaba que le riñera, él, que siempre veló por sus intereses, que siempre estaba dispuesto a defenderla de cualquier cosa. Carlos la agarró del brazo antes de que abriera la puerta.

—Espera, no quería regañarte, no era mi intención, de verdad, lo siento, perdóname. Solo deseo que sepas que vales más que ese mamón del que te has enamorado.

Se acercó más a ella y la tomó por la cintura, ella no hizo intención de separarse, necesitaba que la consolara.

—Yo mismo sería capaz de cualquier cosa por ti. —Subió las manos y le desató la cola de caballo, acarició los espesos cabellos—. Siempre me he sentido atraído por ti, siempre, desde la primera vez que te vi. Sería muy fácil enamorarme de ti y te juro que olvidarías a ese fulano. Lo haría —murmuró bajando la cabeza hasta la boca de Bárbara, que se entreabría invitadora.

La besó despacio, sin prisas. Saboreando esos labios que tantas veces había deseado y tantas respetado, a excepción de aquella noche, la noche de su cumpleaños. Pero, sobre todo, no quería asustarla.

De pie, en el mismo lugar, le desabrochó los botoncitos de la blusa que llevaba y, lentamente, se la quitó. Desató el sostén y los dejó libres, sin que Carlos demostrase su asombro ante la visión de esos pechos tan magníficos. Pero estaba asombrado, ya lo creo, y eso que había visto unos cuantos, entre ellos los de su novia y nada tenían que ver, cualquier parecido eran pura fantasía.

Sin embargo, no demostró la admiración que sintió ante lo que vieron sus ojos y controló la situación para que la muchacha no saliera corriendo al ver que él era como los demás, que se ponía caliente como un volcán al ver semejante belleza. Además, sabía, intuía, que en unos momentos sería suya, y él la deseaba, y no le importaba que un hijo de puta la hubiese poseído. No le importaba una mierda. Ella necesitaba consuelo y él se lo brindaría. Se sentía un poco cabrón por aprovecharse de la situación, pero solo un poco. La llevaba deseando mucho tiempo.

La condujo hasta la cama y la sentó. Al querer tumbarla, ella se negó y, con cara asustada, lo miró a los ojos.

—No puedo hacerlo —susurró de tal forma, que el miembro de Carlos terminó de ponerse duro.

—¿Por qué? —preguntó gravemente, sin dejar de observar esa cara y esos pechos. No se le iba a escapar.

—Tengo... tengo... la menstruación —añadió bajando la cabeza.

Carlos suspiró para sus adentros. Le importaba una mierda la menstruación.

—No importa, Bárbara, no importa.

—¿No? —preguntó incrédula, sabiendo el asco que sentían muchos hombres ante esa situación femenina.

—No, bonita, no me importa —contestó queriendo besarla.

—Pero... Podemos manchar la cama. Estoy acabando, todavía mancho algo —protestó, rozando el llanto. Carlos, que no quería más lágrimas, fue a la cómoda y sacó una toalla. Levantó a Bárbara, la colocó y la tumbó sobre ella. Con el rostro muy serio la miró de arriba abajo, ella avergonzada, cerró los ojos.

—Ábrelos, Bárbara —le ordenó y ella obedeció. Le quitó la falda y las medias, dejándola con las bragas. Cuando fue a quitárselas, ella le agarró la mano.

—No. Yo lo hago, pero no mires. —Se levantó y fue hasta un rincón del dormitorio.

Carlos no le quitaba los ojos de encima, se hallaba tan excitado, que no esperó. Terminó de quitarse las bragas y el paño que apenas estaba manchado, cuando él se acercó por detrás. Le rodeó las caderas suavemente y sacando el pene de sus pantalones, que estaba duro y erecto, se rozó contra su trasero. Bárbara no pudo evitar el gemido, de verdad que no pudo. Su mente daba vueltas y más vueltas ante lo que estaba haciendo, ante lo que iba a hacer. ¿Cómo podía ser tan desvergonzada?, ¿tan promiscua?, hacer algo así con el hijo de Manuel. Tal vez porque en el fondo de su mente, catalogó a Manuel como un hijo de mala madre, que se había portado con ella como un cerdo, mintiéndole, engañándola... Pues ahora... Ahora, lo haría con su hijo, se comportaría como una puta, y puede que, alguna vez, llegara a enterarse.

No se lo pidió, pero ella se puso a cuatro patas sobre el brillante suelo de madera y Carlos, al ver ese trasero, el mismo que tanto había mencionado José Antonio, o que él había admirado y deseado cuando la vio con el bañador rosa estando en la isla, se excitó más, si es que eso era posible. Se puso de rodillas y fue a por ella.

Deslizó el pene entre esas nalgas, las acarició con la punta y lo paseó por la larga ranura, para seguir el camino entre los muslos y penetrar suavemente su sexo. Unas gotitas de sangre cayeron sobre la madera, pero ninguno de los

dos fue testigo de ello. Se movió con cautela en su interior, pues no quería ser violento, no deseaba hacerle daño, pero al notar los movimientos y los gemidos, dándose cuenta de que no eran quejidos, no se anduvo con miramientos. La penetró con fuerza, una y otra vez, agarrado a sus caderas, contemplando esas cachas, saliendo y entrando con ímpetu. Ella se movía con locura, se notaba que era experta en las lides del sexo, se notaba que ese hijo de la gran puta la había enseñado bien, muy bien. Joder, nunca hubiera esperado que aquella niña follara tan bien. No le importaba que estuviera con la regla, al contrario. Su sexo estaba tan húmedo que el placer era más intenso.

Ella jadeaba, se movía, reculaba, parecía una yegua en celo, y, mientras, Carlos no quiso eyacular, todavía no, quería más. Sacó el pene y vio que lo tenía ligeramente manchado de sangre. La obligó a levantarse y se la llevó a la cama sin decir palabra, solo mirándose, sin vergüenza ella; devorándola él, compenetrándose a las mil maravillas. Ella debajo, y encima él, follaron de tal manera que Bárbara olvidó por un momento lo que Manuel le había hecho, pues el placer era tan intenso, tan demoledor, que creyó estar en una nube.

Se besaron con locura, pero era Carlos el que llevaba el mando, el que succionaba un labio, luego el otro, le chupaba la lengua, queriéndosela tragar, y le ofrecía la suya. Se dieron la vuelta, él quería probarla en todas las posturas, deseaba verla encima de él, quería admirar esos pechos en movimiento, balanceándose sobre su cara. Hizo que se inclinara para lamer sus pezones, haciendo que gimiera de placer, mientras la agarraba de las caderas y con la fuerza de sus brazos la elevaba hasta casi salir de ella, para bajarla de golpe y sentir cómo su miembro llegaba al fondo.

Hubo un momento en el que pensó que le estaba haciendo daño, que tal vez estaba siendo muy brusco, pero al observar los gestos de placer de esa cara tan hermosa, continuó más rápido, haciendo que se corriera y, segundos después, lo hizo él.

Quedaron extasiados. Bárbara encima, respirando con fuerza, aplastando los pechos contra el torso del joven, todavía unidos; él, dentro de ella. Uno, en ese momento eran solo uno, pensó Carlos. Bárbara se movió, se incorporó y los ojos verdes miraron fijamente el rostro de él, mientras un rubor inundó sus mejillas y una culpa llenó su cerebro, y su corazón.

La unión se rompió. Ella desmontó del cuerpo masculino y se echó al lado, muerta de vergüenza por haber permitido algo así. Se sintió sucia, pecadora, pero antes, con Manuel, todas las veces que lo habían hecho, ¿qué había sido,

la Virgen María?

«No seas tonta, Bárbara, eres la misma ahora que antes; una muchacha indecente, que se ha liado con un hombre mucho mayor y que, encima, ahora, está casado. Y en estos momentos, rizas el rizo, ¿quién lo iba a decir? Te follas a su hijo, o dejas que él te folle, qué más da. Y ¿para qué?, ¿se lo vas a decir a Manuel? ¿Carlos se lo va a decir? ¿Carlos te va a pedir que seas su novia? Tú, que no eres nadie».

Carlos, a su lado le tomó la mano, se apoyó en un codo y la miró. Tenía hinchados los labios de los últimos besos salvajes que habían compartido. Besó su mano y con la otra tocó los labios de la joven. Ella lamió esos dedos, provocando que Carlos agachase la cabeza y la besara de nuevo. Las lenguas se tocaron y se lamieron con pereza, sin querer separarse.

—¿Te ha gustado? —preguntó a un centímetro de la boca de ella.

—Sí —contestó, sinceramente. ¿Por qué iba a mentir? Sí, sí, le había gustado, y mucho.

Él la besó otra vez y volvió a preguntar:

—¿Nos vemos mañana? —La miraba intensamente, mientras jugaba con esos rizos negros como el carbón y suaves como la seda.

—No, voy a pasar unos días con mis tíos. Ya sabrás cuando esté de vuelta.

—¿Cuánto tiempo tendré que esperar? —A ella le llamó la atención el interés de él. Supuso que todo se debía a tener sexo. Nada más. Seguramente, su novia se hacía respetar y seguiría siendo virgen. Hasta el matrimonio.

«Eres una puta, Bárbara».

«Una puta como tu madre».

«Una puta, como dice el marido de tu tía».

—Unos días. Cuatro o cinco. Mi tía está enferma y tengo que echarle una mano.

—Se me harán eternos —añadió él, mientras se anudaba un mechón de los largos cabellos en su dedo. Ese gesto le recordó a Manuel y sintió un escalofrío—. Estaré contando las horas, los minutos, los segundos —recalcó sin pestañear, sin dejar de mirarla, queriendo grabar en su memoria hasta la última pestaña, perdiéndose en sus ojos.

—No exageres —repuso con media sonrisa y soltó el cabello de su mano.

Se levantó, sin que él se lo impidiese, y se dirigió hasta el rincón donde había dejado sus cosas, sintiendo la mirada de Carlos sobre su espalda, sobre su trasero. No le importó.

Qué importaba ya.

Todo le daba lo mismo.

Ningún hombre o mujer la había visto así. Con la regla, quitándose o poniéndose las bragas y enseñando sus paños de sangre, aunque apenas estuvieran manchados. La decisión estaba tomada. Lo tenía muy claro, pues de golpe, había madurado.

Terminó de vestirse y se acercó a la cama. Carlos seguía en la misma postura. Boca arriba y desnudo con el pene manchado de sangre seca.

Agachó la cabeza, su largo cabello le acarició los hombros, suavemente besó esa boca tan parecida a la de Manuel, y con el rostro pegado al suyo, le habló:

—Gracias por todo. No olvides lavarte, si no mañana tendrás que responder a algunas preguntas cuando Engracia vea las sabanas. —Él la escuchó embelesado. Tenía esa voz tan bonita—. Adiós, Carlos.

—Hasta pronto, Bárbara —se despidió el joven, sin pensar que era una despedida definitiva.

El último pensamiento de la muchacha fue que Carlos no se había puesto una gomita. Tenía gracia la cosa, su padre siempre usaba preservativo, y va el hijo y se la tira con la regla y sin condón.

«Ojalá y lo hubieras visto, Manuel. Tu hijo ha sido el primero en follarme como Dios manda, y encima me ha gustado sentir su miembro dentro de mí, sin nada que se interponga entre los dos».

Estaba tan dolida, que todo le daba igual. Comportarse como una puta, como la peor mujerzuela; así era, así se sentía.

Acostarse con el padre y con el hijo. Iría al infierno de cabeza. Pero ¿qué más daba?

Tal vez podría enmendar su vida. Tal vez podría ser una mujer decente.

Tal vez.

Capítulo 24

Al llegar a casa después del largo viaje, no tardó ni quince minutos en volver a salir. Olga protestó, dijo que los negocios podían esperar, que era la primera vez que estaba en esa casa como la señora Oliveira y que no era de recibo que se marchara, así, tan rápido.

—Conoces a Engracia de sobra —contestó secamente—, sabes que no tendrás problemas con ella. Me has tenido muchos días para ti sola. Porque desaparezca tres o cuatro horas, no te vas a morir.

—Pero... ¿Y la Doña? —preguntó elevando sus cejas y mostrando su preocupación en esos bellos ojos grises.

—No pasa nada. No te va a comer.

—Yo no he dicho eso.

—¿Acaso te queda grande todo esto? ¿Es eso? —preguntó molesto, deseando irse, deseando ver a su amor.

—No, por supuesto que no.

—Pues ya está. Ya eres la señora de esta casa, tú eres la que manda, tú eres la que decide y la que pone las normas. —No esperó más conversación.

Le dio un ligero beso en la mejilla y salió disparado hacia el coche. Despidió al chófer que los había traído desde el aeropuerto y condujo él mismo hasta la Glorieta de Bilbao. Estaba deseando verla, no podía esperar más. Esperaba que estuviera en el piso.

Bárbara no podría seguir viviendo en el cuarto de la criada, tendría que quedarse en el piso. Le diría que llamase a Engracia y que le dijera que su tía estaba enferma y que debía cuidarla durante un tiempo, y luego ya le contaría otra cosa para que la mujer se quedase tranquila, pues le había cogido mucho cariño. Con una sonrisa, pensó, ¿quién no le iba a tomar cariño a esa criatura tan deliciosa, a esa pequeña mujercita que lo traía loco?

No se dio cuenta de que el coche de Federico lo estaba siguiendo, desde el exterior de la Plaza Mayor, pues cuando iba a aparcar, vio como despedía al chófer y subía en el Mercedes, sabiendo de sobra a dónde se dirigía. Un semáforo le pilló en rojo, quedando rezagado y, diez minutos más tarde, se encontró con la puerta del ático entreabierta.

El suelo de la pequeña entrada estaba cubierto de cristales, el espejo roto,

todavía colgaba de su escarpia. Federico recorrió con la mirada la estancia. Manuel permanecía de pie en un rincón del pequeño salón. El abogado se descompuso, nunca lo había visto en ese estado. Tenía la mano liada en una toalla, que rezumaba sangre por algunas zonas. Con cautela y sin dejar de mirarlo, se acercó.

—Estás herido. ¿Te has desinfectado la mano?

—No —contestó gravemente, mirando a su abogado, pero sin verlo.

—Déjame ver. Te puedes haber cortado una vena.

—¡Quita, joder! No tengo intención de suicidarme. Solo le dado un putito golpe al espejo, de la mala hostia que tengo. —Tendría que haber dicho, de lo triste y hundido que se sentía. Pero su hombría le impedía decir algo semejante.

Al final, dejó que su amigo le atendiera. Con desinfectante, algodón y una venda, le curó lo mejor que pudo.

—Deben darte puntos, sino esto curará mal. Es un corte profundo y seguro que cuando hagas algún esfuerzo o algún movimiento brusco, sangrará. —Federico lo miraba, sin saber qué esperar de su amigo, pero viéndolo como nunca lo había visto.

—Sí. Ahora iré al médico —contestó algo más calmado. Su sangre fría volvía aparecer.

Federico miró a su alrededor y le preguntó con mucho tacto:

—¿Te ha dejado alguna nota?

—Sí, en el maldito espejo. ¿Cuándo desapareció? —Tenía el rostro desencajado, la mirada vidriosa y un ligero temblor en las manos.

—Hace unos días me llamó por teléfono para decirme que había cogido la gripe y que por favor la disculpase ante mi tía. No le di importancia en un principio, pero, no sé por qué, comencé a dudar. No sé, me dio mala espina. Total, que hace tres días, fui a casa de su tía y me dijo que estuvo para despedirse, que se iba a otra ciudad. —El rostro de Manuel se fue endureciendo hasta parecer de granito—. Que le mandaría dinero de vez en cuando y que no se preocupase. Le pregunté a la tía si quería que avisara a la policía, pero dijo que no, que su sobrina era una muchacha muy sensata y prudente, y que tenía un trabajo en esa ciudad. No quiso decir el nombre. ¿Tú qué dices? Con las influencias que tienes, le echarían el lazo en cualquier punto del país. Seguro que la Guardia Civil la encontraría en pocos días.

—No. —Fue una negación dura, fría, sin sentimiento... O tal vez, con todo

el sentimiento de mundo. Federico lo miró a los ojos, sorprendido. Manuel permanecía con el rostro impassible—. Si se ha ido, es porque ha querido. No voy a mandar a nadie detrás de ella. Si vuelve lo sabré.

—Tal vez se enteró de la boda antes de tiempo. Tal vez alguien se lo dijo —se atrevió a decir.

Manuel no contestó. No miraba a su amigo, solo miraba el vacío, la ausencia.

—Ahora quiero estar solo —contestó, zanjando la cuestión.

—¿Estás seguro?

La mirada que le dirigió Manuel fue contestación de sobra.

Federico se encaminó a la puerta y, antes de salir, aun a riesgo de que lo mandase a tomar por culo, le recordó que fuese al médico.

La puerta se cerró suavemente y los últimos recuerdos llenaron la mente de Manuel. Tenía tantas ganas de verla. El regalo de Reyes permanecía en el bolsillo de su chaqueta. Lo compró una mañana lluviosa en pleno centro de París.

Al cuarto día de estar en la ciudad del amor, la ciudad de la luz, sintiéndose mal por haberse casado, sintiéndose mal por no estar con su nenita preciosa y, aprovechando que Olga había cogido un fuerte resfriado y se quedó en la cama, él se fue a comprar un regalo para su niña.

Salió presuroso del hotel y disfrutó de aquella mañana, por estar solo, solo con sus pensamientos, sin tener a Olga a su lado y llenándole la cabeza con su parloteo. Cuánto le hubiera gustado tenerla con él. Ahora que estaba casado, pensaba que no había sido una buena idea, que debería haber roto el compromiso con Olga, pero es que esa nenita le quitaba el sentido y le nublaba la mente, y no podía permitirlo, no podía dejar que una muchacha de dieciséis años controlara su vida. Por eso era un hombre casado. Por eso la echaba tanto de menos.

Estuvo en varias joyerías de la plaza Vendome, al alojarse en el Ritz las tenía a mano, pero acabó dejando la plaza atrás para internarse por las calles de alrededor, en parte, por si acaso a Olga se le antojaba alguna alhaja de los escaparates que veían todos los días. Al final, entró en una pequeña joyería de la Rue Saint Honoré, pues el escaparate mostraba un aluvión de joyas de todo tipo, muy bien colocadas y algunas muy llamativas. Ya dentro, no supo qué escoger, queriendo llevárselo todo, todo para ella, para su mayor joya. Cogía un pendiente, lo miraba, se lo imaginaba en la linda oreja de su amada, cogía

una pulsera y se la imaginaba en esas hermosas muñecas, cogía un collar y se lo imaginaba en ese largo y sensual cuello que él tanto había besado y que tanto anhelaba en esos momentos.

El dueño de la tienda, un judío que había sobrevivido al campo de exterminio polaco, Auschwitz-Birkenau, y que al principio lo miró de una manera descarada para preguntarle si era alemán, y sorprenderse después al oír que era español y que, efectivamente, a pesar de hablar un francés fluido, tenía un fuerte acento español, aceptó la mano del hombre que se presentó como Manuel Oliveira y que, si llevara un uniforme nazi, habría pasado por un perfecto representante de la raza aria. Manuel, que era más astuto que la mayoría de los mortales, ya se fijó en los antebrazos del hombre que, al salir del interior de la tienda, del taller, iba con las mangas remangadas, dejando ver el número tatuado, de manera que, ni por asomo iba a decirle que su segundo apellido era Keitel, pues sería capaz de no venderle nada o, por el contrario, cobrarle el doble. Al final, guiado por el consejo del dueño y habiéndole dicho el color de ojos de la receptora del regalo, se decidió por un juego de pendientes y sortija de esmeraldas. Los pendientes eran magníficos, largos, con dos enormes piedras cada uno, que brillaban casi tanto como los ojos de su amor.

La dependienta, sobrina del dueño, envolviendo el caro regalo y aprovechando que su tío había desaparecido en el interior de la tienda, le dijo que, si su esposa tenía los ojos verdes, esas esmeraldas harían llamar la atención de sus ojos, a lo que Manuel contestó que sería al revés, que los ojos de su amada realzarían el brillo de esas hermosas gemas. La joven morena, y muy atractiva, le sonrió descaradamente y le preguntó si su amada estaba con él y, muy sutilmente, se ofreció a acompañarlo si estaba solo. Manuel la miró risueño, pensando que en otros tiempos hubiese aceptado la oferta, y con fuerte acento le dio las gracias, pagó y le regaló una bella sonrisa antes de salir de la tienda. A la morena se le derritieron las piernas. «Qué pena, tanto hombre para una mujer sola», pensó la joven, viendo salir al español.

En cuanto llegó al hotel, se encargó de esconder las joyas, pues no quería que, por error, Olga las descubriera y pensara que eran para ella.

Entró tan ilusionado en el nido de amor, deseaba tanto verla, abrazarla, besarla, hacerle el amor..., que, cuando se fijó en la nota del espejo, no pensó nada, ni bueno ni malo. Nada de nada. Al despegarla, se le pasó por la cabeza que tal vez estuviera en su casa, con Engracia, después de todo había vuelto

antes de lo previsto, incluso pensó que podría encontrarse con Olga.

Su rictus fue cambiando al leer la pequeña y pulcra escritura:

«Me voy. No puedo permanecer a tu lado sin que se me destroce el corazón. Ahora ya eres un hombre casado, no podré aspirar nunca a tenerte para mí. Te dejo antes de que me hagas más daño. Como verás, no te abandono por otro más joven que tú. Te amo, Manuel. Siempre te amaré. B».

Guardó la nota en el bolsillo, junto al regalo de Reyes. Desde lo más profundo de su ser, surgió un grito doloroso, al tiempo que descargaba el puño contra el espejo, haciéndolo añicos. La sangre brotó en todo su esplendor. Una voz estridente se oyó por el patio de vecinos: «¿Qué pasa?! ¿Qué ruido es ese?!».

Manuel asomó la cabeza por la ventanilla de la cocina. Estaba descompuesto.

—¡Nada, cojones! ¿No puede uno gritar en su propia casa? —No se escuchó nada más. A los pocos minutos llegó Federico.

Al quedarse de nuevo solo, se arrimó a la pared, dejando que su alto cuerpo resbalara hasta el suelo. Si se lo hubiese contado, si hubiese sido sincero con ella, esto se podría haber evitado. Él la habría convencido, él sabía cómo tratarla, cómo manipularla, manejarla a su antojo haciendo lo que él dijera. Pero no. Le ocultó algo tan importante como la boda. ¿Cómo se habría enterado? ¿Quién se lo habría dicho? ¿Cómo se habría sentido su amada niña? Se la imaginaba llorando por estas habitaciones, sin poder estar junto a ella para consolarla, para amarla y decirle que no pasaba nada, que todo seguía igual, que la amaba más que a su vida, que no importaba que estuviese casado, que solo ella, y nadie más que ella, ocupaba su corazón.

Ahora era demasiado tarde.

No mandaría a nadie a buscarla.

Ella había elegido su destino.

No quería ser su amante, quién era él para cambiar eso.

Segunda Parte

La nenita creció

Capítulo 25

Las dos mujeres tomaban café en una soleada tarde de primavera, mientras el sol de mayo calentaba sus piernas enfundadas en medias de cristal. La rubia rio con descaro.

—Pero mira que eres tonta. Has cogido una manía con eso de que no es vuestro ambiente. Si te oyera tu marido te mataba. Es lo ideal para Juan Luis, gente con mucho dinero y mucho rango. Tenéis que codearos con lo mejor. Hará más clientes, operaciones financieras que le aumentarán su prestigio y el del banco. Yo no entiendo de esas cosas, pero puedo decirte que mi marido estaría dispuesto a ayudarle en lo que haga falta.

—¿Es qué has hablado con él? —preguntó la más joven.

—Pues claro. Está deseando conoceros. Estas Navidades pasadas que pensaba invitaros, os vais a Santander y en Semana Santa a Sevilla, hija, es que no hay manera contigo. Para colmo estás trabajando... De verdad, no lo entiendo. Con lo que gana tu marido no tienes necesidad de hacerlo. Harías como yo: peluquería, tiendas, meriendas, comidas con las amigas, modista, alguna cosita de beneficencia...

—Me aburriría. Me gusta mucho el trabajo que hago.

—Por Dios, Bárbara, qué cosas dices. —Olga no entendía cómo una mujer elegía trabajar en vez de disfrutar de la buena vida y que trabajase el marido.

Terminaron los cafés y pidieron otros. Olga pidió uno con leche y dos bollos, pues deseaba engordar y cada vez que tenía oportunidad, comía dulce. Bárbara, solo un cortado. Observó a la esposa de Manuel. Estaba flaca como un galgo, aunque mantenía un rostro bonito, anguloso pero lindo, además, tenía unos ojos preciosos y, encima, era un encanto. Pero sí, debía de estar unos siete u ocho kilos por debajo de su peso, por ese motivo se vestía con ropas fruncidas y con rellenos que la armaban un poco y daban la sensación de más volumen. No como Bárbara, que llevaba las faldas entalladas, luciendo unas perfectas caderas y un vientre liso.

La mujer de Manuel comenzó a perder peso con el primer aborto, con el segundo fue el colmo. Manuel la llevó a todos los médicos, no por los hijos, a él le daba igual, sino por la delgadez. No le gustaba así, era excesivo, siempre había sido de constitución delgada, pero aquello se pasaba de la raya. Todos

dijeron lo mismo: nervios, nervios y nervios. Ella deseaba un hijo con toda su alma, un hijo de Manuel sería su máxima dicha. Después del segundo aborto, abordó el tema de la adopción, su marido no quiso ni escucharla, él ya tenía dos y no quería ninguno del orfanato. Cuestión zanjada. Tiempo más tarde, quedó embarazada la criada de unos amigos. Ella lo bombardeó. Le explicó que la muchacha era soltera y sin vistas de casarse, que el padre de la criatura cuando la chica tuviera el niño se iría a otra ciudad, que era una pena que ese angelito que estaba por nacer sufriera desde la más tierna infancia, que ellos tenían de sobra para criar a ese y a cien más...

No, no, no, fueron las tres palabras de Manuel Oliveira. Si ella le daba un hijo, estupendo, si Dios no lo quería así, él no iba a sentirse desdichado por no volver a ser padre. Era un tema que no le preocupaba para nada. Olga no volvió a mencionarlo.

La palabra de Manuel iba a misa.

Se conocieron en la tienda de antigüedades donde Bárbara trabajaba. Era una de las más prestigiosas de Madrid, situada en el barrio de los Austrias, en una de las calles más antiguas, la calle del Arenal, un caserón cerca del cruce con San Martín y Bordadores. Olga acudía cinco, seis, o siete veces al año, pues aparte de ser una de las mejores tiendas de la ciudad, estaba en su barrio, relativamente cerca de la Plaza Mayor, y, a veces, iba dando un paseo y luego el chófer la recogía. Compraba cualquier cosa, desde regalos de boda o para su propio capricho. Como no tenía niños, cambiaba a menudo los muebles de la casa. Se cansaba de uno y decidía que quedaría bien en la finca de Guadalajara.

—Manuel, necesito que mandes una furgoneta, que tengo que poner un mueble que he comprado y no tengo sitio.

A Manuel no le importaba que comprase muebles y los cambiara de sitio o de lugar cada dos por tres, si de ese modo se entretenía y le dejaba llevar su marcha, todos contentos.

Doña Carmen había muerto de un infarto dos años después de irse Bárbara. El médico lo achacó a los numerosos kilos que había cogido con los años y las diversas enfermedades que la edad y la obesidad le habían traído. Mari Mar, la peor enemiga de Olga, se casó con un francés que conoció en Palma y vivía en París. Por supuesto, no terminó Magisterio, ni falta que le hacía. Se había vuelto una estirada, como decía su hermano. Así, de ese modo, era la única mujer de la casa, exceptuando a Engracia que, a pesar de sus años, seguía

estando en forma para gobernar, y que, aunque no lo fuera, Manuel no iba prescindir de ella; las diversas criadas hacían su trabajo para que todo funcionase como un reloj suizo.

Ama y señora de su hogar. Del hogar de Manuel desde hacía más de diez años.

En dos ocasiones, la vio, pero fue Gabriel quien la atendió. A la tercera, Bárbara se hallaba sola, pues el dueño estaba de viaje de negocios y Olga se prendó con ella. El saber y la simpatía sincera, sin remilgos, le sorprendieron en una persona tan joven, porque Olga pensaba que tendría unos veintidós o veintitrés años, cuando lo cierto es que superaba los veintiséis. La impresión fue inmejorable. Era preciosa, encantadora, y parecía mentira que supiera tanto de antigüedades.

En otra ocasión, coincidieron en la misma peluquería y, al terminar ambas, Olga la invitó a un café. Poco a poco, fueron viéndose más a menudo y Olga se encariñó con ella. Sus amigas de siempre la aburrían, no sabían hablar más que de niños, de pediatras, colegios... Un asco. Con Bárbara no tenía esos temas de conversación, como ella tampoco tenía niños, y además había tenido un aborto, sentía que eran muy afines, que coincidían en muchas cosas. Reconocía que era guapísima, una belleza impresionante, y para nada sentía envidia, pues era tan humilde, nada presumida, sencilla; siempre vestía impecable, sus ropas estaban cosidas a la perfección, claro que tenía un cuerpo de escándalo que, con cualquier trapo, llamaba la atención. Tenía el cabello por debajo de los hombros, negro azabache, con un brillo y una espesura que era la envidia de cualquier mujer. Aunque ella no le tenía envidia, no, en todo caso la admiraba, pensaba que era un encanto de persona. Por lo demás, hacía honor a su nombre; era Bárbara.

Según la amistad se fue cerrando, Bárbara tuvo que admitir que trabajó en sus años juveniles como camarera y dependienta en la Plaza Mayor y que había vivido en casa de su esposo. Olga quedó sorprendida ante esa información, pero no tuvo ningún pensamiento negativo ni le dio por interrogar a la joven. Si esa noche su marido no hubiese estado de viaje, se lo habría contado rápidamente, como quién cuenta una anécdota de lo más curiosa.

Cuando seis días después llegó, ya no le dio tanta importancia y se olvidó del tema, dejándolo en algún rincón de su mente.

La primera vez que Manuel oyó el nombre de Bárbara en los labios de su mujer, sintió un escalofrío. No era un nombre muy común y no recordaba que

ninguna de las amigas de su mujer se llamara así. Ni amigas ni las esposas de sus amigos.

Estaban preparándose para una boda, mientras Manuel se anudaba la corbata. Observaba a su mujer en el espejo, viendo cómo se colocaba un corsé interior que la rellenaba un poco más. Él torció el gesto sin poder evitarlo, tenía más huesos que carne.

—¿Quién es esa tal Bárbara? —preguntó mientras se decidía entre unos gemelos de oro u otros de diamante.

—Ya te he hablado de ella, está visto que la mayoría de las veces no me prestas atención —Manuel no dijo nada, colocándose al final los gemelos de oro—. Bárbara Ortega, trabaja en la tienda de Gabriel, el anticuario de la calle Arenal. ¿Sabes de quién te hablo?

—Sí, Olga. Sé quién es Gabriel.

—Bueno, pues ella trabaja para él. Es encantadora y una profesional de primera, no te puedes imaginar lo que sabe de antigüedades —terminó de hablar, al tiempo que se encerraba en el cuarto de baño durante una hora.

Ese día, no volvió a salir el tema. Estuvieron en la boda del hijo de unos amigos y Manuel tuvo muchos recuerdos de una Bárbara que él conoció, «hacía una eternidad».

Diez días más tarde, comiendo en un restaurante en Burgos, Olga le dijo:

—He invitado a Bárbara y a su marido a pasar un fin de semana en «La Colina». Espero que no me defraude, porque es más terca que una mula. Todas las invitaciones que le he hecho, me las ha rechazado. —Manuel le prestaba suma atención sin dejar de fumar—. Ya ves, que tontería, dice que no es su ambiente, cuando tiene más clase que todas las señoronas con las que nos codeamos, con todos sus títulos y todo su dinero.

—Parece que le tienes mucho afecto —dijo, mirándola entre el humo del cigarrillo.

—Sí, es un encanto —añadió, limpiándose delicadamente la boca con la servilleta de algodón egipcio.

—Si te ha puesto tantas excusas, es fácil que no acudan. La gente cuando dicen no estar en su ambiente, es por algo —repuso Manuel, apagando el cigarrillo y pidiendo la cuenta.

—Bah, tonterías, ella lo dice porque es muy sencilla y viene de familia humilde, pero esta vez no creo que me falle. Ayer fui a buscarla a la salida del trabajo. Acudí porque sabía que su marido iría a recogerla. Me presenté, lo

conocí, que por cierto, es majísimo, educado, apuesto y un encanto, todo un caballero. —Manuel seguía escuchando sin dejar de mirar a su mujer, y ella encantada de que le prestase tanta atención—. Total, cuando ella acudió a nuestro encuentro, él ya había accedido a la invitación. Y si no es tonto y ha oído hablar de ti, vendrán.

—¿Cómo se llama él? —preguntó, cada vez más intrigado.

—Juan Luis Ortega, es interventor del Banco Sureste. —Él no trabajaba con ese banco de poca monta.

—Y ella, ¿cómo se llama?

—Bárbara, ya lo sabes.

—Olga —dijo con mucha calma—, digo de apellido. Apellido de soltera.

—Ah, pues no sé. Yo la conozco por su apellido de casada. —De repente se acordó—. Pero si tú la conoces, bueno tal vez no te acuerdes. —Manuel, que en esos momentos sus dedos iban a sacar otro cigarrillo del paquete, se quedaron en el aire durante unos segundos para, seguidamente, sacar el cigarro y sentir que una vena del cuello le palpitaba con fuerza—. Estuvo viviendo en nuestra casa, en tu casa por aquel entonces, con una criada que tenías por aquella época. Creo que fue poco antes de casarnos. Hará unos once años. — Manuel clavó su dura mirada en los ojos de Olga.

—No lo recuerdo —mintió, mientras encendía el cigarrillo y aspiraba con fuerza, como queriendo engullir todo el humo de una sola vez.

El camarero trajo la cuenta y Manuel dejó varios billetes en la bandeja.

—Sí, cariño, tal vez no la viste muchas veces, pero de todos modos tienes que acordarte, o por lo menos decir que la recuerdas, por pura cortesía, ya me entiendes. De todos modos, si la hubieses visto, no la olvidarías. Es una belleza. Morena, ojos verdes..., vamos que hace diez años sería una monería. Seguro que Carlos sí la recuerda.

Hubo un momento de silencio. Manuel dio una larga calada y apagó el cigarrillo. Sus ojos azules no mostraban ningún sentimiento. Sus labios permanecían en un rictus serio.

—Sí, me parece que recuerdo. ¿Trabajaba en una pastelería o algo parecido?

—Sí —contestó eufórica—. Y después en una café. Eso es.

—Ya, ya. La recuerdo vagamente. Carlos, seguramente, tuvo algo más de contacto con esa jovencita, él la recordará bien, seguro. Creo que, en una ocasión, me vendió una caja de bombones destinados para ti, si no recuerdo

mal. —El todavía atractivo rostro de Olga, se iluminó.

—¿No te parece romántico? Después de ser una muchacha humilde, trabajadora, se convierte, con el paso de los años, en una mujer elegante, culta y casada con un banquero.

—Sí, muy romántico —afirmó sin ganas—. Pero ser interventor de banco, no es ser banquero, Olga.

—Bueno, qué tiquismiquis eres —le reprendió con una bonita sonrisa, mientras veía cómo encendía otro cigarrillo.

—¿Y por qué se fue? ¿Lo sabes?

—Claro, me lo ha contado todo. Somos buenas amigas. Mira, parece ser que estaba harta de su trabajo y, bueno, dejó entrever que tuvo algún desengaño amoroso con un muchacho. Total, que sin pensarlo dos veces, se marchó. Como tenía bastante ahorrado, es una chica previsora —añadió con una sonrisa, que Manuel no devolvió—, llegó hasta Santander. Le pregunté que por qué esa ciudad, y me dijo que la encontró lo suficiente alejada de Madrid, ya ves. Bueno, allí se quedó. Encontró un trabajo en una casa como sirvienta y coincidió que la señora tenía una tienda de antigüedades. Al ver el potencial de Bárbara, la colocó en la tienda, le enseñó todo lo que sabía y le pagó los estudios. Terminó el bachiller, aprendió francés e hizo varios cursos de arte. —Manuel fumaba sin pausa, escuchando atentamente. Olga se sorprendía de que le prestase tanta atención, pues no era habitual en él—. Más tarde, hizo un viaje a La Coruña, con intención de asistir a una subasta privada, allí conoció a Juan Luis, descubriendo mutuamente que ella vivía en Santander y él nació allí. Es más, su madre, que ya murió, vivía en esa ciudad. Abreviando, se enamoró de ella locamente, esto no me lo ha dicho ella, pero se le nota que lo está. La cortejó; él estaba destinado en León y todos los fines de semana, se presentaba en Santander. Imagínate, que viaje tan largo. Le pidió matrimonio, y ella dijo que no. Pero él siguió insistiendo y, un año después, aceptó.

—¿Tienen hijos? —A Olga le extrañó que su marido le hiciera tantas preguntas, cuando la mayoría de las veces cortaba por lo sano cuando le venía con cotilleos de sus amigas o conocidos, pero dio por hecho que se debía a que Bárbara había vivido en su casa y le picó la curiosidad, nada más.

A ella no se le pasaría nunca por la mente que Manuel se hubiese liado con una cría de quince años. ¿Manuel? ¿Su marido? Jamás de los jamases.

—No. Solo llevan casados dos años, no llega, y antes del año tuvo un aborto de dos o tres meses. Como los míos —explicó ella, dando a entender

que tenían eso en común.

—Bueno, se pueden decir que todavía están en la luna de miel. —Olga recordaba perfectamente que a los dos años de casada no estaba de luna de miel. Por lo menos él no se comportaba así. Su luna de miel acabó al llegar de París y a veces tenía la sensación de que nunca la tuvo.

—No te creas. A veces tienen unas discusiones tremendas. Todo porque él no quiere que trabaje, y ella dice que mientras no tenga hijos seguirá haciéndolo.

—¿Te cuenta todas esas intimidades? —preguntó llevándose la copa del exquisito coñac francés a los labios y apurando el contenido de un trago, sin apenas saborearlo.

—La sonsaco, no ves que soy más vieja que ella y tengo más experiencia.

—Ya. Bueno, vámonos —dijo levantándose de la mesa y retirando la silla de ella—. Tendré ocasión de conocer a la pareja antes de que me dé cuenta.

Apenas habló en el viaje de vuelta a Madrid. Esta vez llevaban chófer, así, Manuel podía leer documentos, mirar planos de las obras o balances de sus negocios y aprovechar más el tiempo. Olga se durmió con la cabeza apoyada en un cojín sobre la ventanilla. Cuando eso sucedió, Manuel dejó de lado los papeles y miró el paisaje que discurría ante sus ojos, sin ver.

Tenía fresco en la memoria todos los recuerdos. Como si fuese ayer. Recordaba ese cuerpo, ese pelo, esa cara, como si la tuviera enfrente.

Y dolía.

Cómo dolía.

Capítulo 26

Ni un solo día había dejado de pensar en ella. Ni un puto día de los casi once años que habían pasado. Había sufrido pensando en qué sería de ella, si pasaría necesidades, si alguien le haría mal, si acabaría en el arroyo, prostituyéndose con unos y con otros para poder subsistir, o si por el contrario, sería la amante de algún tipo con suerte, con mucha suerte... Y sí, también pensó que podía estar casada con un don nadie, y tener tres o cuatro críos, y haber engordado ocho o nueve kilos... Y mira por donde, la niña, su nenita, se había hecho mujer. Había estudiado, ganado su dinero y, para colmo, se había casado con un puto interventor de banco.

«Bravo», pensó con dolor, «bravo».

«No has necesitado mi ayuda, te has buscado la vida tú solita y no has acabado en un club de putas de cualquier carretera. Me alegro, de verdad que me alegro».

Ahora sólo faltaba volver a verla. Si solo con pensar en ella sufría, ¿cómo iba a llevar volver a tenerla delante? ¿Cómo podría tener apartados los brazos de ella? ¿Cómo no volver a besar esa boca que un día fue solo suya? Y perteneciendo a otro hombre, otro hombre que tomaba todo lo que él tuvo, otro hombre que le hacía el amor cuando le daba la gana, que le daba placer, que le quería dar hijos.

Tal vez tuviera la suerte de que, una vez que la volviera a ver, le decepcionara, no le gustara en la mujer que se había convertido. Tal vez, aunque siguiera tan hermosa como antes, su carácter habría cambiado y ya no fuera la niña dulce que conoció, de la que se enamoró.

Tal vez seguía enamorado de un recuerdo y ese recuerdo, era solo eso, un recuerdo.

Tal vez, tal vez...

Pero algo le decía que las cosas no serían tan sencillas.

Algo, en sus entrañas, presentía que no sería fácil.

Sintió su corazón rasgado, estrujado y tirado a la basura por segunda vez, y se sintió débil.

¿Desde cuándo se había vuelto tan sentimental?

Serían los años, sería la vida, que se le escapaba entre los dedos, igual que

se le escapó ella.

La vida íntima del matrimonio Oliveira no era muy dichosa. Copulaban una vez por semana, y a veces ni eso. Olga estaba acostumbrada, además, con su adelgazamiento, los abortos y sus nervios, había perdido la apetencia por el sexo. Manuel se follaba todo lo que se le ponía por delante y le gustaba, lo buscaba, como si la vida se le escapara, como si el tiempo pasara demasiado rápido y con ello, su virilidad. Con cincuenta y un años estaba esplendido. Su cuerpo seguía siendo firme, delgado, sin grasas. El pelo ya era todo blanco, no quedaban restos de cabellos rubios, pero era un blanco luminoso que llamaba la atención en contraste con esos ojos tan claros; ojos y boca que seguían subyugando a las mujeres.

A pesar de esa indiferencia en la cama, él la trataba con cariño y respeto, pues pese a su machismo, a su prepotencia, no quería hacerla sufrir, porque sabía que estaba traumatizada por la falta de hijos. Por otra parte, le agradecía que no le hiciera ninguna escena de celos, ya que ella no era tan ingenua como para no saber de sus líos con otras mujeres, dejándolo pasar, haciéndose la tonta.

De todos modos, él ponía los medios para que ninguna de sus conquistas, queriendo o sin querer, se quedase en estado. No quería pensar que algún día pudiera pasar algo así, pues si eso ocurría, ella sería capaz de cualquier cosa, hasta del suicidio.

Cuando comenzó a adelgazar más de la cuenta, él le traía todos los días bombones, pasteles, bollos rellenos de nata, tartas de chocolate... Todo le gustaba y se lo comía. Con el paso del tiempo, al ver que no surtía efecto y seguía igual de delgada, dejó de hacerlo.

Su carácter se fue endureciendo con los años, más de la cuenta, más de lo que ya era por naturaleza. Él era consciente de ello y sabía quién era la responsable, una morena de ojos verdes que ocupaba sus sueños, sus pesadillas y el resto de los momentos vacíos. Esos vacíos eran las noches, pues dormía poco por regla general, pero desde que ella se marchó, ese poco se convirtió en casi nada. Al rato de acostarse, se levantaba, procurando no despertar a Olga, se iba al despacho y se llenaba la cabeza de números, memorizaba los planos de las obras que estaban en construcción y de las siguientes, hacía las planificaciones de los próximos viajes... Iba muy a menudo a Mallorca, solo, y pasaba cuatro o cinco días en la casa que se había construido en El Terreno, al lado del mar. Sentado en una incómoda silla,

miraba el horizonte y pensaba en ella. Podían pasar horas; cuando se hartaba, cuando pensaba que era un idiota redomado, un imbécil sentimental, se levantaba y se iba al hotel, a beber y a buscarse una mujer que le calentara el cuerpo y le vaciara la mente.

Con el tiempo, se fue enfriando, seguía pensando en ella, pero de una manera diferente; con dolor, sí, pero también con rencor. Sabía que le había hecho daño, que había abusado de una niña, de una menor, pero ella, ella le había pateado las tripas. De lo lindo.

Cuando se iba de viaje, iba solo, casi siempre. Al principio se llevó a su mujer, pero esta pronto se cansó. Decía que se aburría, que él estaba siempre trabajando, que cuando se iban a cenar con otros socios o empleados de él, seguía hablando de trabajo, y una vez que pasó la novedad, que vio que esos viajes resultaban aburridísimos, prefirió quedarse en Madrid y él no insistió. Al contrario, le venía bien, muy bien, para hacer lo que le diese la gana, para llevar a una mujer a la habitación del hotel o para no aparecer en toda la noche.

Se movía por España, principalmente, las Baleares, Barcelona, Valencia, Sevilla, Bilbao y también por el extranjero. En Suiza tenía dinero, en el norte de Italia negocios y socios en París y en Londres.

También iba una vez al año, o año y medio, a México o a Brasil, o a los dos, aprovechando que estaba en el continente americano, hasta llegaba a Nueva York donde también tenía amigos y se quedaba cinco o seis días. Visitaba a viejos amigos y se hartaba de acostarse con toda mujer bonita que se le ponía por delante.

Nunca se cansaba, siempre le parecía poco.

Siempre buscaba lo que no tenía.

Lo que ansiaba con toda su alma, con todo su cuerpo, pero no hallaba.

Cada vez que veía a una mujer con el pelo negro como el carbón, o como ala de cuervo, volvía la cabeza, queriendo encontrarla, queriendo descubrir unos ojos verdes y una sonrisa preciosa. Pero no era ese glorioso pelo, lo único que veía. No eran esos preciosos ojos verdes con puntitos amarillos, que tanto ansiaba.

Muchas veces, en su alcoba, al lado de su esposa, intentando dormir, pero sin conseguirlo, pensaba que tendría que haberla buscado, que no tendría que haber sido tan orgulloso. No habría sido difícil, nada difícil. Tenía contactos por todos los lados, en la Guardia Civil y en la policía también. A no ser que

se hubiese escondido debajo de las piedras, la habrían encontrado. Y, aun así, también.

Pero con la luz del día, desistía. Se había ido, lo había abandonado... Pues él no iba a ser tan idiota como para ir tras ella. Había elegido por sí misma.

Y le había destrozado el alma.

La vida.

La ilusión.

El día esperado llegó. Juan Luis se puso una chaqueta de punto y se miró en el espejo de la entrada. Se gustó. Buscó a su mujer por todo el piso y la encontró en el cuarto de baño. Terminaba de darse un poco de polvos en el rostro y se cepillaba esa hermosa melena, cuando él la abrazó por detrás. Estaba eufórico, deseoso de estar en la finca de Oliveira, uno de los hombres más ricos de Madrid, que era lo mismo que decir de España, que se codeaba con lo más importante del país. Iba a cacerías con Franco y trataba con la aristocracia como lo más natural del mundo, con lo más alto de la Banca y lo más alto de la política española. Y también había oído hablar de sus contactos y amistades en el extranjero, pero eso ya se le iba de las manos.

Y todo gracias a su mujercita, a su preciosa e inteligente mujercita. Sabía que había elegido bien cuando la conoció en Galicia, pero no se imaginaba hasta qué punto.

Le metió la mano por debajo de la falda.

—Ahora no, Juan Luis. Llegaremos los últimos...

—Los últimos serán los primeros —frivolizó tocando las bragas y acariciando su trasero.

—Por favor, ahora no. Tú aborreces a los impuntuales, no querrás dar la nota.

—Tienes razón, encanto —dijo sacando la mano de ese lugar tan rico—. Vámonos o llegaremos tarde y causaremos muy mala impresión, y eso no puede ocurrir. No el día que voy a conocer al omnipresente Manuel Oliveira. —Ella lo miró de reojo mientras se alejaba de su lado, para coger las llaves del coche.

Cerró los ojos con fuerza y pidió a Dios que todo saliera bien. Que Manuel la tratara bien. Dios del cielo, ¿por qué tenían que haber vuelto a Madrid? Suspiró, respiró en profundidad y mirándose en el espejo, terminó de acicalarse.

Deseó que el coche se estropeará o que pincharan dos veces seguidas y se quedaran sin rueda de repuesto, pero no ocurrió nada de eso. Llegaron perfectamente y sin retraso. Quería mantenerse fuerte, fría, que Manuel no notara ninguna debilidad en ella. No sabía si podría conseguirlo, no sabía si sería capaz, estaba tan nerviosa... Aunque lo intentaría, ya no era un juguete entre sus manos, era una mujer adulta.

El guarda de la finca les indicó el trayecto, a tres kilómetros estaba la mansión. Juan Luis silbó de admiración. Jamás había estado en un sitio semejante.

—¿Te das cuenta? ¡Esto es enorme! Este hombre está forrado —siguió con un tono más bajo de voz, pero sin perder ni un grado de admiración por lo que estaba viendo, y, sobre todo, por el dueño—. Qué barbaridad. Y aparte tiene otras fincas y no sé cuántas cosas más. Creo que me dijeron que tenía un hotel en Palma de Mallorca y que ha construido un montón de casas de lujo al lado de la playa. Claro, Mallorca es un sitio muy turístico, lo visita mucha gente y muchos extranjeros, y cada vez más. Parece que a los alemanes les gusta mucho la isla y están invirtiendo, comprando tierras y seguro que le seguirán los británicos, claro, por eso Oliveira no deja pasar la ocasión, estando al acecho de cualquier jugoso negocio. Según sé, compró mucha tierra hace diez u once años, y ahora, es uno de los hombres que más tiene en la isla, ¿te lo puedes creer? Igual luego les vende a los alemanes y hace un negocio redondo, ¿te lo puedes creer? —volvió a preguntar, siendo las dos preguntas retóricas, continuando con su monólogo—. Y todo esto, saliendo de la nada, Bárbara, de la nada, que se dice pronto. Tiene que ser un tipo muy inteligente para conseguir todo lo que tiene. Menuda vista, menudo ojo para saber cuándo comprar, cuándo construir y cuándo vender. Pero se ve que todo no lo vende, hay casas muy lujosas que las alquila a sus amistades más ricas.

—Ya lo sé, Juan Luis —dijo con cansancio.

—Nena, ¿cómo no dices nada? —protestó medio en broma, torciendo la cabeza para mirarla.

—No me llames nena, sabes que no me gusta. Y mira el camino, a ver si nos vamos a dar un golpe. Y si no te he contado nada ha sido porque no me gustan los cotilleos.

—Está bien, no te sulfures. Pero eso no son cotilleos, son negocios, son cosas que debo saber, que tú me debes contar —le dijo con una sonrisa.

El hombre seguía sin saber por qué le molestaba tanto que le dijera nena.

Nena, ¿qué tenía de malo ese apelativo cariñoso? Nada, era de los más bonitos.

Permanecieron un rato callados, mientras se acercaban a la casa. Antes de que aparcaran, un criado salió a su encuentro. Al momento estaba cogiendo el equipaje del maletero para llevarlo a la habitación de invitados que tenían asignada, cuando Olga y Manuel salieron a recibirlos. Las mujeres se besaron en la mejilla, y Olga besó a Juan Luis y le comentó que todavía no habían llegado la mayoría de los invitados. Federico, el abogado de su marido y su esposa, llegó con ellos la noche anterior, pero faltaba más gente, y nombró a varios hombres importantes de negocios que Juan Luis conocía de pasada.

Manuel, que se quedó más rezagado a propósito, llegó perezosamente hasta ellos. Apenas miró a Bárbara. Ella también lo evitó, casi conteniendo la respiración y sintiendo que su estómago se contrajo de dolor, cuando sus piernas temblaron como flanes en una bandeja en movimiento.

—Cariño, ¿te acuerdas de Bárbara? —Manuel la miró a los ojos. Ella tembló por dentro como una hoja en una tempestad y, a la vez, un hormigueo recorrió todo su ser al oír esa voz tan amada.

—Cómo no me voy a acordar. Una cara tan bonita no se olvida fácilmente. —La tomó por los codos, para besarla en la mejilla. Fue un solo beso. Ni al aire, ni un roce, un señor beso y ella volvió a tener quince años—. No podría imaginar que acabase viéndote después de tantos años y así —señaló todo su cuerpo con la mano. Ella enrojeció—, tan bella.

—Gracias —murmuró Bárbara.

—Vamos, Manuel, que le estás sacando los colores —comentó Olga riéndose—. Mira, te presento a su marido, Juan Luis Ortega.

Los dos hombres se dieron un apretón de manos, las miradas se cruzaron durante un rato, los ojos de Juan Luis, pardos y risueños, daban a entender que estaba muy contento de estar con ellos y en ese magnífico lugar, sin embargo, Manuel, con su fría mirada, no decía nada. Menos mal que utilizó las palabras para dar a entender que era bien recibido.

—Me alegro de que hayan aceptado nuestra invitación. Ya pensábamos que no querían cuentas con nosotros —comentó luciendo sus fuertes dientes, en una hermosa sonrisa.

—No, por Dios, los agradecidos somos nosotros. Son ustedes muy amables por habernos invitado.

—Bueno, pasemos dentro, hoy vamos a tener un día precioso —comentó

Olga, mirando el cielo azul. Tomó a Bárbara por el brazo y se adelantaron.

Los hombres fueron detrás, hablando de trivialidades, en especial Juan Luis, que se puso a alabar la finca, al tiempo que le preguntaba cosas al azar, como cuántos años tenía la casa y si cuando compró la finca ya estaba construida. Manuel, que no tuvo inconveniente en contestar a todas las preguntas para saciar la curiosidad de los hombres que, como este, envidiaban a los ricos, pero que jamás llegarían a serlo, también sació sus ojos, recorriendo una y otra vez el cuerpo de su amada. Desde la punta del pelo hasta los zapatos de tacón.

El traje de chaqueta se ajustaba a las caderas de una forma sinuosa, la chaquetilla, como era corta, dejaba ver el contoneo de esas nalgas que él tantas veces había besado, acariciado y estrujado. Era tentador, era mareante mirar ese contoneo erótico y lascivo, que subida en esos tacones lo hacía más provocativo. Olga, a su lado, más alta, elegante como siempre, con el cabello rubio un tono más ceniza que antaño, recogido en un moño bajo, parecía un palo al lado de ese cuerpo curvilíneo y totalmente femenino. Por Dios, sus ojos no daban abasto para procesar tanta belleza, para asumir que estaba de vuelta, para regocijarse con volver a poner las manos sobre ese cuerpo, para recorrer con la boca cada rincón, cada curva, cada planicie.

Juan iba mirando alrededor, los cuadros, los muebles, las lámparas, tanto lujo lo abrumaba, lo encandilaba y lo atrapaba como una polilla a la luz, pero seguía con su batería de preguntas. Por supuesto, no se percató de la mirada del anfitrión. Andaban por un corredor que era más ancho que cualquiera de las habitaciones de su piso, donde había más muebles, cuadros, esculturas, de todo, que cualquier casa que hubiera visto en su vida. Y tenía que reconocer, que en Santander vio alguna que otra de rancio abolengo, pero aquello, aquello era un lujo elegante y clásico en su máxima expresión. Todo era tan magnífico, tan esplendoroso y opulento, que estaba extasiado. No podía creer la suerte que estaba teniendo, presintiendo que sería algo colosal, que esa amistad le traería el gran cambio a su vida. La subida a las alturas, el codearse con lo más granado de la sociedad de Madrid y otras esferas.

Y todo gracias a su mujercita.

Ni por lo más remoto, podría imaginar el futuro que le esperaba.

Capítulo 27

Para reunirse en el comedor, se cambiaron de ropa y el marido no dejó de hablar ni un solo minuto. Mientras se vestía, ella tenía la cabeza como un bombo. Alabando a Manuel, porque era un hombre que se había hecho a sí mismo, las empresas que tenía, las fábricas de Barcelona, la constructora, las fincas, las casas, los automóviles... Parecía un disco rayado.

—Basta —ordenó Bárbara—. Sé de sobra lo que tiene, y no creo que ese motivo sea suficiente para alabar a un hombre. Una persona vale por lo que es, no por lo que tiene.

—No seas idealista, Bárbara, en el mundo de los banqueros...

—Me importa un pimiento el mundo de los banqueros —exclamó nerviosa.

—Pero, nena, ¿qué te sucede? —preguntó con gesto lastimoso, como si fuese a hacer un puchero.

—No me... llames nena. No me encuentro a gusto en estos ambientes, ya lo sabes. Es... son... tan estirados y pretenciosos. Excepto Olga, los demás no me gustan. No me gustarán. Lo sé.

—Vamos, no digas eso. Todas esas estiradas no te llegan ni a la suela de tus zapatos, y los caballeros... Bueno, cómo se han quedado, joder, con la boca abierta. He tenido que ir detrás de ti, cerrando una a una y limpiando las babas que iban cayendo. —Logró que Bárbara riera y aflojara los nervios un poco.

—Motivo de más para que ellas me odien.

—Que les den por el culo —soltó mientras terminaba de anudarse la corbata.

—Juan Luis, no hables así —le regañó, al tiempo que parecía querer fusilarlo con esos ojazos verdes.

—Cariño, si son unas envidiosas, ¿qué le vamos a hacer? Bueno, ¿y qué me dices de Manuel? Te ha tratado con máxima cortesía y corrección, como si fueras uno de los suyos. Después de todo, la relación que tuviste con la familia fue de servidumbre, y ahora mira. Claro que el hecho de estar casada conmigo también influye —añadió con prepotencia—. Lógicamente has subido muchos peldaños, no solo por ti misma, que ya es bastante, sino al estar casada con un interventor de banco, no es lo mismo que con un albañil. Claro que, si te hubieses casado con un albañil, no estarías aquí, ¿eh, preciosa? —lo soltó

como una gracia, como un chiste, y ella prefirió no entrar al trazo, dejando que él siguiera con sus parrafadas—. Pero de todos modos, puedes estar muy satisfecha. Sí señor, muy satisfecha. —Bárbara se fue al cuarto de baño y lo dejó hablando de lo mismo.

«Ya se cansará», pensó mientras se recogió el pelo en un moño italiano y terminó de retocarse el ligero maquillaje. Se puso una falda de tubo en color tostado, a juego con una blusa blanca de raso con las mangas abullonadas y recogidas en un puño ancho. Añadió una pulsera de marfil, un cinturón de piel marrón y unos tacones de aguja que hacían juego con el cinturón.

La cena de la noche sería de etiqueta.

El aperitivo y la comida transcurrieron como la seda. Varias veces se cruzaron las miradas los ex-amantes, pero ella desvió rápidamente los ojos hasta otro punto.

Cómo dolía tenerla tan cerca y no poderla tocar. Cómo dolía verla con otro dueño que no era él. Volvió a recordar el día que descubrió que se había ido. Cuánto sufrió ese día, pensando que no podría sentir más dolor en lo que le quedase de vida, que esa nenita de ojos verdes le había retorcido el corazón hasta exprimirlo, hasta dejarlo seco y muerto.

Pues estaba equivocado.

Ahora, viéndola allí sentada, hablando tan encantadora con las damas invitadas, se superó a sí mismo. El dolor y el amor que sentía por ella le reventaron por dentro; si hubiese estado enfermo del corazón, le habría dado un maldito infarto.

Por más que lo intentó, por más que se acostó con otras mujeres para poder olvidarla, no fue posible. Ahora la tenía enfrente de sus narices, más mujer que nunca, más madura, más hermosa, y no le pertenecía.

Bárbara sabía que tenía que controlarse, sabía que debía mantener las apariencias, pero estaba nerviosa, muy nerviosa. Notaba las miradas del hombre que había sido su amante, el hombre que la había instruido en el juego del amor. Los otros también la observaban más de lo normal, de ese modo, no llamaba la atención sobre Manuel. Porque solo ellos sabían lo que había pasado. Bueno, ellos y Federico, que también la contemplaba con cierta frecuencia. Se sentía observada por todos los lados. Notaba cómo de vez en cuando se le encendía el rostro y se lo imaginaba colorado como un tomate. Las mujeres también la miraban, en especial Carmen, la esposa de Federico, y preguntaban y preguntaban, querían saber, querían cotillear. ¿Por qué

trabajaba?, ¿por qué no tenía niños?, ¿cuántos años llevaba casada?, si era de Madrid, ¿dónde había vivido? ¡Por Dios!, le iba a reventar la cabeza de tanta presión y la mandíbula se le desencajaría de tanta sonrisa.

Pero con todo y con eso, salió airosa, dejando a las mujeres satisfechas con las contestaciones y con más envidia que al principio, si es que aquello era posible.

Había adquirido una templanza y una serenidad, que la persona o personas que la escuchaban, se sentían atraídas por ella. Era dulce, culta, refinada y sumamente femenina. Era todo lo que había sido antes, pero embellecido con la experiencia, con los estudios y con algo innato que había dentro de ella.

Manuel, mirando a Carmen, que algo le decía a Bárbara y esta le sonreía y le contestaba, se sintió orgulloso, muy orgulloso de ella, pero al tiempo, dolido por haberse perdido esa transformación y no haberla presenciado. Observaba al marido. Parecía un papagayo, orgulloso de su hembra, como un macho alfa, diciendo a todos con su mirada: es mía.

Solo mía.

Era por costumbre en esas reuniones de fin de semana que, al acabar los postres y el café, las señoras se retiraban a echar la siesta para estar descansadas para la noche, y los caballeros se juntaban para jugar al billar, cartas o ajedrez y, de paso, seguir echando tragos al galillo.

Manuel le pidió a Federico que entretuviese a Ortega, como fuera, hasta que él regresara. Se marchó con la excusa de unas llamadas telefónicas, pero Federico sabía a dónde iba, y no le sorprendía el riesgo que corría. Manuel era así.

No tenía por costumbre echarse la siesta, pero, aunque así hubiera sido, era imposible dormirse. Tumbada en la cama con una combinación y la ropa interior, se recreaba sufriendo con la imagen de Manuel. Solo su pelo era diferente, tan blanco, espeso y brillante. Por lo demás estaba igual que en sus recuerdos, en sus locas fantasías. Durante la comida, al notar esa fría mirada azul, sintió humedad entre sus muslos, en su sexo. Su marido jamás había conseguido eso. Todos los años pasados fueron vacíos en la cama. Lo practicó y lo practicaba, pero no disfrutó como con Manuel o como con Carlos.

Por lo menos, él no estaba allí. Habría sido demasiado para ella, y para ellos, si llegaban a enterarse. No creía que Carlos hubiese contado lo que pasó, pero aun así...

No, su marido no la excitaba, no lograba nada de nada; bueno, si lograba,

el efecto contrario, se volvía gélida, fría, pero lo disimulaba falseando, gimiendo sin sentir y, sobre todo, intentando espaciar las relaciones. Aunque era muy difícil, pues Juan Luis era como un perrito faldero, olisqueando, tocando, rondando siempre alrededor de sus piernas, queriendo más. Al final optó por darle lo que pidiese, pero solo eso, y tratándose de cosas normalitas. Por ejemplo, nunca le había hecho una felación, y una noche que se lo insinuó, ella mostró rechazo y a él no se le ocurrió volver a sacar el tema.

Juan Luis no era hombre de prostitutas, pero si es cierto que, en varias ocasiones, acabó en algún prostíbulo con compañeros de trabajo o algún cliente especial, y en esos casos pagó para que se la chuparan. Mientras le hacían ese trabajo, pensaba que era normal que Bárbara se negara, que eso era para putas, no para mujeres de la categoría y clase de su esposa.

No se dio cuenta de que la manivela se movió. Cuando volvió la cabeza, la puerta se abrió y Manuel entró, cerrando con suavidad. El pecho de Bárbara comenzó a subir y a bajar demasiado deprisa, acelerado. Sus ojos le mostraron el miedo que sentía, si su marido subía a la habitación... Si Olga oía algo...

Manuel, leyendo sus pensamientos, echó el cerrojo y se acercó hasta ella, clavando sus ojos en esos pechos tentadores que subían y bajaban con la respiración entrecortada. Su rostro estaba tenso, duro, sentía deseos de darle una paliza por haberlo abandonado. Y así se lo dijo.

—Te debería moler a palos por lo que me hiciste —pronunció gravemente.

«Que desfachatez», pensó ella. Él fue el que la engañó, él fue el que la utilizó, pero no se atrevió a decirlo. Estaba asustada. Muy asustada. Estaba en su territorio y veía a Manuel más temerario que nunca, más altivo, más peligroso.

Volvía a tener quince años, volvía a ser una niña, esa niña que se prendó del hombre más atractivo del mundo, del hombre más interesante que ella pudiese conocer. No se movió, no despegó los labios. Sus enormes ojos pestañearon, logrando que las primeras lágrimas salieran, maldiciéndose por ello, pues no quería llorar, no quería demostrar fragilidad ante él. Pero no pudo ser. El llanto surgió silencioso. Manuel se acercó despacio, sin dejar de mirarla y se sentó en el borde de la cama, acariciando el rostro amado.

—En cuanto llegué a Madrid, fui al piso y me encontré esa nota... ¡Dios! —exclamó sin dejar de mirarla, sin dejar de tocar esa cara—. Deseé morirme, matarme, destruirme, cualquier cosa que aliviara mi pena. —Ella dejó de

llorar, pero no se atrevió a moverse, ni a hablar—. Rompiste mi corazón en mil pedazos. Jamás mujer alguna logró algo así, jamás nadie me ha hecho el daño que tú me hiciste. ¿Por qué, Bárbara? Dime, ¿por qué? —preguntó, con esa voz grave y ligeramente ronca. Sus ojos claros no dejaron de contemplarla, y los ojos de ella no podían dejar de mirar los suyos.

—Me enteré de que te habías casado. Me dolió... que me engañaras. Rabié de celos...

—¡Dios bendito! —exclamó levantándose bruscamente, moviéndose por la habitación para bajar la voz y mirarla intensamente—. ¿Por qué no esperaste mi regreso? ¿Por qué? —volvió a preguntar paseándose nervioso.

Ella aprovechó para levantarse y se acercó a la pared más lejana a él. Apoyó la espalda contra ella, sintiéndose más segura.

—Lo hice así y ya está. No se puede volver atrás. —Su voz sonó arisca y él la miró con frialdad.

Se acercó a ella despacio. Bárbara no se movió. Colocó un brazo a cada lado de su cabeza y la miró con una lentitud aplastante, de arriba abajo. Sus ojos azules se detuvieron en esos hermosos pechos que seguían subiendo y bajando como locos. Estaba nerviosa y él lo sabía. Elevó la vista y la clavó en los ojos verdes con chispitas amarillas.

Qué hermosa era, Dios mío.

—Muy bien, tú lo has dicho; el pasado no tiene arreglo, el futuro sí. —La besó en la boca, haciéndole daño con los dientes, siendo brusco, violento y a ella no le gustó.

—Déjame, me haces daño —logró decir entre los besos de él—. Vete.

—Jamás —contestó sin dejar de besarla, pero suavizando la violencia, sin abandonarla.

Los brazos de ella lucharon contra él. Era demasiado pequeña para un hombre como Manuel.

—Pueden descubrirnos, por favor —se quejó entre suspiros.

Sin querer, algo se había despertado dentro de ella. Y sintió terror ante esas sensaciones.

—¿Eso te preocupa? —La cogió de la mano y tiró de ella—. Ven.

Se resistió, ¿qué demonios quería hacer? ¿A dónde quería arrastrarla? ¡Por Dios!, no se lo podía creer. Cómo podía ser tan inconsciente, estando su esposa a un paso, y Juan Luis abajo. Sentía deseos de gritar, de chillar que la dejase en paz, que él no tenía derecho a comportarse así.

—Calla. No hagas ningún ruido. En este pasillo solo hay dos habitaciones, esta y la de mi hija. Vamos.

Anduvieron cuatro metros y entraron en la habitación contigua. Cerró con llave y se la guardó en el pantalón. Olía a cerrado. No se molestó en abrir las cortinas, por supuesto, las persianas bajadas casi en su totalidad tampoco las tocó. Una tenue luz penetraba por las rendijas. La agarró por la cintura, notando que la tenía estrecha como cuando era una niña. Besó su cuello, le bajó los tirantes de la combinación, le desabrochó el sostén y contempló esos hermosos pechos que tanto le habían gustado desde un principio. Desde siempre. Los tocó, los besó, los chupó... era todo manos. Manos y boca. Bajaban, subían, se detenían, volvían a bajar, a subir...

Y ella, ella sucumbió.

—Oh, Manuel... Por favor... No me hagas esto —gimió. No quería dejarse llevar, pero era muy buen amante.

Cómo sabía complacer a una mujer.

Cómo conocía su cuerpo.

La combinación fue cayendo...

—Mi amor. Mi nenita. —Se paró de repente y tomó el rostro entre sus manos, un tanto brusco. Apretó, lastimó, pero ella no se quejó—. No estás enamorada de tu marido. Te lo noto. ¿Tengo razón?

—No.

—No, ¿qué? —volvió a preguntar sin soltar la cara, aplastando sus mofletes.

—No estoy enamorada de él. Me... haces daño. —Sin dejar de mirarla, aflojó la dureza de sus manos.

—Lo sabía, lo sabía. Sigues siendo mía. Me perteneces, Bárbara.

«¡Y un cuerno! No te pertenezco, no pertenezco a nadie, soy libre desde hace mucho tiempo. No volverá un hombre a abusar de mí, a engañarme como una tonta», pensó ella

No. Nunca más.

—No está bien lo que hacemos. Deja que me vaya, por favor. —Él la miró con una sonrisa burlona y la dejó ir.

Cogió sus ropas y se dirigió a la puerta e intentó abrir, pero no pudo. Manuel rio al contemplar la cara de sorpresa que puso.

—Ven aquí, mi nenita. No te voy a dejar ir hasta que follemos por todos los años pasados. Quiero darte placer hasta que no aguantes más. Quiero que me

pongas cachondo como antes. Ven. —Ella tiró sus ropas al suelo y, con sólo las bragas, se acercó hasta él.

—Te cortaste el pelo —afirmó tomando los rizos entre sus largos dedos.

—Sí.

—No importa. Sigue siendo precioso. —Llevó una mano al interior de sus muslos y le ordenó con suavidad—. Ábrete, mi amor. —Abrió las piernas para que él tocara por encima de las bragas.

Se abrió más, al tiempo que se daba la vuelta, ponía las manos en la pared y frotaba el culo contra su pene, que ya estaba duro, haciendo que Manuel se sintiera en el paraíso.

Volvía a tener a su amada.

Era la felicidad suprema, o casi.

—¿Disfrutas con él? —le preguntó, mientras le quitaba las bragas y besaba ese hermoso culo de pasada, para volver a encularla contra la pared.

—No. Nadie me ha dado el placer que tú me diste —mintió.

Con su marido no obtenía orgasmos casi nunca, pero con Carlos... No olvidaría lo bien que lo pasó esa noche, a pesar del disgusto que tuvo. Pues viéndolo desde otra perspectiva, el recuerdo de ese encuentro pesaba más y era más dichoso que el resto.

—¿Qué quieres que te haga, vida mía? Dime, tus deseos son mis deseos. Soy tu esclavo, te haré lo que quieras, lo que más te guste —le susurró besándola en el cuello, detrás de la oreja, notando cómo su pequeña se excitaba, se calentaba, para volver a ser su juguete.

Bárbara sabía que eso no estaba bien, que ahora Olga y ella eran amigas, que no debía dejarse embaucar por Manuel, otra vez. Pero estaba tan excitada... Esas manos sabían cómo tocar y esa boca era pura delicia. Lo deseaba tanto...

—Chúpame —le ordenó, tumbándose en la alfombra—. Mama como si fueras un bebé y luego... cómeme... todo. —Él sonrió. Sabía lo que le gustaba. Seguía siendo su gatita salvaje—. Hazme esas cosas con la lengua hasta que me vuelva loca de placer. —Él se excitó como un loco, con su voz susurrante, con esa sensualidad que emanaba por todos sus poros.

Le mamó los pechos como ella le pidió, hasta que los pezones se quedaron rojos e irritados y, cuando bajó al monte de Venus, hizo honor a su condición de buen amante. Bárbara se retorció de gusto cada vez que esa lengua le movía el clítoris como si de una campanita se tratase, cada vez que esa boca le daba

un chupetón queriendo comerse todo el sexo, que notaba los dientes dando pequeños mordiscos, que sentía los dedos abriendo los labios vaginales para barrer toda la zona con la lengua, cada vez que introducía sus dedos; porque eran dos, el índice y el corazón, entraban y salían, confundiéndose con la boca. Se mordió los labios para no gritar, se retorció de gusto con cada embestida y, cuando no pudo más, gimió, agarró los cabellos blancos y le aplastó la cara contra su sexo, sintiendo un orgasmo tras otro.

Dios mío, Manuel no había cambiado en eso. Era tan bueno como antes y, si te lo contaban, costaría trabajo de creer.

Se colocó encima de ella, besándola con brutalidad, notando el gusto almizcleño de su propio sexo, pero, sobre todo, sintiendo violencia, como si quisiera castigarla de algún modo. Ella se escabulló, rápida como una anguila, sorprendiendo a Manuel que la miró con ojos maliciosos.

Se frotó los labios doloridos, mirándolo con furia, mirada que él respondió del mismo modo.

Se acercó otra vez a él y ella le dijo que se tumbara boca arriba.

Se lo ordenó.

Y él, con una sonrisa, obedeció.

Bárbara se arrodilló a su lado, le abrió la bragueta y sacó el pene erecto, grande, duro, tal y como lo recordaba, tal como lo conoció, y se lo metió en la boca. Hasta el fondo.

Manuel gimió y se contrajo con cierto temor al verla tan salvaje. Chupó con furia, con placer, con pericia, con ansia... Él sacó fuerzas de donde no las tenía para no correrse en su boca. Deseaba entrar en ella, quería penetrarla y tenía que aguantar...

De repente, dejó de chupar y lo miró con lascivia.

—Ahora... hazme tuya. Lo estás deseando, ¿verdad? Pues yo también lo deseo. Penétrame, quiero sentirla dentro de mí... muy dentro —susurró mientras se volvía a tumbar en la alfombra, como si la cama no existiera.

Manuel fue derecho a ello, pero Bárbara se cerró de piernas.

—No, así no. Ponte un condón.

—Es igual, nena, no quiero que nada se interponga entre nosotros. Nunca te lo hice así, sin nada que nos separase, ahora es el momento—explicó haciendo otro intento. Pero ella no se abrió.

—Si no te lo pones, no quiero que lo hagas. ¿Qué pretendes? ¿Qué me quede embarazada y no sepa de quién es? —Eso le llegó al alma. Le recordó

plenamente que pertenecía a otro. Blasfemó.

—Me cago en la hostia puta. —Se retorció y metió la mano en un bolsillo del pantalón, que todavía llevaba puesto, con el miembro fuera y a punto de reventar.

Sacó uno y rompió el envoltorio con los dientes.

Bárbara se cuestionó si se los seguirían trayendo de Francia, como cuando estaba con ella. Pero era algo que no le iba a preguntar.

—Sabía que vendrías preparado y, si no, habrías ido a buscar uno —diciendo esto, se incorporó un poco y mostró una pequeña sonrisa—. ¿Quieres que te lo ponga? —preguntó zalamera.

Manuel resopló, se relajó algo y afirmó con la cabeza. Se lo colocó con dedos expertos, acariciadores, haciendo que el miembro se moviera juguetón y que él no se perdiera ningún detalle. Una vez hecho, dejó que la penetrara, y él no perdió el tiempo, fue derecho y sin miramientos ni preámbulos. Entró hasta el fondo, embistiendo una y otra vez, y cada embestida era más fuerte.

Quería olvidar todos los años vacíos sin ella, quería hacerla suya para siempre, que ningún hombre la poseyera, llevársela al fin del mundo y que nadie supiera de ellos.

Pero una cosa le había quedado clara como el agua: su nenita había crecido, su niña se había hecho mujer. Bárbara ya no era esa jovencita, a veces tímida, a veces Lolita¹, que él gobernaba como quería. No. Esa niña había desaparecido.

Eyaculó, quedándose sin fuerzas, pero aguantando el peso de su cuerpo con los brazos para evitar aplastar a su amante. Porque ahora sí sería su amante de verdad. Porque la seguía queriendo, porque la mujer en la que se había convertido le gustaba, le gustaba mucho, porque la niña que él había amado, seguía estando ahí, dentro de ella.

Y nunca se iría, nunca desaparecería.

Unos minutos más tarde, se arreglaron las ropas y Manuel le dijo que seguía conservando el piso. Ella lo miró sin expresar nada en su bello rostro.

—Será mejor que no nos veamos más. —Manuel la miró como si estuviera loca, ¿qué clase de palabras eran esas? La cogió bruscamente por el brazo y la acercó hasta su cuerpo.

—No me vengas con tonterías, Bárbara. Porque soy capaz de cualquier cosa. ¿Me oyes? De cualquier cosa. Ahora que te tengo de nuevo, no voy a

permitir que nada, ni nadie, te aparte de mí. Nunca. ¿Está claro? —Ella afirmó, asustada. Él continuó hablando—: Tengo mucho poder, puedo destrozar lo que toco o subirlo al cielo. Y si desapareces otra vez, no me quedaré de brazos cruzados. Iré a por todas y soy capaz de lo que sea. Estoy en una etapa de mi vida que me importa una puta mierda lo que pase. Y ahora que tú has vuelto, que tú eres el sol de mi vida, no pienso perderlo. He hablado claro, ¿o necesitas más explicaciones?

—No —contestó con lágrimas en los ojos. Esa faceta violenta solo la había visto cuando la separó de su tío, cuando se vieron por primera vez.

Le dio miedo.

Sintió pavor.

Y eso no era bueno.

Nada bueno.

—No quiero asustarte, vida mía, pero te deseo tanto, te amo tanto..., que solo pensar en perderte otra vez me vuelve loco —le dijo limpiando las lágrimas con suma delicadeza—. Te amo y estaremos juntos hasta el final.

Bárbara no contestó.

Tenía la desdichada idea de haberse metido en un túnel sin salida. ¿Era el mismo hombre que ella conoció? O ¿ella era demasiado joven por aquel entonces, para comprender un carácter fuerte y autoritario como el de Manuel? Con una diferencia tan grande de edad, estaba claro que se podía comportar como el mejor amante del mundo o el ser más celoso de la Tierra.

Y lo que también estaba claro y diáfano como el agua, es que todo había cambiado, que ellos habían cambiado, y que él, seguramente, no lo iba a reconocer.

Iba a salir, cuando la agarró otra vez.

—¿Te acuestas a menudo con él?

—¿Te acuestas con Olga? —preguntó furiosa.

—¡Maldita sea! Contéstame —le exigió sin soltar su brazo, sin controlar su cólera.

—Pues claro que sí. Es mi marido. ¿Qué esperabas? —Él apretó los dientes, hasta controlar la ira y los celos.

—Pronto acabará eso. Salgamos de aquí.

Ella tembló, Manuel Oliveira no hablaba por hablar.

La cena se celebró en el gran salón comedor. Dos arañas de cristal traídas desde Venecia, hechas por las artesanas manos de los vidrieros de Murano,

iluminaban las dos zonas. Una, varios metros por encima de la gran mesa de caoba, y la otra, a la misma altura en el centro de la zona de sofás.

Las mujeres se habían puesto sus vestidos largos, sus mejores galas, sus joyas más impresionantes para llamar la atención de los demás invitados, pero, aun así, ninguna brillaba como Bárbara. Siendo la más joven, ya era motivo para envidiarla, pero si además de juventud, tenía ese aspecto, para qué más. El vestido negro de fino terciopelo con corte de sirena se le pegaba a cada curva de su cuerpo de una manera erótica y sensual. Tenía unas curvas tan perfectas, tan sinuosas, que mareaban con solo mirarla. El vestido era cerrado al cuello, pero con un profundo y drapeado escote en la espalda que no dejaba lugar a dudas la ausencia del sujetador. Pero los senos estaban en ese lugar preciso y perfecto, con la ley de la gravedad en su punto, haciendo que las mujeres pensarán que debía llevar un corsé, de esos que sujetan el pecho y dejan la espalda al aire.

Los hombres, sin embargo, no pensaban en corsés ni tonterías de ese tipo. Ellos miraban cómo de vez en cuando marcaban un pezón, o los dos, y que, sin querer o queriendo, lograban que los ojos mirasen cada dos por tres.

Las mujeres estaban algo incómodas, incluida Olga, pero la realidad era que no ensañaba nada, a excepción de la espalda, lo cual era muy erótico. El vestido era de lo más elegante y, las maneras de la portadora, exquisitas, pero su belleza era tan abrumadora que ellas mismas estaban sobrepasadas, y los caballeros más.

Juan Luis no cabía dentro de sí. Sabía que era el último mono en esa habitación, el que menos dinero tenía, el que menos poder, pero era el dueño de la mujer más hermosa, de todas las que había conocido y, seguramente, los caballeros presentes, también. Y todos esos «caballeros», con su dinero, con sus posesiones, con sus modales de señores de alto postín, no tenían una mujer como la suya. Estaba seguro de que, hasta los que tuvieran amantes, más de uno de los presentes, ellas, no serían ni por asomo la mitad de hermosas ni tendrían la clase que su Bárbara poseía.

No sintió celos en ningún momento y se fijó en todas y en cada una de sus miradas. No perdía el hilo de la conversación, ni de todo lo demás. Hasta se fijó en las miradas que le lanzaba el anfitrión. Sonrió por dentro. Seguro que Oliveira era el que más sorprendido estaba de haber vuelto a ver a Bárbara. Una muchachita que vivió en su casa y que, seguramente, pasó desapercibida para él, ahora era la sensación de su gran mansión, la envidia de sus invitadas

y el deseo de sus ricos amigos.

Estaba convencido de que más de uno se follaría esa noche a su mujer pensando en la suya. Y si alguno ya empezaba a tener problemas de erección, seguro que se les pondría dura y erecta como un mástil pensando en ese cuerpo, pero sin el vestido de terciopelo.

Todas las señoronas iban cubiertas de joyas: esmeraldas, rubís, diamantes, perlas, rodeando sus cuellos, sus muñecas, adornando sus orejas y sus dedos. Su mujer no las necesitaba. Solo unos pendientes de oro adornaban sus lindas orejitas y, en su mano derecha, la sencilla alianza de casada. No podía estar más orgulloso.

Había hecho una buena elección. O, más bien, había tenido mucha suerte de haberla conocido, haberse enamorado, eso fue lo más fácil, y haberla enamorado, algo que le costó cierto trabajo y, cuando lo consiguió, cuando le dijo que sí, creyó estar en una nube.

Fue dura de pelar, pero al final la consiguió. Porque Juan Luis estaba convencido de que su mujer estaba enamorada de él. Por supuesto, no podía ser de otro modo, si no, no se habría casado con él.

Y ahora, viendo cómo sujetaba la copa de champán, cómo alternaba con el abogado de Oliveira, cómo le sonreía, cómo le reía las gracias, sabía que sería su pasaporte a lo más alto, estaba convencido, ya no le cabía ninguna duda. Con ella llegaría a tocar el cielo.

Seguro que, en poco tiempo, cuando sus jefes supieran qué amigos tenía, lo ascenderían a director. Pero debería conseguir que algunos de estos abrieran una cuenta en su oficina; con que lo hiciera Oliveira le valía, y seguro que así sería, pues Olga le había dicho a Bárbara que un día de estos irían. Ojalá. Sería la guinda del pastel.

Al terminar la cena y trasladarse a la zona del salón, atendió a las conversaciones de todos los amigos de Oliveira, pero apenas participó en ninguna, pues se dedicó a sonreír como un bobo y a darles la razón en todo. Miraba a Oliveira y movía sin parar la cabeza, para decir, «tiene usted razón, toda la razón del mundo» o «eso mismo pienso yo, me ha quitado la palabra de la boca», «claro, por supuesto, ¿cómo si no?», «sí, sí, es realmente como usted dice, no puedo encontrar una explicación mejor a ese problema».

Con regularidad inglesa, miraba a su mujer, admirando sus maneras, clavando los ojos en esos labios que vocalizaban a la perfección y que comunicaba a las señoras sentadas alrededor de la anfitriona y de ella misma,

las últimas novedades que habían entrado en la tienda de antigüedades, como unas alfombras que Gabriel había traído de su último viaje a Turquía. Y como Olga era clienta asidua, metía baza para cubrirla de halagos, mientras decía que era la persona que más sabía del tema.

Esa noche le haría el amor en la habitación de invitados de los Oliveira, esa noche, le daría todo el placer del mundo, esa noche, le haría todo lo que los demás hombres que se encontraban en ese salón estaban deseando.

Le ayudó a quitarse el vestido y, mientras este caía a sus pies, le rodeó los pechos desnudos con sus manos.

—Qué hermosa eres. Esta noche has estado magnífica. La más guapa, la más encantadora, la más culta de todas... Era una gozada mirarte, ángel mío. Me he sentido el hombre más orgulloso del mundo, y cómo te han mirado todos, has sido la atracción de la noche, la envidia de las mujeres y el deseo de los hombres —murmuró con la cabeza inclinada, al tiempo que le besaba el cuello desde atrás, sin dejar de acariciarla.

Ella notó cómo se endurecía en cuestión de segundos. Se planteó rechazarlo. Pero luego pensó en Manuel. Seguro que haría el amor con su mujer, ¿por qué ella no iba hacer lo mismo? Aunque no lo deseara.

—Cómo te deseo, vida mía. Qué excitado me pones —le susurró moviéndose contra ella.

Restregaba su cuerpo vestido contra su espalda y su trasero. Seguía manoseando la misma zona que había sido tocada por otro unas horas antes, hasta ponerlos rojos como amapolas.

Ella se volvió sin decir nada, lo miró fijamente, le desabrochó los pantalones y se los bajó. Le quitó la camisa y le pellizcó los pezones. Juan Luis la miró como si no la conociese. Nunca había sido muy activa y nunca llevaba la iniciativa.

Ella sintió que le estaba siendo infiel a Manuel, y le gustó esa sensación.

Despacio, le bajó los calzoncillos, sintiendo la mirada atontada del esposo, sin creerse lo que estaba ocurriendo. Sacó el pene y lo masajeó con sus delgados dedos, provocando gemidos en él, al tiempo que la miraba con ojos asombrados y temiendo que en algún momento se rompiera el encanto y dejara de hacer eso. Pero no, eso no iba a ocurrir, pues ella se agachó y se lo llevó a la boca, provocando que el hombre apretase las nalgas y soltase un suspiro, pestañeando varias veces, creyendo que todo era un sueño, que había bebido más de la cuenta y todo aquello era un dulce, sensual y erótico sueño.

Sus ojos clavados en la boca de ella, entreabierta al principio y después abierta del todo, chupando con una pericia que no le dio tiempo a pensar qué estaba sucediendo, ¿cómo era que nunca quiso hacerlo y ahora, de golpe y porrazo, le estaba haciendo una felación que ni la mejor puta del mejor club? Joder, solo pasaron tres o cuatro minutos, cuando notó que se corría como un principiante, sus dilatadas pupilas vieron cómo ella se la quitaba de la boca y el semen caía sobre sus pechos.

Lo había dejado sin palabras, pues la única que le venía a la mente era esa: joder, joder y joder. Esa imagen de ella, agachada, mirándolo mientras él soltaba el esperma, no la olvidaría en la vida. ¿Quién se lo iba a decir? Así, de sopetón, en la finca de los Oliveira, en una habitación de invitados, lo había hecho de una manera tan experta y tan placentera, que pensó que iba a morir de gusto. Dios, no podía dar crédito a lo que le estaba pasando.

Contempló sus pechos cubiertos de su leche, su boca entreabierta mientras sacaba la lengua y se relamía de rodillas frente a él, y volvió a pensar que estaba en una nube. Notaba sus propios jadeos, su respiración acelerada, como si fueran los de otro hombre.

No dejó de observarla, mientras iba recobrando el resuello. Ella le sonrió y se levantó, para dirigirse al cuarto de baño.

La tonta sonrisa que Juan Luis tenía en el rostro, seguía en su cara cuando ella salió del baño. No se había movido del sitio. Seguía con los pantalones y los calzoncillos en los tobillos, el pene flácido y mirándola de forma diferente. Si antes le parecía la mujer perfecta, ahora la veía como una diosa.

—Ha estado genial. Pero... pero creía que no te gustaba hacer esto —dijo, temiendo romper el encanto.

—Creo que he bebido más de la cuenta —añadió ella sin mirarlo, mientras cogía su camisa.

—Pues me encanta el efecto que te ha causado.

—Bueno, pero no te emociones, ¿vale? —murmuró por lo bajo, metiéndose en la cama.

—¿Quieres que te de placer? ¿Quieres que te toque o quieres que te haga lo mismo...?

—No, por favor, Juan Luis. Tengo mucho sueño. Hasta mañana —se despidió, dándose la vuelta en la cama.

Él no protestó.

¿Para qué?

¿Por qué?
Estaba feliz.

¹ Novela de Vladimir Nabakov, publicada en 1955, que cuenta la historia de amor y deseo entre un hombre de edad madura y una cría de doce años.

Capítulo 28

En dos semanas, acudieron dos tardes. Manuel quiso más, no podía ni quería conformarse con tan poco, pero Bárbara le dijo que era imposible. Pronto la tendría para él solo, un poco de paciencia y solucionado. Volverían a ser las cosas como antes. El tiempo de vida que le quedase, quería estar con ella.

En los once años pasados, Bárbara no llegó a ser feliz en ningún momento. Simplemente se dejó llevar por los acontecimientos, no se molestó en pensar más allá del presente, del ahora, vivía el día a día y ya está. Cuando se acostó con la que fue su jefa por aquel entonces, no lo pensó, dejó que ocurriera y, como no era la primera experiencia que tenía de ese tipo, no le resultó fuera de lugar.

Era una buena mujer, que se portó muy bien con ella en todo momento y, gracias a ella y a su esposo, consiguió labrarse un porvenir.

Se conocieron en un restaurante, donde Bárbara trabajaba como camarera. Ellos, el matrimonio, eran clientes asiduos. Ricos, anticuarios, mayor él, más joven ella, mucho más. Por aquella época, Marina acababa de cumplir cuarenta y su esposo tenía sesenta y cinco; la misma diferencia de edad que había entre Manuel y Bárbara. Marina era una mujer muy liberada, mantenía relaciones con otros hombres y contadas mujeres. El sexo con el esposo dejó de existir años atrás por un problema de corazón. Estaba en tratamiento por haber sufrido un grave infarto, y el sexo había dejado de ser una prioridad. Sabía lo que hacía su mujer y a veces miraba. Quería que ella siguiera disfrutando de los placeres de la vida, hasta que se cansara de ello. No tenían hijos, lo cual era una ventaja para el tipo de vida que llevaban. Un matrimonio abierto funciona mejor cuando no hay hijos por medio.

La anticuaria sintió una viva curiosidad por Bárbara y le ofreció un trabajo en su casa, trabajo que la muchacha aceptó, pues después del paso por el café de Doña Carolina, ya había tenido bastante para saber que eso no le gustaba. Con el paso del tiempo, de poco tiempo, Marina comprobó que la joven era más inteligente de lo que aparentaba y la animó a que siguiera estudiando. Ella corrió con los gastos. Cuando cumplió los diecinueve le regaló otro puesto de trabajo: ayudante en la tienda. Tenía motivos de sobra para sentirse dichosa

con ese cambio en su vida, así lo demostró a la pareja, pero ella seguía vacía. Marina, que no se le escapaba detalle, notaba que algo no funcionaba en esa preciosa muchacha y, con mucha paciencia, logró que se lo contara todo.

Ocurrió una noche de noviembre, en la que Alberto, el marido, se hallaba en Barcelona por negocios. Marina la escuchó con toda delicadeza. Seguidamente le hizo el amor como si hubiera sido un hombre y Bárbara se dejó hacer. Permaneció pasiva hasta que notó algo gordo entre sus muslos. Marina la tranquilizó, le dijo que se relajase y que abriera las piernas totalmente. Le fue introduciendo el consolador, excitándose con el rostro de sorpresa de Bárbara, que jamás había visto nada semejante. Ella le murmuró al oído:

—Imagina que es la polla dura y gorda de Manuel. No —rectificó—, mejor la de Carlos, que es más joven. Es guapo y le gustas mucho. Su cuerpo fuerte y joven está deseando poseerte. Su polla es tan grande, que deseas que te penetre con violencia, para sentirlo dentro de ti, muy dentro de ti. Y mientras, te va a chupar los pechos, te va a morder los pezones, hasta que te corras de gusto.

Diciendo esto, le chupó los pezones sin dejar de mover el consolador dentro de ella. Bárbara, con los ojos cerrados, imaginaba el rostro de Manuel, pero al momento esa imagen cambió y el rostro de Carlos inundó su mente, sus pensamientos. Con gemidos, retorciendo su cuerpo, se corrió pensando en él.

Esa noche fue la primera de muchas. Bárbara, siempre pasiva, se dejaba hacer, pues nunca hizo amago de participar, de querer tocar a Marina, estaba muy claro que no era su condición y que, a pesar de estar excitada, no lo estaba tanto como para sucumbir y entrar en el juego.

Bárbara necesitaba un hombre, pero les temía.

Una noche la llevó a una fiesta privada. Marina disfrutó viendo cómo se les caía la baba a sus amigos mirando esa belleza de mujer. Uno de ellos la comparó con Ava Gardner, pero mejor. Bárbara enrojecía ante tanta adulación y los hombres aún disfrutaban más, pues esa timidez, ese candor, los excitaba. En un momento de la noche, cuando ya llevaban varias copas, Marina la llevó a un dormitorio donde las esperaban dos hombres. Bárbara estaba borracha, pero sabía lo que hacía, no había perdido el raciocinio. Vio como Marina se sentaba en un sillón y miraba a los dos hombres que se acercaron a Bárbara. Uno la acariciaba, mientras el otro le iba quitando la ropa. Al quedar desnuda, cuatro manos la tocaron por todas partes, mientras Marina se masturbaba

viéndolos. En un momento, uno de ellos la puso a cuatro patas y le metió el pene por detrás, y el otro lo hizo por la boca. Con toda su borrachera, pensó en quitárselos de encima y salir corriendo, pero en un rinconcito de su cerebro sabía que no la dejarían irse, que ahora que todo estaba en marcha, le tocaba aguantar y salir lo más airosa posible. Así que sacó fuerzas de algún sitio y se movió como una perversa, para que uno se corriera dentro de su boca y el otro dentro de su cuerpo.

Ellos quedaron tan satisfechos como Marina de verlos.

Al día siguiente, le dijo a Marina que no quería más fiestas privadas, que se sentía sucia y asqueada y que ella no quería nada de eso. Marina lo respetó y cada vez se hicieron más alejados sus encuentros sexuales. Hasta que un día, Bárbara le dijo que tenía novio y desde ese momento se acabó el sexo entre ellas. Juan Luis no le hizo el amor hasta la noche de bodas, y pensó que había desvirgado a una virgen, pero sin sangrar.

No es que ella le engañara, pero tampoco le habló de su vida pasada. Cuando él se había atrevido a preguntar, ella le contestó que no quería hablar de su pasado, que, si le parecía bien, correcto, todo en su sitio, y, si no, cada uno por su lado y tan amigos. Él no insistió, dando por supuesto algún desengaño amoroso que no quería recordar y que, seguramente, le habría hecho daño.

Como durante todo el tiempo que duró el noviazgo, solo le permitió algunos leves besos apasionados y pocos tocamientos con la ropa por medio, dio por hecho que era virgen o «casi».

A Juan Luis nunca le gustó Marina. La encontraba demasiado segura de sí misma, de esas mujeres que parece que se van a comer el mundo y que no necesitan de hombre alguno, o peor, que si tenía un hombre a su lado, hacían con él lo que les daba la gana. En realidad, creía que era una mala influencia para Bárbara, pero ella la defendía a capa y espada, diciendo que, gracias a ese matrimonio, había estudiado y tenía un bonito empleo que solo le daba satisfacciones.

Ese era otro problema a corto o medio plazo. El trabajo.

Él no quería que su mujer trabajase. Ciertamente era que venía muy bien tener dos sueldos, pero quería tener a su mujer en casa, no deseaba que estuviera fuera y codeándose con otros hombres, además, la gente pensaría que no podía mantenerla, o peor, que no podía controlarla y que era ella la que decidía por él. No, eso no era bueno para la autoestima de un hombre.

Luego estaban los hijos. No quería hijos al principio, pues prefería presumir de mujer bandera a tener una mujer de bandera preñada. Pero luego, más adelante, cambió de idea, pues lo correcto sería formar una familia como Dios mandaba. Quería una esposa esperando en casa, una buena anfitriona para sus invitados, una madre para sus hijos y formar su familia. Dos o tres niños estarían bien, incluso cuatro, ¿por qué no? De esa manera, las mujeres estaban más entretenidas y no fantaseaban con la tontería de trabajar fuera de casa, o cosas peores.

El aborto que tuvo fue un error. Bueno, no el aborto, si no el embarazo. Solía utilizar la marcha atrás, pero se ve que esa vez no calculó bien, porque era muy difícil mantener la cabeza fría estando con una mujer como la suya. Cuando supo que estaba embarazada, se sintió extraño, no entraba dentro de los planes, no deseaba ser padre, de momento, no quería compartirla con nadie, ni siquiera con un bebé, pero qué se le iba hacer. Cuando vino el aborto de manera espontánea, se alegró. Hasta pensó que había sido gracias a él, porque durante esas semanas, habían hecho el amor casi todas las noches.

Pero tenía claro, muy claro, que una vez establecidos en Madrid, sería el momento apropiado para ir pensando en ser padres y que su bella esposa se dedicara solamente a él.

Estaban en una cafetería de Gran Vía, donde acudían siempre que Bárbara podía y no ponía una excusa para no ir. Cada vez le resultaba más violento estar con ella. Se sentía una mala amiga, una traidora, pero también estaba en una encrucijada. Ella no quería seguir con Manuel, pero no lo podía dejar, lo sentía peligroso, le tenía miedo, a pesar de lo amoroso que era la mayoría de las veces, sabía que, si ella decía dejarle, no lo iba a permitir, y largarse era impensable. Lo dejó muy claro, la encontraría hasta debajo de las piedras.

Cuando lo conoció, nunca valoró de una manera fría y calculadora cómo era Manuel, lo que representaba, lo que sentía; no pudo hacer algo así porque era una niña y esos pensamientos no se le pasaron por la mente. Vio al hombre, se fijó en él, sintiendo ese halo de protección y seguridad que irradiaba, que le rodeaba. Y de forma añadida, supo que era muy rico, que tenía negocios y una situación privilegiada que se la había ganado a pulso. Nada más. En su inocencia era el hombre perfecto, a pesar de la diferencia de edad, de las generaciones que les separaban, pero a ella eso nunca le importó.

Ahora no era ninguna niña. Sabía de sobra cómo funcionaba el mundo, en todos los niveles. Contactos, intereses, negocios, enchufes, amistades,

enemigos.

Amor, sexo, placer, dolor...

Olga le dijo algo.

—No me escuchas. Estás en otro mundo —le riñó cariñosamente, mientras le daba vueltas al café.

—Perdona. Es que está tarde hemos recibido unos paquetes de Portugal y dos de ellos han llegado en malas condiciones. Gabriel se ha puesto hecho una furia y la ha pagado con el repartidor y luego conmigo —exageró un poco.

—Ves, eso te pasa por estar trabajando. De verdad, Bárbara.

—Déjalo estar, Olga, ya se lo qué opinas sobre el tema.

—Bueno, está bien. No te enfades. Ya le has dicho a Juan Luis que cenamos juntas, ¿no?

—Sí, por supuesto. Además, está de viaje, vendrá tarde.

—Estupendo. Manuel también está de viaje. Estaremos a nuestras anchas.

Hablaron de trivialidades, hasta que unas palabras llamaron la atención de Bárbara.

—¿Está enfermo?

—¿Tú le ves pinta de enfermo? Si está hecho un toro. Yo creo que es la mejor época que está pasando desde que nos casamos. Lo que pasa es que no me cuenta casi nada. Y sé que visitó un médico en París hace unos meses. Pero él no me quiso explicar nada. Dijo que era una revisión rutinaria. Pero como él no es de médicos, ya sabes, los tiene como amigos y a veces les consulta algo, pero ya está. Fíjate que, la última vez que estuvo en la consulta de uno, aquí en Madrid, fue cuando volvimos del viaje de novios.

—¿Qué le pasó? —preguntó inocentemente.

—Pues no lo tengo muy claro, la verdad. Este hombre, cuando quiere, es parco en palabras hasta decir basta. Tú fíjate, llegamos del viaje tres días antes, porque decía que no podía aguantar más en París, que tenía muchas cosas que hacer y que era imprescindible volver antes. Sus deseos son órdenes, así que... No hicimos más que llegar a casa y se fue a toda prisa, decía que tenía cosas que hacer. La verdad, Bárbara, porque no soy mal pensada que si no, hubiera creído que tenía una amante.

Bárbara tomaba su café, controlando los movimientos a la perfección y poniendo toda su atención en la conversación de su amiga, como si se tratara de lo más importante del mundo y al mismo tiempo lo más superficial.

—Tu marido siempre ha sido un hombre muy ocupado —dijo por decir

algo, pues ante esas intimidaciones y teniendo en cuenta lo que ello implicaba, cuanto menos dijese mejor.

—Sí, querida, pero hasta ese punto... Creo recordar que eran sobre las ocho de la noche. En fin, cuando volvió, estaba enfadado como nunca lo había visto y traía una mano vendada. Mira, yo me asuste muchísimo. Me dijo que el médico le había dado puntos de sutura y que no era nada. No pude sonsacarle más. Bueno, ni lo intenté. No te puedes imaginar cómo estaba. De hecho, esa noche no se acostó. La pasó en el despacho. Al día siguiente lo vi al mediodía, ya más calmado me dijo que se había cortado con un cristal en una de las obras que tenía y que había discutido con el arquitecto y no sé quién más por un problema de ajustes de presupuesto, relacionado con el tiempo de entrega o algo por el estilo. Algo que me extrañó mucho, pues Manuel no es de perder los estribos por esas cosas. Así que ya te digo, esa vez, por lo menos que yo sepa, es la única que ha estado en la consulta. Bueno, que pienso que estuvo, que igual fue el médico al lugar donde estaba él. Vete tú a saber.

—Cada persona es un mundo. Manuel parece un hombre muy complejo — se atrevió a decir.

—No lo sabes bien. Menos mal que yo lo entiendo y no le complico la vida, si no.... Mira, después de los abortos le propuse adoptar, ni te cuento la cara que puso. Me dijo que él ya tenía a sus hijos y que no necesitaba más. Que, si no me quedaba embarazada o no llevaba a término los embarazos, no había nada que hacer. Punto y final.

—Bueno, no lo tomes a mal. Muchos hombres piensan así. Y más si ya tienen hijos. En fin, ya sabes, para muchas cosas son muy egoístas.

—¡Uy! Díselo a mi madre. Que se morirá diciendo que Manuel es el mayor del mundo.

—¿Y tú opinas así?

—Por supuesto que no. Manuel es maravilloso. Con sus defectos, por supuesto, como todos, pero maravilloso.

—Me alegro de que seas feliz —añadió Bárbara con una sonrisa.

—Yo no he dicho eso —rectificó Olga. Bárbara borró la sonrisa y se alzó ligeramente de hombros, dando lugar a que la otra continuara—. Que él sea maravilloso no quiere decir que yo sea feliz. No tengo hijos, me engaña con otras, me miente, me anula cuando quiere, me ignora cuando le da la gana. Sí, ante el resto de la gente es atento, educado, cariñoso. Pero a solas pierde los nervios cada dos por tres, o se encierra en sí mismo y no habla en horas. Yo,

como lo conozco, lo llevó lo mejor posible, lo dejó estar y no me complicó la vida. Y una de las mejores maneras de llevarlo, es gastando, gastando todo lo que me da la gana —terminó con una carcajada.

Se quedaron calladas durante unos minutos y Bárbara miró a las mujeres que pasaban por la acera, mujeres elegantes y otras más corrientes, más ordinarias, y fue en esas en las que se fijó, yendo o viniendo de sus puestos de trabajo o haciendo recados para los que estaban por encima de ellas, o las más jóvenes que saldrían de los colegios o academias... Y recordó cuando ella era así, cuando era una muchacha y vestía de esa manera, con ropas sencillas, de segunda mano. Una muchachita corriente, con poca cultura y un porvenir incierto. Y ahora, estaba tomándose un café con la esposa de uno de los hombres más ricos del país, que había sido su amante y volvía a serlo.

Estaba satisfecha con su progreso, pero se arrepentía de haber vuelto a los brazos de Manuel.

Pensó en lo que había dicho Olga..., la vuelta del viaje de novios.

Sufrió. Sufrió de verdad.

Pues le estaba bien empleado. Ella también había sufrido. Más que él. Pero era hora de pasar página, no de volver al comienzo, de no cometer los mismos errores o peores.

No.

Ya no era la misma.

—Mira —exclamó Olga—, el coche ya está aquí.

El chófer las estaba esperando enfrente de la cafetería y les abrió la puerta para que subieran al lujoso automóvil y llevarlas a la Plaza Mayor.

Según circulaban por las calles de Madrid, Bárbara volvió otra vez al pasado. Cuántas veces recorrió esas calles, cuántos madrugones para ir a trabajar, cuántos recuerdos bonitos y tristes. De repente, se acordó de Carlos. Tan atento, tan guapo, tan encantador.

—Y Carlos, ¿todavía sigue en el extranjero?

—Estuvo hace unos días aquí, en Madrid. Yo ni le vi, una visita relámpago, ni siquiera pasó por casa, así me lo dijo Manuel. Ahora está en Londres y después creo que iba a Ginebra. No para en ningún sitio y Manuel está muy orgulloso de él. Dice que es su digno sucesor.

Bárbara volvió a mirar por la ventanilla y dejó volar su pensamiento hasta esa noche que hicieron el amor, bueno, lo más correcto sería decir que practicaron sexo.

—Deberíamos ir a la cafetería donde trabajaste. Menudas caras pondrán al verte.

—No, no me apetece —contestó Bárbara. Lo último que deseaba era volver a ver a Doña Carolina y a su hijo.

—El hijo se casó con la hija de un militar. Y la madre acude unas horas al día, principalmente para hacer la recaudación de la caja, y el tiempo restante lo pasa en la pastelería. Según dicen por ahí, él se acuesta con las empleadas.

—No me extraña. ¿Sigue siendo amigo de Carlos?

—Creo que no. Se mueven en mundos muy diferentes. Y aunque Carlos es un encanto con todo el mundo, creo que la relación es cordial pero mínima. ¿Qué te ocurre, Bárbara? Te noto rara, y no me digas que es por tu jefe.

—Es Juan Luis. Esta mañana olvidé prepararle la maleta que se lleva a los viajes y la ha tomado con mi trabajo y se ha puesto como un energúmeno.

Realmente fue así. Puso el grito en el cielo y repitió la monserga de siempre, que estaba harto de su trabajo, que su obligación era estar en casa cuidando de él, que el día que se le hinchasen los cojones la encerraría bajo siete llaves, que ella lo único que deseaba era salir para estar luciéndose por las calles para que los hombres la mirasen y le dijese cosas... Ella le gritó, lloró, le dijo que no tenía derecho a insultarla, que ella podía hacer lo que le diese la gana y que todas esas cosas de lucirse y de que la mirasen los hombres eran fantasías suyas.

Clavándose en sus ojos, sin pestañear, con la mirada más dura que jamás le había visto, le dijo:

—Si te pillo alguna vez con un hombre, te mato. Aunque tenga que pudrirme en la cárcel y destrozar mi vida para siempre, te mato. Más vale que no te vea con Oliveira, porque voy a por ti.

Ella enrojeció como un tomate. Sus piernas temblaron.

—No sé por qué dices esas barbaridades.

—Lo sabes muy bien. Veo cómo te mira cada vez que nos juntamos con ellos. Tal vez la tonta de Olga no se da cuenta, pero yo no soy un palomo. Te folla con los ojos cada vez que te mira y cuando se da cuenta de que lo estoy observando, entonces pone cara paternal y disimula como si no pasara nada.

—Y no pasa nada, Juan Luis —intentó razonar con él, aplacarlo, pues sintió un miedo atroz porque su marido descubriese la infidelidad—. Manuel Oliveira es un mujeriego empedernido. Mira a todas las mujeres de esa manera, además, está enamorado de Olga.

—Y yo nacé ayer, Bárbara. No me tomes por tonto —le espetó, mirándola con furia.

—Déjame en paz.

—¡No, no te dejes en paz! —gritó cogiéndola del brazo—. Dime si se ha insinuado. Si te ha dicho algo indecoroso. ¡Dímelo!

—Por supuesto que no. Jamás —le contestó soltando de un tirón el brazo.

—Pues que no me toque las pelotas, porque no pienso darle el gusto de que se folle a mi mujer. ¡Que no se piense que, porque ha abierto una cuenta ridícula en el banco, le voy a ceder a mi esposa! —le gritó, mientras ella desaparecía de la habitación.

Juan Luis no era de los que cumplían sus amenazas, y menos de ese tipo. Era cualquier cosa menos agresivo; quería asustarla y lo había conseguido.

—Los hombres son todos iguales —añadió Olga para tranquilizarla, sin saber todo lo que se dijo en la discusión de pareja—. Se creen con derecho a mandarnos como si fuésemos sus posesiones, sus trofeos; claro que, muchas veces, somos nosotras mismas las que damos lugar a que ocurra. En fin, no hay que hacer caso. Y no te preocupes por esas cosas. Seguro que esta noche viene suave como la seda y pidiéndote perdón.

Capítulo 29

Se suponía que cenarían solas. Manuel no llegaría hasta tarde, pero no fue así. Cuando Engracia terminó de poner la mesa y admirar a Bárbara, pues estaba muy orgullosa de esa «niña» que habían tenido en casa, escucharon la llave en la cerradura y los pasos firmes y seguros, que hicieron crujir la madera de roble que cubría el suelo de la zona noble de la casa. Entró y se hizo el sorprendido. Besó a Olga en los labios y a Bárbara en la mejilla. Cenaron tranquilamente, hablaron, se sonrieron, comentaron trivialidades hasta que llegó la hora de la despedida.

—Ahora te llevará el chófer a casa, querida —dijo Olga.

—El chófer estará en su casa, Olga. Cuando llegué, le dije que se fuera. No sabía que Bárbara estaba aquí —mintió con toda la naturalidad.

—¡Oh! Manuel, tendrás que llevarla a casa. No vamos a dar lugar a que tome un taxi.

—Por supuesto que no —contestó él, mientras pedía los abrigos a una criada.

—No es necesario que te molestes. Un taxi me irá bien, de verdad —protestó Bárbara, que no quería verse a solas con él.

—De eso nada, Bárbara. No son horas para que una mujer esté por la calle y subiendo en taxis. Nunca sabes lo que pueda pasar, ¿verdad, Manuel?

—Así es, cariño. No tiene por qué pasar nada, hasta que pasa, y no me lo perdonaría nunca, si te ocurriera cualquier cosa por haberte dejado sola en la noche... —dijo mirando a Bárbara con una sonrisa encantadora.

—Creo que estáis exagerando, son las once, tampoco es tan tarde.

—Manuel te lleva y en paz. No se hable más —añadió la amiga, mientras la besaba en la mejilla.

Él se despidió de su mujer y le dijo al oído que no lo esperase levantada, ya que pasaría un rato en el casino. Ella se encogió de hombros.

Salieron a la plaza y ella anduvo separada de él, mirando al frente sin dirigirle la palabra, pero al entrar al Arco de Cuchilleros, antes de bajar el gran tramo de escaleras, y aprovechando que no pasaba nadie, la cogió y la aplastó contra la pared, protegiéndola con su cuerpo. Ella intentó escabullirse, pero era algo impensable. Manuel la besó con delirio, haciendo que abriera la

boca a la fuerza y ella, al final, correspondió a ese ardoroso beso, devolviéndole todo lo que él le daba, comiéndose su lengua igual que él lo hacía, lamiéndose los labios mutuamente, pero con prisa, con violencia y sin pausa. Y de esa manera, en ese loco frenesí, notó como una mano se metía entre el abrigo, le subía la falda y llegando a las bragas le frotaba el sexo con fuerza.

—Manuel, Manuel —dijo entre suspiros—, por Dios, estamos en la calle... Nos pueden oír, nos pueden ver... —Logró añadir entre beso y beso de esa boca abrasadora.

Pero a él le dio igual, siguió tocándola con ansia, con furia, rompiéndole las bragas de una y penetrándola con los dedos, sintiendo cómo se derretía en sus manos y cómo su sexo se inflamaba y se mojaba gracias a él, sin descanso, hasta que notó de qué manera se corría en sus dedos, tragándose todos sus gemidos y, esos gloriosos muslos, con fuerza, se cerraron y aprisionaron su mano, mientras él seguía besándola.

El sonido de unos pasos hicieron que Manuel reaccionase, la cogió del talle y, con cuidado, bajaron la larga escalinata de Cuchilleros que les llevaría al garaje donde guardaban los coches.

Una vez dentro, ella se tocó los labios irritados, seguramente enrojecidos, todavía nerviosa después de lo sucedido; pero enseguida se dio cuenta de la dirección que tomaba.

Ella protestó.

No quería ir a Bilbao, no quería ir al nidito de amor, como él lo llamaba.

—Llévame a casa, por favor. Mi marido no tardará en llegar y tengo que estar allí. —Él hizo como que no le oía.

Bárbara se fijó en la mano derecha, debajo de los nudillos. Allí estaba esa cicatriz. La cicatriz que se hizo cuando no la encontró, cuando ella desapareció de su vida. Sintió miedo. Mucho miedo.

Esa violencia que mostraba al tocarla, la asustaba. El Manuel que conoció, el que la enamoró, nunca fue así, pero claro, entonces ella era de él, total y exclusivamente de él.

—Manuel, por favor, te lo suplico, llévame a mi casa. Esta mañana he tenido una discusión de lo más desagradable con Juan Luis. Ha insinuado que te quieres acostar conmigo. Dice que es capaz de matarme si se entera que le soy infiel.

Habían llegado y él siguió sin decir nada. Aparcó el coche, colocó un

brazo encima del respaldo cerca de la nuca femenina y la miró a los ojos.

—Primero, tu marido no viene esta noche, lo sé bien. Segundo, no tendrá ocasión de ponerte una mano encima.

Bárbara pensó que las segundas partes nunca fueron buenas y esa era una de ellas. Manuel no quería perderla y por ese motivo se había vuelto posesivo, altanero, mandón, amenazante y violento. No tenía la delicadeza de años atrás, o tal vez nunca la había tenido y ella, con su juventud, su ignorancia de los hombres, de la vida, no se dio cuenta.

Manuel, imaginando lo que estaba pensando, pasó la punta de un dedo por sus labios hinchados, rodeándolos con delicadeza, dibujándolos lentamente. Bajó la cabeza y llegó a su boca para besarla con suavidad, para dejar pequeños besos como aleteos de mariposa.

—Te amo. —Se escuchó la voz ronca y deseosa.

Continuó con el beso, pero, poco a poco, se hizo más profundo y ella comenzó a gemir, y él notó la diferencia. Ese gemido era distinto. Se separó de ella y la miró. Unas lágrimas rodaron por sus preciosas mejillas.

—Por favor, Manuel, estamos en la calle. Nos pueden ver.

Manuel miró el exterior, la noche cerrada, los pocos transeúntes que quedaban a esas horas. Sí, tenía razón, podría pasar el sereno, o incluso algún borracho desgraciado que se quedase mirando a través del cristal.

Salió del coche y fue a abrirle la puerta y, en cuestión de pocos minutos, estaban en el piso.

La desnudó en un santiamén, tirando las bragas rajadas encima del vestido y del sostén, rompiendo las medias al quitarlas con prisas, mientras sonreía complacido. La tumbó en el sofá y, abierta de piernas, metió la cabeza entre esos muslos para darle placer hasta que se volvió a correr. Se incorporó y se desnudó por completo, tirando sus ropas al suelo. Con cara de satisfacción, la observó detenidamente, gustándole que ella hiciera lo mismo. La cogió en brazos y la llevó a la cama. Allí, la disfrutó todo lo que quiso y más. Estaba feliz. Estaba pletórico. Sabía que iba a ser toda suya. No tendría ningún obstáculo, ningún marido gilipollas que rondara alrededor de ella.

Cojonudo.

No le remordía la conciencia.

¿Por qué le iba a remorder, si fue lo primero que pensó cuando Olga se lo presentó?

Ojalá y el otro problema que tenía, lo pudiera arreglar así de fácil.

Al día siguiente, unos estridentes golpes resonaron en la puerta de su casa. Eso fue lo que sintió ella cuando dirigió sus pasos a la entrada y al abrir la puerta oyó la pregunta del hombre. Se quedó sin palabras, sin saber cómo reaccionar, para, después de unos segundos, responder: sí, soy yo.

Era la Guardia Civil. Sintió miedo por todo su cuerpo. Santo Dios, ¿qué había pasado? Escuchó atentamente todo lo que le dijo el hombre. ¿Qué sintió? ¿Pena, dolor, compasión o solo libertad? Pasados unos días, comprobó que no tenía ni una pizca de dolor en su interior. ¿Tan fría se había vuelto? ¿Tan poco había querido a Juan Luis?

Su marido se estrelló violentamente contra un camión y murió en el acto, y ella no sintió dolor por la pérdida del esposo, ni pizca. No lo había amado, era cierto, pero ¿por qué se casó con él? Tal vez por su insistencia, por su caballerosidad... O simplemente porque se encontraba sola y ese hombre estaba dispuesto a complacerla en todo. Pero, aun así, podría sentir un poco de sufrimiento, algo de compasión... No, ¿para qué mentir?, la realidad era esa. No había otra.

Olga estuvo en todo momento con ella. Su tía Ester también la visitó, pero fue su amiga la que llevó el peso de casi todo. Olga le pidió a Manuel que se encargara de todo el papeleo del entierro, seguro de vida, los trámites con la Guardia Civil y demás. El entierro fue discreto, en familia y poco más. Acudieron los empleados del banco, algún familiar de Juan Luis que vivía en los alrededores de Madrid y los amigos más íntimos. Bárbara, toda de negro, seguía levantando las miradas de los hombres. Más de uno pensó que era una mujer demasiado guapa y joven para permanecer sola mucho tiempo.

Rechazó la oferta de pasar unos días en la casa de Manuel y Olga, igual que rechazó a Manuel cuando se presentó en su coqueto piso. Le dio con la puerta en las narices y antes de eso le dijo que la dejara en paz, que no quería saber nada de él, no quería continuar algo que acabó muchos años atrás. Pero Manuel no quería terminar con ella. Mientras el viviese, quería tenerla consigo.

Dejó pasar el incidente de la puerta en las narices, más que nada, por no montar un escándalo en el rellano de ese edificio de nueva construcción donde vivía, y dar lugar a que alguna vecina o vecino curioso se enterase y comenzaran las habladurías. Le dejaría un corto tiempo para que se hiciera a su nueva vida y luego volvería a la carga. Se fue a Roma con Olga durante una semana, en especial, para darle celos, y le trajo una pulsera de oro.

Se disponía a bajar la persiana de la tienda, con el bolso colgado al codo, cuando unas fuertes manos la ayudaron y terminaron la labor de cerrar el candado, evitando que ella se agachara. Bárbara lo miró sorprendida. Creía que él había desistido, pero estaba visto que no sería fácil romper con Manuel.

—Ven, sube al coche.

—No. Me voy a casa. —Ella evitaba mirarlo y, de ese modo, no vio el rictus de su cara.

—Sube al coche ahora mismo —le ordenó con una sonrisa y sin levantar la voz, mientras los transeúntes pasaban por la zona, de vuelta a sus casas o camino del bar para echar una cerveza, o un vinito—, si no quieres que te agarre de los pelos y te meta yo mismo. —Ahora si había captado toda la atención de la mujer y sonrió cínicamente.

—Serías capaz —afirmó con tristeza.

—No lo dudes ni por un momento.

Ella subió al coche, mientras pensaba que lo dicho no era un farol. Tenía arrestos para cualquier cosa. Acomodados en el asiento trasero, el chófer se puso en marcha y él le bajó el abrigo, dejando ver un traje de chaqueta negro y austero.

—Te he echado de menos, mi nenita. Mucho, mucho —le susurró al oído.

Ella permaneció muy estirada, incomoda de ir con él y con el chófer. Por Dios, ese empleado llevaba a Olga a todos los sitios. Sintió vergüenza por ella y por Manuel. Por todo.

Manuel le metió la mano por debajo de la falda y acarició el interior de sus muslos, rozando el final de las medias y los ganchos del ligüero.

—Por favor, Manuel, el chófer nos va a ver —replicó vergonzosa, violenta ante esa intromisión, esa forma de ser tratada por ese hombre que antaño, había amado más que a nada y a nadie.

—El chófer tiene que conducir y lo que aquí ocurra no le interesa. Es ciego, es sordo y es mudo. No tienes por qué preocuparte, mi vida. —Se topó con el final de las medias.

Qué placer acariciar esas carnes duras y plenas, suaves como la seda y turgentes como pocas. No se cansaba nunca, era una droga para él.

Las calles de Madrid iban pasando ante ellos, sin reparar en las gentes, en las tiendas o los edificios. Solo existían ellos dos. La obligó a abrirse de piernas y le frotó el sexo, jugueteando con el clítoris, metiendo los dedos,

acariciando toda la zona, mientras la miraba y disfrutaba contemplando la mirada brillante de esos ojos verdes y los labios que se mordían para no jadear, pues sabía que el chófer miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor.

Se sintió como una autentica prostituta y, a pesar de ello, comenzó a excitarse como si estuvieran solos. ¿Cómo podía hacerla gozar de esa manera?, se preguntó Bárbara, ¿cómo podía conseguir que se abriera de piernas en tan poco tiempo...? Los propósitos de no verle, de no permitir que le pusiera una mano encima, se iban al traste. Era tan experto en el sexo, en complacer a una mujer, que nada escapaba a sus sentidos.

Una vez salieron de Madrid, aparcaron en un descampado. El chófer bajó del vehículo y desapareció en la oscuridad. En cuanto su jefe abriera una de las puertas, volvería. Estaba bien adoctrinado.

Le desabrochó la chaqueta poco a poco y se la quitó. La falda la subió por encima de las caderas. Como no llevaba blusa, le bajó los tirantes de la combinación, sorprendiéndose de que no llevara sostén, algo que no debería hacer y que debería decírselo y a no más tardar.

—¿Por qué no llevas sostén?

—No te importa —protestó molesta, a pesar de la excitación que sentía.

Él lo dejó pasar, con una sonrisa torcida.

—Ciertamente, no lo necesitas. Tienes los pechos más hermosos que he visto en mi vida —piropeó mientras los tocaba con delicadeza.

—Y has visto muchos —afirmó ella con voz ronca.

—Sí, nena. Muchos he visto y he tocado, pero ningunos como estas maravillas. Y los pezones, ¿qué me dices de estos botoncitos que se endurecen con solo pasar mis dedos? Y no digamos mi boca. Son como diamantes, no, más valiosos que esas piedras. —Sus manos seguían tocando con delicadeza, rozando los pezones con los pulgares, haciendo que ella jadeara—. Seguro que a tu difunto marido le gustaba jugar con ellos. —Bárbara no contestó. Le pareció de mal gusto que hiciese semejante comentario.

Manuel la miró burlón, se acercó a su boca y le dijo:

—Abre las piernas. —Y ella obedeció bajo la sonrisa de él—. Abre la boca y dame la lengua.

Y ella volvió a obedecer, sacando la punta de la lengua para que Manuel la cogiera con sus labios y la chupara. En unos segundos, se devoraban el uno al otro de manera salvaje, y el hombre no podía estar más feliz, porque su nenita

se lo daba todo, se entregaba por completo, gimiendo contra su boca mientras él le martirizaba el sexo sin parar, provocando que estuviera mojado por tanta excitación.

—Cómo te deseo, nena. Me vuelves loco, loco —murmuró contra la boca—. Dime cuánto me deseas. Dímelo, mi nenita.

—Sí, sí, te deseo, te deseo con locura. Me odio por ello, pero no lo puedo evitar. Te deseo, te deseo, te deseo —volvió a repetir con lágrimas en los ojos. ¿Por qué tenía que llorar cuando estaba gozando con él? ¿Por qué era tan hijo de puta, que no la dejaba en paz? ¿Y por qué ella se comportaba como la mayor golfa sobre la Tierra, traicionando a su amiga Olga? Todas esas preguntas desfilaron por su mente, mientras Manuel la volvía loca de placer.

La tumbó en el asiento, se colocó la gomita maravillosa y la penetró una y otra vez, hasta que ella gritó cuando le llegó el orgasmo.

El chófer, desde una distancia prudencial y fumando un cigarrillo, oyó los gritos de ambos. Qué suerte tenía el jodido patrón. Se tiraba a la amiga de su mujer, que estaba de putísima madre, como si fuese la cosa más normal del mundo. Y mientras, los demás mortales como él, a conformarse con sus Marías.

Al terminar, se arregló las ropas, ligera, sin perder tiempo. No comprendía por qué la había llevado a un descampado, teniendo un piso para ellos. Él le dijo que le apetecía cambiar. La novedad. Ella no entendía por qué un hombre de cincuenta años quería retozar en el asiento trasero de un coche, mientras el chófer esperaba como un pasmarote. Tal vez se sentía más joven.

—Recordar viejos tiempos, nenita. ¿No te acuerdas de Santa Catalina, mi amor? —preguntó con una pícaro sonrisa.

—Sí. Me acuerdo perfectamente.

—Tengo grabados en mi mente todos y cada uno de nuestros encuentros y, ese, ese es especial, ¿no crees?

—Sí. Pero es pasado.

—El pasado forma parte de nuestro presente.

Ella no dijo nada. No deseaba seguir ahí, no quería continuar con esa conversación, no quería ver al chófer fumando un cigarrillo tras otro, mientras ellos seguían en el coche.

Pero ahora, en esos momentos, ella se sentía sucia y asqueada.

El cadáver de Juan Luis todavía estaba caliente en su tumba y ella follaba como una loca con el marido de su amiga.

Manuel le interrumpió sus pensamientos. La besó en la oreja y en el cuello.

—Mañana por la noche, te espero en el piso. A no ser que quieras que vaya a tu casa.

—No, en mi casa no.

Manuel sonrió. Daba lo mismo, prefería no acostarse en la cama de ese cabrón.

Capítulo 30

Con el tiempo y la experiencia que le daban los años, fue comprobando que Manuel Oliveira era muy diferente a todos los hombres que había tratado. Egoísta, frío, calculador, ególatra, mezquino en algunos momentos, cínico en otros... Tenía más defectos que virtudes. A pesar de eso, algo la atraía a él como un imán, como una droga de las más potentes. Cuanto más tenía, más quería. Luego, dejaba unos días de verlo y se proponía esquivarlo de cualquier manera. Sin embargo, todo quedaba en agua de borrajas. Aparecía con su sonrisa burlona y comenzaba a sentir húmedo su sexo. ¿No podía esperar lo mismo de otro hombre? Parecía que no.

Tenían unas peloterías terribles, discutiendo violentamente, la mayoría de las veces, por causas relacionadas con el comportamiento de Bárbara. Esta entraba en cólera, y Manuel más. Todavía no se creía que su nenita, como él la llamaba, le hiciera frente de esa manera. Chillaba, pataleaba, incluso le insultaba, llamándole cerdo egoísta; le decía que no le pusiera una mano encima en lo que le quedase de vida. Manuel se le iba acercando despacio, con cara de pocos amigos, la agarraba por los brazos, inmovilizándola, y terminaban en el suelo, besándose y tocándose, para terminar haciendo el amor descontrolados, con furia salvaje.

Una de las cosas que más le fastidiaba era su trabajo. La quería para él solo, no quería compartirla con una jornada laboral de ocho horas, deseaba que estuviese libre para ir al pisito a la hora que le saliese de los cojones y que ella estuviese ahí, esperándolo, dispuesta a satisfacerlo. No le iba a faltar de nada, se lo daría todo, todo lo que ella le pidiera y más. Incluso estaba pensando en adquirir otro piso más grande, más lujoso, acorde a lo que ella se merecía. Pero cualquiera le decía lo del piso si no accedía a dejar el trabajo; al final, tuvo que ceder. Transigía en demasiadas cosas para su gusto y, aún, tenía la desfachatez de llamarlo egoísta.

En una ocasión le puso las peras al cuarto, le demostró quién dominaba a quién. Tenía que ir una semana a Barcelona y le pidió que fuese con él. Ella se negó, ni se lo pensó; tenía que trabajar.

—Pide permiso a Gabriel, no te lo negará.

—No. —Él la miró de frente con el ceño fruncido.

—¿Cómo qué no? ¿A qué juegas conmigo?

—No estoy jugando a nada. No voy a ir y punto. Tengo un trabajo y unas obligaciones que no pienso dejarlas porque tú lo digas.

—¿Has acabado ya?

—Sí —contestó altanera.

—Muy bien, nenita, solo te lo diré una vez. Si no quieres tener problemas y si no quieres perder ese trabajo que tanto estimas, que tanto te gusta, que tantas satisfacciones te da, harás lo que yo te diga. Te vendrás a Barcelona, quieras o no. Conmigo. —El tono de voz iba subiendo según se iba alterando.

—¿Sí? No me digas. ¿Y por qué tengo que creerte?

—A veces eres muy ingenua, Bárbara. A veces, sigues siendo la niña de la que me enamoré.

—No me digas —volvió a repetir, aun sintiendo un nudo en la garganta al haber oído esas palabras, al recordar esa época pasada, ese amor tan fuerte y tan explosivo, pero Manuel ya estaba perdiendo la paciencia y dejó de lado su vena romántica.

—Bárbara, no me calientes, porque puedo hacerte mucho daño, y es lo último que deseo en esta vida. Te quiero toda para mí y así será hasta el final. Accedí a que siguieras trabajando porque en el fondo soy un tonto y te lo consiento. Pero no te pases de la raya, porque una llamada mía a Gabriel, significará que te verás en la calle. Y tú no quieres que eso ocurra, ¿verdad?

Ella no contestó, mirándolo con esos ojos deslumbrantes.

—¿Verdad que no, Bárbara? —volvió a preguntar con falsa dulzura.

—No —contestó sin alzar la voz.

—Así me gusta, que seas obediente. Quiero tenerte para mí, quiero que estés a mi disposición y no admitiré otra cosa.

—No sé por qué estoy a tu lado. Eres un déspota y un dictador —replicó bajando la voz, enfadada y triste.

—Porque me amas igual que yo a ti, vida mía. Nos amamos y eso no lo cambia nadie. —La rodeó con sus brazos y la besó en el cuello.

Ella, con la mirada ausente, se preguntó cuándo acabaría todo.

Seguían siendo tan amigas como siempre. Olga, inocente como una paloma, jamás hubiera sospechado de Bárbara y Manuel. No por su esposo, que era infiel por naturaleza, si no por Bárbara, que la consideraba incapaz de liarse con el marido de una amiga. Tenía tanta confianza con ella, que le contó que

dormían en habitaciones separadas desde hacía cuatro meses. Más o menos el tiempo que Bárbara llevaba viuda. Y también le confesó que pensaba, intuía, algún lío serio por parte de su marido. A pesar de estar acostumbrada, le dijo, a sus devaneos, no se sentía muy tranquila por el cambio surgido en su carácter y las largas ausencias de la casa. Por no decir, que no la llevaba a sus viajes, aunque eso había sido una decisión de ella, de mucho tiempo atrás.

Qué sucia, qué puta, qué indecente se sintió Bárbara, y todo ocurría por su culpa, por haber vuelto a aparecer, por haber accedido a los deseos de Manuel, que al final, habían sido los suyos también. Le dolía en el alma ser así, comportarse así, y casi estuvo a punto de irse de la lengua. De contarle todo, de culparse totalmente por lo que estaba sucediendo, de catalogarse ante su amiga de perra inmunda y puta callejera... pero se controló. Se frenó.

Miro fijamente uno de los cuadros del salón de la casa de Manuel. Era un bodegón de Georges Braque, estaba al lado de un Picasso. Eran los mismos cuadros que estaban cuando ella vivía en la casa. Pero por aquella época, no sabía nada de arte. No sabía que el francés y el español, eran amigos íntimos, creadores del cubismo. Tal vez por eso, estaban uno al lado del otro, tal vez Manuel era amigo de ellos.

Se concentró en las pinturas, para no pensar en las náuseas que sentía, lo sucia que se sentía, lo difícil que era mantener esa doble personalidad.

Carraspeó un poco y miró a su amiga.

—No será nada, Olga. Seguramente, algún tonto sin importancia, como hacen muchos. Los hombres son así, se encaprichan de una y, una vez que ha pasado la novedad, como su mujer ninguna.

—Sí, tienes razón. Ese es el comportamiento de Manuel, siempre ha sido así. Incluso cuando éramos novios me engañaba.

—Por eso. Algunos hombres lo llevan en su naturaleza. Son así, lo aceptas y punto.

—Sí, llevas razón. Parece mentira que siendo tan joven sepas tanto del comportamiento de los hombres. —Olga suspiró profundamente—. Espero que sea así, porque solo pensar que pueda enamorarse de otra mujer y que me abandone... No sé lo que haría. Te lo juro, no lo sé. —Bárbara, colocó una mano sobre el brazo de su amiga.

—No pienses esas cosas, no es bueno. Él te quiere, se le nota. No te dejará. Nunca —dijo con determinación.

—¿Tú crees? —preguntó, deseosa de esa energía positiva que su amiga le

irradiaba.

—Por supuesto.

Nada más ver a Manuel, se lo contó. Le dijo lo sucia que se sentía. Se tiró de los pelos y lloró histérica, susurrando que Olga no se merecía eso, que eran unas horribles y malas personas. Él la tomó en brazos e impidió que se lastimara,

—Cariño, se cómo te sientes, pero deberías estar contenta. Tú eres la única mujer. Tu cuerpo es el único que deseo, el único que poseo. Eres el amor de mi vida.

—Lo sé, lo sé, pero no puedo evitarlo, no es justo, no es justo para ella, no se merece que le hagamos daño. Si algún día se entera de lo nuestro, creo que me moriré.

—No te morirás, nenita mía. Ahora cálmate, mi amor, no llores más.

Se tranquilizó oyendo la grave y profunda voz de Manuel. Despacio, hipando y suspirando, se durmió en sus brazos. Manuel no la soltó hasta que ella despertó.

—El niño es una preciosidad, pero ella sigue siendo una estúpida, como siempre.

—¿No ha mejorado con los años?

—¿Mejorar? —preguntó Olga sorprendida—. Para nada. Estoy deseando que se vayan a su París maravilloso. ¡Qué pesadez!

—¿Cuándo se van? —preguntó Bárbara, dando vueltas al café, al tiempo que miraba la puerta de la tienda por si entraba alguien.

—¡Uf!, aún queda tiempo. Mar quiere ver a su hermano.

—¿Carlos?

—Sí, tesoro. El único que tiene —afirmó Olga, dando un sorbito al café y riéndose de su broma.

—¿Viene? —preguntó nerviosa.

—Sí.

—Pues habla. Cuéntame, vamos —le increpó con una sonrisa.

—Tranquila, te cuento. Ya sabes que está en Londres, bueno pues ha dado por concluida su estancia allí y viene a hacerse cargo de los negocios de Manuel. Ya sabes, como abogado, empresario y esas cosas.

—Hace siglos que no le veo —dijo con nostalgia.

—El otro día le hable de ti. No sé por qué, pensé que Manuel le habría

dicho algo de tu regreso, y yo, en todas las veces que he hablado con él, no mencioné el tema. Se me pasó. En fin, el caso es que saqué la conversación y no se lo podía creer. En un principio me dijo que no le tomara el pelo, que con ciertas cosas no se bromeaba. Cuando se dio cuenta de que no le estaba mintiendo, se quedó callado durante unos segundos y me dijo que estaba deseando verte.

—Yo también. Tengo un recuerdo muy agradable de él. Era un encanto. Siempre tan atento, tan amable y tan caballero para lo joven que era y, por supuesto, muy guapo.

—Ya lo creo, y lo sigue siendo, todo lo que has dicho. La última vez que estuvimos con él fue en Navidad. Este verano, como no fuimos a Palma, no se reunió con nosotros. Se fue a los Estados Unidos y a México.

—¿Tiene novia? —No supo por qué, pero temió oír la respuesta.

—No. Lo raro es que no lo haya pillado alguna por ahí. ¿Te acuerdas de María del Pilar? —Bárbara afirmó con la cabeza—. Menuda estúpida esa también. Le apretó demasiado los tornos y Carlos saltó como un muelle. Cuando terminó la carrera lo dejaron definitivamente. Menudo disgusto se llevó Manuel, que pensaba que esa tonta era la mujer ideal para su hijo, sobre todo porque era y es de buenísima familia. Pero Carlos siempre tuvo las cosas muy claras, lo que pasa es que siempre fue muy noble y no quería hacer daño a nadie, pero todo tiene un límite, y comprendió que esa no era para él, que no la quería suficiente.

—¿Todo eso lo sabes por él?

—Unas cosas sí y el resto por Manuel. En fin, se fue a Inglaterra, a Alemania, Holanda, yo que sé, hacer cursos, másteres y un montón de cosas más. Habla cinco idiomas. Su padre está muy orgulloso, siempre lo ha estado, a pesar de romper el compromiso con esa, pero claro, ahora tiene un descanso muy grande al tenerlo en la empresa.

—Claro, es lógico.

—Y con las mujeres ni te cuento. Es otro Oliveira de cuidado. Se las lleva de calle. Así que te vuelvo a repetir, no entiendo como no lo ha cazado alguna lagarta extranjera o nacional —concluyó con una sonrisa.

—Simplemente no se habrá enamorado.

—Es probable —Olga se preguntó si hubo algo entre su amiga y su hijastro. Decidió indagar y Bárbara se ruborizó.

—No, por supuesto que no. Carlos siempre se portó muy bien, muy

correcto. Siendo tan joven, ya era todo un caballero.

—Sí, sí, eso ya los has dicho. Pero te has ruborizado, estás como una fresa, seguro que te hubiera gustado tener algo con él.

—Bueno, algo tuve —añadió ella con una sonrisa picarona, que Olga interpretó erróneamente.

—Lo sabía —replicó.

—Me enseñó a nadar —añadió con una mueca—. No pienses mal.

—¿En Palma?

—Sí.

—Fue el verano que yo no fui. Mamá se rompió una pierna y me tuve que quedar con ella. No te imaginas el disgusto que se llevó Manuel. Bueno, más que disgusto, fue un enfado colosal.

—En fin —dijo Bárbara, deseando cambiar de tema—. Espero que me avises de su llegada.

—Por supuesto. Serás la primera en saberlo.

Lo tuvo muchas veces en su pensamiento. ¿Qué ocurriría si Manuel se enteraba de lo que había hecho con su hijo? Madre mía, no lo quería ni pensar.

Tenía ganas de verlo, lo deseaba con toda su alma. Varias veces al día se encontraba pensando en él, incluso las últimas veces que había hecho el amor con Manuel, pensó en su hijo, en la noche que estuvieron juntos, en las cosas que le hizo. Parecía que lo hacía aposta, ¿no podía llevar una vida normal y corriente como cualquier mujer? No. Se tenía que acostar con el padre y con el hijo. No tenía arreglo.

Guardando un recuerdo inmejorable de Carlos, no pensaba que, una vez que se estableciera en la ciudad, fuese a decir nada de lo ocurrido entre ellos, no creía que la fuese a poner en un compromiso, pero aun así, sentía cierta preocupación.

La salud de Manuel era un tema tabú; según él, estaba perfectamente, «ya quisieran muchos de treinta estar como yo», decía. Pero lo cierto es que los comentarios que llegaban a sus oídos, no eran tan halagüeños como él quería aparentar y, tal vez, la vuelta de Carlos, se debía a eso.

En la última semana, visitó tres médicos, los mejores de Madrid, y tenía cita para ir a Barcelona a consultar con otro especialista. Eso lo sabía por Olga, porque cuando le preguntó a Federico, en una ocasión que fue a la tienda para comprar un regalo, sonrió y le dijo que no era nada importante, que tenía problemas de espalda y eran revisiones rutinarias.

Dudando si era mejor preguntarle a él directamente, optó por hacerlo. Él soltó una ruidosa carcajada, la cogió en brazos y se la llevó a la cama.

Allí le demostró lo enfermo que se encontraba.

Sí, ciertamente, seguía siendo el mismo en ese aspecto. Tenía una potencia sexual exagerada, extraordinaria para un hombre de su edad, aunque ella no sabía cómo funcionaban los demás, pero lo que sí tenía claro, es que no era normal. Y con todo y con eso, o tal vez por todo ello, lo notaba extraño, anhelante, competitivo, como si se fuese a acabar el mundo.

La complacía hasta el extremo, la dejaba exhausta, con los dedos, con la boca, con su cuerpo. Había veces que permanecía duro durante mucho tiempo y ella se agotaba, se sentía dolida, incluso llegaba a secarse, convirtiéndose el coito en algo incómodo. Hasta que le decía a Manuel que terminase, que no aguantaba más, que le estaba haciendo daño y, por fin, mirándola de distinta forma, suavizándose esa hermosa mirada azul, eyaculaba y se dejaba caer sobre ella. Era como si quisiera dejarla tan satisfecha, que ella no pudiera pensar en otra cosa, en otro hombre, en otras circunstancias.

Y así era.

Ese era el comportamiento de Manuel.

Solo pensar en que ella lo volviera a dejar, le hacía morir antes de tiempo.

Solo imaginarla con otro, le revolvió las tripas y le entraban ganas de matarla.

Y como la desconfianza formaba parte de su carácter, de vez en cuando, mandaba vigilarla. Sintiéndose tenso en la espera, imaginándose lo peor, y, cuando el informe llegaba y lo leía, se tranquilizaba. No había de qué preocuparse.

Su amada nenita le era fiel.

Y entonces, le compraba un regalo carísimo, que ella no se ponía. Pero a él no le importaba.

Sabía que era suya y de nadie más. Podría vivir así eternamente, Olga no le daba problemas, y él no quería hijos de Bárbara. Cuando no estuviera, daría lo mismo, nada importaría, pero mientras tanto, la vida así le complacía.

O casi.

Capítulo 31

Carlos llegó un viernes por la tarde. Para la noche del sábado, Olga organizó una cena en casa, donde veinte personas se sentaron alrededor de la gran mesa del comedor familiar. Bárbara llegó tarde, solo diez minutos después de que todos hubieran hecho acto de presencia. No lo hizo a propósito, simplemente tuvo un miedo terrible de ver a los dos hombres juntos, en la misma sala, y estuvo a punto de llamar y cancelar la cita con cualquier excusa. Pero recapacitó, decidiendo que no sería una cobarde, que no tenía que esconderse de nadie y, menos, de Carlos Oliveira. Se vistió con sumo esmero. Como seguía de luto, eligió un vestido negro de seda ajustado al cuerpo de manga larga y cuello cerrado. Se colocó una gargantilla de perlas y los pendientes haciendo juego. Se recogió el pelo en un severo moño, sin dejar que ningún mechón se le escapara y le diera un toque demasiado sensual y completó el atuendo con una capa corta de visón de color caramelo. Ese color no formaba parte del luto, pero le dio igual. Por supuesto, lo acompañó con zapatos de tacón y una pequeña carterita negra. Olga le dijo que el coche y el chófer estaban a su servicio, pero ella declinó el ofrecimiento, pues no le apetecía ver al chófer y sentir sus miradas a través del espejo retrovisor. Prefirió coger un taxi.

Al llegar, Olga la recibió en el vestíbulo y le anunció que ya estaban todos, Bárbara se disculpó por el retraso y la otra le dijo que no pasaba nada. Olga llamó a una criada para que fuese en busca del señorito Carlos de manera discreta. No quería que después de tantos años sin verse, se saludaran delante de todos.

El hijo de Manuel se quedó parado en medio del pasillo, con las manos en los bolsillos del pantalón, mientras recorría con la mirada la totalidad del cuerpo de Bárbara, hasta dejarla clavada en esos impresionantes ojos, que, a pesar de la distancia, veía perfectamente.

—Si no lo veo, no lo creo —dijo con una voz más dura y grave de la que Bárbara recordaba. En su rostro masculino y varonil surgió una sonrisa plena. Fue acercándose despacio, le cogió una mano y posó un suave beso en los dedos.

—Hola, Carlos. Estoy muy contenta de verte —murmuró nerviosa. Las

manos seguían unidas.

—Lo que yo siento al verte, no te lo puedo describir con palabras —la voz sonó atrayente, acariciadora, para cambiar al momento y añadir de manera guasona el siguiente comentario—, y menos delante de esta cotilla que tenemos al lado y que no nos quita la vista de encima. —Olga sonrió ante esas palabras—. Ya tendremos tiempo. Vamos a reunirnos con los demás. —Cogió a ambas mujeres de la cintura y se fueron al salón comedor.

Mari Mar no pudo quitar la vista de Bárbara, sobre todo, la primera media hora. Estaba tan asombrada viendo a esa mujer, que no daba crédito a que fuese la misma que ella conoció; pero sí, lo era. Hablaba con su marido un francés fluido y con apenas un ligero acento en algunos momentos de la noche, y el bobo de él la miraba como si no hubiese más mujeres en el mundo. Si en Palma, esa noche, sintió envidia de su cara, de su cuerpo, hasta de su bronceado, ahora era peor, pura y cochina envidia pasó durante toda la noche. Tenía un cuerpo perfecto.

El vestido, sin descubrir nada, se le pegaba al cuerpo marcando sus formas de una manera sinuosa y atrayente. Todos la contemplaban. Exactamente igual que en la fiesta de Mallorca, pero ahora no era una inculta criada-dependiente, o lo que fuese en aquella época, ahora era todo glamour, recordándole a las francesas, siempre tan elegantes y tan delgadas. A ella, en cambio, le sobraban siete u ocho kilos desde el nacimiento de su hijo. Para colmo, su marido, cada vez que la miraba, que era continuamente, mostraba un semblante de asombro y admiración y, ni qué decir de los otros hombres, incluido su padre, que se controlaba más, pero aun así se le escapaban miraditas detrás de la morenaza de ojos verdes, como la llamaba su hermano.

Carlos deseaba que terminara pronto la cena para llevársela a un rincón e interrogarla a su gusto. Pero la ocasión se presentó mucho antes y mejor de lo que esperaba. Tomaba un whisky con Federico y otro invitado, cuando Olga le hizo una señal. Pidió disculpas y se acercó a su madrastra. Miró alrededor y no vio a Bárbara.

—Dime, preciosa, ¿necesitas algo de tu humilde servidor?

—Anda y no seas tonto —le sonrió cariñosamente—. Bárbara está en el vestíbulo. Dice que le duele la cabeza y que la disculpe ante los invitados. ¿Por qué no la llevas a casa?

Carlos le guiñó un ojo. No hicieron falta más palabras.

En un segundo se plantó al lado de ella y la ayudó a ponerse la capa. Un

minuto más tarde estaban en la calle.

Con un brazo apoyado sobre el respaldo de ella, escuchaba atentamente toda la historia pasada. No la llevó a casa. Se metieron en un antro, oscuro y con pinta extraña, y Carlos dijo que podía estar tranquila. Ponían buena música y estando con él, nadie la iba a molestar.

La devoraba con la vista, no pestañeaba ni un solo momento, su mirada subía y bajaba y volvía a subir, clavándose en la boca y después en los ojos.

Estaba extasiado. Siempre pensó que era un diamante en bruto, que podía sacarse todo lo que quisiera de esa preciosa muchacha; pero verla así, tan bella, tan madura, lo dejaba fuera de juego.

Un dedo jugueteaba con un rizo suelto de su nuca. Ella sentía el cosquilleo, el placer, y no apartó la cabeza.

Le gustaba. Y le encantaba notar esas mariposas en el estómago.

Ninguno mencionó la noche que pasaron juntos.

—El mundo es un pañuelo. No cabe ninguna duda. —La recorrió entera, posando sus ojos marrones en los pechos. Aún recordaba cómo los tenía, recordaba su tacto, hasta el tamaño de los pezones. Esa noche permanecería en el recuerdo toda su vida.

Bárbara se movió levemente en su asiento. Esas miradas tan largas y silenciosas la estaban poniendo muy nerviosa. Se preguntó si estaría pensando lo mismo que ella.

—¿Bailamos? —La voz sonó acariciadora y no esperó respuesta, pues al tiempo, se levantó y le ofreció su mano.

—Es muy tarde, no creo que...

—Vamos, Bárbara, ¿no me vas a conceder este pequeño placer? Aquella noche en Palma, cuando te lleve a la fiesta, no llegamos a bailar. Todos te acapararon y yo me dije: al final bailaré con ella. Pero el final fue que desapareciste. ¿Vas a hacer esta noche lo mismo?

Ella no contestó, sintiendo que habían pasado siglos desde entonces, pero al mismo tiempo, lo recordaba como si fuese ayer.

Le dio la mano y fueron a la pista. Guardaron la distancia prudencial en un principio, pero solo al principio. Carlos, astutamente, fue acercándola como quién no quiere la cosa hasta quedar pegados, y ella sintió un hormigueo que le recorrió todo el cuerpo. Notaba la dureza del hombre, su masculinidad extrema, un pecho duro y unas caderas estrechas, sentía sus manos plenas sobre su espalda, sujetándola y, al tiempo, acariciándola de vez en cuando. Y

según pasaron los minutos y las canciones se iban sucediendo, ella miraba cómo otras parejas bailaban igual de pegados, notó los labios de Carlos que rozaban el lóbulo de su oreja, de manera sutil, haciendo vibrar algo dentro de ella, algo desconocido. Y ese toque sutil se convirtió en algo más firme cuando esa boca la besó en el cuello una y otra vez. Eran pequeños y suaves besos, pero que, cuando hacían contacto, dejaban algo de humedad, produciendo un cosquilleo en todo su cuerpo. La estaba excitando de manera premeditada, pues él ya no era el joven prudente y noble que no se aprovechaba de una criada ignorante; y ella, ella ya no era esa criada, ahora era una mujer de mundo, hecha y derecha y con experiencia en el amor y en el sexo.

Llegó un momento en el que no podían estar más pegados, que sus pechos estaban aplastados contra el tórax del hombre y sentía el miembro erecto contra su vientre. Oh, Dios, estaba excitada y deseaba que la besara y, como si le leyera el pensamiento, él bajó la cabeza y capturó su boca, mientras ella llevaba las manos a su nuca y le rodeaba el cuello.

La música francesa los transportaba a un mundo de sueños, de felicidad, de lamentos... A una fantasía sin final.

El beso se hizo más profundo y ella abrió la boca para dejar que la lengua de Carlos penetrase, que jugase con la suya, que le devorase los labios una y otra vez y ella le respondiera de la misma manera.

Las manos de él se desplazaron por la espalda, recorriéndola entera, llegando hasta el comienzo de las nalgas, para subir de nuevo. La apretó contra su cuerpo para que notase su erección, para que sintiera cómo se endurecía por ella, para que supiera que la deseaba.

La poca iluminación del lugar favorecía la situación, pues no eran los únicos que se besaban, que se devorarían si estuvieran solos, que apretaban sus cuerpos rozándose de manera inapropiada, incorrecta e indecente.

Hubo un momento en el que Carlos frenó, controló la situación para que no se le fuese de las manos, hizo que los besos se volvieran más lentos, más tranquilos, que las respiraciones volvieran a la normalidad, pues el beso que se habían dado era señal inequívoca de que ella quería más. Pero no quería romper el encanto y estaba dispuesto a seguir así toda la noche si fuese necesario. La quería para él, desde aquella noche que la poseyó. Tal vez, si no hubiese sido tan noble y caballero en Palma, o tan joven, ahora serían las cosas de otra manera. Pero alguien se le adelantó.

En todos estos años no la había olvidado. En sus fantasías más excitantes, siempre la elegía a ella y, en más de un sueño, apareció una morena de ojos verdes. Ahora que estaba de vuelta, ahora que se haría cargo de todo, era el momento de no dejarla escapar.

Y llegaría hasta el final.

Siguió besándola suavemente. Sus lenguas se rozaban, para después lamerle los labios otra vez, sabiendo que la tenía excitada, que estaba ardiendo como una hoguera, pero él no quería correr, no lo deseaba. Tenía paciencia, mucha.

De manera que, cuando escuchó las siguientes palabras, no se molestó.

—Creo que deberías llevarme a casa.

—¿Por qué? ¿No te encuentras a gusto conmigo?

—Sí y no —contestó—. Estoy muy nerviosa y no quiero seguir bailando. Por favor.

—Hemos hecho algo más que bailar, Bárbara.

—Lo sé, lo sé muy bien.

—Muy bien, como tú quieras.

La dejó dentro del portal de su casa y se despidieron con un beso. Ella se lo iba a dar en la mejilla, pero él torció la cara y los labios se juntaron. No hizo falta sujetarla.

Ella no se separó hasta que Carlos dio por finalizado el beso, dejándola con la boca entreabierta y una expresión pérdida. Carlos, sonriendo sin decir nada, elevó un dedo hasta su barbilla y le cerró la boca con delicadeza. Esperó hasta verla desaparecer en el ascensor y salir al exterior para que le diera el aire frío en el rostro, encendió un cigarrillo y se lo fumó despacio.

Cuando acabó, se dirigió hasta su automóvil y puso rumbo hacia los dominios de los Oliveira.

Al cuarto timbrado lo cogió. Miraba facturas y más facturas que había dado lugar a que se le acumulasen y necesitaban ser revisadas antes de archivarlas. Le fastidió oír el teléfono. Aun así, contestó dulcemente.

—¿Diga?

—¿Dónde estuviste anoche? —preguntó Manuel de mal humor.

—Me fui a casa y me llevó tu hijo —contestó de mala gana, atándose el cinturón de la bata y sujetando el auricular con la cabeza y el hombro.

—Podías haberte despedido.

—Claro, por supuesto. Me acerco a ti, te doy un beso y te digo: hasta mañana, mi amor.

—Menos coña, Bárbara, que no estoy de humor.

—Pues yo tampoco. Tengo la casa manga por hombro y un montón de facturas por revisar. Me gustaría poder hacer las cosas tranquilamente sin que nadie me moleste.

Manuel se mordió la lengua para no decir una burrada.

—Te espero dentro de dos horas en el piso.

Bárbara no quería ir, pero no se atrevió a contradecirle.

—Bien. Allí estaré. —Hubo una pausa entre los dos.

—¿No me ocultas nada, Bárbara?

—Por supuesto que no —contestó.

Manuel notó la duda en su voz.

—Eso espero. Hasta luego. —Y colgó.

—Adiós —dijo Bárbara al vacío.

Dejó el auricular en la horquilla y suspiró profundamente. Apartó los papeles de un manotazo y se levantó de su pequeño escritorio; el escritorio que perteneció a Juan Luis.

Fue al cuarto de baño y llenó la bañera, deseando relajarse, calmar los nervios, que le hiciese olvidar sus problemas. Echó unas sales y, quitándose la bata, se metió en el agua. Cerró los ojos y pensó en lo sucedido con Carlos, pensó en los besos que se dieron, en sus manos tocando su espalda. Hubo un momento, cuando bajaban, cuando pasaron la cintura, que creyó que iba agarrar su trasero, y lo deseó, deseó que lo hiciera y que la apretara contra su cadera, para que restregara su miembro contra su monte de Venus, pero eso no sucedió.

Y no sucedió porque él era un caballero, y ella una guarra que solo pensaba en cosas sucias. Se sumergió de una, dejando que su cabello se mojara por completo, pero siguió con los mismos pensamientos.

Era igual de alto que su padre, igual de impresionante... Aunque su persona irradiaba otra forma de ser. Más dulce, más tierno, más cariñoso. Ese rostro burlón, pícaro, aniñado en algunos momentos, tan seguro de sí mismo, tan fuerte de carácter, tan asequible la mayoría de las veces, tan guapo... Recordó esa noche fatídica, ese loco pesar por la boda de su amante, ese ahogo agobiante que le produjo la noticia y cómo Carlos logró que su cuerpo reaccionase ante los besos y las caricias de él. Ya entonces besaba bien, muy

bien, pero ahora, era la perfección total.

¿Por qué hizo eso? ¿Por qué dejó que el joven Carlos sedujera a la tierna y tonta nenita? En parte fue por despecho, por venganza relativa, por rabia. Pero cuando comenzó a gozar, cuando su cuerpo vibró, señor, que bien lo pasó y, casi, casi se olvidó de todo.

Sus manos se movieron debajo del agua, acarició su clítoris, frotó la vulva con toda la mano, mientras con la otra tocó sus pechos y frotó los pezones que ya estaban sensibles.

Insistió, frotó, se lastimó...

No, no quería hacerlo sola, quería un hombre, deseaba a...

Dejó las ensoñaciones, se aclaró el cabello y salió de la bañera. Después de secar esa mata de pelo y ponerlo en orden, se vistió deprisa, volvió al cuarto de baño para maquillarse un poco, pero cambió de idea. No le apetecía.

Al salir de casa, unos ojos la vigilaban desde un coche negro. Ella subió a un taxi y se dirigió al encuentro del amante. El coche los siguió. Vio como la joven penetraba en un portal de la Glorieta de Bilbao. Sus astutos ojos recorrieron los alrededores. Ahí estaba, el Mercedes de su padre. Decidió esperar.

Al abrir la puerta, una topera de humo le dañó los ojos.

—Llegas tarde —le dijo malhumorado. Tenía un cigarrillo colgando de los labios y la mirada entrecerrada por el humo mirándola despacio. Ella vio que el cenicero estaba con colmo.

—No llego tarde, tú has venido temprano —contestó suavemente, sabiendo que él llevaba razón.

Le dio un beso en la mejilla y pensó que fumaba una barbaridad.

—Te gusta contradecirme, Bárbara. Tal vez ya sea hora de utilizar otros medios contigo. Tal vez le diga a Gabriel que prescinda de tus servicios. Me debe varios favores, ¿lo sabías? Y la gente que me debe algo, sabe lo que le conviene —ella no contestó. Lo miró como si se tratara del mismo demonio. Manuel se dio cuenta y le dolió. Le dolió como todo lo que hacía ella y no le gustaba a él. De igual forma, siguió por el mismo camino—. No quiero que salgas con mi hijo. Hace muchos años se lo dije a él, ahora te lo digo a ti por otros motivos bien evidentes. —Hizo otra pausa. Bárbara no abrió la boca—. Puesto que él no sabe nada de lo nuestro, debes encargarte tú de que sepa que no estás libre. No quiero que le digas que somos amantes. Eso no es asunto suyo y a nadie le importa.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque vi cómo te miró anoche. Te comía con los ojos y va a ir a por ti. Es mi hijo y lo conozco bien. En Palma era muy joven, tenía novia, una carrera por terminar y respetaba a las niñas como tú. Pero ahora tiene treinta y dos años, mucha vida corrida, experiencia de más y está cansado de follarse a unas y otras. Va a por ti. Y eso no va a ocurrir, porque tú te encargarás de disuadirlo.

Ella se acercó, lo miró a la cara y se hizo la valiente.

—Estoy harta de todo esto. Cuando tenía quince años, me dijiste que podría conocer a un muchacho de mi edad y enamorarme. Ahora ya no piensas lo mismo. Ahora no tengo derecho a nada.

—Ahora no tienes quince años —le dijo separando las palabras al hablar—. ¿Acaso estás enamorada de otro? ¿Acaso te gusta mi hijo? —La segunda pregunta salió más elevada, más arisca.

—No y no —contestó. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta—. Pero podría ocurrir. Podría enamorarme de un hombre como es debido —añadió.

—¡Espera, maldita sea! ¿Dónde te crees que vas? —La agarró por los brazos y la zarandeó—. ¿Piensas que te voy a permitir que me seas infiel como si tal cosa? Antes soy capaz de matarte.

—¡Hazlo! —le gritó histérica—. ¡Vamos! Mátame y acabemos con esto de una vez.

Manuel la miró con dolor, pero no la soltó.

—Quieres que sufra, ¿verdad? Lo que ninguna mujer ha conseguido, tú lo logras con solo unas malditas palabras. Cuando me abandonaste, casi me vuelvo loco y ahora quieres terminar lo que comenzaste.

—Fuiste tú el que me hizo daño —le gritó llorando—. Tú te aprovechaste de mí, tú me utilizaste, tú te casaste con Olga, tú me hiciste sufrir. No he querido a nadie como te quise a ti y encima tienes la poca vergüenza de echarme a mí la culpa. Eres vil. —Esa mirada verde, llena de rencor y sobre todo de dolor, le traspasó el alma, si es que eso existía. Sintió una opresión en el pecho extraña, confusa, dolorosa. Le pareció real, como si fuera a sufrir un infarto.

—No digas eso, mi amor —dijo abrazándola—. No puedes imaginar cómo te quiero, cuánto te amo. Estoy tan locamente enamorado de ti, que soy capaz de todo. Fui capaz de todo. —Hizo una pausa y le murmuró al oído—: Quité a

tu marido de en medio para tenerte solo para mí.

Bárbara puso las manos sobre su pecho separándolo y lo miró horrorizada. No podía haber oído eso.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué locura estás diciendo?

Se lo explicó por encima, para que supiera de lo que era capaz.

Un camión se estrelló contra el coche de Juan Luis y le produjo la muerte. Un accidente. El conductor del camión no lo pudo evitar. «Se me echó encima, se despistaría, se dormiría. Fue todo muy rápido, visto y no visto, no lo pude evitar». Dijo el conductor en su momento.

No había culpables, solo una víctima.

Bárbara sintió que el suelo se movía, que se mareaba, que se le revolvía el estómago queriendo vomitar. Él la cogió en brazos, llevándola al dormitorio.

—Te he asustado, mi vida. Nena, nenita mía, no llores, no llores.

—Tú... Tú le mataste. Tú...

—Chiss. Calla, nenita, calla. No sufrió. Fue un accidente. No podía soportar que estuvieras con él. Me lo imaginaba haciendo el amor contigo y se me revolvían las tripas. Pensar que era tu dueño, tu marido, que se acostaba todas las noches contigo, que acariciaba estos pechos que adoro..., que te veía por las mañanas al despertar, con tus hermosos cabellos enredados, con tus maravillosos ojos soñolientos..., con esa boca invitadora a cualquier hora del día y de la noche... No lo pude soportar. El día que os presentasteis en La Colina, ya lo había decidido. Todo por ti, mi amor.

—¿Quién lo hizo? ¿Quién conducía el camión? —preguntó angustiada.

—Eso no importa. Conozco a personas que hacen todo tipo de trabajos. El dinero todo lo puede.

Bárbara se encolerizó. Llorando, rabiosa, asustada, mirándolo como si fuese un monstruo, no podía dar crédito a tal bajeza, pero él no se jactaba de lo que no hacía, él pensaba que, confesando semejante crimen, ella lo adoraría.

—¿Quién te has creído que eres? ¿Dios? Piensas que porque eres rico puedes hacer y deshacer lo que te dé la gana. ¡Oh! Señor, no me lo puedo creer. Eres cruel, vil y un canalla. Eres peor que la persona que lo hizo. ¡Te odio! —exclamó levantándose de la cama rápida y veloz, sin que las manos de Manuel pudieran evitarlo.

—Espera, nena. —La agarró otra vez, antes de salir de la habitación.

—Suéltame, suéltame o me pondré a gritar como una loca. Por Dios te lo

pido, déjame ir. Me ahogo aquí. Me ahogo.

—Está bien —contestó soltándola y levantando los brazos—, está bien. Pero no hagas ninguna tontería. ¿Me oyes? No hagas ninguna tontería. Si dices algo de esto, nadie te creerá y te tomaran por loca. Sabes que mi palabra vale más que la tuya. —Ella no escuchó lo último que dijo.

Bajó las escaleras todo lo rápido que le permitieron los tacones. Al llegar al portal, respiró con dificultad. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y salió a la calle. Anduvo varios minutos y al primer taxi que divisó, le dio el alto.

Le temblaba tanto el pulso, que no atinaba a introducir la llave en la cerradura del portal. Una mano grande y velluda, se la quitó de la mano. No le dio tiempo de asustarse. Con los ojos enrojecidos vio que esa mano pertenecía a Carlos.

—Déjame, ya lo hago yo. —Abrió suavemente, entrando los dos. La tomó por la cintura y se dirigieron al ascensor—. ¿Qué piso es?

—El tercero —logró decir.

Carlos no le quitó los ojos de encima, y ella evitaba las miradas. Sentía el rostro congestionado, los ojos enrojecidos, no podía disimular el estado en el que se hallaba.

—Dame la llave —le ordenó cuando estaban frente a la puerta. Ella rebuscó en su bolso y sacó otro llavero, le señaló la que era y se lo entregó.

Una vez dentro, le quitó despacio el abrigo y admiró lo que había debajo, un vestido marrón oscuro de punto ajustado a ese escandaloso cuerpo. Ella se alejó de él para dejar el bolso y hacer como que colocaba un cojín fuera de sitio. Contempló los tacones de aguja que marcaban los músculos de las esbeltas pantorrillas, siguió elevando la mirada para clavarla en esas nalgas duras y redondas, que se mostraban mientras ella dejaba un cojín naranja en la esquina del sofá, siguió subiendo y dibujó con la mirada el contorno de esos pechos tiosos, llenos, proyectados hacia delante de una forma natural, pues ahí no había rellenos, bien que lo recordaba.

Se preguntó si habrían hecho el amor.

—Tienes un piso muy bonito —comentó como la cosa más natural del mundo.

—Gracias. ¿Quieres tomar algo? —preguntó con un suspiro.

—No. Te quiero a ti —le soltó.

Bárbara se volvió de espaldas a él y no contestó. Notaba el temblor de su

propio cuerpo, sentía que su mundo se complicaba cada día más. Tenía un miedo horrible a Manuel. Después de la confesión, ¿qué sería capaz de hacer?, ¿matarla?, ¿hacer daño a su propio hijo?

Santo Dios, ¿cómo había dado lugar a enredarse con él?, ¿por qué no se resistió a sus deseos sexuales?, ¿por qué...?

—Ven aquí —esa voz ordenó, pero a la vez, sonó acariciadora y ella... obedeció.

—No deberías estar aquí. Pertenezco a otro hombre —dijo mirando esos ojos castaños. Casi tan oscuros como la noche.

—Que yo sepa eres viuda.

—Esa no es la cuestión.

—Sí, lo es. Dime una cosa, Bárbara, pero dime la verdad. ¿Te gusto? ¿Sientes algo por mí?

Ella bajó la vista. Mirando el suelo, movió la cabeza para contestar enseguida.

—Sí.

—Y ese hombre que hay en tu vida, ¿significa mucho para ti?

—Antes sí. Hace tiempo. Pero ahora, ya no estoy tan segura.

—¿Acabas de hacer el amor con él?

Ella se atrevió a levantar sus grandes ojos. Se miraron.

—No.

—Bien —murmuró, sin dejar de contemplar esas pupilas verdes, esas pestañas negras, espesas y largas. ¿Alguna vez había visto algo semejante, sin los potingues que se ponían las mujeres? No, nunca. Lo recordaría. Con la punta de un dedo recorrió despacio el rostro de la joven. Bajó ese dedo y dibujó el contorno de sus pechos.

Ella tembló.

—Date la vuelta. —Obedeció y le dio la espalda, para sentir como bajaba la cremallera del vestido, muy muy, despacio.

Sin quitarlo, metió las manos por dentro y le acarició los pechos a través del sostén y de la combinación, mientras la besaba dulcemente en el cuello. Ella suspiró. Fue un suspiro largo, profundo, que indicaba la congoja pasada y el placer presente.

Le quitó el vestido y la combinación, con delicadeza. Cuando ella hizo intento de quitarse los zapatos, él movió la cabeza negativamente, sonriendo. Los zapatos quedaron donde estaban. En bragas, sostén, medias, ligas y subida

en los tacones de aguja, le dijo que estaba deliciosa.

La llevó al sofá, se sentó y la colocó sobre su regazo. Quería que el juego amoroso durase, quería que ella disfrutara plenamente, que se olvidara del otro. Como aquella vez, aquella primera vez. La última noche que la vio, pero, sobre todo, quería quedar por encima del otro.

Por encima de su padre.

No le faltaba experiencia y sabía que lo conseguiría, pues por el comportamiento que tuvo la noche pasada, podría llegar donde quisiera. Sacó los pechos por encima del sostén, pero sin desabrocharlo. Jugó un poco con ellos, acariciándolos, mientras se miraban a los ojos para, enseguida, bajar la cabeza y meterse un pezón en la boca. Lamía despacio uno y se iba al otro para que recibiera el mismo regalo, oía los pequeños suspiros que le llenaban de satisfacción. Pero no se olvidaba de su sexo, pues sus expertos dedos se introdujeron por la parte alta de las bragas, esquivando el ligero y frotaron y acariciaron el clítoris, para introducir un dedo y luego dos, y ver como esas hermosas piernas se abrían de par en par, pidiendo más.

Y así era. Ella estaba muy excitada, tenía abiertos sus muslos totalmente, mientras sus ojos miraban la cabeza morena chupando sus pechos y los dedos entrando y saliendo de su vagina al tiempo que le frotaban la vulva, dándole ganas de gritar como una loca, pero para que no la tomara, se conformó con gemir y, al final, cuando un orgasmo recorrió cada centímetro de su ser e hizo que su cuerpo se tensara como un cable de acero, gritó su nombre.

Y Carlos, oyéndola, dejó los pechos, sacó la mano de las bragas y capturó sus labios, para besarla hasta llevarla al límite, notando el temblor de su cuerpo después de haberse corrido de una forma bestial.

La tomó por la cintura, la levantó y la llevó al centro del salón. Se acercó al tocadiscos y colocó el primero que encontró, uno de boleros. Ella, temblando por lo pasado momentos antes, no se había movido de donde la dejó. No apartó los ojos del cuerpo del hombre.

La música comenzó a sonar. Suave, lenta, sugerente, amorosa... Fue quitándose la chaqueta, la corbata, desabrochó los primeros botones de la camisa, sin dejar de observarla. Anduvo hasta ella, la cogió de la cintura y juntaron sus cuerpos para bailar muy apretados. La besó tiernamente. Besos pequeños, ligeros, probándose uno a otro, con lentitud, para saborearse mutuamente, como si lo sucedido unos momentos antes, no hubiese ocurrido.

Acarició sus cabellos, soltó los ganchos del sujetador tirándolo al suelo y,

después, aprensó su prieto trasero, besándose con ardor. Ella le quitó la camisa y deslizó las manos por el fuerte y moreno pecho.

El disco dejó de sonar y Carlos la miró con dulzura. Le quitó las bragas, dejándola con los tacones, las medias y el ligero.

Estaba provocadora, hermosa. Era el capricho, el deseo de cualquier hombre.

La obligó a separar más las piernas y él se arrodilló; ella, de pie en el centro del salón, pisando la alfombra que Juan Luis le trajo de Marruecos, con las piernas bien abiertas y los brazos en jarras, dejó que Carlos degustara su sexo. Él se agarró a sus muslos, frotando la suavidad artificial de las medias y la suavidad natural de su piel. Le lamió el sexo de arriba a abajo, llegando hasta la abertura del ano, para volver a la vulva y penetrar con la lengua como si fuese un pequeño pene. Ella pensó que estaría incómodo, que su cuerpo era grande para estar metido debajo de su sexo, martirizándolo de la manera más exquisita, más placentera. Creyó morir de gusto, notando esa lengua por toda la vulva, recorriendo cada pliegue, cada elevación, haciendo vibrar esa carne hinchada, y no pudo más, porque ella quería más. Entre jadeos le dijo:

—Yo también quiero hacértelo.

Él sacó la cabeza de entre sus muslos y la miró sonriente.

—Como tú quieras, mi dulce. —Se quitó la ropa dejando en plena libertad su hermosa verga y disfrutando de que ella la mirase fijamente.

Se tumbó de espaldas y le ofreció sus manos.

—Ven aquí.

Ella se colocó de manera que su sexo quedase encima de la cara de Carlos, separando las piernas para no lastimarlo con los tacones y también para facilitarle el trabajo. Como su cuerpo era más pequeño, más corto, no lograba meter todo el pene en la boca. Él arqueó las caderas para ayudarla y levantó la cabeza para seguir con su sexo. Una vez que Bárbara se contrajo varias veces, supo que le había venido otra vez. Le dio una palmadita en el trasero y le dijo que cambiara de posición.

—Monta como una experta amazona.

Bárbara miró el hermoso pene. No se había puesto preservativo. Bah, no le importó. En esos momentos no le importó nada ni nadie, excepto ellos dos. Se clavó en él con una furia desenfrenada. Los pechos rozaron la cara del hombre, bamboleantes, invitadores, para que él los tomase en su boca, uno y luego otro.

Los jadeos de ambos se fundieron en uno solo. La agarró con más fuerza de las caderas, marcó sus dedos en los cachetes del culo, manejándola, levantándola, para salir y clavarse otra vez y, de golpe, eyaculó dentro de ella. Con furia, queriendo marcar su territorio. Si volvía con él, sabría que todo estaba perdido, que esto no habría servido de nada, que ella no era lo que él creía, lo que él recordaba.

Los cuerpos dejaron de convulsionar, las respiraciones se volvieron más tranquilas, más pausadas... Permanecieron varios minutos en la misma posición, sin dejar mirarse, con el pene todavía dentro de ella.

Bárbara se estiró del todo y sin dejar de observar esos ojos marrones, le habló:

—Eres perfecto —dijo roncamente.

Él se perdió en esa mirada, en el tamaño de esos ojos, en ese verde misterioso.

—Me alegra que te guste lo que ves —contestó burlón.

—Me gusta lo que veo y lo que no veo —añadió ella, muy seriamente.

Carlos dejó de sonreír. Tomó el rostro femenino entre sus grandes manos y lo acarició.

—A mí también me gusta lo que veo, aunque habrá que cambiar algunas cosas de las que no se ven.

Bárbara no tardaría en comprender el significado de esas palabras.

Capítulo 32

No fumaba tanto como su padre, ni por asomo, pero después de una buena sesión de sexo, le gustaba echar un cigarrillo. Había cogido la costumbre después de dejar a María del Pilar.

El teléfono sonó cuando él encendió un cigarrillo inglés, con su Dupont de oro y sus iniciales grabadas, igualito que el que tenía Manuel. Estaban en la cama. Ella estiró el brazo hasta la mesita de noche, apoyándose sobre el pecho de Carlos.

—¿Dígame?

—Buenas noches, mi amor —saludó Manuel. Carlos notó cómo se tensaba sobre él—. ¿Cómo te encuentras? —Bárbara tembló y Carlos también lo sintió; pero hizo como si nada, a pesar de oír la voz de su padre.

Cogió un rizo para enredarlo entre sus dedos y volver a soltarlo, admirando su brillo y su textura. El nerviosismo de ella se hizo más palpable, él seguía como si nada.

—Bien. Estoy bien. —Tragó saliva, ante la situación de la que era protagonista. Hablando por teléfono con su amante y a la vez, en la cama con el hijo del amante.

—Mira, Bárbara, quiero que olvides todo lo que ha pasado hoy. Lo que nos hemos dicho. Quiero que todo siga igual que antes. —Hubo una pausa, Bárbara pensó si Carlos, al estar tan cerca de ella, escucharía la voz susurrante de su padre. Le pidió a Dios que no, por lo menos no daba muestra—. ¿Qué me dices, nenita?

—Prefiero no hablar del tema. Quiero que... Que nos demos un tiempo... es lo mejor. Por favor.

—Mira, nenita, voy a ser paciente contigo. Mañana me voy a Barcelona y estaré una semana o algo más. En este tiempo, te tranquilizarás, te relajarás y olvidarás ciertas cosas. Por supuesto espero encontrarte de vuelta. No hagas ninguna tontería.

—Ya no soy una niña. No tienes que advertirme nada. —Carlos había dejado el rizo y ahora, le acariciaba la espalda, provocando más nerviosismo del que tenía.

Si Manuel los viera, pensó ella. Si Carlos supiera, volvió a pensar.

—Bueno, tranquila. —Había decidido emplear otra táctica con ella. La de la paciencia. Dejarla durante un tiempo corto para que ella se relajara y pensara con calma las cosas y comprendiera que todo seguía igual y que no pasaba nada—. ¿Quieres que vaya a despedirme?

—No, por favor. Quiero estar sola.

Hubo un silencio y, ella, a la espera, pues no quería decir nada más, respiró profundamente, esperando que de un momento a otro, Carlos le diera un empujón y la quitara de encima.

—Está bien —contestó un tanto molesto, respetando sus deseos—. Es mejor así, no quiero que me vean por tu edificio y que piensen... Bueno, ya sabes. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. De verdad.

—De acuerdo, me quedo más tranquilo. Te quiero, nena. Nos veremos a mi vuelta.

—Adiós —se despidió y colgó despacio, sin querer mirar a Carlos.

Él apagó el cigarrillo y separándose de ella, saltó de la cama para vestirse.

—¿Era él? —Bárbara se sobresaltó ante la pregunta, pero al mismo tiempo la esperaba.

—Sí —contestó, quedando de rodillas sobre la cama, al salir él tan deprisa.

Comenzó a respirar profundamente, mientras esos pechos subían y bajaban al ritmo de la respiración, los ojos se le llenaron de lágrimas y de repente, el llanto brotó de manera compulsiva.

Carlos dejó que se desahogara, mientras terminaba de vestirse. Hablaría pronto, estaba a punto de caramelo. Solo tenía que esperar. Ella se limpió las lágrimas con la sábana y lo miró de forma implorante, lastimosa.

—Soy..., soy una puta, Carlos; peor... que... una puta. —Él la miraba y no decía nada. Esperando, esperando que lo soltase todo—. Cuando... sepas los que estoy haciendo, lo que he hecho, cuando lo sepas, me odiarás. Te repugnaré. No querrás saber nada de mí.

Con la camisa abierta sobre su cuerpo delgado pero musculoso, se acercó a ella sentándose en la cama de matrimonio, para elevarle la barbilla.

—¿Qué es lo que has hecho, Bárbara? ¿Quién es tu amante?

Esos ojos verdes lo miraron asustados. Él contempló esas largas pestañas, húmedas de tanto lloro y tuvo deseos de besar esos ojos, de seguir con esa boca y comenzar de nuevo.

Pero no era lo que tocaba en esos momentos.

Siguió esperando.

—Es... Ese hombre es... —No le salían las malditas palabras. Tenía tanto miedo de la reacción de Carlos, de lo que pensaría de ella, de lo que le diría, imaginándolo horrorizado ante su pasado, llamándola puta o, peor, mirándola sin palabras, para después abandonarla a su suerte.

Pero las palabras no lograron salir de su boca, por la vergüenza.

—¿Mi padre? —preguntó como si tal cosa, como si fuese lo más normal.

Ella abrió enormemente los ojos llorosos y lo miró asustada. ¿Es que ya lo sabía? Notó como su rostro enrojecía de la vergüenza, deseando que la tierra se la tragase. Esos ojos oscuros la miraban de una forma que ella no podía o no sabía discernir. La analizaban, la observaban con una frialdad fascinante, y ella se sintió como si fuese una rata de laboratorio.

Jamás se había sentido así. Jamás.

Él no dejó de observarla y ella permaneció estática, sentada en el centro de la cama sobre los talones, con miedo a moverse, con miedo a que le dijera todas las palabras que antes pensó.

Pero no, él seguía con los ojos clavados en ella, en su rostro, no se desviaron en ningún momento a los pechos turgentes, pero temblorosos, ni a esos muslos de piel suave, ahora cerrados con fuerza, pero sin esconder esa mata de rizos negros.

Ahora la mirada era más lenta y los ojos se amusgaron sobre esa cara perfecta, fijándose directamente en los de ella, en la boca, esos pómulos rojos como fresas.

Pero no la tocó.

No dijo nada.

Se levantó y terminó de abotonar la camisa.

Bárbara lo contempló anhelante, esperando alguna palabra, esperando su perdón.

No quería llorar, seguir llorando, pero las lágrimas iban resbalando sobre las tersas y enrojecidas mejillas y, lo que era peor, sentía que estaba a punto de hipar, como cuando era pequeña y sufría un disgusto porque su madre desaparecía y la dejaba con la portera. Para evitar que eso sucediera, se atrevió a preguntar.

—Lo... ¿lo sabías? —Las palabras salieron algo atropelladas, pues esos ojos seguían mirándola sin compasión, sin saber qué estaba pensando. Sería

mejor que le gritase, que le riñera, algo, lo que fuera, pero no ese vacío que sentía.

—Sí —afirmó con rotundidad, sin dejar de observarla mientras terminaba de vestirse.

Parecía frío, controlando sus emociones, mirándola desde su altura.

Poderoso.

Él, vestido; ella, desnuda. Él, superior; ella, inferior. Como once años atrás, con la diferencia de que Carlos en esos momentos no era dulce, tierno y simpático, no era su espadachín salvador de otras épocas.

—¿Y por qué me has buscado? —se atrevió a preguntar, temiendo la respuesta, temiendo que le dijera: para follarte, y ahora que lo he conseguido, puedes seguir tu camino.

—Porque te quiero para mí. —Esas palabras fueron como dardos en su corazón, pero sin saber si era bueno o tal vez otro error enorme. Si quería competir con el padre, tener lo que fue del padre, para luego abandonarla.

Un juguete roto.

—¿No te importa? —la pregunta fue apenas un susurro, un lamento, mientras sus penetrantes ojos la traspasaban.

—Claro que me importa —exclamó sin levantar la voz—. Pero no lo puedo borrar de un plumazo. Es tu vida, forma parte de ti.

Se puso la chaqueta, cogió el paquete de tabaco y el encendedor y los guardó en un bolsillo. Se pasó las manos por el espeso cabello castaño y la miró detenidamente desde su altura, guardando las distancias, marcando espacios. Quería que ella fuese muy consciente de que algo había terminado y otro algo muy distinto, comenzaba. Y él pondría las pautas, él marcaría los tiempos, ella tendría que estar de acuerdo. Si no, todo sería una pérdida de tiempo y, sobre todo, de sentimientos.

Deseó abrazarla, consolarla, decirle que no la abandonaría y reprocharía nada si ella así lo deseaba. Pero todavía era pronto para eso.

—Contéstame a una sola pregunta —ella afirmó con cara asustada—, ¿me serás fiel?

—Sí —contestó sin que le temblara la voz, sin dudarle ni un segundo.

—Muy bien. Es todo lo que deseo saber, por el momento. Los pequeños detalles pueden esperar. Mañana se va de viaje, antes de que vuelva, nos habremos casado. Sin ceremonias, ni invitados ni demás historias. Solos tú y yo, el sacerdote y Dios.

Su voz sonó grave, dura y atrayente. Ella no pestañeó. Era como si sus palabras la hubieran embrujado. Él quería tomar las riendas de su vida, y ella debía darle permiso.

Carlos pareció leerle el pensamiento, como si la conociera a la perfección.

—No te obligo a nada. Eres libre para hacer lo que te plazca. Para seguir con él hasta destruirte, para seguir con tu vida lejos de mí o para ser mi esposa. —Hizo una pausa y preguntó—: Tú eliges. ¿Lo deseas?

Bárbara creyó estar en una nube. Había dicho esposa.

—Sí —susurró—. Y tú, ¿lo deseas?

—Es lo que más quiero en este mundo —le contestó.

Se fue agachando, colocó su mano grande en la nuca de ella y con los ojos abiertos la besó. Un beso profundo, largo, que la dejó sin respiración. Ella había cerrado sus ojos, había sentido el placer de ese gesto como lo más hermoso de su vida y, cuando notó el espacio vacío, cuando se separó, abrió los ojos y él ya había desaparecido.

La puerta del piso se cerró suavemente y un escalofrío le recorrió la espalda.

Capítulo 33

Esa misma noche, padre e hijo se encontraron en el portal de la casa. Se saludaron y Manuel colocó un brazo sobre los hombros de Carlos.

—Buenas noches, hijo.

—¿Qué tal, padre? —Cuando se fue al extranjero dejó de llamarle papá.

—¿De dónde vienes? ¿Has cenado? —Le bombardeó, subiendo el pequeño tramo de escaleras. Antes de que Manuel abriera la puerta, Carlos respondió con una sonrisa.

—Vengo de estar con una preciosidad y se me ha abierto el apetito, ni te imaginas hasta qué punto.

—No pierdes el tiempo. En el fondo eres como yo. —«Muy en el fondo», pensó el hijo.

Cenó abundantemente y se duchó. Se dirigía a su habitación con una toalla liada a la cadera, cuando el padre salió del despacho y lo llamó. Estaba más delgado que él, sin una pizca de grasa y todo músculo. Igual que cuando él era joven, cuando tenía su edad, pensó Manuel.

—Oye, Carlos, anoche acompañaste a Bárbara a su casa.

—Sí —contestó mientras pensaba si su padre lo había llamado sin darle tiempo a que se pusiera una bata, pensando que así, medio desnudo, estaba en desventaja.

—¿Y qué? —preguntó, mirando el rostro moreno, joven y atractivo de su hijo.

—¿Qué de qué? —El semblante de Carlos no mostraba nada, y la mirada azul, por más que lo intentara, no podía penetrar en una coraza.

—Bueno, ya sabes. ¿Cómo la encontraste?

Carlos soltó una carcajada.

—Chiss, calla. Vas a despertar a todos —se quejó, agitando la mano para que dejara de reír.

—Padre, cómo no voy a reír, tienes cada cosa —dijo bajando la voz y con una mueca burlona en su atractivo rostro—. La encontré guapa, más guapa que nunca. Y al mismo tiempo cambiada. Mayor, madura, elegante... ¿Qué más quieres que te diga?

Manuel miró a su hijo, intentando adivinar algo más. En todos estos años

que había permanecido en el extranjero, se vieron muy poco. Tres, cuatro veces al año, cinco como mucho. Habían sido visitas de cinco o seis días y se volvía a ir, otras veces se encontraban en el extranjero y aunque las estancias fuesen largas, de una semana o quince días, unas veces estaban juntos y otras cada uno por su lado, de reuniones, de visitas, de contactos... en una palabra: negocios.

Manuel delegaba cada vez más en su hijo, pues ya había descubierto que la capacidad analítica del joven era certera, concisa y precisa, que tenía un sentido innato para oler un negocio y que descubría enseguida las fisuras de otro. Y a pesar de que sabía el valor de ese cerebro para los números, para las palabras, para discernir en cuestión de poco tiempo lo que era bueno para las empresas Oliveira, a nivel personal, era un desconocido para él.

Sabía que seguía siendo prudente, que elegía bien a sus amigos, que los que realmente eran amigos los cuidaba, que tenía romances con mujeres de distintos tipos, países y condiciones, que nunca le había presentado a ninguna y eso era señal de que nadie le había tocado la fibra. Su hijo ya no era un muchacho. El tiempo y la distancia cambiaban a las personas. Era un extraño para él, pero le seguía queriendo como siempre.

—Nada, solo saber qué pensabas de ella.

—Lo que siempre he pensado, padre. Lo que pensé a los diecinueve años y ahora mismo, que es una mujer adorable.

—Sí. Es verdad. ¿Te interesa?

Carlos volvió a reír, con esa risa que da la juventud, la seguridad en uno mismo, y el padre envidió al hijo, envidió toda la vida que le quedaba por delante.

—Padre, me gustan todas las mujeres hermosas, inteligentes y con clase. Pero tengo la sensación de que la pequeña Bárbara tiene compromiso — añadió sin dejar de mirarle.

—Sí, puede ser. Es demasiado bonita para permanecer sola durante mucho tiempo.

—Eso creo. —La toalla permanecía peligrosamente al borde de las caderas. Manuel se fijó en la perfección de esa musculatura, en la definición de cada músculo, hasta los pequeños, esos que la mayoría de la gente, de los hombres, no sabían que tenían. De repente fue muy consciente de su edad, pero sobre todo de su enfermedad.

—Que descanses, hijo.

—Igualmente, padre. Hasta mañana.

—Me voy temprano a Barcelona, tú vas a Valencia, ¿no?

—Sí. Mañana por la tarde, seguramente.

—Bien. Nos veremos a la vuelta.

Carlos salió del despacho, sintiendo la mirada de su padre en la espalda.

Al día siguiente, lunes, cuando su padre se hubo ido, habló con Federico. Estuvieron tres horas reunidos, poniendo papeles al día, revisando documentos y comentando el testamento de Manuel. Esa misma tarde, Carlos se marcharía a Valencia para reunirse con un importante industrial.

La llamó a la tienda y, sin más preámbulos, le explicó detalladamente lo que debía de hacer. Le diría a Gabriel que tenía que irse urgentemente. Un familiar estaba enfermo y debía ausentarse por unos días. Si alguien llamaba preguntando por ella, así debía comunicarlo. Un coche la estaría esperando en la puerta de la tienda, la llevaría a casa para que cogiera algo de equipaje y se la llevaría a Valencia.

Esa noche, en la intimidad de una pequeña iglesia, les casó un jesuita amigo íntimo de Carlos. Bárbara estuvo en una nube casi todo el tiempo. Recordó su primera boda. Cómo Juan Luis estaba pletórico, no cabía en sí de tanto gozo que sentía. Ella, sin embargo, mantenía la calma. No estaba nerviosa, sintiendo que era algo que tenía que hacer, que su vida continuaba y ahora tocaba casarse. Sabía de sobra que no estaba enamorada, pero quería a Juan Luis; lo quería como se quiere a un buen amigo, o simplemente a un amigo que se ha portado bien contigo y le debes algo. Con el paso del tiempo, comprendió que había cometido un error. El matrimonio era otra cosa, debería haber sido otra cosa. Se sentía como un trofeo de caza para Juan Luis y, tal vez si hubiera estado enamorada, no le habría importado. Llegó un momento que sintió asco, pena y tristeza por su situación. Por eso no deseó hijos de él, porque sabía, lo sentía en las entrañas, que esos hijos no la harían feliz, que no solucionarían la carencia que sentía. Estando así, ese aborto que tuvo fue una satisfacción y, aun sintiéndose mala persona, no cambió de parecer.

Y todo eso lo confesó al amigo de Carlos, todo. Incluidos sus encuentros sexuales con mujeres y con varios hombres al mismo tiempo y también, como al volver a Madrid, cuando Manuel reapareció en escena, las cosas cambiaron totalmente. Una emoción surgió, recordando el pasado, pero duró poco. Esa emoción se convirtió en adicción y al mismo tiempo en repulsión. Repulsión por ella, por Manuel, por la situación. Y adicción al sexo. A todo lo que

Manuel le hacía.

El jesuita la escuchó, le dijo que siempre se estaba a tiempo de enmendarse, que todos nos equivocamos y que Dios, estaba ahí, siempre. Pero le recalcó que no debía caer en la tentación, ni con el padre de Carlos ni con otro hombre; que ahora su vida daba un giro de ciento ochenta grados y que el respeto, el amor y la devoción hacia su futuro marido debían ser totales. Y si no era así, lo mejor era no dar el paso.

Ella afirmó varias veces y el jesuita le dio la bendición.

Solo dos hombres en su vida lograban en ella las ganas de pedir más, de dejarse llevar, de hacer lo que ellos desearan. Manuel y Carlos. Padre e hijo. Pero Manuel ya no era el hombre que había conocido, o que creyó conocer. O tal vez fuera al revés; ella no era esa niña inocente y simple que se podía manejar. Había cambiado, había madurado y se había endurecido. Pero por dura que se hubiese vuelto, no podía consentir y aceptar lo que Manuel había mandado hacer. Era algo que le repelía, le angustiaba y, lo que era peor, la asustaba. Pero nada de eso escucharon los oídos del jesuita, pues ese pecado no era de ella.

Pero ¿y Carlos? ¿Estaría a la altura de las circunstancias? ¿Sería tan fuerte como aparentaba? ¿Tan seguro de sí mismo? ¿Qué pasaría cuando se enfrentase al padre?, ¿llegarían a las manos, sería tal la violencia que todo Madrid se enteraría, sabiendo lo puta que era, a lo que había llegado? ¿Dejando a Olga en la más absoluta vergüenza?

Ella necesitaba sentir esa seguridad perdida, quería tener un hombre a su lado que la protegiera y la respetara, que la amara, que le diera hijos, que confiara en ella y ella confiar en él. Pero una duda recorría su mente, haciéndola insegura y miedosa de su futuro. ¿Por qué se casaba con ella? Si era por quitarle un trofeo al padre, sabía que sería su perdición. No habría cimientos en ese matrimonio y solo le esperaría sufrimiento.

Recordó al Carlos juvenil. Era tan correcto, tan atento, se portó muy bien con ella. Le ofreció su amistad sin pedir nada a cambio, le aconsejó en su permuta de trabajo, para que su jefa no la explotara y le subiera el sueldo. Y la protegía silenciosamente, ante José Antonio o ante cualquier otro que ella le hubiese nombrado.

Lejos de Madrid, pensó en él muchas veces. En cómo habría sido ser su novia, salir como una pareja normal; ir al cine, pasear por el parque, juntarse con otras parejas, asistir a fiestas. Cogerse de la mano y que todo el mundo los

viese. Pensó que María del Pilar tenía mucha suerte, que se casarían y tendrían tres o cuatro niños. La felicidad perfecta. La pareja perfecta.

Y, sin embargo, nada de eso había sucedido. Carlos no se había casado, no tenía hijos y en esos momentos, ella era la flamante esposa de ese hombre. En el fondo de su corazón, deseaba que fuera la persona que ella conoció. Ese muchacho atento, educado y respetuoso que solo deseaba su bien y que la respetaba como si fuese un igual.

La habitación del hotel más caro de Valencia era de un lujo exquisito, sibarita, antiguo, de techos altos y muebles grandes de otras épocas, pesadas cortinas y gruesas alfombras. Todavía no se creía que estuviera casada con Carlos. No sabía qué pensar. ¿Estaba enamorado de ella? ¿Se habría equivocado al hacer esa locura? ¿Otra vez? ¿Otro error?

Para la boda se puso un vestido crema, recto y ajustado con una torera encima. Lo escogió porque estaba sin estrenar. No quería ponerse algo que Manuel hubiese tocado.

Sentada en el borde de la gran cama, no se atrevió a moverse. Esa mañana se había indispuerto y se hallaba más insegura que nunca. Carlos terminó de colocar la maleta encima de una banqueta y la miró con cariño.

Qué guapo era, pensó.

—Ven aquí —le pidió. Ella, tímidamente, se acercó a él. Levantó el rostro y le miró—. Estás preciosa, un poco ojerosa, pero hermosa de todos modos. ¿No dormiste bien? —Movi6 la cabeza, negando—. Esta noche dormirás como los angelitos. Te lo prometo. Después de hacerte el amor, te acunaré en mis brazos como si fueses una niña pequeña.

—Estoy indispuerta —dijo con sentimiento de culpa.

Carlos se alegró de oír esas palabras, se alegró infinitamente.

—Vaya, vaya. ¿Y eso es un problema para nosotros? Recuerdo una noche muy lejana, que no nos importó. ¿Han cambiado las cosas para ti?

—A mí no me importa.

—Estupendo. Porque a mí tampoco. Sigo siendo el mismo. —La besó en la frente.

—Tengo miedo, Carlos. Mucho miedo de lo que pueda pasar. Cuando se entere, es capaz de cualquier cosa. Tú no lo conoces tan bien como yo. Es capaz de todo. Contra ti o contra mí.

—Tranquila, cariño. No te hará ningún daño. Eres mi esposa. Ante los hombres y ante Dios. Y te equivocas, lo conozco muy bien, pero tranquila, yo

me encargaré de cuidarte.

—Pero yo no puedo vivir bajo el mismo techo que él. No quiero.

—¿Quién ha dicho que será así? Tenemos una casa, una casa preciosa. La compré hace unos años. Está en Sol. Tú te encargarás de arreglarla y ponerla a tu gusto. Mientras, viviremos en tu piso.

—¿De verdad? —preguntó con una inocencia infantil.

—Sí, dulzura mía —le susurró al oído.

La desnudó, dejándole las bragas. Fue al cuarto de baño y trajo una de las toallas más grandes para colocarla encima de la cama.

—Ven. —Ella se acercó. Llevó una mano a la única prenda que le quedaba, pero él se lo impidió.

—No. Quiero hacerlo yo. —Se las bajó hasta medio muslo, le quitó la compresa y la llevó al baño. Terminó de quitárselas y la tumbó de espaldas encima de la toalla. Con ternura, le colocó una mano sobre el vientre.

—¿Te duele?

—No, no me duele —contestó, mirándolo con esos ojos grandes, sorprendida por ese comportamiento.

—Estupendo. —Se desnudó en un momento y se colocó a su lado. Recorrió el perfecto cuerpo a besos. Rozó con sus labios la boca de ella—. Esto hay que celebrarlo. Me alegro de que mi esposa tenga la regla. —Sus besos bajaron despacio por el centro de los pechos y rozaron el vello púbico, besándolo amorosamente. Ella dio un respingo.

Se encontraba un poco violenta y, al mismo tiempo, asombrada y agradecida de que la tratase así.

—Carlos...

—Dime —dijo con sus labios pegados al vientre femenino.

—¿Por qué has dicho que hay que celebrarlo? —Él la miró a los ojos.

—Porque no estás embarazada. —Hubo un silencio.

—Siempre lo hizo con preservativo.

—Mejor —contestó roncamente. Por lo menos nos vamos a diferenciar en algo, pensó—. Sí ahora estuvieras en estado, más adelante, pensaría que ese hijo podría ser mío o que podría ser mi hermano, ¿no estás de acuerdo? —Ella enrojeció, pero no bajó la mirada.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó con temor.

—Ahora no, mi amor.

—Por favor, Carlos —suplicó. Él la miró con cariño. Se incorporó, apoyó

el brazo en la almohada y enredó un mechón de sus cabellos, entre sus fuertes dedos.

—Está bien. Te lo contaré. He tenido muchos años para pensar en ello. Creo que la duda comenzó en Palma, cuando me dijo que no me acercase a ti, que eras una criada, muy linda, sí, pero una criada, y María del Pilar era perfecta para mí. Estuvo muy raro esas vacaciones. Se pillaba unos enfados con Olga pasados de la raya. Seguramente le echaba la culpa a ella de lo que ya estaba ocurriendo. —No dejó de mirarla, observando con detalle esos preciosos ojos, cualquier movimiento por leve que fuera—. Después, cuando lo hicimos esa noche y luego desapareciste, ya no hubo ninguna duda, aunque en el fondo de mi alma, deseaba que el cuento que me contaste fuese cierto. Ya sabes, ese hombre de treinta años. —Ella tragó saliva, pero no dijo nada; él continuó—: Cuando volvió de la luna de miel, estuvo intratable y se emborrachaba cada dos por tres, algo que no era habitual en él. Y por si tenía alguna duda, un día abrí la caja fuerte, solo tenemos la contraseña nosotros y Federico, iba a dejar unos documentos cuando me llamó la atención una caja negra de terciopelo que nunca había estado allí. La saqué y vi que era de una joyería de París. La abrí. Contenía unos pendientes de esmeraldas impresionantes y una sortija haciendo juego. Nada más verlos me acordé de tus ojos y supe para quién los había comprado. Debajo del anillo, doblado muchas veces, había un papel. Estaba manchado de sangre, pero se podía leer lo que ponía. Era tu despedida. Así que... Dos más dos... Cuatro. Ya no hubo ninguna duda.

—Se lo dejé pegado en el espejo de la entrada del piso de Bilbao — añadió ella en un susurro.

—Espejo que rompió en pedazos con el puño. Le dieron siete puntos debajo de los nudillos. A nosotros nos contó que se lo había hecho en una obra.

—Carlos, lo siento, ¿me perdonas? —preguntó con lágrimas en los ojos. Él la miró sorprendido.

—Cariño mío, no tengo nada que perdonar. Eras casi una niña, una niña inocente. Fuiste víctima de las circunstancias, víctima de él. Te sedujo, se aprovechó de ti. Lo que siento, de lo único que me arrepiento, es de haberle hecho caso, de no haber sido yo el que te enamorara. —Se miraron en silencio y él acarició su rostro—. He tenido mucho tiempo para pensar en ello. Te he tenido en mi pensamiento muchas veces. No te voy a decir que no me he

casado porque tu recuerdo me lo impedía, no es así, estaría mintiendo, pero lo cierto es que no te olvidé, que esa noche que te hice el amor perduraba en mi mente con todo lujo de detalles. He recordado tu rostro y tu cuerpo. Los he comparado con las mujeres que he poseído, y siempre salías ganando. —Rozó los labios carnosos con las yemas de los dedos y continuó—: He comprendido perfectamente que mi padre cayera rendido a tus encantos, que se obsesionara contigo, con tu juventud, con tu inocencia, con tu sexualidad. Os he visto mil veces juntos, he imaginado cómo serían esos encuentros, cómo se comportaría él, cómo lo harías tú. Al final, llegué a la conclusión de que la vida es así. Algo surge, algo se mueve, y es imposible pararlo, o no quieres pararlo, y sigues adelante hasta ver qué te depara el futuro. Pero me alegré mucho de que te fueras, de que prescindieras de él, de que le hicieras daño; no por ver sufrir a mi padre, sino por ti. Merecías algo mejor, no ser la amante de un hombre con la edad para ser tu padre.

—Amé a tu padre. De corazón.

—¿Lo sigues amando?

—No. Deje de hacerlo hace mucho tiempo. Creo que cuando tú dijiste que se habían casado, ya dejé de amar. Esa noche, cuando hicimos el amor, fue el comienzo de otra parte de mi vida.

—No me cabe duda. Otra en tu lugar habría aguantado, le habría sacado todo lo posible y habría seguido a ver qué pasaba. —Ella agachó la cabeza. Al oír las siguientes palabras, elevó el rostro y se miraron intensamente—. Sin embargo, tú te fuiste, te labraste un porvenir y vuelves casada, trabajando, toda una mujer moderna. Si ya no lo amabas, ¿por qué te metiste otra vez en su cama? —Su pregunta dolió, pero ella había abierto la caja de Pandora y, ante ello, lo mejor era la sinceridad.

Le contó el encuentro en la finca de Guadalajara, cómo se vio acosada, pero también confesó que claudicó por deseo propio, porque volvió a surgir esa pasión desenfadada.

—Sexo puro y duro, ¿no es así, pequeña? —preguntó con un punto de cinismo.

Ella enrojeció. Por Dios, estaban hablando del sexo que tuvo con su padre, cuando se había casado con el hijo.

—Sí, así fue. Si digo otra cosa, mentiría. Y no quiero que nuestro matrimonio se base en mentiras o en medias verdades.

—Me parece bien, opino lo mismo. Tu pasado es tuyo, pero el presente es

nuestro, y no voy a consentir ni esto. —Colocó el dedo pulgar pegado al índice—. Ni lo más mínimo.

—Lo sé.

—Bien.

Nerviosa, estrujó sus manos al tiempo que notaba cómo su cuerpo sangraba. Carlos la miraba detenidamente, veía su nerviosismo, un ligero temblor de esos hermosos pechos, incluso de ese labio inferior, que mordió para evitar que fuese por libre. Pero él no quería llantos, él deseaba penetrarla, hacerla suya. Sellar ese matrimonio con sexo, pero también con amor. Pues la amaba. La amó desde que puso los ojos en ella, pero no fue consciente, esa confirmación la tuvo cuando Olga le dijo que ella estaba en Madrid y lo puso al día de todos los detalles.

Deslizó los dedos alrededor de un pecho con suavidad, con toda la delicadeza, con toda la ternura del mundo. Ella volvió a morderse el labio inferior y él clavó sus ojos en ese gesto, en su boca. La deseaba con locura, con una pasión desenfrenada, pero que intentaba controlar, pues no quería que le pasara lo que a su padre, no quería vivir obsesionado por esta mujer, sospechando de cualquiera, imaginándola con otro, no, así no. Quería amarla, respetarla, disfrutar con ella, confiar plenamente. Quería tener hijos, varios, deseaba tantas cosas...

Bajó la cabeza y capturó un pezón entre sus labios para oírla gemir, una vez, dos, muchas más. Jugó con los dos, los lamió, los estrujó hasta ponerlos oscuros e irritados y, entonces, se colocó encima y la penetró lentamente, sin dejar de mirarla. Notando cómo ella sentía lo mismo que él, cómo la inundaba, entrando, retrocediendo, pero sin salir, para volver a clavarse hasta el fondo a cámara lenta, sujetándose con los brazos para no aplastarla y seguir mirándola, demorándose en esos ojos y en esa boca.

Estuvo así varios minutos, hasta que ella elevó las caderas marcando el momento, gimiendo y gozando, dándole a entender que se acercaba el orgasmo. Fue entonces cuando gritó, un grito agudo, de placer y él arremetió contra ella bajando la cabeza, cogiendo su boca y tragándose sus gemidos. Los brazos de ella fueron a su nuca, le agarraron del oscuro cabello mientras la besaba, notando cómo esa barba que comenzaba a salir irritaría su piel, pero no le importó, sintiendo cómo se corrió dentro de su cuerpo, se tensó ante ese placer mayúsculo y siguió sujetándose con sus poderosos brazos para no dejar de mirarla.

Fue dejándose caer despacio, para que ella no notase tanto su peso. Le dio pequeños besos por el cuello, en la oreja, la clavícula y entre uno y otro, las palabras «te amo», surgieron de esa voz grave.

Bárbara apretó fuertemente los ojos. Unas lágrimas escaparon de ellos, Carlos las vio y besó con amor.

—No llores, mi amor. Estás conmigo. Estamos juntos.

—¡Oh, Carlos! —Suspiró—. ¿De verdad me quieres? —La miró, todavía dentro de ella.

—Te amo desde que tenías quince años, pero he tardado mucho tiempo en darme cuenta.

—Yo también te amo, Carlos. Te amo de verdad.

Se ducharon juntos y él la lavó entera, tocándola con tanto amor y tanto cuidado, como si en vez de la menstruación tuviera una herida dolorosa y delicada. Ningún hombre la había tocado así. Él jamás se lo hizo a mujer alguna. Un lazo invisible les unió de tal manera, que esa intimidad surgida entre ellos nunca sería eliminada. Volvieron a hacerlo en la ducha y él temió haberla lastimado. Pero ella, rápido, le quitó esa idea de la cabeza.

Esa noche durmió de un tirón. Cobijada en los brazos de Carlos se sintió en un nido confortable y seguro. Los problemas pasaron a un segundo plano y Manuel dejó de existir durante unas horas.

Carlos, en la penumbra de la habitación, escuchando la respiración tranquila de su mujer, pensó en su padre y en el cara a cara que tendría con él.

Esperaba cualquier cosa, cualquier situación.

Estaba preparado.

Estaba deseando.

Capítulo 34

Olga dio un grito de alegría. Era una noticia maravillosa. Carlos y Bárbara. Lo que no entendía fue la forma de hacerlo, el secreto y sobre todo la rapidez. A fin de cuentas, él acababa de llegar de Inglaterra y eso solo podía significar una cosa; que de críos estuvieron juntos.

—Ha sido un flechazo, Olga. El final del flechazo. La flecha se lanzó en 1955 y se ha estrellado ahora, en mi corazón.

—Que romántico eres, Carlos. No me extraña que las mujeres se vuelvan locas por ti.

Carlos rio. Bebió un sorbo de chocolate caliente que la señora Engracia les había preparado. Olga le acercó la bandeja llena de bizcochos y él los rechazó con una sonrisa. Ella mojó uno y se lo llevó a la boca.

—Pero ¿eso quiere decir que tuvisteis algo? —preguntó curiosa.

—Algo hubo, pero no pudo prosperar —añadió, haciendo un gesto con la mano.

—Pero ¿por qué? Manuel se enteró y lo cortó por lo sano, es eso. ¿No? —Carlos soltó una carcajada.

—No prosperó, Olga. Vamos a dejarlo así. ¿Vale?

—De acuerdo. Como quieras. Cuando te cierras en banda, es imposible sacarte nada.

—Por eso soy tan bueno en los negocios —añadió, sonriendo. Olga lo miró amorosamente. Era tan encantador, tan dulce y, al mismo tiempo tan masculino, que resultaba morboso.

—¿Y Bárbara? ¿Dónde está? Me muerdo de ganas de verla. —Carlos consultó su reloj.

—En estos momentos le debe estar diciendo a su jefe que se busque otra ayudante.

—¿¡Qué!?! No me lo puedo creer. ¿Has conseguido que Bárbara deje su trabajo, su independencia, su libertad..., todo por lo que ha luchado y defendido?

—Bueno, yo solo le dije que me gustaría tenerla siempre junto a mí. Que me la llevaría de viaje muy a menudo. —Hizo una pausa y sonriendo a Olga de esa manera tan especial, que ellas al verle se derretían, continuó—: Y que me

gustaría tener unos cuantos niños.

—Oh, Carlos. Eres tan maravilloso. Me muero de ganas de contarle todo a Manuel. No se lo va a creer.

—Cuéntaselo. Cuéntaselo con todo lujo de detalles.

—Si no fuera por... Ojalá y los médicos se equivoquen. —Reprimió unas lágrimas.

—Un médico se puede equivocar, Olga, muchos no. Tendremos que afrontar la situación como venga. Yo estaré a tu lado.

—Gracias, Carlos. Sé que puedo contar contigo. —Se limpió los ojos y volvió a sonreír—. Bueno, ¿cuándo será la fiesta?

—No. No quiero celebraciones.

—Pero...

—No hay peros que valgan. No hace un año de la muerte del primer marido de Bárbara. Esto es algo muy personal entre nosotros dos. No habrá ninguna celebración, de ningún tipo, hasta que mi primer hijo o hija llegue al mundo, si Dios quiere. En ese acto, te dejo organizar lo que te dé la gana.

—Pero los amigos y conocidos...

—Ya te encargarás de que se corra la voz.

—Bueno, como tú quieras. Uf, no sé cómo se lo tomará tu padre.

—No te preocupes por eso. Es el menor de los problemas.

Se terminó el chocolate de un tirón, dándole un par de besos a Olga a modo de despedida. Al quedarse sola se alegró de que Bárbara tuviera tanta y tan buena suerte.

Lo mejor que le podía pasar.

Saboreaba un vino exquisito cuando sonó el teléfono de la habitación del hotel. Era Olga. Lo típico. ¿Cómo estás? ¿Se te ha dado bien el día? ¿Qué tiempo hace por ahí? Manuel le contestaba como siempre. A unas cosas decía la verdad y otras no.

Se volvió a llevar la copa a los labios, para saborear ese elixir de dioses, cuando de repente, escupió parte del líquido rojo sobre su impoluta camisa blanca.

No podía dar crédito a lo que estaba oyendo; «no es el día de los Santos Inocentes», le dijo enfadado, pero ella no lo notó, al contrario, su risa sonó cantarina, entusiasmada, casi contagiosa.

—No es una inocentada, cariño, es la pura verdad. Tienes una nuera

preciosa que, seguramente, pronto te dará hermosos nietos. De eso se encargará Carlos, sin ninguna duda. Y tu hijo está feliz, dichoso, mira que siempre ha tenido buen carácter, pero te puedo asegurar que nunca lo he visto tan pletórico.

Esas palabras le dieron directo en el corazón. Y siguió escuchando a su mujer, sin creerse, sin querer creer todo lo que estaba diciendo.

Le explicó todo lo que su hijo le había dicho, paso por paso, sin dejar ningún detalle suelto.

El rostro de Manuel congestionado reflejaba la ira contenida. Colgó el teléfono y maldijo a su hijo.

—¡Maldito hijo de la gran puta! ¡Cabrón malnacido! —exclamó estrellando la copa contra el suelo.

¿Cómo le habían hecho algo semejante? ¿Cómo se le ocurrió a Bárbara pagarle con la misma moneda? La Virgen Santísima, no se lo podía creer. Tenía que ser una broma de mal gusto.

Llamó al piso de ella, pero nadie contestó. Llamó al anticuario y este le dijo que Bárbara se había despedido, que estaría unos días más hasta que encontrase a alguien. En esos momentos estaba entrevistando a una posible empleada y no se podía poner. Manuel no quiso hacer una escena por teléfono y colgó.

Menudo cabrón hijo de la gran puta, en un santiamén había conseguido lo que no logró el difunto marido ni él. ¿Lo habría hecho por venganza? Seguramente, sí, eso era. Venganza, una puta y cochina venganza. Habría engatusado a Carlos, embaucado, seducido con ese cuerpo de pecado y esa cara inocente, y engañado lo llevó a ese matrimonio.

Pero al momento movió la cabeza de un lado a otro, se tiró del pelo y blasfemó todo lo que sabía. Todo había ocurrido por lo que le contó, por lo de la muerte de Juan Luis, estaba seguro. Se asustó y se arrimó a su hijo, hasta era probable que ella se lo hubiese contado.

Joder, iba a terminar loco, su niña, su nenita, casada con su hijo, no podía ser, no, no, no.

Unas horas después, ya se preparaba para salir del hotel rumbo al aeropuerto. Antes de abandonar la habitación volvió a llamar al piso de ella y una voz masculina descolgó.

Era su hijo.

Sin decir ni media palabra, fue dejando caer el teléfono lentamente sobre

la horquilla.

La duda ya no existía.

Lo primero que hizo al llegar a Madrid, fue ir a ver a Federico.

—¿Lo sabías? —le preguntó nervioso, con el rostro macilento.

—Pues claro que no. ¿Cómo iba a imaginar una cosa así? La mañana que te fuiste, estuvimos reunidos varias horas y no noté nada especial. Me dijo que se iba a Valencia a entrevistarse con los franceses. No note nada anormal.

—Tiene mucha sangre fría. Ya lo llevaría planeado. Lo que no comprendo es lo rápido que ha sido. No lo comprendo.

—¿Estaban mal las cosas entre vosotros? —Manuel se frotó las mejillas sin afeitar. Tenía mal aspecto. Los ojos le brillaban y las pupilas estaban más dilatadas de lo normal, como si hubiera tomado algo, algún medicamento o droga para aliviar los dolores de su enfermedad.

—Tuvimos una discusión antes de irme a Barcelona. Le dije algo que no le gustó. Dijo que prefería dejarlo. Por supuesto no le hice ni caso. ¡Oh! Dios, maldita zorra y maldito hijo de puta.

—Tranquilo, Manuel, es tu hijo.

—¿Y qué?! ¡Hostia puta! ¿Es que crees que él no lo sabe? Conozco muy bien a Bárbara y no creo que se lo haya ocultado. Pero lo voy a saber muy pronto. Esto no se va a quedar así.

—¿Estás dispuesto a armar un escándalo? ¿A qué Olga se entere de todo? ¿A qué seáis la comidilla de todo Madrid y lo que no es Madrid? Bárbara ha elegido, Manuel. Y el elegido es tu hijo. Es mejor que dejes las cosas como están.

—Sobre mi cadáver —sentenció con los ojos desorbitados.

—No estás bien, Manuel. Lo sabes. Deja las cosas así —volvió a repetir.

—Si Carlos se atiene a razones, no se enterará nadie.

—Manuel, lo sabe medio Madrid y el otro medio lo sabrá en menos que canta un gallo. —Los dos amigos se miraron fijamente. Federico siguió hablando—. ¿Te has parado a pensar que tal vez los chicos tuvieron algún tonto en Palma? O antes. —Miró a su abogado como si estuviera loco.

—No digas tonterías. Lo habría sabido.

—¿Seguro? —La duda fue sembrada—. ¿Estás seguro? —volvió a preguntar, mientras Manuel pensaba en esos días en Mallorca.

En si era posible que ella se dejase tocar por él y también por su hijo; que

jugara a dos bandas. No, eso era imposible. La mirada azul vidriosa se clavó en los ojos de Federico y negó con la cabeza sin palabras. El abogado siguió metiendo el dedo en la llaga, pues sentía que tenía que abrirle los ojos a su amigo.

—No sería tan extraño, Manuel. Tuvieron algo, por muy insignificante que parezca y, después, con el paso de los años, al volverse a ver, surge la chispa, el recuerdo, el deseo... y plaf. —Ese plaf le sentó como una patada en los cojones.

—No me jodas, Federico. Me habría enterado.

—¿Por qué? No lo sabes todo. No puedes estar al corriente de todo. Y tú lo has dicho antes, Carlos tiene mucha sangre fría y en esa época ya apuntaba maneras.

—No puedo imaginarme a la Bárbara de entonces, conmigo y con mi hijo. No puedo. Ella no era así.

—Tal vez fue cuando se enteró de tu boda, antes de irse. —Manuel le miró como si fuese un extraterrestre, pero no lo negó—. Y tú mismo me has dicho que en esos tiempos discutíais mucho.

Federico no quiso continuar, no quería ponerle mala sangre, más de la que ya tenía. Solo quería abrirle los ojos y que no cometiera ninguna locura.

Manuel se fue sin decir nada más.

Salió del despacho de Federico con el pulso temblando y el corazón acelerado. Notaba cómo la sangre circulaba por sus venas, más que circular, corría. Le retumbaba en el cerebro, en las sienes. Notaba las palpitations de su maltrecho corazón. Si el cáncer no lo mataba, lo haría el infarto que estaba a punto de sufrir.

Montó en el coche y le dijo al chófer dónde quería que lo llevase.

Dictaba unas cartas a Marta, la secretaria de Manuel desde hacía dieciocho años, cuando irrumpió como una tromba de agua en el despacho de la empresa.

—¿Ya estás aquí, padre? Marta, puede retirarse. Acabaremos más tarde.

Marta se levantó, saludó a Manuel y recogió sus cosas. El mal humor era palpable, pero ella no le dio importancia. Le había visto muchas veces en ese estado, bueno, tal vez no tan desaseado. Manuel esperó a que la puerta se cerrase.

—¿Qué tontería es esa de que te has casado con Bárbara?

—No es ninguna tontería —contestó con frialdad. No quería lagunas de ningún tipo. Las cosas quedarían claras en ese momento.

—Bárbara ha sido mi amante hasta ahora.

—Bárbara es mi mujer. Quiero que la respetes como si de una Virgen se tratara y que no pongas tus manos encima de ella. Nunca más.

—Entonces sabías que ella y yo...

—Por supuesto. No soy gilipollas. Comencé a sospechar poco después de que desapareciera. Pasaste una época muy jodida. Cogías más borracheras de las habituales y tu carácter, por aquellos tiempos, no era muy agradable. Luego fui atando cabos con las vacaciones de Palma, la ausencia de Olga y lo tentadora y hermosa que era Bárbara. Te fue fácil seducir a una niña de quince años, ¿no?

—Fue mutuo —soltó enfadado ante las palabras del hijo—. No la seduje, ocurrió porque tuvo que ocurrir.

—Ya —dijo Carlos sin retirar la mirada del padre, de su rostro macilento, de sus ojos enrojecidos.

Joder, le dolía verlo así, se estaba muriendo.

—Y ella me sigue amando. —Las palabras sonaron roncadas, ásperas, pero, sobre todo, dolorosas, como si no terminara de creérselas.

—No me hagas reír, padre —contestó irónico, y añadió—: Te tiene miedo. El amor pertenece al pasado.

Hizo como que no había oído esas palabras.

—Ese matrimonio no tiene validez. Tengo contactos de sobra para anularlo.

—Ya sé que tienes contactos, padre, demasiados, diría yo. Pero te va a dar igual. Porque este matrimonio es tan válido como el que más. ¿Te queda claro?

Se miraron frente a frente. Midiéndose las fuerzas. Manuel, sorprendido de la sangre fría de su hijo, de su dureza, aunque en esos momentos le doliese, y mucho, reconocía que era su digno sucesor. Su familia estaría segura con él. Bárbara estaría protegida y amada por él.

Pero seguía celoso. Era un animal herido.

Herido de muerte.

—Te está utilizando. Te destrozará como me ha destrozado a mí. —Pero Carlos no se inmutó—. En el momento que chasquee los dedos, ella vendrá a mí.

Carlos lo miró con una frialdad que jamás creyó que existiera en su hijo.

Querían a la misma mujer. Su hijo era su rival, y tenía todas las de ganar.

—Pongo a Dios por testigo, escúchame bien lo que te voy a decir: Bárbara no volverá a tu lado. Nunca —enfaticó la palabra, para que entrara en su cerebro—. Pero si le pones una mano encima, juro por la Virgen Santísima que te mato.

Manuel Oliveira no pestañeó. Entendió de sobra que su hijo no bromeaba.

—¿Estuviste con ella en Palma?

—Eso no te incumbe. Del mismo modo que a mí no me incumbe lo tuyo con ella.

Miró a su hijo durante unos instantes, frente a frente. Si hubiese sido otro, se habría medido a golpes, lo habría machacado o, al contrario, pero ante esa situación, dio media vuelta y salió del despacho.

Fue al piso de Bilbao. Estuvo varias horas ensimismado en sus pensamientos. Acarició la colcha de la cama donde tantas veces habían hecho el amor. Se quedó mirando el espejo que colgaba de la pared de la entrada. Recordando el antiguo, el que rompió con su puño, se miró la cicatriz que le llevaba a ese maldito día, y las palabras de Federico resonaron de nuevo en su cabeza. Y si ella y su hijo... en aquella época...

Cogió el teléfono y la volvió a llamar.

Esta vez sí estaba en el piso. Al oír esa dulce voz se le alegró el corazón.

—No me cuelgues, nenita. Necesito verte. ¿Cómo me has hecho esto, vida mía? Con lo que yo te quiero.

—Voy a colgar —añadió, temblando de miedo al oír esa voz, al escuchar esa tristeza, al sentir el dolor que él tenía.

—No, no cuelgues, mi amor. Escúchame, podías haber esperado un poco, unos meses, tal vez menos. Estoy enfermo, vida mía, tengo cáncer de pulmón. No te lo quise decir para no asustarte. Para seguir siendo joven para ti. Para no ver la realidad de la vida. Los médicos me han dicho que no duraré mucho. ¿Por qué, Bárbara? ¿Por qué me has hecho esto? Y con mi hijo, por todos los santos. Con mi propio hijo.

Ella no contestó. Seguía con el teléfono pegado al oído, escuchando los lamentos de ese hombre que tanto amó. Las lágrimas iban cayendo por su rostro, de la pena que sentía.

—Tengo que verte por última vez. Por favor, Bárbara.

—No.

—Te lo suplico.

—No. —Llorando colgó el teléfono.

Llamó a Carlos y le contó lo sucedido. Le pidió que volviera cuanto antes a casa. No quería estar sola, tenía mucho miedo.

Cuando Carlos entró en el piso, ella se abalanzó a sus brazos llorando sin parar. Le volvió a contar la conversación. Le dijo que tenía miedo de lo que podía pasar, de lo que Manuel podría hacer. Se sentía vulnerable, culpable del estado en el que se encontraba su padre.

—Tú no eres culpable de nada, mi amor. Él tiene que aceptar los hechos y nada más. Además, sabe de sobra que el cáncer se lo va a llevar más pronto que tarde, y tú no eres su juguete para hacerle compañía hasta su muerte. Es y ha sido siempre un egoísta, si no siempre, muchas veces. —La tenía sentada en su regazo y la abrazaba con fuerza, mientras ella hipaba como una niña—. Es mi padre, lo quiero, siempre lo he querido. Pero sus formas y sus modos nunca me han gustado. Tal vez yo tenga muchos defectos, defectos como los suyos, pero espero no ser tan déspota como él.

—Tú eres bueno, Carlos —susurró contra su pecho—. Eres lo mejor que me ha sucedido en la vida.

Él la miró con cariño. Colocó sus dedos debajo de la barbilla de la joven, levantando su rostro.

—Tú sí que eres lo mejor de mi vida —dijo con la voz ronca por la pasión.

Sus bocas se unieron, y sus lenguas se enlazaron.

Despacio.

Sin prisas.

Epílogo

El primer hijo nació a los doce meses de la boda. Carlos, un niño precioso, igual que el padre cuando tenía esa edad, pero con el cabello negro y los ojos verdes como la madre. El segundo, a los dos años y medio del primero, Federico, rubio con los ojos marrones. Y tres años después, la niña, Olga, en honor a su madrina. Esa niña era el vivo retrato del abuelo Manuel. Dorada como el sol y con los ojos azules como el cielo.

Olga la miraba ensimismada mientras la tenía en brazos. Era el día de su bautismo y todos lo celebraban en el jardín de la nueva casa que Carlos había comprado. Miró a los padres de las criaturas. Seguían contemplándose de la misma manera que cuando comenzaron su relación. Con amor y deseo. Sus manos se tocaban a la menor oportunidad, cuando creían que nadie les veía. y sus ojos decían mucho más, se devoraban con ellos.

Olga volvió a mirar a su ahijada y no pudo evitar recordar a su marido. Como tampoco pudo evitar recordar la carta.

Esa carta.

Querida Olga,

No es un secreto para ti lo que tengo. No quiero esperar la agonía, prefiero morir ahora antes que llegar a ese calvario, ni sufrirlo yo, ni que lo sufras tú, ni mi hijo Carlos ni mi hija querida. Sé que lo comprenderás, que lo comprenderéis.

Perdona por la poca felicidad que te he dado en estos años. Como tú siempre has dicho; he sido un egoísta. Incluso jugando con la muerte, sigo siendo el mayor egoísta que hay sobre la Tierra.

Deseo para mis hijos lo mejor del mundo, aunque creo que Carlos ya lo tiene. Y para ti, que encuentres un hombre que te sepa comprender y querer como yo no lo hice.

Encontraron el cadáver de Manuel en la finca La Colina. Se pegó un tiro con la escopeta de caza, la misma noche de su regreso de Barcelona.

Días después del entierro de Manuel, Bárbara recibió una carta que Carlos cogió del buzón y que, en cuanto la tuvo entre sus manos, reconoció la letra. Cuando se la entregó, ella lo miró anhelante, con dolor, y él esperó.

Con manos temblorosas, abrió el sobre y sacó la cuartilla, sintiendo un

dolor lacerante en su pecho, y sabiendo que su esposo no dejaba de observarla.

Las lágrimas fueron cayendo en silencio, según iba leyendo esas dolorosas palabras.

Mi adorada Bárbara, mi amada nenita,

Has sido el amor de mi vida, y no te puedes imaginar hasta qué punto me arrepiento de no haber hecho las cosas de otro modo. No debería haberme casado, tendría que haber esperado a que te hicieses mayor, a que cumplieses los veintiún años y haberte hecho mi esposa.

Pero me dejé llevar, creyéndome muy seguro, creyendo que podría tenerte siempre a mi antojo, a mi lado, como mi amante.

Perdóname, Bárbara, perdón por el daño que te hice, perdón por seducirte cuando solo eras una chiquilla, una preciosa muchacha que tendría que haber descubierto el amor... Poco a poco... Despacio... Y con alguien más joven que yo, mucho más.

Pero creo, estoy seguro de que, si volviese a nacer y te cruzaras otra vez en mi camino, volvería a cometer los mismos pecados... Porque tú, mi dulce amor, eres lo más hermoso que me ha pasado. Y por ti, he sido capaz de todo..., de lo que tú y yo sabemos.

Estoy convencido de que Carlos será un buen esposo, creo que te hará muy feliz. Conozco a mi hijo y sé que es un hombre íntegro, un hombre cabal, un hombre que te amará y te protegerá por encima de todas las cosas...

Me voy de este mundo, enfermo de muerte, triste, jodido y solo, muy solo, pero a la vez contento de saber que estás en buenas manos, contento de saber que, seguramente, mi hijo te amará mejor de lo que yo te amo, pero no más, pues algo así, es imposible.

Te amo, mi pequeña, mi nenita, mi dulce amor.

Mi último pensamiento será para ti.

Manuel.

Bárbara dejó caer la carta sobre su regazo y con las dos manos se limpió el rostro mojado. Una vez hecho, tomó la carta y se la entregó a su esposo.

Carlos la leyó despacio y, al terminar, la volvió a introducir en el sobre.

—Guárdala —le dijo—. Te amó con delirio, y eso no lo consiguen muchas mujeres.

Ella se abalanzó a sus brazos y él la retuvo durante unos minutos mientras

le acariciaba la espalda y le daba dulces besos en el cabello.

—Pero, no olvides, que mi amor está por encima del suyo. Que jamás harás algo que no desees, que jamás serás un juguete en mis manos.

Olga no se había vuelto a casar, Mari Mar tenía dos hijos más y Engracia había muerto un año atrás.

Carlos miró a su mujer. Esta, sonriendo, se acercó a él con el mediano en brazos. Él cogió al niño y, sin soltarla, la besó en la boca.

Fin

Sobre la autora

Tania Sexton es de ascendencia gallega, nació en un precioso pueblo del Pirineo Aragonés, Sallent de Gállego, (Huesca) y ahora vive en Albacete.

Lleva en el mundo de la Estética muchos años, pero su verdadera pasión ha sido la lectura y la escritura. Lo que comenzó como un hobby de fines de semana, pues no había más tiempo libre, lo dejó años después, harta de batallar con la máquina de escribir y negándose a las nuevas tecnologías. Lo retomó hace poco tiempo, y ahora, no puede pasar sin su portátil, tableta y demás dispositivos.

Escribir se ha convertido en una constante, en un disfrute; inventar historias de amor, o desamor, y situarlas en diferentes épocas y países, es para ella de lo más gratificante.

Y su deseo es, que los lectores que descubran su obra, disfruten leyéndola, tanto o más que ella escribiéndola. Hoy, se lanza al mercado con Calla, nenita, calla, publicado con el sello Bookit de Lxl editorial.

